

R-122553

ANT

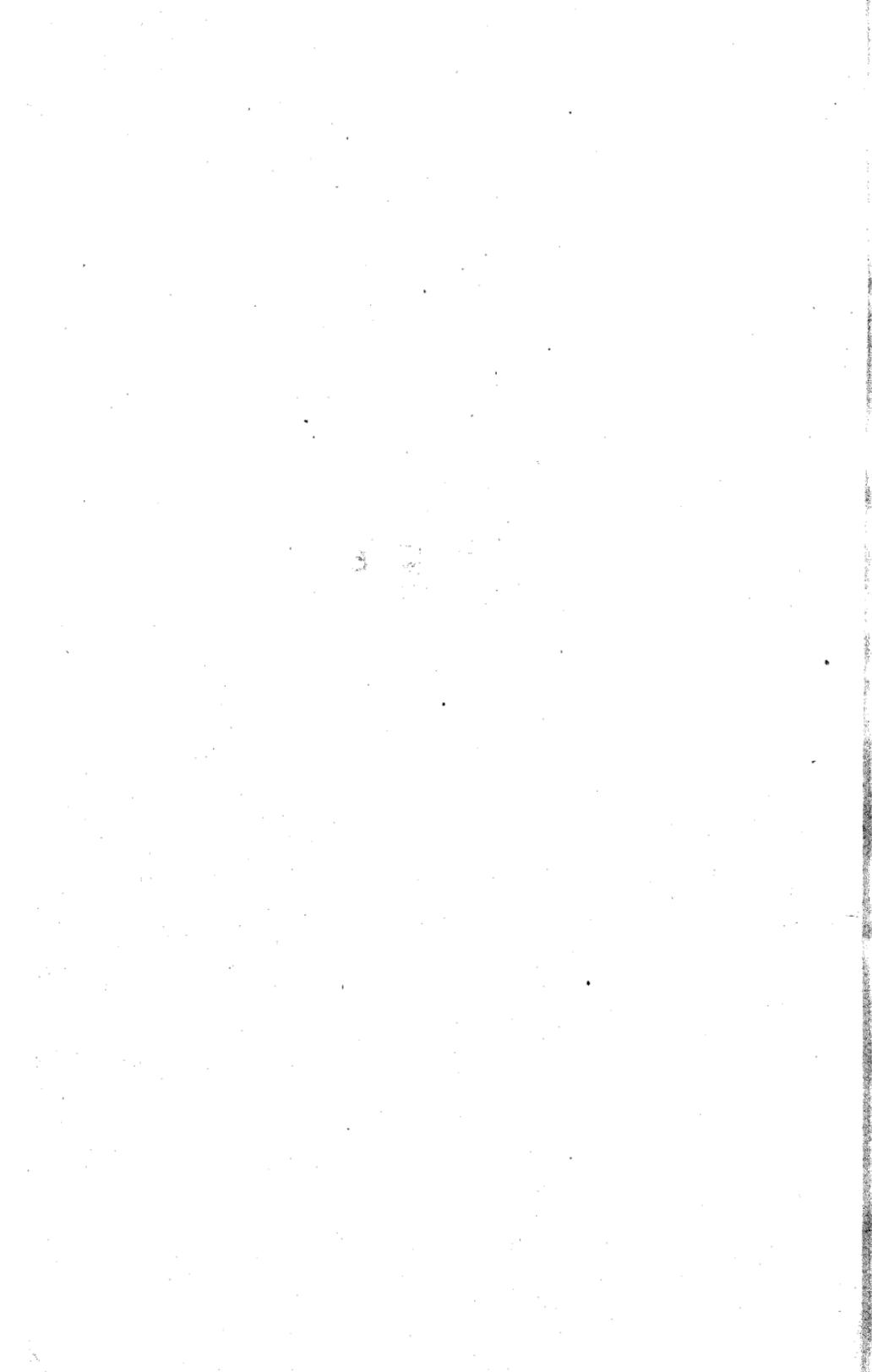
RIX

1897

# La Leyenda Tradicional.



## EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS.



# EL LAUREL

DE LOS

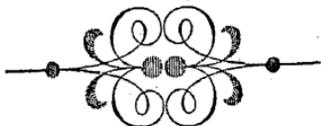
## Siete Siglos,

(Crónica del siglo XV). (Conquista de Granada).

LEYENDA ORIENTAL

POR

D. Manuel Fernandez y Gonzalez.



GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. JOSE M. ZAMORA.

*Placeta del Santo Cristo, núm. 67.*

**1850.**

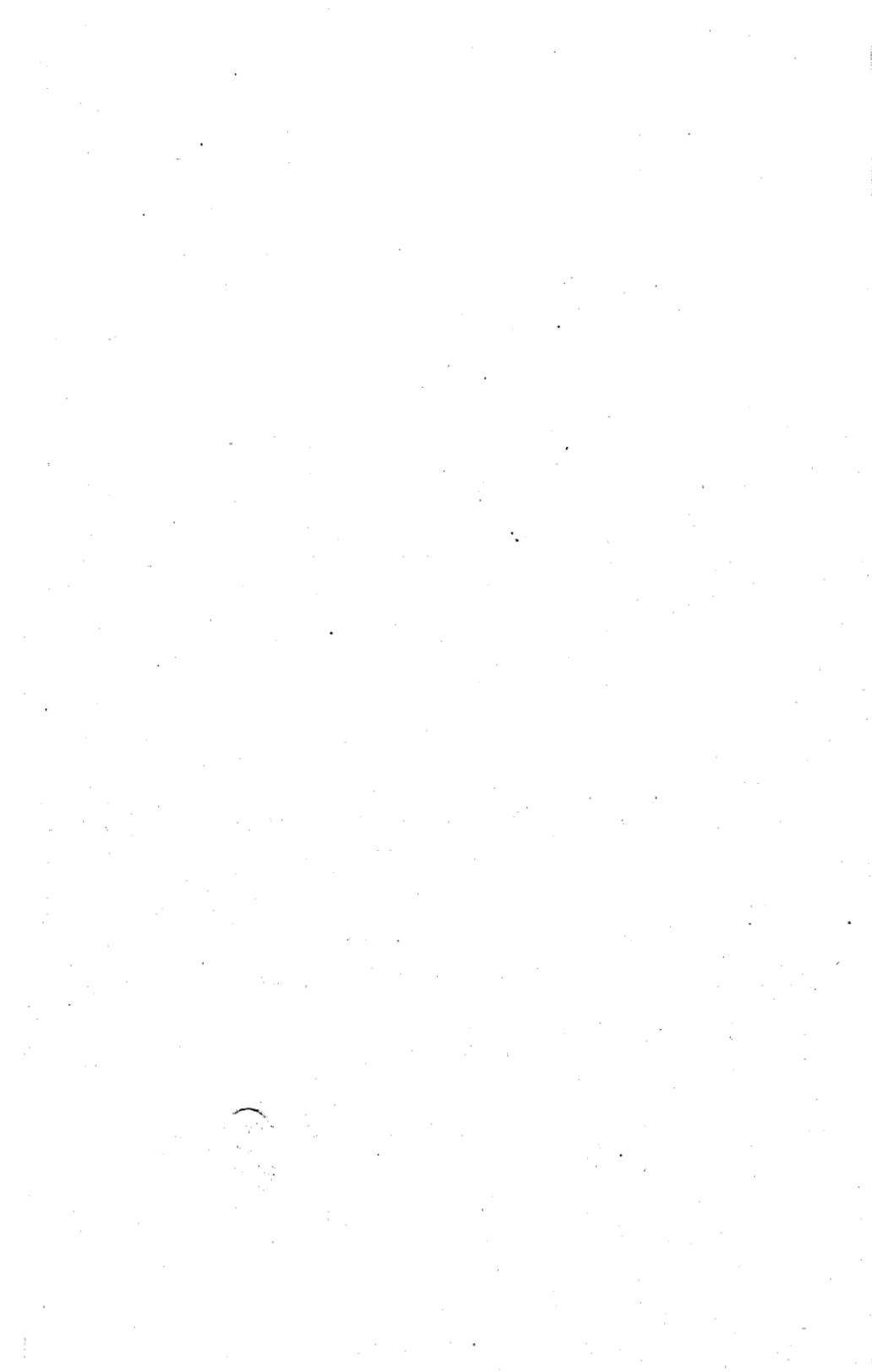
—●●—  
*Es propiedad de D. J. M. Zamora.*  
—●●—

**AL SEÑOR**

**D. José Salvador de Salvador,**

*como una prenda de amistad,*

**Mantuel Fernandez y Gonzalez.**



## PRÓLOGO.

*En el que se da cuenta del por qué se ha escrito esta verídica historia.*

Una legua al Sur de Granada, sobre las laderas situadas á la izquierda del rio Genil, y vecina ya á las vertientes de la sierra Nevada, hay una villa realenga llamada la Zubia, rodeada de huertas y olivares, sobre los cuales se eleva el blanco campanario de su iglesia, como el minarete de un kan oriental sobre los sicomoros y las palmeras de un oasis.

La Zubia, para los profanos á la historia, no es otra cosa que una aldea, como otras tantas que salpican la vega de Granada, de casas blanqueadas y de mediana construccion en torno de la iglesia y de las avenidas de la plaza, cruzada mas allá por barrancos y acequias, en cuyas orillas parecen próximas á

desplomarse casas ennegrecidas y ruinosas, en muchas de las cuales se conserva aun el blason de un noble castellano ó aragonés, puesto como la marca del vencedor sobre la clave de arco árabe.

Pero para el anticuario, para el historiador, la hoy olvidada villa realenga es un album de la edad media, mutilado es verdad, pero cuyos restos fueron testigos de grandes sucesos que la historia de Granada ha consignado con orgullo en una de sus mas gloriosas páginas.

El romancista, el poeta y el historiador no volverán de la Zubia, sin haber sido trasportados durante algunos momentos á la region encantada de los sueños, bellos en sus imágenes, con sus fantasmas cubiertos por el velo de la esclava oriental ó el arnés del árabe justador ; sin que los siglos pasados se hallan deslizado ante su vista inmaterial como los cuadros de una linterna mágica.

Yo que esto escribo he gozado tales cuadros, pero de un modo imprevisto, como el que perdido en los ásperos caminos de un desfiladero alcanza á ver en lontananza, entre las quebraduras de la montaña, un valle cubierto de verdura con horizontes color de rosa, por medio del cual serpea, festonado de flores y espadañas, un manso rio con aguas color de plata.

Porque la vida material del siglo XIX, con su positivismo, su incredulidad y su atmósfera impregnada con el gas mortífero del interés, único móvil de su pesada máquina, es un camino árido, penoso, erizado de abrojos, sin que nada bello, ni sublime, ni santo encuentre la imaginacion del poeta, que tiene que refugiarse para respirar aire de vida á esa re-

gion impalpable y bellísima donde bebe el éstro de sus cantares y de sus romances.

El domingo 3 de febrero del año de 1850, mi editor, dos poetas, un escritor de tradiciones, un jóven que no es cuentista ni poeta, pero con rivetes de cazador y mucho de calavera; otro jóven entre empleado y literato, y mi humilde persona éramos los amigos, que encerrados en un faeton y arrastrado por tres caballos tísicos, nos dirigiamos al trote á la citada villa de la Zubia.

Eran las nueve de la mañana, el ambiente estaba diáfano, el sol de Andalucía inundaba con vapores dorados las lejanas sierras, las aldeas de la vega y las alamedas del Genil; veíase por una parte á Granada tendida en anfiteatro sobre siete colinas coronando su silueta las torres de la Alhambra, y guardando sus opuestos extremos la catedral en el llano, las ruinas del convento de los Mártires en la altura; por el opuesto confín elevábase la cima del Veleta, sentada como en un trono sobre un grupo de sierras azuladas; á lo lejos se tendia el repecho del Padul, donde miró por última vez su alcázar, saludándole con un suspiro, Abdallah el Zogoibi; los gigantes brazos de la sierra, la cordillera del cerro del Sol á la derecha, los montes de Parapanda, de Loja de Elvira á la izquierda, la distante atalaya de Moclin, la vega encerrada en este marco de montañas como un huerto rodeado de su vallado, mostrando entre los olivares sus cien pueblecillos, ora tendidos en el llano como un nido de tórtolas, ora asentados en las alturas como la morada del águila; todo esto en fin era un panorama encantador, ante el cual se desala-

ron como por ensalmo la lengua de nuestros poetas; salieron á cuento magníficos trozos de poesías orientales de Zorrilla, púsose á feudo y tributo á Victor Hugo, y fué necesario que mi editor y yo impusiéramos silencio á las musas, bajo la pena de hacer pagar al infractor un prosáico almuerzo.

La poesia cedió al temor, y al fin llegamos sin parecer locos á la plaza del pueblo y bajamos delante de la posada, que á juzgar por su exterior se acuerda sin duda de las primeras colonias pobladoras que trocaron sus tiendas nómadas por casas de ladrillo, en esta tierra de flores que los árabes llamaron su jardín de Hiram.

Un escelente presbítero, don José Vela, nos mostró lo que de notable encierra la iglesia, edificio de construcción árabe, que á primera vista tuvo por mezquita antigua, cosa que la situación de su plano desmiente; y otro digno eclesiástico, don Andrés de Montes, nos condujo con suma amabilidad á la casa llamada Jardín Real (donde mi amigo el escritor de tradiciones ha cazado una al vuelo), se detuvo delante de cada cisterna árabe, nos mostró á lo lejos la Casa ahumada, el castillo, y en fin dió con nosotros en la huerta del convento de franciscanos, y delante de una enramada de laureles, situada junto á un pequeño templete de arquitectura pesada sostenido por pilastras, cubierto por una bóveda de orden árabe y de forma rectangular; este que puede llamarse monumento, es conocido en el pueblo con el nombre de *Ermita de la Reina* (1).

(1) *Gracias al propietario de la huerta, el señor Parejo, la lla-*

A algunos pasos de distancia al sur del laurel está el convento, cuyo claústro ha sido demolido y cuya iglesia, pequeña aunque de buen gusto y con buenas luces, es actualmente un nido de lechuzas.

Dentro del claústro en un ángulo hay una pequeña casa arruinada, en la cual nos hizo reparar nuestro anticuario eclesiástico.

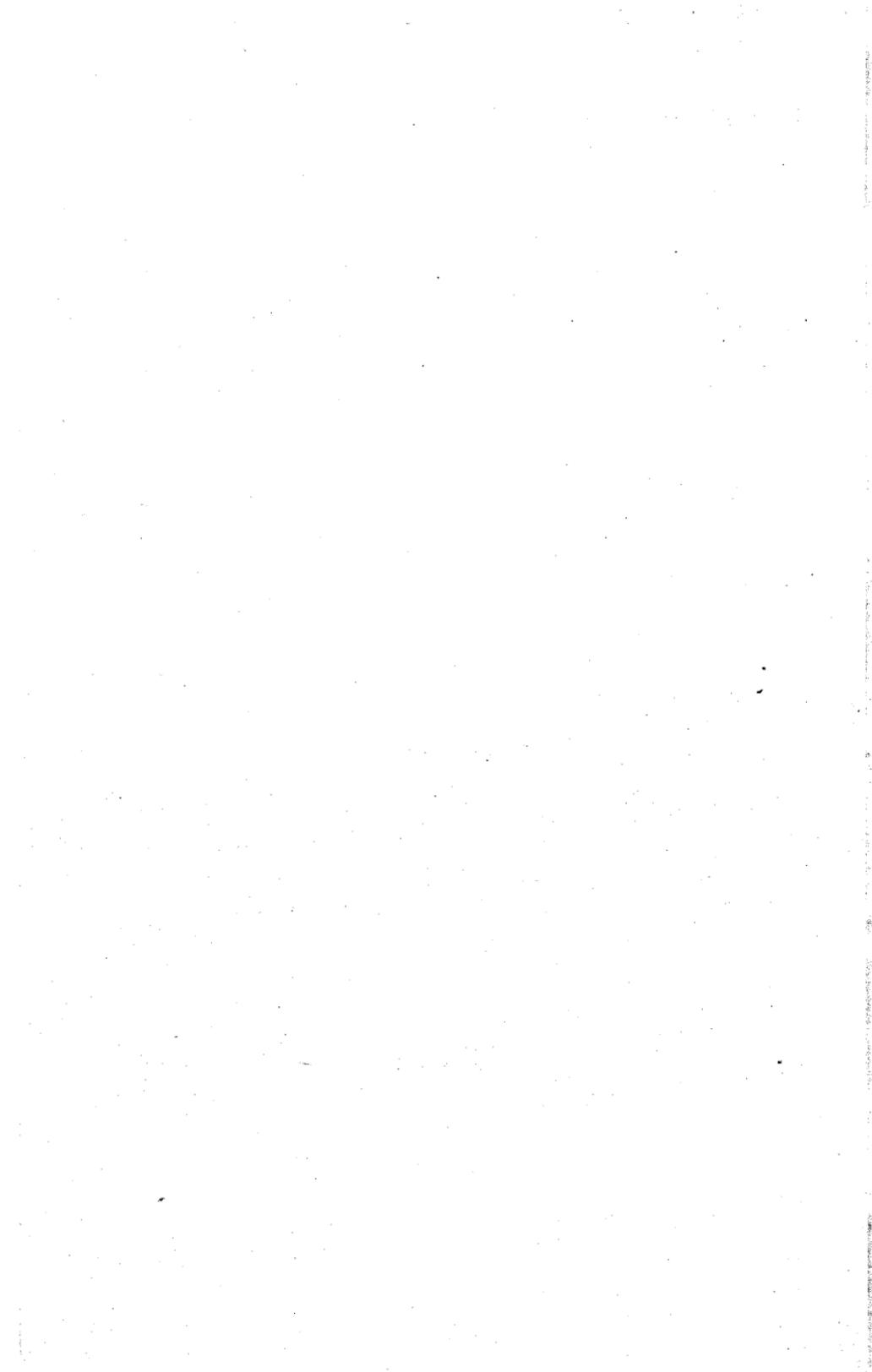
La casa y el laurel guardan una tradicion histórica, poco anterior é intimamente unida á la conquista de Granada, de las que son consecuencias el convento y el templete.

Y he aqui que yo, prófugo por un dia de la poblacion para pasarle en el campo lejos de la sociedad presente, me encontré de una manera imprevista delante de un recuerdo del pasado. He aqui porque luego delante del almuerzo, á la vista de la hija del posadero (que sea dicho entre paréntesis es una lindísima aldeana, con la pureza que debió tener Eva antes del pecado), obedeciendo á mi instinto de calcar una novela sobre el pedestal de una columna, sobre el agujero de una pared, sobre las ruinas de una torre, prometí á mis amigos escribir una leyenda sobre aquel laurel y aquella casa.

Una vez prometido fuerza era cumplirlo.

La leyenda se escribió, querido lector, y ahí está.

*mada Ermita ha sido restaurada y el laurel conservado, asi como se debe que la iglesia del convento no haya sido destruida al señor Montes y Vela.*



## INTRODUCCION.

No hay mas Dios que Dios, el altísimo y único; para el que conoce lo que está manifiesto y lo que está oculto, no hay mas Dios que él; con su ayuda vamos á contaros la destruccion de un reino poderoso, perdido por un rey débil y cobarde á quien Dios maldiga.

Sabed que ese reino, llorado aun por los creyentes desterrados, es Granada, la ciudad de los minaretes, la Damasco de Europa, la perla de Occidente.

Y el rey cobarde, el maldecido de Dios, fué Abou-A'bd-Allah Al-Ssagyr, el Zogoibi (1).

(1) *Boabdil el Desdichado.*

En su frente se rompió la corona de Mohamet el Bermejo, del rey magnífico y vencedor, cuyo trono despues de él sustentó á veinte reyes.

Pero estaba escrito que aquel reino sería destruido ; estaba escrito que su mirab sería profanado, y su alcázar abierto, y sus hijos esclavizados y lanzados con la vergüenza en la frente , la pena en el corazon y las lágrimas en los ojos, á las abrasadas playas de Africa, siete siglos despues del dia en que, siguiendo la bandera del Islam tremolada por Taric el Invencible, salvaron en cien galeones el estrecho de las Angosturas (1) para poner la planta vencedora sobre un camino de sangre, en las hermosas y fértiles praderas de Gezira Alandalus (2).

Un rey débil y una corte gastada y envilecida, fueron la causa de la destruccion del imperio godo, arrollado en los terribles campos de Guadalete, delante de las huestes del Islam ; otro rey desdichado, maldecido en la cuna, debia arrostrar consigo todo lo que quedaba del imperio muslim en España.

Castilla y Aragon pusieron sus blasones sobre el cuartel real de Al-hhamar el Magnífico, y el yugo y las flechas coronadas por el *Tanto monta*, jactanciosa empresa de Fernando y de Isabel, afearon como la marca del señor el rostro del esclavo, los alcázares, las aljamas, los castillos y los almenares de Granada.

Mas no creais que entraron en ella los cristianos como entra el lobo en un redil desamparado ; la san-

(1) *Hoy Gibraltar.*

(2) *Península de España.*

gre vertida en sus fronteras durante cuatro siglos hubiera podido formar un mar tan ancho como el de Damasco, y sin cuento son las sombras insepultas que, en el silencio de la noche, vagan sobre sus campos de combate.

Aun se conservan en sus peladas crestas las ferradas huellas de sus valientes almogavares; aun guardan los ecos de la montaña el grito de guerra del justador almoravid. Recorred su tierra: cada torreón desmantelado, cada almena rota, cada ruina, en fin, os dirá un hecho histórico; mirad bien ese reino perdido y concebireis toda su grandeza pasada en los restos de su esqueleto.

Sin el rey Abou'l-Hhassan (1), sin su hermano A'bd-Allah Al-Ssagar (2), sin el miserable Abou-A'bd-Allah, Granada sería aun el paraíso de los fieles.

Imprudente Abou'l-Hassan, lanzó sobre sí todo el enojo, todo el poder de los cristianos fronterizos, pujantes ya con la unión de las coronas de Aragón y Castilla; en vez de esperar y robustecerse para empeñar la lucha, la provocó cuando su hijo rebelde y su hermano ambicioso desmembraban las fuerzas del reino en bandos y parcialidades: Alhama, la puerta del reino, la atalaya abanzada, cayó en poder de los cristianos. Tras esta se rindió Loja, luego Cohin, Cártama, Ronda, Baza, Málaga, Guadix y Almería. Cuando Abou'l-Hassan dejó la corona en las sienes de su hijo Boabdil, ya los cristianos campeaban en la vega como en terreno propio, y llegaban con sus algaras hasta los muros de Granada.

(1) *Abul-Hacem.*

(2) *El joven.*

En tanto las luchas internas crecían ; los hijos del Islam no estaban ya separados, como bajo el dominio de los califas Omiades, en grandes bandos de razas y pueblos como los árabes y los berberiscos, sino en pequeñas tribus como zegríes, zenetes, maza-mudes, gomeres, almoradies y otras ciento que hacían cada día de Granada un sangriento campo de batalla, debilitaban las fuerzas que debían haber empleado contra el enemigo común, y se preparaban de este modo el destierro los unos, la esclavitud los otros, y todos al par la vergüenza del vencimiento.

En tanto, el rey Abou-Abdallah estaba en una situación desesperada: rebelado un tiempo contra su padre Abul-Hacem, engañado despues por su tío Abdallah Al-Ssagar, vendido por los infantes Sidy Yahye y Sidy Alhamar, estimulado por su madre la ambiciosa sultana Aixa, y desamparado de todos, solo le quedaba un amigo en Muza Ebn-Abil-Gazan, y algunos cientos de leales almogawares (1). Los mejores caballeros del reino, los Ebn-Seradj (2), descontentos y ofendidos, siguieron los unos al infante Sidy Yahye y á sueldo y vasallaje de los reyes Católicos, otros á Abdallah Al-Ssagar, y los mas de ellos leales á su religion y á su honor de caballeros, pasaron á Africa, abandonando la tierra bendita de donde eran arrojados por su mala ventura.

Solo quedaba un valiente en quien estaban fijos todos los ojos y todas las esperanzas; sin su horóscopo funesto él quizá hubiera hecho otras Asturias de las Alpujarras, y hubiera sido el Pelayo del pue-

(1) *Caballeros de lanza y ballesta.*

(2) *Abencerrajes.*

blo moro. Este hombre era el emir de los ginetes granadinos, Muza Ebn-Abil-Gazan.

Pero á pesar de sus continuas algaras, de sus esfuerzos y de su lucha desesperada, los reyes cristianos con un ejército de treinta mil peones y doce mil ginetes, habian puesto sus reales en sierra Elvira, en los ojos de Guetor á dos leguas de Granada.

Pronto las tiendas fueron casas, la cerca murallas torreadas con cava profunda y alta estacada, y el real transformado en ciudad se llamó Santa Fé.

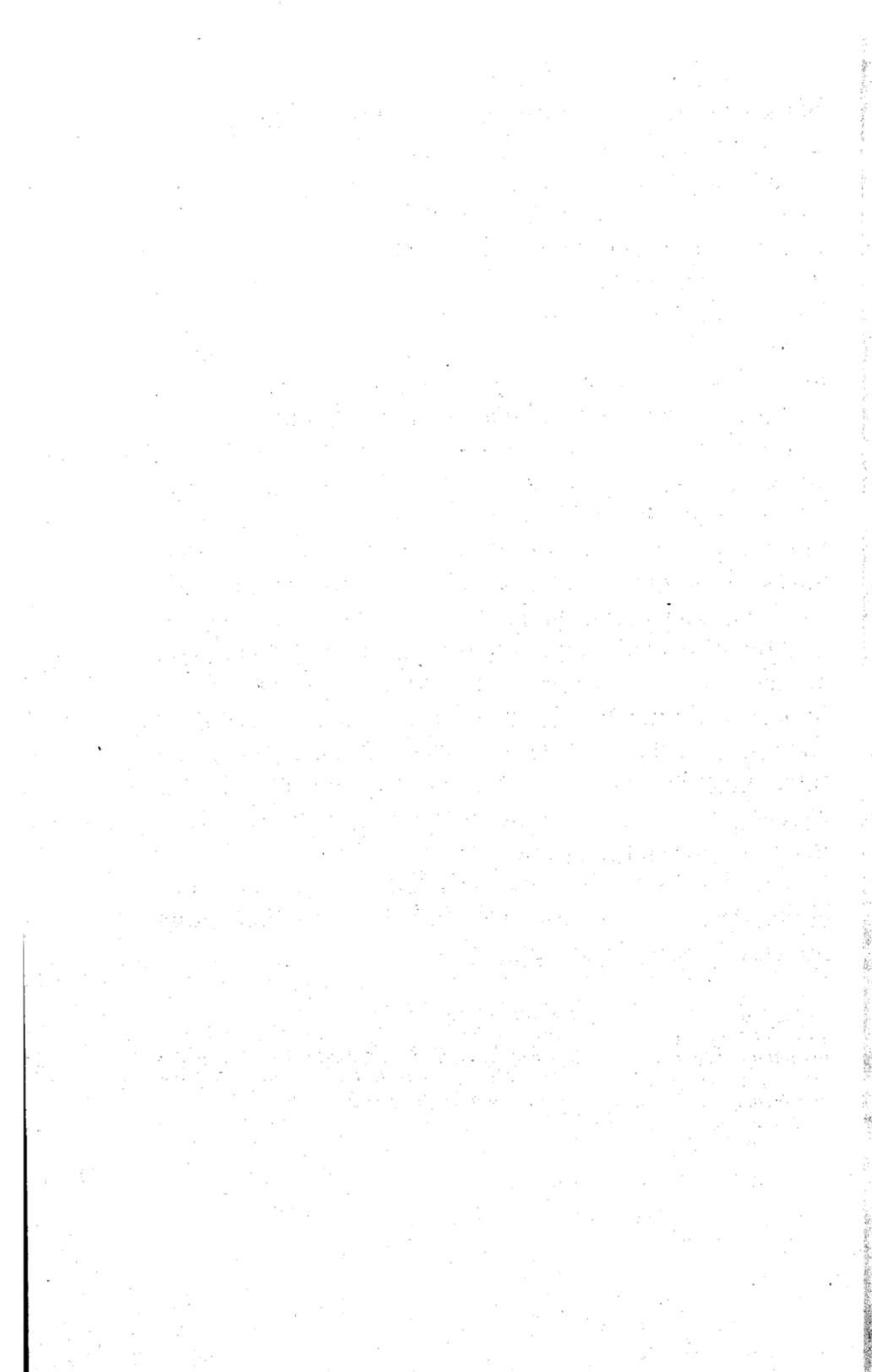
Cerráronse las puertas de Granada temerosos del enemigo, escasearon los alimentos, y se exasperaron los ánimos; las luchas intestinas, las escaramuzas fuera, los combates singulares entre sitiados y sitiadores, eran otros tantos veneros de sangre abiertos en el corazón de Granada.

Abou-Abdallab, supersticioso y débil, habia confiado su reino y su porvenir á su destino, y desesperado, temeroso de cuantos le rodeaban, creyendo encontrar enemigos hasta en lo mas retirado de su harem, pasaba una vida vergonzosa encerrado en una torre, rodeado de guardas, y procurando olvidar sus desgracias entre impuros placeres.

Tal era el estado en que se hallaba Granada á principios de la luna de ramazan (1) del año ochocientos noventa y seis de la egira (2).

(1) *El orden de los meses que los árabes llaman lunas, es el siguiente: muharran, safer, rabic primera, rabic segunda, giumada primera, giumada segunda, regeb, xaban, ramazam, xawal, dilcada y dillagia. Se entiende por egira la era de los musulmanes, que empieza en la época en que Mahoma huyó á la Meca.*

(2) *Junio de 1491 de J. C.*





Por aquel tiempo habia llegado á Granada un hombre de color atezado, barba blanca y espalda encorbada. Decíase médico y astrólogo, y apellidábase Jucef-el-Alime (1). Este hombre, viejo en la apariencia, llevando por único vestido una mugrienta toca, un caftan roto y un almaizar raído, apareció un día en la plaza de Bib-Albolut (2), á guisa de juglar, con un juego de cubiletes y una antiquísima y negra guitarra.

Allí, sentado sobre una alfombra vieja, hacia

(1) *Josef el Sabio.*

(2) *Plaza de la puerta de los Estandartes.*

juegos de manos, cantaba con voz ronca y acompañándose con la guitarra, romances de amor, curaba enfermedades malignas, y decia el horóscopo por algunas monedas de cobre.

Jucef-el-Alime vivió algun tiempo despreciado de todos, perseguido por los muchachos, ladrado por los perros, y en la situacion de un mendigo; pero nadie sabia el lugar de su morada, á la que se retiraba despues de la azalá de al-magreb (1).

Fuese que el desprecio público se le hiciese intolerable, fuese otra causa cuálquiera, apareció algun tiempo despues con trajes severos, aseados y aunque modestos, dignos de un médico, montado en un asno de las Alpujarras, con una varita negra en la mano y un Koram (2) bajo el brazo. Dejó de sentarse en la alfombra en la plaza de Bib-Albolut, y desde entonces solamente se le vió durante la oracion de adohar en el atrio de la grande aljama (3) del Albai-cin (4) predicando á los fieles la palabra de Dios, y curando con ciertas oraciones misteriosas y algunas yerbas de que siempre iba provisto, males del alma y estrañas enfermedades del cuerpo.

De tiempo en tiempo la vista de Jucef se posaba de una manera fija y tenaz, como cediendo á un re-

(1) *Los árabes dan á sus horas los nombres siguientes: de azohbi, del alba; de adoha, de dia claro; de adohar, á medio dia; de alazar, á media tarde; de almagreb, á puestas del sol; de alatema ó alajá, al oscurecer al anochar; ya entrada la noche, segun su costumbre de dividir el tiempo por las horas de sus oraciones ó azalas.*

(2) *Koram. lectura, libro de la ley entre los musulmanes, como entre los cristianos la Biblia.*

(5) *Al-Djami, mezquita principal.*

(4) *Hoy iglesia del Salvador.*

cóndito pensamiento, sobre los muros de una torre frontera á la aljama, y cuya puerta y agimeces se habian tapiado, dando mucho que decir al vulgo, despues de haber cedido el trono á su hijo Abou-Abdallah, el rey Abou'l-Hassan, y antes de su partida para Illora; creíase que un encanto dominaba á aquel alcázar, que el rey Xequé (1) habia construido para la sultana Zoraya (*lucero del alba*) en los tiempos de sus insensatos amores, y murmurábase de una dama hechizada que dormia en él, y á quien se atribuian los bandos y las discordias que laceraban á Granada.

Algunos habian preguntado á Jucef acerca del misterio del cerrado alcázar; pero este fruncia el cano entrecejo, lanzando sobre el curioso una mirada terrible, y seguia su rezo ó sus ensalmos.

Por este y otros accidentes Jucef habia llegado á infundir respeto, con su exterior grave y misterioso, sus lecturas piadosas y sus curaciones admirables; los mismos que antes, pobre y juglar, le habian insultado, se inclinaban con veneracion á su paso, y los que no habian reparado en él cuando era tocador de vihuela, corrian á tomar puesto en el círculo que cuotidianamente le rodeaba en la puerta de la aljama, y donde era conocido con el nombre de sabio Faquí (2).

Una hora despues de la oracion de adohar, Jucef montaba en su asno y salia del Albaicin por la puer-

(1) Asi llamaban en Granada á Abul-Hacem para distinguirlo de Boabdil, á quien llamaban el rey Chico.

(2) Doctor.

ta de Guadix (*Bib-Guadis*), y descendiendo á los frondosos cármenes del Dauro, se perdía en las altas y revueltas cortaduras que sirven de lecho al rio; al dia siguiente, á la misma hora y por el mismo sitio tornaba á la puerta de la aljama, donde ya le esperaban enfermos, enamorados ó supersticiosos.

Alguna vez, entre estos seres vulgares, aparecía un hombre de gesto sombrío, mirada recelosa y expresión astuta, y cambiaba con el sabio algunas palabras en un lenguaje desconocido. Frunciase ó dilatábase el semblante de Jucef por un momento, y despues seguía impasible el ejercicio de su profesion.

Muchos de estos hombres misteriosos solían esperarle luego fuera de los muros, y bajo la sombra de algun frondoso espino, ó en las grietas de una cueva ó en las revueltas de un barranco departían con él acaloradamente y por largo tiempo. A veces algunos de estos hombres llevaban bajo el alquicel un arnés, y oculta cuidadosamente una espada castellana.

Aquellos hombres, á juzgar por su traza, eran ladrones, ó contraventores de la ley, ó corredores de los enemigos.

A pesar de ser esta conducta sospechosa, nadie había reparado en ella, y Jucef gozaba ampliamente de su reputacion de sabio Faquí.

Entre tanto los adalides de Muza, engañados por falsos avisos, eran continuamente batidos en la vega, sorprendidos en traidoras celadas, ó envueltos por un número considerable de cristianos, que los esterminaban ó cautivaban á mansalva. Jucef se dolía en alta voz de estos fracasos, y rezaba acompañado en corò por el populacho que le rodeaba, plañideras ora-

ciones porque Allah diese su favor á las armas de los musulmes.

Pero como nunca faltan en contra de un hombre por santo que sea, lenguas murmuradoras, susurrose que Jucef-el-Alime no era lo que parecia, y que por el contrario servia como *algazaz* (1) á los cristianos.

Llegaron estos rumores á oídos del *alkabir* (2) del rey, y con gran sorpresa suya un *katib* (3) acompañado de algunos ginetes, hizo montar al sabio en su asno y le condujo delante del *alwacir* (4) de Palacio, que investido con las insignias judiciales, teniendo delante un braserillo donde se enrojecian hierros de formas estrañas y espantables, le mandó desnudar de cintura arriba, preparó tras él dos esclavos con varas, le amenazó con sacarle los ojos si mentia, y le interrogó severamente; pero Jucef se dió tal maña á cincesarse, habló de tal modo, estuvo tan inspirado, que el *alwacir* se sonrojó de haber tratado de una manera indigna á un varon santo y temeroso de Dios, le colmó de disculpas honoríficas, le hizo un rico presente, y le dejó marchar libre y con mas fama que antes de su enjuiciamiento.

Jucef no abusó del triunfo; viósele siempre humilde, caritativo y piadoso, rodeado de sus discípulos, que tales podian llamarse los que cuotidianamente le rodeaban, mas no volvieron á aparecer junto á él, tal vez por casualidad, los hombres de rostro ma-

(1) *Espia.*

(2) *Presidente del consejo.*

(3) *Escribano.*

(4) *Alguacil mayor del reino.*

lévolo con los cuales habia tenido otras veces pláticas estrañas en un lenguaje desconocido.

Pero estaba escrito que no debia ya el sabio gozar de reposo ; la calumnia es un corrosivo terrible, que si cae sobre la reputacion mas pura, no la abandonará sin haber dejado impresa en ella sus señales. Aquellos rumores, aunque desmentidos, proseguian, y llegaron en mal hora á oidos del *emir* (1) Muza Ebn-Abil-Gazan.

Menos astuto este que los cadies, los wacires, y los katibs, era en cambio mas fogoso ; rodeado por todas partes de enemigos y de traidores, se habia acostumbrado á desconfiar de todo, y sabia leer en los ojos de los hombres los intentos de su espíritu. Jóven, audaz, valiente, lleno de amor hácia su patria y de lealtad hácia el rey, su señor natural, á nadie confió la investigacion de lo que pudiera existir de criminalidad en el sabio Faquí. El, solo, cubierto con su traje mas rico, ginete en su mejor caballo, galan y hermoso, reuniendo en sí todo cuanto restaba de bello y sublime al pueblo moro, se presentó un dia delante de la aljama, descabalgó, dejó las riendas sobre el cuello á su corcel, y se adelantó reposado, tranquilo, casi sonriendo al círculo de curiosos, muchachos é imbéciles que rodeaban á Jucef.

El pueblo le abrió calle, y se mantuvo á una distancia respetuosa del jóven y hermoso emir. Muza, el caudillo del rey, era temido por los valientes, respetado por los buenos y amado por las damas. Era el hijo predilecto de Granada, y bastaba una mira-

(1) *Principe, caudillo, general.*

da ó una accion suya para que se desnudasen en su torno cien espadas ó para que se apaciguase un motin.

Jusef-el-Alime, el hombre que no habia temblado ante los preparativos del azote y del tormento, palideció instantáneamente ante la presencia del emir.

—Que el señor altísimo, sabio y vencedor sea contigo, sabio Faquí, dijo Muza á Jusef; la fama de tu ciencia ha llegado hasta mí, y quiero que descifres mi horóscopo en el libro del porvenir.

Ni un músculo, ni un párpado se habian contraído en el semblante del mancebo; en su boca lucia una amistosa y cortés sonrisa, y su mano se tendia en direccion á la de Jusef.

—Seas bien venido, caudillo vencedor, espada del Islam, contestó el sabio, ¿qué podrá decir el buho que medita, al águila que vuela?

—Tú eres sabio, Faquí, contestó Muza, tú has descifrado los misterios del libro de Dios y las estrellas hablan contigo; yo soy ciego, marchó entre tinieblas en el camino de mi vida y te pido ojos y luz.

—Eres valiente, emir, contestó el sabio, pero tu horóscopo es funesto; henchida de sangre y desgracias está la nube de tu destino. La muerte acecha, emir, pero tu muerte será gloriosa; tus enemigos honrarán tu cadáver, y los hijos del Islam llorarán sobre tu tumba porque serán esclavos.

Una rápida espresion de cólera pasó por el semblante de Muza; pero imperceptible como una ráfaga que pasa por delante del sol del estío; parecióle que el color cobrizo del sabio no era su color; que su barba cana cubria otra barba negra y rizada, que sus ojos tenian mas fuerza que la que debia

suponerse en los de un viejo. Dominóse sin embargo, y contestó sonriendo:

—Sabio, gracias á tu ciencia el horóscopo que me has anunciado es el más á propósito para llenar de alegría el alma de un emir. Que Dios el altísimo y único sea contigo.

Arrojó una dóbla de oro á los piés de Jucef, atravesó por medio del populacho, cabalgó, y perdióse entre las revueltas calles del Albaicin.

Al llegar á una encrucijada próxima á la Alcazaba, un esclavo africano se aproximó á él.

—Acbakr, le dijo, eres astuto como una serpiente, ágil como un ximio, veloz como unalcon....

—Manda, señor, contestó inclinándose el esclavo.

—Vé á la aljama, y sigue al santon cuando se aleje, de modo que no seas visto por él. Si esta tarde á la hora de la oracion de almagreb no me has descubierto donde mora, quedará tu tronco sin cabeza.

El esclavo se inclinó de nuevo, y partió obedeciendo á un ademan de Muza, que se encaminó á la Alhambra, entró en su alcázar y esperó.

Tres horas despues el esclavo se prosternó ante él.

—Señor, le dijo, el Faquí mora en una cueva, á una carrera de caballo de la Alhambra, subiendo la corriente, á la izquierda del rio.



## III.

Apenas la noche habia cubierto el hemisferio, cuando Muza, armado de todas armas, ginete en un caballo de batalla, y guiado por Acbakr, salió de la Alhambra por la puerta de los Siete-Suelos, subió al galope el repecho del Haza de la Escaramuza, y empezó á trepar siguiendo la carrera del esclavo, el escarpado sendero que corta por la parte oriental la falda de la Silla del Moro.

Pronto el señor y el esclavo llegaron á la ancha plataforma, cumbre de la cordillera, y junto á las ruinas de una antigua poblacion árabe, de las cuales solo se conserva hoy como único vestigio una cisterna conocida por Aljibe de la Lluvia.

La luna creciente, se elevaba en un espacio sin nubes, inundando de una luz pálida y misteriosa las montañas, la vega y Granada.

De oriente á poniente, desde la falda de Sierra Nevada hasta los montes de Loja se elevaba, como una gasa flotante, un vapor transparente, indeciso, perdido como el velo de una vírgen; confundiéndose en él, ora oculta entre las quebraduras de las montañas, ora cubriendo una estrecha garganta, se extendía otra faja de vapores, del norte al mediodía iluminada vigorosamente por la luna que parecia salir de una region encantada: estas dos ráfagas de niebla marcaban la situacion del Dauro y el Genil; junto á sus fajas luminosas, perdidas en una penumbra de sombra, ora pardas, ora azules, se destacaban las montañas, las rocas, los valles, la vega, la ciudad, las aldeas y los castillos.

Se habian estinguido los rumores que acompañan al dia; habian callado las esquilas de los rebaños, el canto de las aves, los gritos de los labriegos; pero alguna vez se escuchaba el ladrido de un perro vigilante, el grito de las lechuzas entre las ruinas, la voz de alerta de los atalayas de la Silla del Moro, y al lejos perdido, confuso, sonoro, el zumbido unísono, continuo, que como un hálito de vida surgia de Granada.

Muza habia detenido la carrera de su caballo para observar aquel espectáculo grandioso, con su aparente faz, sus rumores fantásticos, su claridad mate y su manto de niebla; habia suspirado al ver á Granada inerte y silenciosa entregada al sueño, y habia rugido de cólera al percibir al lejos, en la vega,

las fogatas del real de Santafé, delante de las cuales parecíale distinguir al atalaya castellano, afilando el hierro de su ancha pica en las piedras del muro, y mirando codicioso las torres de la Alhambra.

—¡ Oh señor Allah ! exclamó el emir ; ¡ cuán inexorable eres ! ¿ Será verdad que ese jardin de delicias, esa ciudad de mil torres, y ese alcázar de perlas han de ser presa del tigre que acecha desde su cubil, y que dilata ya su ojo sangriento ?

Muza arrimó los acicates á su caballo y blandió ferrozmente su lanza de dos hierros mirando á Santafé. El valiente bruto, á quien contenia la crispada mano del emir, se estremeció piafando, y lanzó en el espacio un relincho de dolor.

—Silencio, Samyel, dijo Muza, silencio ; que yo te juro por el santo nombre del señor fuerte é invencible, hacerte pisar centenares de cristianos, y bañarte hasta las cinchas en su sangre aborrecida. ¡ Señor Allah ! añadió fijando sus elocuentes ojos negros en el firmamento , muestra á tu siervo un camino de salvacion para su patria, que yo te juro por mi fe de muslim y mi nombre de caballero no retroceder aunque haya de pasar el terrible puente Siraf (1) sobre las llamas del fuego eterno.

Apenas pronunciadas estas palabras el vapor de los rios se dilató ; tendiose primero, oscilando como un gigante penacho, doblose luego, llenó el espacio y se condensó.

(1) *Este puente es mas delgado que un cabello y mas afilado que una navaja. Las almas de los elegidos lo pasarán con la velocidad del viento; pero los réprobos resbalarán y se precipitarán en el fuego eterno. (Koram).*

Una claridad blanca, fria, nebulosa, substituyó á la luz de la luna.

La tierra habia desaparecido, los ruidos nocturnos habian cesado ; solo quedaban niebla y silencio.

Muza se afirmó en los estribos, embrazó la adarga y afianzó la lanza, como un justador que se apercibe al combate ; aguijó el corcel y este partió á la carrera.

Sus ferrados cascos resonaban como sobre un camino de rocas ; fuego lívido arrancaban de él, chispeando, sus herraduras.

Y cada momento que transcurria era su carrera mas veloz, el ruido de sus pisadas mas sonoro, mas intenso y abundante el fuego que arrancaba de la roca.

Al fin su velocidad fué igual á la del viento, cuyo nombre le habia apropiado Muza (1).

Y corria sin tregua ni descanso, como si le hubie-  
ra impulsado la mano de Dios.

Y Muza, con el cuerpo inclinado, la vista atenta, el corazon tranquilo, veía pasar junto á él las sombras arrebatadas por el torbellino.

Y el caballo seguia corriendo ; el ruido de sus pasos era ya semejante al rudo redoble de un atabal ; se devoraba en si mismo, se continuaba, se perdia en un rumor atronador, sonoro, unísono.

Y las sombras pasaban cada vez menos densas, á

(1). *Bed-simoum* ó *bed-samyel*, huracan furioso que nace en el golfo pérsico, y levanta en montañas las arenas del desierto. Se anuncia con gran ruido ; á su llegada el cielo parece encarnado ó inflamado ; mata al momento por la sofocacion, á los que pasa se reducen á polvo cuando se les toca ; sin embargo no altera sus formas.

la manera que la luz de la alborada crece en claridad y calor; pasaban y desaparecían, y al fin dejaron ver un cielo azul, diáfano, alumbrado por la misma luna creciente que Muza había visto brillar sobre Granada.

Cesó la roca bajo las herraduras del corcel, menguó su carrera, y Muza se encontró en terreno desconocido.

Descendía por entre las quebraduras de un barranco á un valle profundo. Una senda estrecha le condujo á la entrada de un bosque oscurísimo. Las aves nocturnas revolaban en su enramada, y el grito del cárabo era repetido á lo lejos por los ecos.

Dentro ya del bosque, blancos y solitarios sepulcros se tendían á entrambos lados de la senda; unos eran humildes, otros elevados; el laurel y el ciprés crecían en torno de las tumbas; un prestigio pavoroso llenaba aquel bosque de los muertos.

A poco que anduvo en él encontró á un viejo encorbado, vestido con una ropa de púrpura, ceñida la frente de laureles, y cuya barba blanquísima casi tocaba al suelo, apoyábase en una espada desnuda y sangrienta y se alumbraba con una antorcha.

El rostro, las manos y los piés de este hombre eran negros; parecía pertenecer á la raza egipcia; pero su calva frente estaba llena de majestad, sus ojos brillaban con un orgullo salvaje, y su boca desdeñosa entonaba un antiguo canto de guerra.

Muza, feroz con los enemigos, cortés con las damas, respetuoso con los ancianos, se inclinó ante el hombre negro; este procuró elevar su encorbada espalda, y alumbró con la luz de su antorcha el semblante del mancebo.

Los ojos del viejo, de espresion bravia y feroz, se dilataron, su boca sonrió, cesó su canto de guerra, y mirando de hito en hito al jóven, le dijo :

—Tú eres Muza Ebn-Abil-Gazan, emir del rey Abdallah el Zogoibi.

—Yo soy el que dices, anciano, contestó Muza. ¿Quién eres tú que conoces mi nombre y mi estado, y qué tierra es esta tenebrosa donde reina la sombra y duermen los muertos?

—Yo soy, contestó el viejo, el primer siglo de la dominacion árabe en España; este mi cementerio. Contéplale bien. Esta tumba severa, trás la cual brota un laurel, es la de Taric-Ebn-Ziad; por él tienen un nombre célebre los campos de Jeréz, y el Guadalete es un rio notable. Este fué el caudillo valiente, compasivo y generoso, con los suyos y con los estraños. Su laurel es verde matizado de oro. Columna de Islam, duerme aqui el sueño de los justos y junto á él descansa su espada vencedora. Su nombre será respetado con los siglos, y nunca se marchitará el laurel que brota sobre su último lecho.

El viejo pasó adelante, y alumbró otro sepulcro, cuya inscripcion estaba cubierta de musgo, y en torno del cual brotaban yerbas parásitas.

—Aqui duerme, dijo el viejo, Muza-Ebn-Noscyr. Su sueño es un sueño de infamia. Envidioso, avaro y cruel calumnió á Taric y le encarceló. La muerte fué con él. Los laureles adquiridos por su espada se han marchitado y reducido á polvo. Solo queda la memoria de sus faltas.

El viejo llegó á otra tumba.

—Aqui reposa Abdelaziz, mas allá su esposa Egi-

la: tercer emir de España, empañó el brillo de sus virtudes y de su valor, siendo renegado á Dios y traidor al califa y á su pueblo por el amor de una mujer, su losa brota sangre como la de Egila. El puñal de la justicia los arrojó á la muerte.

Estos cinco sepuleros son de otros tantos emires que gobernaron sin dejar huellas de su nombre.

Aqui reposa Abderramen (A'bd-al Ralhman, *servidor del misericordioso*), el último de los Abassidas en Damasco, el primer califa de Córdoba, el caudillo fuerte é invencible. La gloria se cierne sobre su tumba, porque él hizo un reino independiente y poderoso de la conquista de Taric. La grande aljama de Córdoba (4) es el signo de su poder y su grandeza.

Alli reposa Pelayo. El laurel que brota junto á su fosa fué fatal á los hijos de Ismael y destila sangre. Pero es mi laurel mas lozano.

Funestos fueron tambien á los árabes los de Alfonso y don Favila, sus espadas se tiñeron de sangre hasta las empuñaduras, y la cruz estendió por ellos sus dominios sobre las tierras del Islam.

Alli descansa Hischem, el hijo de Abderramen, llamado el justo y el bueno. Su reinado tuvo la duracion de un relámpago, y bajó á la fosa sin gloria pero sin infamia.

La tumba de su hijo Al-Hhakem (*el Sabio*) pertenece á otro siglo, emir; mi cementerio es reducido pero en él domina la gloria; la bandera de Ismael flota aun sobre mi frente, y los siglos venideros vol-

(4) *Hoy Catedral.*

verán atrás la vista y me mirarán con respeto; pues bien, si tú hubieras vivido en mi tiempo, tu gloria sería tan alta como la que mas me llena de orgullo, tu espada hubiera sido la espada del Islam.

—¿Y ahora, señor? murmuró Muza.

—¿Qué puede el hombre contra su destino? contestó el viejo. ¿Cómo querrás tu solo contener el torrente que se desborda? ¿Cómo detener la mano del Altísimo que se levanta justiciera sobre un pueblo manchado con la impiedad y los vicios?

—Pero aun queda esperanza, anciano. ¿Qué importa que yo muera si salvo á mi patria, si tras mí se levantan otros que caigan como yo, pero que al caer arrastren consigo un pedazo de terreno arrancado al enemigo?

—Solo queda un medio, contestó el viejo, pero la prueba es difícil; tú has pedido al señor fuerte é invencible te muestre un camino de salvacion para tu patria, y te ha enviado junto al pasado que guarda el destino del porvenir. ¡Ay de tí si te falta fuerza, Muza, porque caerás y pasará tu nombre como pasan las hojas que arrastra el viento del invierno!

Dichas estas palabras el viejo empezó á andar rápidamente el sendero adelante, internándose en el bosque; Muza le seguía; á poco encontraron otro hombre exactamente igual al que guiaba al emir; luego otro y otro hasta siete; todos llevaban espadas, mantos de escarlata y coronas de laurel; pero sus espaldas eran sucesivamente menos encorbadas, sus barbas menós blancas, hasta el último que aparecia fuerte y robusto en todo el esplendor de la edad viril.

Caminaban siempre entre sepulcros; pero á medida

que abanzaban era la senda menos áspera y estrecha, el bosque mas claro, la luz mas diáfana.

Los siete hombres con las siete antorchas en aquel camino medroso y mortuorio hubieran inspirado pavor á otro menos valiente que Muza Ebn-Abil-Gazan.

Al fin desembocaron en un pequeño valle; en el centro de él se elevaba un alcázar negro y silencioso; sus almenas eran de diamante, su puerta de hierro, y sobre la elevada aguja de su alminar ondeaba un pendon verde, en cuyo centro se leia en caracteres cúficos de oro el mote: *Le galib ile Allah!* (*¡Solo Dios es vencedor!*).

Mudo, imponente, gigantesto, aquel alcázar terrible parecia suspendido sobre un abismo de niebla y coronado por una aureola de pálidos vapores; ni habia guardas en sus adarves, ni ajimeces en sus muros, ni saeteras en sus almenas; rodeábale un prestigio pavoroso, y era sombrío como una tumba.

El primer siglo llegó á la puerta, la tocó con la punta de su espada, y sus dos hojas se abrieron lentamente y sin ruido; los siete siglos uno despues de otro se internaron en un ámbito oscuro y tras ellos Muza. La puerta se cerró, y el emir, atónito, con el corazon lleno de emocion siguió á los siete ancianos; descendieron por una espiral y descendió; á los cien peldaños de profundidad se abrió otra puerta, y dejó ver un retrete octógono alumbrado por lámparas sepulcrales.

En cada uno de los lados habia un divan riquísimo; sobre ellos, entre trofeos de guerra, se veian nombres escritos con oro y sangre; estaban allí consignadas todas las hazañas y todos los vicios de sie-

te siglos, y la verdad, desnuda, severa, aparecía en aquel alcázar de la historia pasada.

Cada uno de los siglos asentó en un divan con el orgullo y la majestad de un califa, y clavó junto á sí la antorcha en sus ricas maderas. Muza, avezado á hollar con segura planta y con la cabeza erguida las alfombras de seda y oro de los alcázares de sus reyes, deslumbrantes de oro y púrpura, se sintió anonadado, sujeto por un poder superior en el centro de aquel pavimento de mármol negro, rodeado de aquellas paredes, elocuentes por sus inscripciones, cubierto por aquella bóveda oscura que pesaba sobre la historia de siete siglos.

Parecióle que le miraban los mil héroes, cuyos nombres leía con respeto á la luz de sus lámparas mortuorias; parecióle que sus espectros se levantaban de la tumba, mostrándole sus cuerpos desgarrados por el acero ó manchados por las lividas señales del tósigo; creyó escuchar cien idiomas diversos unidos en un lenguaje incomprensible; sintió deslizarse ondeantes á su lado mantos reales, clámides, túnicas y alquiceles; se fingió áspero rechinar de arneses, ruido sonoro de espuelas, relinchos de caballos y estruendo de combate, junto al bélico y vibrante son de los clarines y el redoble del ronco atabal; azotó su rostro el torbellino, y sus ojos ciegos pretendieron en vano penetrar en el pasado.

Una voz severa, fuerte y acentuada disipó de su espíritu las visiones que le abrumaban.

—¡Creyente! le dijo el primer siglo, tu has jurado al Señor altísimo, fuerte é invencible, por tu fe de muslim y tu nombre de caballero, no retroceder

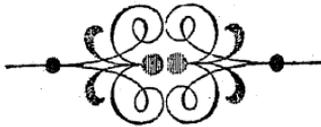
ni ante el fuego eterno, si te muestra un camino de salvacion para tu patria, y ese camino va á abrirse ante tí.

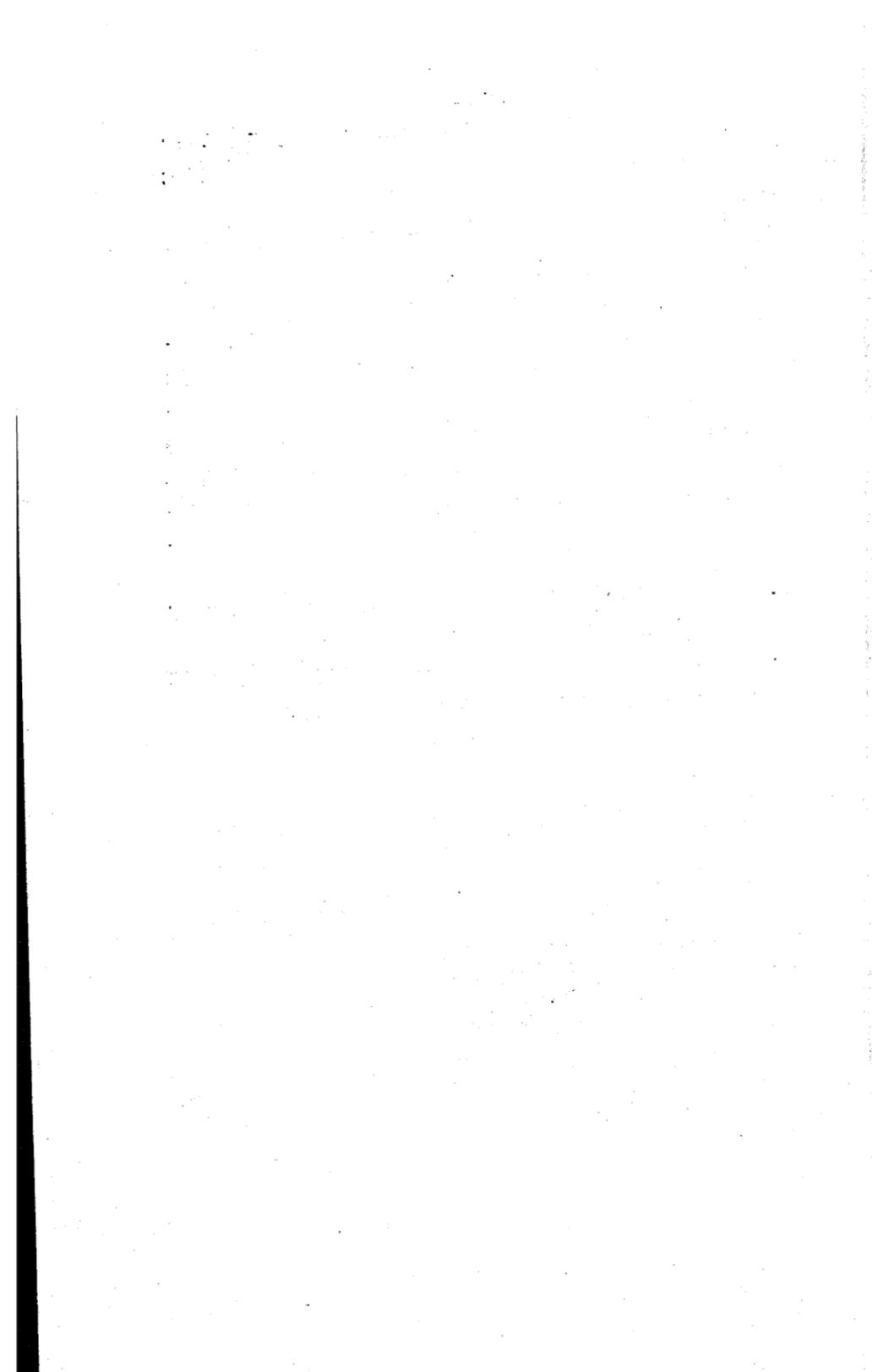
—¡Que se cumpla la voluntad del Señor Allah! contestó prosternándose Muza.

—Escucha, emir, lo que ha cumplido que suceda al destino, prosiguió el viejo. Yo y mis siete hermanos, de los cuales el uno aun preside el destino de los hijos de Ismael en el Occidente, hemos sido hombres como tú; hemos cerrado los ojos á la vida, como tú los cerrarás, y como tú muy en breve, hemos visto hace largo tiempo la region donde no hay sombra, donde muere la duda, donde vive eterno y resplandeciente el espíritu de Dios.

Escucha atento, emir, porque lo que vas á oir es una historia terrible.

Guardó silencio el viejo un momento, y despues con voz pausada y grave empezó su relato.





### III.

—En el centro del Egipto, dentro de la frontera de la Nubia, en la comarca que riega el Bark-el-Abiad, está situado Bertat, pequeño reino, gobernado en aquellos remotos tiempos por reyes tributarios de los califas de Damasco.

Los hijos de aquel país son negros como las tinieblas, y feroces y sanguinarios como el xacal; indolentes y crueles viven del robo y del asesinato, y son un azote de Dios para las comarcas vecinas.

Por el año noventa de la egira (1) los habitantes de esta comarca maldita estaban entregados á una

(1) 709 de la era cristiana.

idolatría inspirada por Eblis (1); el nombre de Dios era escarnecido, y holocaustos humanos de sangre é impureza ardian constantemente delante de los altares de oro consagrados al sol.

El enojo de Dios estaba suspendido sobre la ciudad impía, y el arcángel Azrael (2) solo esperaba el decreto terrible para dejar caer sobre ella la espada de la justicia.

Veinte años antes, el setenta de la egira, habia aparecido junto á la puerta oriental de la ciudad un árabe de color cobrizo y elevada estatura, ginete en un caballo de Arabia, llevando por único traje una túnica, y por armas una lanza, un arco y algunas saetas; se detuvo en el lugar donde el Bark-el-Abiad se despeña entre rocas, formando espumosas cataratas y torciéndose en atronadores tumbos junto á los profundos y estrechos valles formados por las quebraduras.

Descendió por un áspero sendero hasta la corriente, ató su caballo á un espino, y clavó su lanza en el suelo.

Era el lugar medroso y solitario, ni un pájaro ni un reptil, volaban ó se arrastraban sobre él.

Menguaba el dia; el sol reflejando en las cumbres de las rocas las teñia de un vivísimo color rojo, haciéndolas semejantes al coral.

El hombre que se habia detenido entre las quebraduras era jóven y robusto, y su semblante hermoso á pesar de su color atezado, de ojos negros, mirada profunda y piel lustrosa como el mármol pulimenta-

(1) *Satanás entre los musulmanes.*

(2) *Arcángel de la muerte.*

do ; todo en fin revelaba en su ser la agilidad y la fuerza muscular.

Sobre su semblante de espresion atenta y astuta, se pintaba un disgusto feroz y sus ojos sombríos lanzaban profundas y alternativas miradas sobre el oriente y el occidente.

Ocultóse el sol ; el lucero de la tarde apareció vibrando sus trémulos resplandores ; las aves nocturnas dejaron las grietas de las rocas, y la lechuza unió su triste graznar al ruido de las vertientes del rio, y al frio silvido del viento que zumbaba en las rocas y se perdía gimiendo entre los espinos y los árboles silvestres.

Lentamente nubes impelidas por el viento, se tendieron como un manto de negros vapores sobre el espacio ; cerró la noche.

Y las nubes se deslizaban pesadamente estendiéndose en el espacio, envolviendo las crestas de las rocas, cubriendo de niebla al rio, arrastrando en su seno formas estrañas en que la vista del árabe se fingia escaudrones de incubos y vampiros.

Al fin su voz entonó un canto misterioso.

—« Yo soy Yadilkadir (Yadi-l'Kadir, *mano del fuerte*), la tierra que piso se estremece bajo la sangrienta huella de mi corcel de guerra, y cada una de mis saetas es un rayo de muerte.

«Mi hermano es Rajatulah (Rahhatul-lah, *aliento de Dios*), y mi hermana Nurulawal (Nurul-Ahwal, *luz de la tempestad*).

«El es pujante y bravío ; su larga cabellera conmueve las rocas al pasar sobre ellas, y el mar se estremece aterrado al escuchar su grito de combate.

«El rey en su alcázar y el árabe en su tienda, se hielan de terror al escucharle, y le saludan los cedros y las palmeras doblegándose á su paso.

«Su voz es la voz del desierto, y sus alas abarcan la inmensidad.

«Mi hermana, es pálida como el amor, fugitiva como la felicidad, terrible como la mirada del guerrero que levanta el brazo para herir.

«Su manto es de plata y diamante, y su cabellera negra como el ébano.

«Cuando ella aparece entre los doseles de su trono de nubes y mira al mundo, el mundo palidece, porque ella es el espíritu del rayo.

«¡Ven, hermano mio, tiende tus alas en la inmensidad, y tu voz en el espacio!

«¡Ven, hermana mia, y disipa con la mirada de tus ojos azules las tinieblas!

«¡Venid, venid! yo soy Yadilkadir, y es preciso que se cumpla lo que está escrito!»

El canto del árabe se extendió en el espacio, vibrante, aterrador, profundo, y le repitieron los concavos de las rocas, la fronda de la selva, y las espumas de las aguas.

Un zumbido lejano, ronco, silvador siguió á sus últimos acentos. Los penachos de las palmeras se inclinaron, sacudiendo pesadamente sus corvas hojas, el río mugió, y los murciélagos y las lechuzas fueron á esconderse en lo mas profundo de sus grietas.

La tempestad se cernió en las alturas, y el huracán se dejó caer sobre la tierra como el águila que se lanza sobre su presa.

Primero en alta espiral, levantó silvando la are-

na, alzóse en un gigante remolino, luego se tendió rugiente, pasó junto á las rocas, arrebató las palmeras en su tromba, y doblégó bajo su huella los arbustos y los espinos.

La tiniebla se disipó, y un relámpago azulado lo inundó todo en su claridad, que permaneció fija como la luz de una antorcha que surge en un ámbito oscuro.

Delante del árabe aparecieron á un tiempo un gé-  
nio horroroso y una mujer hermosísima.

Las formas del genio eran indecisas, vagas, informes, como las de esas gigantes nubes que á veces remedan una forma humana; sus alas de niebla se agitaban vigorosamente, girando sobre su cabeza, azotando el espacio, flotando, produciendo al desplegarse un rugido semejante al del león, ó un silvido igual al de la serpiente.

El torbellino se agitaba en torno suyo, y sin embargo no ondulaba un solo pliegue de la túnica del árabe junto al cual se posaba.

La mujer era blanca como la espuma del mar, y como esta sus formas tenían reflejos azulados; su semblante obal estaba circundado por una larga y sedosa cabellera negra entrelazada de perlas; dos cejas negrísimas y sutiles daban sombra á sus ojos azules y lánguidos como el sueño; bajo su nariz recta y de forma voluptuosa se dibujaba una boca suspirante de sonrisa caprichosa y ligera, y de labios pálidos, que al entreabrirse dejaban ver unos hermosos dientes de marfil; su cuello corto, de perfectas formas, se asentaba sobre dos hombros de maravillosa redondez; rodeándole como una serpiente de brillantes escamas, deslizándose sobre el hombro iz-

quierdo, seguía las ondulaciones de su desnudo seno, formado sin duda por el arcángel tentador en uno de sus mas lascivos sueños, un collar de diamantes y zafiros unido á un cíngulo de oro que sostenía en torno del talle mas hermoso que creó Allah, una túnica larguísima de tela de plata y seda tachonada de rubíes y amatistas.

Aquella túnica, entre cuyas mangas perdidas y una nube de gasas aparecían los brazos de la hada, rodeados de ajorcas de oro, era flotante, anchísima, luminosa como la mirada de los ojos de Dios.

Y aquel cuerpo deslumbrante con su blancura y con su luz; ténue y vaporoso como una sombra, hermoso como una ilusión, indeciso como una esperanza, aterrador á veces como un amago de muerte, fascinador otras, como una aparición de amores, envolvió por un momento al árabe en su túnica impalpable como el viento, sonora como él, fría como el hielo, y sus labios rozaron suavemente sus labios en un largo y suspirante beso.

Todo su ser despedía vibrantes y vivísimos resplandores; el larguísimo extremo de su túnica, recogida á veces entre las potentes alas del huracán, retronaba poderosa haciendo temblar la tierra sobre sus ejes; entonces el cuerpo de la hada se estremecía en un temblor convulsivo, sus ojos arrojaban una llama lívida, y el rayo partía de su mirada.

Y sobre todo esto rugía la tromba, volaban las nubes, se desprendía la lluvia, y la sombra tendía en los horizontes su manto de tinieblas.

—¿Qué quieres, hermano mio? dijeron á un mismo tiempo Rajatulah y Nurulawal.

—Cerca de aquí, contestó el árabe, sobre la cumbre del llano, dominando á Bertat, hay un fuerte castillo. Soldados guardan sus murallas, y mi mano no puede abrir sus puertas de hierro. En ese castillo mora la mujer de mi amor y yo quiero llegar hasta ella. Precédeme, hermana mia, y alúmbrame; llévame, hermano mio, hasta su divan, arrástrame en tus alas, y luego yo volaré contigo si te place durante la eternidad.

Rajatulah rugió furioso; tendióse hasta tocar la tierra, se deslizó sutil bajo las plantas del árabe, y le levantó en una larga y rápida espiral, como las hojas secas que eleva en remolino el viento del invierno.

Precediales Nurulawal.

Instantáneamente se hallaron á la altura de la cumbre de una montaña. Sobre ella, perdido en la sombra, se veía un torreón altísimo, asentado sobre un estenso recinto de torres y murallas. En la parte mas alta de aquel torreón, á través de una ventana se veía brillar un resplandor opaco.

—¡Allí! dijo el árabe, señalando la ventana iluminada. Precédeme, hermana mia, allí duerme la mujer de mi amor.

Rajatulah rugió segunda vez, describió un estenso círculo, lanzose sobre el torreón, penetró por la ogiva, se torció lamiendo las paredes, apagó la luz, dejó dentro de la estancia al árabe, y á guisa de fiel guardian rodeó el torreón con sus alas, le envolvió en un sudario de niebla, y esperó zumbando atornador en el espacio.

El árabe adelantó vacilante en la oscuridad; sin-

tió hundirse bajo sus piés una muelle alfombra ; un ambiente impregnado de perfumes halagó sus sentidos, y tropezó al fin en un lecho cubierto de ropas de seda.

Yadilkadir se contuvo irresoluto ; su corazón temblaba á impulsos del amor ; su atento oído escuchaba, á pesar del ruido de la tempestad, el suave aliento de alguien que dormía en el lecho.

Un perfume semejante al que emana de una mujer joven y hermosa le embriagó, creció su ser, su corazón parecía querer romper la cárcel de su pecho.

—¡ Luz, Nurulawal , hermana mia, luz ! esclamó en voz baja y suplicante. ¡ Que mis ojos se aneguen en su hermosura, y que la mirada de los suyos inunde mi espíritu !

Un relámpago brillante, sin forma ni color, disipó las tinieblas, y se replegó, silencioso, permanente en los ángulos de la estancia.

Su luz blanca y diáfana no tenía reflejos lívidos ; era dulce, suave y fantástica como la del alba.

El lecho tomó por ella forma y colores, y Yadilkadir vió sobre un rico divan de oro y seda, envuelta en una túnica de púrpura, con los cabellos destrenzados y las manos cruzadas sobre el seno, una niña que dormía.

Pero fuese que la impresion de la luz la despertase, fuera otra cualquier causa , sus ojos se abrieron, levantóse sobre el divan, llevó las manos á sus ojos soñolientos y se puso de pié.

Su ancha túnica flotó entonces en desórden ; destellos deslumbrantes partieron de sus ajorcas y sus arracadas de oro, su larguísima cabellera flotaba té-

nuemente impulsada por el aliento de Rajatulah que asomaba su frente invisible á la ventana para admirar su hermosura, y un olor fragante se extendió sobre el retrete.

Aquella niña que apenas mostraba en su semblante catorce años, pero cuyas formas habian llegado al desarrollo de la mujer, era una hermosísima hija de la Nubia, de piel negra, suave y lustrosa como el ébano, de larga y sedosa cabellera y de frente tersa y majestuosa. Sus ojos eran dulces como el sueño de una vírgen enamorada, elocuentes como la pasión y brilladores como el carbunco mágico de las peris; la mas hermosa doncella de Grecia hubiera envidiado su semblante oval, su boca era mas roja que la púrpura de su túnica, y su dentadura mas igual y mas nacarada que las ricas perlas que entrelazaban aun parte de sus cabellos destrenzados por el sueño. Sus descuidadas ropas dejaban descubrir sus redondos hombros, y sobre su seno aterciopelado y palpitante descansaba un talisman de rubies, sujeto á su cuello reducido y musculoso por un collar de oro y perlas, en armonia con las que hacian resaltar los reflejos azulados de su negra y brillante cabellera.

Y sobre todo esto ocultando mal lo esbelto de su talle, que se balanceaba al andar como el tronco de una jóven palmera; revelando cada una de sus valientes formas, descubriendo su pié, sus brazos torneados por el amor, y sus manos reducidas y admirables, se plegaban en triple vestidura, sus túnicas de finísimo y blanco lino, de relumbrante brocado y encendida púrpura.

Aquella mujer era tan hermosa, tan incitante, tan pura, como debió serlo la reina que encendió la llama del amor en el corazón del sabio rey Salomón (¡Dios sea con él!).

El árabe quedó mudo de amor, de admiración, de respeto ante aquella aparición divina. Ella corrió en su primer movimiento á la ventana, tomando por la aurora la suave luz que emanaba de Nurulawal, ansiando ver las flores de su jardín, las montañas cercanas y los remotos horizontes.

En su descuido de niña no había visto á Yadilkadir, que estaba casi oculto entre los ricos tapices que caían en anchas plegaduras sobre el diván.

Pero apenas asomó su hermosa frente á la ventana, Rajatulah azotó su rostro con su soplo violento, el ruido del torbellino retronó en sus oídos y sus ojos solo vieron sombra en el espacio.

—Mi lámpara ha estinguido su fuego, dijo retirándose de la ventana, la luz del día penetra en mi retrete, y fuera sobre el mundo vuela la tempestad entre las tinieblas. ¡Oh! añadió adelantándose con un abandono majestuoso hácia el árabe en que al fin se posaban sus ojos. ¿Quién eres tú? ¿quién te ha traído aquí?

—Me llamo Yadilkadir, nombre de guerra que me han dado mis enemigos, y me ha traído hasta tí Rajatulah.

La niña se sonrió, y asió con sus pequeñas manos las tostadas del árabe, que se abrasaron á su suave contacto.

—Yo soy virgen, dijo la hermosa, mirando con una curiosidad infantil al árabe; mi padre es rey

y mi madre genio. Tu eres un príncipe del aire, ¿no es verdad? ¡Oh! yo amo mucho á los espíritus del aire.

—Sabes tú lo que es amor, murmuró ébrio de felicidad Yadilkadir.

—Sí, el amor es la luz, el amor es la vida, el amor es el espíritu del espíritu.

Los ojos del árabe se fijaron intensos y sombríos sobre la niña; un pensamiento de celos desgarradores pasó por su alma.

—¡Oh! continuó ella con su misma sonrisa tranquila é incitante, pero el amor es también la sombra del espíritu, el tormento del cuerpo; es la desesperación, la muerte.

La mirada de Yadilkadir se estremeció, y un frío glacial corrió á lo largo de sus venas.

—¿Tú has amado? la dijo.

—Sí, contestó ella; hace mucho tiempo he amado el viento, los espacios azules, los pájaros que pasaban volando sobre la torre y se posaban en la saliente de sus saeteras; he amado el ruido del río, el son de la lluvia, el bramido de la tempestad; he amado mi retrete con sus tapicerías de oro y azul, mis búcaros de flores, mis perfumes y mis joyas; he amado todo lo que me ha rodeado, y he dormido creyéndome suspendida en las alas del viento, como los pajarillos antes de ser presos en mis jaulas doradas.

—¿Y luego? la preguntó el árabe.

—Ven, le dijo ella llevándole delante de un gigantesco espejo de acero; mira: hace algún tiempo, al despertar encontré puesta en su lugar esa placa brillantada; la miré y ví en ella otro ser; sonreía si

me sonreía, me miraba si le miraba, tendía los brazos hacia mí si yo los tendía hacia él, pero siempre que pretendía abrazarle me rechazaba un muro de acero; lloraba y le veía llorar. ¡Oh! desde entonces las flores y los pájaros, la luz y las tinieblas me eran indiferentes; mi corazón sufría, y mis sueños eran tristes, muy tristes. Sentía el amor que es la sombra del espíritu y el tormento del cuerpo, el amor que es la desesperación y la muerte.

Yo que hasta entonces había visto con indiferencia al sabio anciano que me enseñaba y vela junto á mí, le miré con atención, pretendiendo buscar en él algo del ser que llenaba mi alma; pero sus cabellos y su barba blanca me daban frío, sus ojos escondidos bajo sus anchas cejas me inspiraban miedo, su piel arrugada y surcada de grietas me repugnaba.

Miré los soldados y los cautivos que vagaban entre las murallas al pie de esta torre y aparte la vista con horror; eran hombres feroces manchados de sangre, ó miserables esclavos degradados y embrutecidos. Tampoco encontré en ellos el ser de mi alma.

Entonces pensé en ser sabia como mi viejo guardián, pensando encontrar en la ciencia lo que no encontraba en torno mio. Al siguiente día le revelé mi deseo, y se estremeció de temor. Insistí, y me contó una estraña historia.

—¡Una historia! murmuró el árabe, ¿y de quién?

—Era la mía. Me dijo que habían transcurrido doce estíos desde una tarde en que un señor poderoso, el rey de este castillo y de la ciudad que se tiende á sus piés, se extravió solo en la caza y se perdió entre las montañas. El caballo del rey golopaba tras

una cierva, blanca y gentil, y la cierva corria, corria siempre delante; y asi, el rey persiguiéndola y la cierva huyendo llegó la noche. Una hermosa noche tranquila y diáfana, alumbrada por una luna muy clara; y la cierva seguia corriendo pero con menos velocidad, de modo que en poco tiempo se puso á tiro de arco del rey.

—¿Y el rey disparó..?

—Iba á hacerlo, pero la cierva desapareció en la sombra y en su lugar quedó una mujer hermosísima. La noche era silenciosa, el sitio solitario, el rey amante, y él y la mujer se perdieron en la selva.

Después de esta aventura la mujer no volvió á parecer ante el rey, aunque éste estaba perdidamente enamorado de ella. La buscó por todas partes, consultó por medio de los sabios los astros, pero nada supo. Desesperóse y mandó cortar la cabeza á los astrólogos, pero nada consiguió mas que hacerse injusto y cruel.

Y así pasaron algunos meses, hasta otra tarde en que el rey divirtiéndose pescando en el rio, sintió un gran peso en la caña; tiró con cuidado y sacó sobre la corriente un cofrecillo de sándalo envuelto en una tela de brocado.

El rey era codicioso y se llenó de alegría, porque pensaba haber encontrado un tesoro. Pero sus esperanzas fueron vanas. Abrió el cofrecillo con una llave de oro que pendia de él sujeta á una cadena, y encontró una niña: esa niña soy yo.

La jóven se detuvo para mirar con ternura al árabe, que escuchaba su relato entregado á una atención estrema.

—El primer impulso del rey fué arrojar al agua el cofrecillo conmigo, pero una joya que pendia de mi cuello, la misma que ahora llevo, hirió con reflejos deslumbrantes sus ojos avarientos. Quiso despojarme de ella, pero al hacerlo sus manos encontraron entre mis ropas un pergamino. Desenrollólo y halló escritas en él estas solas palabras: *Toma, consulta y obedece.*

Atónito el rey con aquel misterio cerró el cofrecillo, lo ocultó bajo su manto, abandonó sus redes, y se volvió meditabundo con su estraña pesca á su alcázar, donde en el aposento mas retirado se rodeó de sus sabios, les mostró el cofrecillo y el pergamino, y les mandó descifracen las tres palabras misteriosas.

—Señor, contestaron los sabios despues de haber consultado entre sí, la primera palabra te indica que adoptes esta niña; la segunda que consultes su horóscopo; la tercera que obedezcas el decreto del destino que el horóscopo señale.

El rey, mas por temor que por generosidad, juró por su alma tenerme por hija; me entregó á una nodriza, mandó á los sabios que consultasen mi horóscopo, y estos observaron durante siete noches el curso de las estrellas.

—Señor, le dijeron un dia, hemos descifrado el horóscopo de la niña, y le hemos escrito en este pergamino, que no podrás leer hasta que nosotros hayamos salido de tu alcázar.

El rey tomó el pergamino y los sabios salieron; entonces el rey se retiró al aposento mas retirado de su alcázar, desdobló el pergamino y leyó lo siguiente.

## IV.

Moraba hace treinta años en la region situada entre el golfo pérsico y el mar Rojo, un hombre de gran valor y prudencia, aunque de oscuro nacimiento; llamábanle Ysahculhayal (Yshaku-l'shayal, *Isac el pescador*), á causa de su profesion, y era tan pobre y tan desgraciado, que nunca sus redes le produjeron mas que lo apenas necesario para comprar su pan y su sal. Pero nunca su boca blasfemó, ni la desesperacion entró en su alma, porque era un justo y Dios le tenia reservado para grandes cosas.

Y llegó un dia en que sus redes salieron vacias del mar, y tras de aquel vino otro, y otro hasta siete;

los cuatro primeros dias vivió de sus provisiones ahorradas, pero los tres restantes ayunó. Al sétimo el hambre le aquejaba, sus fuerzas desfallecian y apenas alcanzaba á tirar de la red, que al fin salió como los otros dias anteriores, sin haber cogido entre sus hilos rotos otra cosa que piedras y arena.

Ysahculhayal soltó entonces los tiros de su red, y desfallecido de hambre y fatiga se tendió sobre la playa esperando la muerte, y murmuró estas palabras:

—¡ Hágase la voluntad de Allah!

Despues un profundo sopor cerró sus ojos, sombras densísimas envolvieron su espíritu, y corrió por sus miembros el frio de la muerte.

Entonces el viento salió de su profunda cueva, levantó la cabeza sobre el mar y rizó blandamente sus olas; luego arreció, las arrojó en tumbos sobre la arena, y al fin pujante, las impelió cual montañas de esmeralda, coronadas de perlas.

El mar cubrió el cuerpo de Yashculhayal y le arastró; entonces este volvió en sí; encontróse envuelto en las olas, y oró á Dios, creyendo llegada su hora terrible; pero con gran sorpresa suya sintióse fuerte y satisfecho, caminando sobre un pavimento de nácar y rodeado de aguas azules como el zafiro, que rodaban mansamente delante de él, abriéndole paso á través de los mares.

Y á poco que anduvo encontró un alcázar con muros de ámbar y puertas de plata, emanando por sus ajimeces una armonía deliciosa y una luz clarísima.

Y las puertas se abrieron ante Ysahculhayal, que se encontró en una sala como no la han visto ojos humanos.

Estaba fabricado con todas las materias preciosas que atesora el mar, y las perlas caían en cascadas entre sus arcos de coral y sus columnas de diamante.

Y en medio de aquella sala, cuya cúpula estaba formada por cuantas conchas de formas caprichosas y colores vivísimos cubren el fondo del abismo, había una mujer mas hermosa que el alcázar, mas pura que las aguas, y mas deslumbrante que las cascadas de perlas, los arcos de coral y las columnas de diamante.

Y aquella mujer llegó hasta Ysahculhayal, le levantó del suelo, donde al verla se había prosternado, y le besó en la frente.

—Tú has sido elegido por Allah, le dijo, para arrancar de la idolatría y de los vicios á un pueblo olvidado de su religion y entregado á Eblis. Tú eres justo y bueno, y la fortaleza de Dios está en tu corazón. Yo he ahuyentado durante siete dias la pesca de tus redes, y te he visto volver la espalda al mar sin maldecir de tu fortuna; yo he enviado á mi hijo Rajatulah para que arrasase tu cabaña, y al encontrar sus ruinas has ido á buscar un asilo contra el rocío de la alborada en las grietas de las rocas, sin que el sueño haya huido de tus ojos, y sin que visiones tentadoras hayan oscurecido tu espíritu. Yo soy Malicatulbajri (Malicatu-l'bahhri, *Reina del mar*), y te amo, pescador, porque eres hermoso, bueno y temeroso de Dios.

La hada asió por la mano á Ysahculhayal y le llevó sucesivamente á salas tan ricas como la primera, pero de labor y materias distintas; le enseñó tesoros inmensos encerrados en profundas cuevas; retretes

maravillosos con mesas cubiertas de esquisitos manjares, y lechos blandos y perfumados; manos invisibles cubrían las mesas de viandas, y del mismo modo voces dulcísimas halagaban los sueños de paz y de amores, que plugo á Allah conceder con Malicatulbajri á Ysahculhayal.

Y estuvieron así por espacio de siete días; durante ellos Malicatulbajri, al amanecer de cada uno, conducía á su amado sobre un carro de nácar tirado por delfines á sus estensos dominios. Ysahculhayal recorrió todos los mares hasta regiones incógnitas y nunca visitadas por los hombres; le fueron conocidos cuantos ríos desaguan en los mares, y cuantos peces surcan las aguas, desde el inofensivo caracol hasta la terrible y maligna serpiente que rodea la tierra, con sus escamas de bronce y su triple quijada de acero; anegado en el amor de Malicatulbajri se perdió con ella bajo la fronda de las selvas submarinas, hollando con su planta de hombre su césped de algas y sus llanuras de ovas; vió lo que solo ha visto quien lo crió, y no tuvo soberbia; gozó mas de lo que el hombre puede soñar en su locura, y no se adurmió en los placeres. Ysahculhayal en la prosperidad era el mismo que en la desgracia.

El sétimo día, Malicatulbajri metió su carro por la embocadura del Gran río (*el Nilo*), y subió su corriente hasta la embocadura del Bark-el-Azrak (*rio azul*); luego buscó la confluencia de otro río, y apresuró sus delfines, que gemían obligados á vivir lejos de las aguas saladas.

El carro se detuvo delante de un pequeño alcázar situado en lo mas profundo del río, y tan bello, tan

rico y tan deslumbrante como los que habia visto Ysahculhayal en los mares. Las puertas del alcázar se abrieron, y apareció en ellas otra hada hermosísima, pero negra como las hijas de la Nubia; de su cuello pendia un talisman, y sus ropas eran de lino, oro y púrpura.

Las dos hadas se abrazaron estrechamente y se besaron en la boca.

—Esta es mi hermana Malicatulankari (Malicatulankari, *Reina de los rios*), dijo á Ysahculhayal; las dos fuimos creadas el mismo dia en que el Altísimo, despues de separar la luz de las tinieblas, puso las aguas rodeando al mundo, y nosotras dimos á luz á nuestros hijos Rajatulah y Nurulawal; ha llegado el momento de separarnos. Vete. El reino maldito de que te he hablado está cerca de tí. La impiedad y la idolatría dominan en él; conquista ese reino, vuélvele al conocimiento de Allah, y si eres fuerte y justo, despues de tu muerte vivirás conmigo en mis alcázares del mar y en mis jardines de los lagos:

Cuando hayan transcurrido nueve lunas desde este dia, vé al lugar donde solias pescar y echa al mar tus redes. Lo que haya de suceder sucederá porque está escrito.

Y Malicatulbajri besó en la boca á Ysahculhayal, abrazóle Malicatulankari, las aguas se condensaron, elevaron en su tromba al pescador y le arrojaron entre las espadañas de la ribera.

Cuando la luz del sol poniente hirió los ojos de Ysahculhayal, cuando respiró el aire templado de la tierra, cuando se vió sobre ella con los vestidos enjutos, creyó efecto de un ensueño lo que habia pasa-

do por él durante siete días ; pero cuando se encontró á la márgen de un rio, sobre una tierra desconocida ; cuando levantó los ojos y vió ante sí una ciudad extranjera rodeada de fuertes murallas y dominada por un altísimo castillo, la duda huyó de su espíritu, y como siete días antes habia aceptado la muerte, aceptó la mision que le deparaba el destino, y exclamó prosternándose :

—¡Hágase la voluntad de Allah !

Y la noche se acercaba. Ysahculhayal prefirió un asilo en las rocas á dormir bajo el techo de una ciudad impía, y se alejó á lo largo de la ribera y á poco trecho encontró, tras un recodo del rio, entre palmeras y nopales, una magnífica tienda de oro y seda, alrededor de la cual ginetaban algunos guerreros árabes.

—¿Sabeis dónde podria yo encontrar un asilo? preguntó humildemente Ysahculhayal á uno de ellos.

—Tuyo es, señor, lo que ves ante tus ojos, contestó el árabe ; somos vasallos de Malicatulbajri y te esperábamos.

Ysahculhayal entró en la tienda, é instantáneamente le rodearon hermosas esclavas, despojáronle de sus pobres vestidos de pescador, vistiéronle una túnica de brocado, rodearon á su frente un chal de la India y calzaron sus piés con sandalias de oro y púrpura. Luego trajeron ante él un espejo de plata, y á la luz de olorosas antorchas de aloé pudo notar el cambio operado en su ser.

Sin haber perdido su semejanza era un hermosísimo mancebo con toda la fuerza y el esplendor de la edad viril ; el rojo color de su semblante no era el

producido por el continuo azote de los vientos, de los abrasadores rayos del sol y de las emanaciones marinas; era el dorado color, distintivo de los hijos de Arabia, estendido sobre una piel tersa, fresca y brillante; sus manos endurecidas y desfiguradas por el trabajo, se habian transformado en otras manos robustas, pero hermosas y suaves como las de una esclava; su talle, sin dejar de ser fuerte, era esbelto, y su cabeza se erguia con majestad sobre su pecho dilatado y sus anchos hombros.

Su ademan era el de un rey, y su túnica de púrpura se adaptaba admirablemente á sus formas.

Tras las esclavas entraron los joyeros y le prendieron las alhajas que puede llevar sin vergüenza un soldado árabe; tras estos, cargados de armas, llegaron los esclavos, y un anciano walí le ciñó una espada de oro.

Luego le fueron presentadas viandas esquisitas, de las cuales solo tomó pan, leche y dátiles; y cuando se reclinó en su lecho de pieles de tigre, cuando todos se retiraron, la mas hermosa de las esclavas entró en la tienda, sentose junto al lecho y veló su sueño.

Ysahculhayal despertó al amanecer, hizo la ablucion en una fuente de oro que le presentó la esclava, y elevó á Allah la oracion de azzobhi.

Oíase un gran ruido de armas y caballos fuera de la tienda; Ysahculhayal salió á su puerta y vió en el valle, agrupados en escuadron cerrado, diez mil ginetes; ciñóse un arnés damasquino, cabalgó en un fogoso caballo, mandó plegar las tiendas, y en silencio, entregado al destino, abandonó las riendas á

su cabalgadura, embrazó la adarga y afianzó la lanza preparado al combate, y seguido de su ejército, de su consejo y de su harem llegó á las puertas de la ciudad.

Durante la noche los corredores habian visto en las márgenes del rio aquel ejército extranjero ; y la ciudad se habia apercebido á la defensa. Estaban cerradas las puertas, levantados los rastrillos y las almenas cubiertas de soldados.

Ysahculhayal envió en nombre de Dios un mensaje á la puerta mas cercana intimando la rendicion, y por respuesta lanzaron los moradores una nube de saetas á los árabes.

Entonces sonaron en un alarido guerrero los añafes y los atabales, desplegóse la bandera del profeta, Ysahculhayal desnudó su espada y seguido de los suyos se lanzó sobre la puerta.

En un momento la cava que la defendia fué cegada con piedras y árboles; cien hachas calleron sobre la puerta que se abrió hecha astillas, y los hijos del Islam penetraron en la ciudad.

La mortandad fué terrible ; herian las espadas de los árabes impulsadas por la mano de Dios en los impíos como el granizo sobre las mieses, y fueron exterminados todos los que empuñaban lanza ó azagaya, hasta el rey que cayó entre sus mancebas en lo mas retirado de su harem.

Ysahculhayal se apoderó de la ciudad en nombre de Allah, derribó el templo consagrado al sol, purificó con la ablucion los alcázares, las calles, las plazas, las murallas y los edificios de la ciudad, y levantó aljamas á Dios.

Siete dias despues el Koram era observado por los habitantes del pueblo impío, y el ejército árabe desapareció una noche, como habia aparecido para ayudar á Ysahculhayal.

Solo quedaron las vírgenes y hermosas esclavas del harem.

Pasaron nueve lunas en una paz profunda ; Ysahculhayal era dueño de un reino floreciente y religioso ; le amaban sus vasallos , le respetaban sus vecinos, y el sol de la felicidad brillaba sobre su frente.

Pero su próspero destino no le hizo olvidar sus deberes ; algunos dias antes de que se cumpliesen las nueve lunas, dejó el gobierno de su reino á su visir, y solo, con sus antiguos vestidos de pescador y sus redes al hombro, se encaminó á las playas del mar Rojo, donde en los tiempos de su pobreza se ejercitaba en la pesca.

Llegó despues de una larga caminata, y su corazón se dilató ; volvía á ver la tierra de su infancia ; encontraba su pobre choza como antes de ser arrebatada por el huracan, y junto á ella sus ojos, arrasados de lágrimas, se posaron en las tumbas de sus padres y de sus hermanos.

Oró toda la noche sobre ellas, y al amanecer arrojó sus redes al mar ; cuando creyó que podia retirarlas tiró de ellas ; un peso enorme hacia su trabajo lento y penoso ; faltábanle fuerzas ; al fin logró sacarlas sobre la ribera.

Dentro de ellas venia un cofrecillo de nácar ; abrióle y encontró un hermoso niño.

Entre sus ropas halló una tela de oro en que estaban escritas con perlas estas palabras :

*Ese infante es hijo de Malicatulbajri y de Ysahculhayal su esposo; haz de él un buen muslim y un buen caballero, y sigue obedeciendo tu destino.*

Ysahculhayal besó llorando de placer á su hijo, lanzó un beso al mar y ébrio de alegría entró en su cabaña.

Apenas se habia sentado en ella, cuando una esclava hermosísima se presentó á la puerta.

—Yo soy la nodriza de Ebn-al-Bajri (*Hijo del mar*), le dijo.

Ysahculhayal la entregó el niño; oró aquella noche sobre la tumba de sus padres, y al día siguiente, despues de haber arrojado otro beso al mar, emprendió acompañado de su hijo y de la nodriza, la via de su reino.

Llegó y ningun sabio descifró el horóscopo del niño, que creció hermoso y valiente, pero feroz como la ira del leon.

Y gobernó Ysahculhayal pacíficamente su reino durante doce años.

Pero habia llegado el momento de su prueba.

Tenia, resto de toda su raza, un hermano; este hermano era vengativo, cruel y tan irascible, cuanto era generoso, caritativo y humilde Ysahculhayal; indolente y criminal, en vez de haber ayudado á su hermano en la profesion de sus padres, le robó sus escasos ahorros, compró con ellos un caballo y una lanza, y se unió á una de esas hordas de árabes ladrones que asaltan á las caravanas y son el azote de los linderos del desierto.

Y asi, el uno practicando la virtud, el otro perdido en el sendero de los crímenes, pasaron veinte

años desde el día en que el hermano robó al hermano, y doce desde aquel en que Ysahculhayal había sido elevado á un trono por la justicia de Allah.

El árabe ladrón, en su vida de vagancia fué llevado por el destino al reino de su hermano, y á pesar de su grandeza reconoció á Ysahculhayal, púsose ante él, lloró hipócritamente sus faltas, le ofreció mejorar su vida, y el hermano siempre generoso, siempre bueno, le abrió los brazos, le hospedó en su alcázar, y poco despues, engañado por el esterior hipócrita del bandido, le dió el gobierno de su ejército.

Poco tardaron en mostrarse las consecuencias de tamaña imprudencia. Los habitantes de la ciudad, mal avenidos con el gobierno justiciero y rígido de Ysahculhayal, adictos al libertinaje y á la impudencia de su antigua religion, oyeron las pérfidas sugerencias del hermano rebelde, y amaneció un día fatal en que Ysahculhayal se vió preso con su hijo en la torre mas fuerte de su alcázar, vendido traidoramente por su ejército, y acusado de impío y de asesino por los adoradores del sol.

El hermano traidor hizo conducir ante sí, cubierto de cadenas, al hermano inocente; y ambicioso siempre y cruel, le ofreció la vida en una prision si le revelaba el sitio donde había escondido sus tesoros.

Ysahculhayal no reprochó al hermano su crimen, ni se indignó, lloró por él y le manifestó su pobreza.

Porque siempre caritativo, había gastado los impuestos y los tributos en hospitales y limosnas para aquel pueblo que le asesinaba; había sido siempre frugal, y las esclavas de su harem, escogidas por

Malicatulbajri entre las mas hermosas hadas de los lagos, se conservaban aun vírgenes é inmarchitas.

El asesino se irritó ; creyó que su hermano mentía, y esperando que el terror le arrancase su secreto, le condenó con su hijo á la muerte de la hoguera.

Y la hoguera se levantó. Ysahculhayal y su hijo fueron conducidos á ella, y alli por última vez el hermano pidió los tesoros que soñaba al hermano.

Ysahculhayal solo contestó como en los tiempos de su pobreza y de su prosperidad :

—¡Hágase la voluntad de Allah !

Y el fratricida puso fuego á la hoguera.

Entonces las nubes se tendieron en el espacio, la tormenta rugió sordamente al lejos, y se arrojó con la rapidez del rayo sobre la ciudad maldita. La niebla envolvía la hoguera , torcióse en torno de ella el huracán , y arrastrando la tromba se elevó rugiente en el espacio.

Cuando se disipó la niebla solo quedaban cenizas en el sitio de la hoguera.

Todo estaba terminado. El asesino era rey, y las mezquitas fueron arrasadas, escarnecido el nombre de Allah, y reedificado el altar de oro del sol.

El usurpador penetró en el harem, pero le halló desierto ; las vírgenes habian desaparecido.

Tornó la impureza con todo su fatal esplendor; adoróse cuanto de inmundo halaga los sentidos , y Eblis tendió sus alas sobre la ciudad impía.

Y andando el tiempo, el rey de aquel pueblo, acusado por su conciencia y por sus malos ensueños, salió un dia á caza. Abandonóse á la carrera de su caballo, y encontróse de repente sobre el rastro de

una cierva; siguióla hasta que se puso al alcance de su azagaya, é iba á disparar, cuando la cierva se transformó en una doncella nubia de maravillosa hermosura.

Aquella doncella era Malicatulankari.

El rey se deslumbró ante su belleza, descabalgó y ella le abrió sus brazos; estaba escrito, y Malicatulankari volvió llorando á sus alcázares del agua, despues de haber sido profanada por el rey.

Y el rey la buscó, y no la encontró; y preguntó á los sabios, que no le supieron contestar y los degolló.

Y anduvieron aun siete lunas.

Habia corrido la voz de que el rey anterior habia encontrado, siendo pescador, en sus redes un talisman poderoso al que habia debido su poder: el rey, ambicioso siempre, salió un dia de su alcázar disfrazado de pescador; llegó al rio y arrojó las redes; cuando las retiró encontró en ellas un cofrecillo de sándalo y dentro una niña, un talisman y un pergamino en que estaban escritas tres palabras misteriosas.

Y el rey llamó astrólogos árabes que le dijeran el horóscopo de la niña, y los sabios observaron los astros durante siete noches, y leyeron en ellos lo que estaba escrito, y supieron que aquel rey era el rey de Bertat, y que aquella niña era hija suya y de Malicatulankari.

Y añadieron los astros.

Y esa niña se llamará Zarulamyai (Zahara-l'amyai, *Flor de las aguas*), y será hermosa, y amará á uno de su raza, y el talisman que rodea su cuello la librárá de la muerte y de la pobreza.

Y si esa niña conoce el bien y el mal, será desdichada y producirá el castigo de su padre.

Y si se une al hombre de su amor, dará á luz ocho hijos, que tendrán en su espíritu el gérmen del mal, y presidirán el destino del pueblo de Ismael en Gezira Alandalus (1).

Pero si esa mujer llega á cumplir sus quince primaverae sin conocer al hombre de su amor, el rey será poderoso y morirá anciano y respetado.

Ese es mi horóscopo, prosiguió la niña, y me llamo Zarulamyai; un horóscopo terrible, amado mio, añadió posando la intensa mirada de sus ojos negros en Yadilkadir, que la contemplaba con un amor y un interés crecientes.

—Ya ves, me dijo el sabio despues de revelarme mi historia, que la ciencia te sería funesta.

—Y bien, yo quiero ser sabia como tú, le contesté; saber porque lucen en los cielos esos astros brillantes cuando la noche envuelve al mundo; hablar con ellos, para que me digan donde está el hombre de mi amor.

El astrólogo árabe, porque tal era mi anciano guarda, palideció.

—Yo no puedo enseñarte eso, me dijo, porque perderia la cabeza. Tu padre te ha separado del mundo y te ha encerrado aqui bajo mi custodia; harto he hecho en enseñarte un lenguaje y en hacerte conocer el verdadero Dios, porque asi he jugado mi cabeza por tu alma.

Yo insistí, me senté sobre sus rodillas y jugué

(1) *Peninsula de España.*

con su barba ; habia notado que el sabio hacia algun tiempo me contemplaba de un modo particular, que habia perdido su jovialidad y que me trataba con reserva; le habia sorprendido mirándome al descuido, y á pesar de mi inocencia habia conocido en él una inquietud y un afan por mí, igual al que yo sentia por el ser misterioso que llenaba mi alma.

Mis halagos hicieron un efecto terrible en el viejo astrólogo, que al fin cedió á mis ruegos, pero con una condicion.

—¿Y qué condicion era esa? preguntó con acento sombrío Yadilkadir.

Zarulamyai se sonrió lánguidamente.

—Mi amor, contestó ; se arrojó á mis piés, besó la orla de mi túnica, y me confesó que estaba furiosamente enamorado de mí. Yo no sabia lo que significaba la palabra amor.

Entonces el sabio me dió su primera leccion.

—El amor, me dijo, es un fuego intenso y dulce que se apodera del alma á la vista de un objeto que la fascina ; el amor es el gérmen de la vida y de la luz, padre de cuanto existe, lazo misterioso é inesplicable que une la creacion con el creador ; el amor es la ley eterna é inmutable que preside á la reproduccion universal, la atraccion poderosa que hace rodar en sus órbitas precisas los orbes y los astros en los abismos del espacio y del infinito ; el amor es la luz, la vida, el espíritu del espíritu ; el amor es Dios.

Zarulamyai al decir estas palabras era mas que una mujer ; su hermosura resplandecia, su seno se agitaba dulcemente, su voz trémula, de emocion y

de amor, era incitante, dulce sobre todas las dulzuras, armoniosa sobre todas las armonías; su alma virgen y apasionada se exhalaba por sus ojos en una mirada intensa, diáfana, brilladora; era entonces mas que una tentacion, era el espíritu del amor.

Y Yadilkadir cayó á sus plantas en un impulso de adoracion, abrazó sus rodillas, y balbuciente, trémulo, fijando en ella sus negros y hermosos ojos cubiertos por la primera vez con un velo de lágrimas, con el corazon palpitante y la frente abrasada murmuró, anegando su mirada en la clara mirada de Zarulamyai:

—¡Yo te amo!!

Y ella, sonriendo de felicidad, radiante de amor, conmovida en un estremecimiento infinito, le levantó de la alfombra, rodeó sus frescos brazos á su cuello y murmuró sobre sus labios abrasados otro «yo te amo» fascinador.

Pero instantáneamente pasó ante el espíritu del árabe una vision funesta; parecióle que entre Zarulamyai y él se deslizaba el viejo astrólogo, lanzado allí por el espíritu de la impureza, y retrocedió poniendo la mano sobre su corazon como si hubiese recibido en él un golpe de muerte.

Zarulamyai, con el delicado instinto de una mujer que ama, adivinó la causa del horror del árabe, y su alma, herida por aquella sospecha, lanzó á sus ojos una lágrima solitaria.

Yadilkadir se sentó sombrío en el divan y ocultó su rostro entre las manos; ella continuó su relato interrumpido, dominando su dolor.

—El amor es la felicidad, me dijo el sabio astró-

logo, cuando es igual el lazo que une á dos seres; pero cuando es aislado, cuando el ser por quien se sufre no comprende nuestros sufrimientos, el amor es la tiniebla, la desesperacion, la muerte, el no ser.

Zarulamyai pronunció sus últimas palabras en un acento frio, apenador, amargo como un reproche.

—¡Pero el astrólogo...! murmuró roncamente Yadilkadir levantando la cabeza y mirando sombríamente á la niña.

—Es verdad, continuó ella; el astrólogo me dijo: si tú me amas, yo te haré tan sabia como Salomon, y te mostraré cuantas maravillas encierran los abismos del cielo y de las aguas, y donde tienen sus linderos la luz y las tinieblas; los astros hablarán para tí, y te será conocido el lenguaje de las aves y de los brutos, de los peces y de los reptiles.

Yo le ofrecí darle mi amor cuando me hubiese hecho conocer todo lo que desease, y el sabio tornó al dia siguiente provisto de pergaminos enrollados, en que estaban escritos estraños caracteres.

Y pasaron dias tras dias; yo adelantaba con ardor en el camino de la ciencia; mundos antes desconocidos para mí, se abrieron ante mi pensamiento inundados de luz; escuché la voz de Dios en mi corazon, le sentí en mis ojos, en el ambiente que respiraba, en el azul de una noche serena y en los rugidos de la oscura tempestad; los astros tuvieron lenguaje para mí; pero era un lenguaje de amor; les pedia á mi amado y ellos reverberando trémulos me contestaban: ¡espera!

Y cada dia el astrólogo me decia:

—Ya eres sabia, ámame.

Y yo le contestaba :

—Tú me has enseñado el lenguaje de los pájaros y de los animales, de los peces y de los reptiles; dime ahora qué murmuran los árboles y las palmeras, los nopales y los espinos, las yerbas y las flores, cuando las mece el viento de la mañana, ó cuando las azota furioso el huracan; qué sienten las nubes cuando flotan mansamente engalanadas con túnicas de púrpura ó zafiro, ó cuando se arrastran rodando bajo la tempestad ateridas entre su manto de niebla.

Y el astrólogo me hizo conocer lo que le habia pedido, como tambien el lenguaje de los arroyos y de los lagos, de los rios y de los mares.

Y yo pregunté á los árboles y á las yerbas, á las palmeras y á las flores, á los arroyos y á los lagos, á los rios y á los mares: ¿Dónde está el amado de mi alma?

Y ellos me contestaban: ¡Espera!

Y llegó un dia en que el astrólogo me dijo:

—Ya sabes cuanto puede saber una criatura: dame tu amor.

Y yo dije al astrólogo:

—Enséñame antes de que color son los ojos de mi amado.

Entonces el sabio se irritó, y quiso deber á la violencia lo que no le concedia el amor; pero mi madre lo habia previsto cuando me arrojó al mundo defendida por esta joya cabalística; el sabio recordó que mi horóscopo me defendia de la muerte, de la violencia y de la pobreza.

Entonces recurrió á los ruegos y á las lágrimas.

Y así ha transcurrido un año, yo esperando á mi amado y el astrólogo llorando sus amores.

Y al fin mi amado ha aparecido, mi alma se ha inundado en su mirada, y el astrólogo aun llora.

Se ha cumplido mi horóscopo, porque tú eres el hombre de mi raza.

—Sí, yo soy hijo de Malicatulbajri y de Ysahculhayal, contestó Yadilkadir; yo soy el niño á quien el rey de Bertat condujo con su padre á la hoguera.

La admiración se pintó en el semblante de Zarlamyai.

—Sí, continuó Yadilkadir; mi madre velaba por nosotros desde los abismos de las aguas; cuando la mano del fratricida puso fuego á la hoguera, ella despertó en su profunda cueva á Rajatulah y á Nurulawal; «volad, les dijo, y salvad á mi esposo y á mi hijo.»

Y Rajatulah, precedido de su hermana, se lanzó sobre Bertat; envolviola en un manto de niebla y nos arrancó ilesos entre sus alas, cuando esperabamos la muerte.

En un momento nos encontramos en la ribera del mar; era de noche; una luna tranquila plateaba la inmensidad de las aguas; Rajatulah se perdió en los horizontes, rodando sobre su cóncava y sonora estension, y nos encontramos solos.

Mi padre arrojó un beso al mar.

Entonces se abrieron las ondas, y el espacio se inundó de una luz clarísima; en el centro de ella, coronada por celages de oro y púrpura, sobre un carro de nácar tirado por delfines, rodando rápidamente sobre las aguas, apareció una mujer blanquí-

sima, con largos y ondulantes cabellos rubios, envuelta en una flotante túnica de gasa.

Arrojóse en los brazos de mi padre y luego en los míos, nos besó llorando de placer, y al fin escuché su voz dulce y sonora como el murmullo de las brisas en la ribera.

—Ysahculhayal, dijo á mi padre, has cumplido tu destino, has sido justo y bueno, y Dios permite que vengas á morar conmigo en los alcázares del mar; abraza á nuestro hijo, porque no le volverás á ver hasta que transcurran veinte y tres años.

Mi padre me abrazó llorando, me dió excelentes consejos y me rogó que fuese siempre caritativo, valiente y fiel.

Entonces mi madre me besó en la boca, varió mi semblante para que no fuese conocido de mis enemigos, me contó mi historia, é hizo salir para mí del fondo del mar un caballo de guerra, una lanza y un arco.

—Tú eres valiente hasta la ferocidad, hijo mio, y tus enemigos te llamarán Yadilkadir (*Mano del fuerte*). Vé, tu destino te espera, y cumplido tu plazo la felicidad junto á mí.

Besóme otra vez y desapareció con mi padre.

El mar quedó desierto, y solo brilló sobre él la luz de la luna que tocaba las aguas al occidente.

Entonces me encomendé á Allah, salté sobre el caballo y le dejé tomar el camino que le plugo.

El corcel me llevó á Damasco, á tiempo que el califa Abdelmelic celebraba con fiestas y justas la proclamacion como su sucesor de su hijo Al-Walid.

Justé, y vencí. El califa me hizo un rico presente y me nombró walí de sus ginetes.

Desde aquel día mi lanza ha vertido mucha sangre infiel, y mis enemigos, cumpliendo la predicción de mi madre, me llamaron Yadilkadir.

Pero á pesar de mi grandeza sentia en mi alma una sed de amor semejante á la tuya. Consulté á los astrólogos, y me dijeron que la mujer de mi amor estaba prisionera en el castillo de Bertat.

Entonces dejé á Damasco, me vestí la sencilla túnica del árabe del desierto, y aguijé mi caballo; atravesé montañas y llanuras, rios y lagos, y llegué; mi hermano Rajatulah y mi hermana Nurulawal me trajeron hasta tí, que eres la luz de mi alma y la vida de mi vida.

—Pero has dudado de mí, de mí que preguntaba todos los días á los cielos por tí, que soñaba con tu amor que te espera al cerrar de cada noche.

—¡Oh! perdóname, gacela mia, murmuró el árabe, porque yo te amo.

.....

Antes del alba Yadilkadir llamó á su hermano Rajatulah.

Este asomó su frente á la ventana.

—¿Qué quieres? le dijo.

—Condúceme con mi corcel á Damasco, contestó el árabe.

Rajatulah penetró en la estancia, le cogió entre sus alas, lanzóse en los aires precedido de Nurulawal, descendió al valle, envolvió el corcel de Yadilkadir, y antes de que el alba alumbrase al mundo le dejó en la puerta de la ciudad de los califas.

Y así vinieron noches tras noches, y todas ellas Rajatulah condujo á Yadilkadir al lado de Zarulamyai.

Y cada vez era su amor mas intenso y frenético.

Zarulamyai estaba en cinta ; y sin embargo , el astrólogo que la guardaba , fascinado por el genio protector de los dos jóvenes , tuvo ojos ciegos y oídos sordos.

Antes del año , al amanecer de un hermoso dia de primavera , Zarulamyai dió á luz un niño negro y hermoso como ella.

Su corazon de madre se dilató ; besó frenética á su hijo , y le escondió temerosa bajo el tapiz de púrpura de su lecho ; pero Rajatulah penetró por la ventana y arrebató al niño envuelto en el manto de púrpura.

Zarulamyai gritó , pidió á Rajatulah su hijo , y este contestó , rugiendo , en un lenguaje solo inteligible para ella :

—¡ Así está escrito !

Y se perdió en la inmensidad.

Y lo mismo contestó á Yadilkadir cuando á la noche siguiente , impulsado por las lágrimas de su esposa , le preguntó por su hijo.

Y así vinieron , uno tras otro , ocho años desde el dia en que Yadilkadir conoció á Zarulamyai , y por cada un año tuvo en ella un hijo varon , que fueron arrebatados por Rajatulah.

Al finar el octavo año , á la noche siguiente del alumbramiento del octavo hijo , Rajatulah anunció á los esposos que se preparasen para hacer juntos su último viaje.

—Habeis cumplido vuestro destino sobre la tier-

ra, les dijo, y os esperan los alcázares de vuestras madres.

—¿Y mis hijos, hermano mio? le preguntó llorando Zarulamyai.

—Tus hijos, contestó el genio, tienen en sus venas el espíritu del mal de tu padre. Se ha cumplido tu horóscopo, hermana mia. *Si esa niña, dijo el destino, conoce el bien y el mal será desdicha, porque sus hijos tendrán en su espíritu el germen del mal.* Estaba escrito y se cumplió.

Zarulamyai se arrojó sollozando en los brazos de Yadilkadir, entre los cuales le condujo Rajatulah al alcázar de perlas de Malicatulbajri.

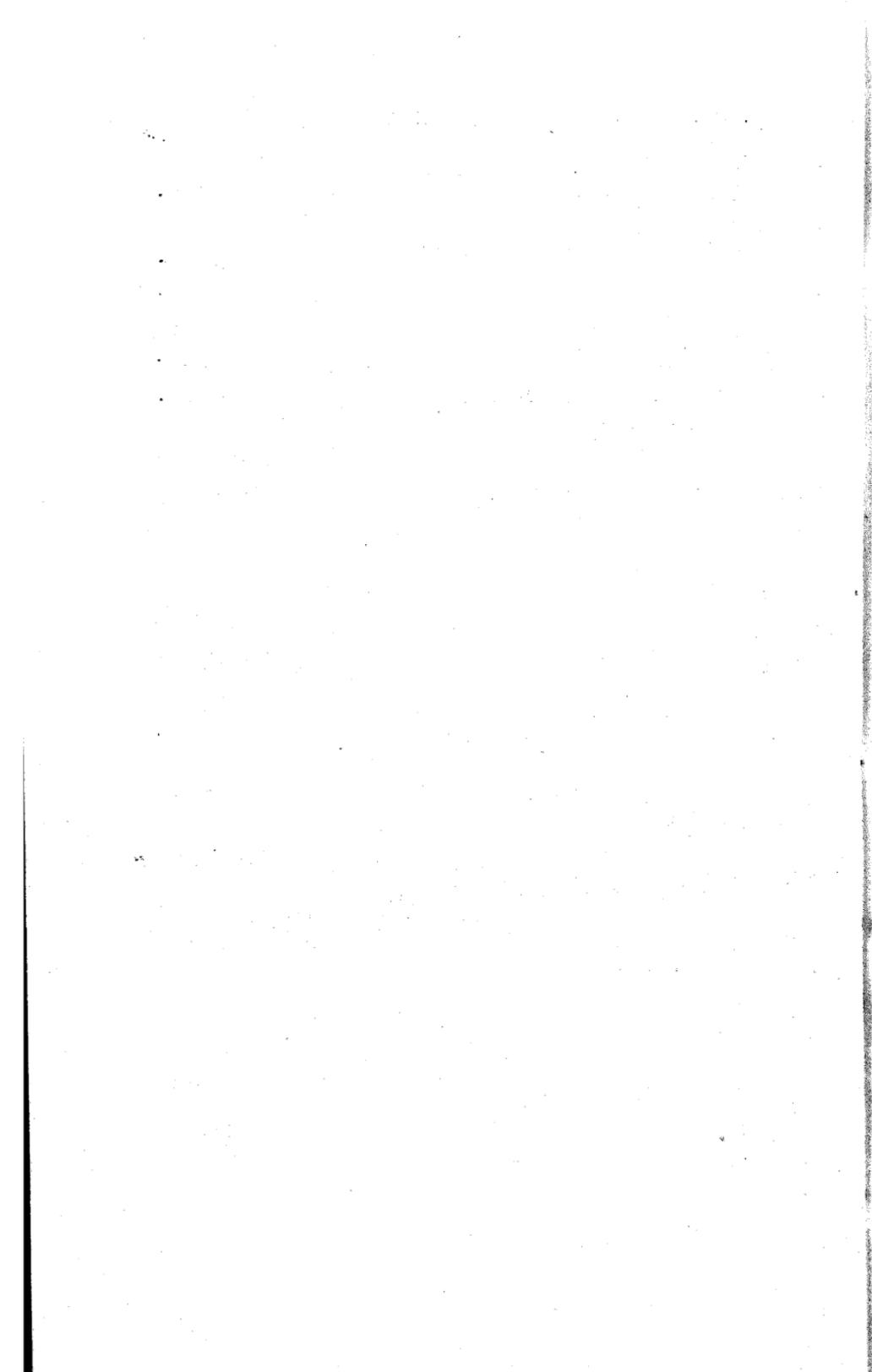
Y el astrólogo entró al día siguiente en la torre, y al encontrarla abandonada llamó á grandes gritos y mesándose la barba á Zarulamyai, y el rey supo que habia desaparecido, y mandó cortar al astrólogo la cabeza.

Y la buscó por todos sus dominios y fuera de ellos, y no la encontró.

Desde entonces no se ha vuelto á saber de Zarulamyai ni de Yadilkadir.

Pasaron como pasan las tempestades despues de haber servido á la justicia de Allah.







Por el tiempo en que dió á luz su primer hijo Zarulamyai, habia á poca distancia de Bertat, en las márgenes de un lago formado por el Bark-el-Abiad, un magnífico templo consagrado al sol ; mengua era su grandeza á la de las Pirámides de Egipto, gigantes cas sus columnas, atrevidos sus arcos como el pensamiento del impío, y mujeres impuras, profanando el velo de las vírgenes, estaban encargadas de sostener perpetuamente el fuego, ante el ara del altar de oro, y la impureza de los falsos sacerdotes.

En la morada del mas anciano de ellos fué donde Rajatulah dejó uno tras otro los ocho hijos de Zarulamyai.

Esos hijos, emir, añadió roncamente el primer siglo, fuimos yo y mis siete hermanos.

Crecimos en la impiedad y en los vicios; fuimos vergüenza de la naturaleza, y al fin sacrificamos como sacerdotes víctimas humanas y castas vírgenes en los profanos altares del sol.

Llegó en tanto el año noventa y uno de la egira; el califa Walid había sucedido en el trono de Oriente y Occidente á su padre Abdelmelic; en Bertat el rey fratricida, viejo y gastado por los remordimientos y por los vicios, había cedido su corona á su hijo Zaib.

Y despues de la siega de las mieses, fué á cobrar los tributos del califa, el caudillo árabe A'bd-al-Azis (Abdelaziz, *Servidor del fuerte*), hijo del emir Muza Ebn-Nozeyr, valiente guerrero, conquistador del Magreb, desde las regiones del Poniente hasta los desiertos del Mediodia.

Tenia una hermana Abdelaziz, de tan maravillosa hermosura, que era llamada Kaukebulabkar (*Estrella de las vírgenes*).

Y aconteció que esta por su mala ventura deseó ver el *Gran río*, y vino con las gentes de su hermano á Bertat.

El rey Zaib fué á pagar sus tributos, y la vió. La llama de un amor impuro brotó en su alma, y aquella noche á guisa de ladron, auxiliado por mí y por mis siete hermanos, aprovechó el descuido de los árabes, hijo del desprecio con que miraban á los nubios, y la robó.

Kaukebulabkar fué profanada por el rey ante el altar maldito, entregada despues á nuestra impu-

reza y sus restos ensangrentados ofrecidos como holocausto al sol.

El castigo fué terrible ; nosotros fuimos degollados sobre los restos aun calientes de Kaukebulabkar, y asesinado el viejo y miserable rey fratricida entre los brazos de sus mancebas.

El decreto del destino se habia cumplido, á pesar de las precauciones del usurpador ; su hijo y los de su hija trajeron sobre él la espada de la justicia.

Durante tres dias la sangre corrió por las calles y los templos, y Abdelaziz cansado de matar, concedió la vida á Zaib y le hizo cautivo.

Apenas esterminados yo y mis siete hermanos, nos encontramos flotando en un espacio frio y nebuloso, sin luz ni sombra. El silencio del no ser, un silencio como no lo han percibido oídos humanos, dominaba en torno nuestro ; de repente el ruido de unas alas poderosas nos estremeció ; rasgóse la niebla, y suspendido en los abismos de la inmensidad apareció terrible ante nosotros el arcángel de la muerte.

—; Espíritus ! dijo Azrael, con voz semejante al trueno ; vuestra vida en la tierra ha sido una continua cadena de crímenes.

Predestinados al mal habeis nacido, y Allah suspende su justicia hasta que se cumpla vuestro destino.

Entonces se lanzó sobre nosotros como el rayo, nos envolvió en el largo extremo de su túnica y nos condujo á la tierra.

Y vimos una vega rodeada de montañas azules, como un huerto de su vallado ; y sobre ellas asentada como una reina una altísima sierra, cuyos piés

besaban las nubes y cuya frente cubierta de nieve, lanzaba reflejos deslumbrantes herida por el sol del estío.

Y al lejos habia siete montes rodeados por dos rios que corrian á sus piés, y que se confundian luego en uno y se perdian entre las opuestas montañas, tendiéndose sobre la vega como una serpiente de plata.

Y sobre el mas alto de aquellos montes habia una alcazaba, y bajo ella una poblacion judía.

Nosotros estábamos suspendidos, ocultos en una nube, sobre una colina cubierta de olivos, nopales y cipreses á la falda de sierra Nevada.

Y sobre aquella colina habia otra poblacion hebrea, diseminada en blancas casas entre los olivares.

—¡Espíritus! nos dijo Azrael, los hijos del Islam pasarán muy pronto el estrecho de las Angosturas para llevar el conocimiento de Allah á las tierras de Occidente; se extenderán sobre Gezira Alandalus y serán señores de ella durante muchas generaciones.

Y ocuparán esta parte sobre la que nos posamos, y sobre aquellos siete montes alzarán una ciudad que se llamará Granada, y bordarán de aldeas esa vega, y entre ellas edificarán una en la colina situada bajo nosotros, y la llamarán Azubia por su abundancia de aguas.

Y andando el tiempo los hijos del Islam, castigados por Allah, perderán uno á uno los reinos de Gezira Alandalus, y su último asilo será Granada, que les arrebatarán al cabo dos reyes nazarenos.

La tierra de la Azubia será la última que se empape en la sangre vertida en esta conquista, y con

ella acabará en Occidente la lucha del Koram y la Cruz.

Allah quiere que vosotros presidais, durante cien años cada uno, el destino del pueblo de Ismael en Gezira Alandalus, y si cada uno de vosotros al espirar el plazo deja aun flotando la bandera del Islam sobre Granada, plantareis un laurel en la colina de la Azubia por la parte que mira á la ciudad.

Y si pasados ochocientos años habeis plantado ocho laures perdonados sereis por Allah, y vuestra madre os besará la boca en los alcázares del mar.

Pero si falta un solo laurel, condenados sereis, y vuestra madre os olvidará, y serán con vosotros las tinieblas.

Y el ángel se precipitó con nosotros sobre la tierra, y nos soterró al pié de un ciprés en la colina de la Azubia, por la parte que mira á Granada.

Yo, el mayor de los hermanos, dormí durante siete lunas; al fin de ellas una voz poderosa me despertó.

—¡ Levántate! me dijo, ha llegado la hora; el Oriente se arroja sobre el Occidente.

Y me sentí arrancado de mi tumba y lanzado en el espacio; mis vestidos eran una túnica de púrpura, fabricada con el tapiz del lecho en que me habia envuelto mi madre al nacer, y en mi diestra mano lucia una larga y brillante espada de combate.

Una nube sangrienta me conducia; calientes ráfagas agitaban mi barba y mis vestiduras; extraños rumores resonaban en torno mio.

Y me elevaba en los aires, y á mis piés aparecia la tierra recamada de montañas, matizada de prade-

ras, surcada por valles; el mar de Damasco se rizaba luciente entre las riberas del Magreb y de Gezira Alandalus, y asomando su cabeza por el estrecho de Alzacac, se unia en un continuo y resonante beso á su padre el gran Océano.

Grupos de nubes, lanzadas en el espacio como un rebaño de gacelas huyendo, pasaban bajo mis plantas impulsadas por las brisas; y el sol brillaba deslumbrante sobre aquellas nubes, y sobre aquellos mares, y sobre aquel hemisferio matizado de púrra, azul y esmeralda.

Y este dia alumbrado por el radiante sol del Islam, era el jueves cinco de la luna de regeb del año noventa y dos de la egira (1).

Cien galeones surcaban las aguas del estrecho, y en ellos Taric-Ebn-Zyad el Invencible conducia á las tierras de Occidente veinte mil caballeros árabes, entre los cuales se contaba muchedumbre de berberiscos y hebraizantes.

Y Taric aferró los galeones á tierra, y salió fuera de ellos con sus ginetes y sus banderas, y quemó las naves; en frente del monte de la Entrada ó de la Victoria, porque en él se vertió la primera sangre de la conquista, y fué vencido el príncipe Teodomiro á pesar de su generosa resistencia.

Y por ello, desde entonces en honor de Taric, se llamó el monte Geb-al-Taric.

Los árabes se tendieron como el huracan sobre la tierra que habian pisado victoriosos, y una luna adelante, en cinco de jawal, la cabeza del rey don Ro-

(1) 711 de J. C.

drigo fué cortada por Taric como prenda de triunfo, despues de tres dias de un sangriento combate en los campos de Jeréz, á las márgenes del Guadalete.

Yo presidi aquella batalla, envuelto en la oscura nube del destino tan fatal para los godos; yo ví estenderse al pueblo árabe, siempre vencedor, sobre la faz de Gezira Alandalus hasta los valles del Pirene, y ví ondear sobre las torres de Toledo la bandera del Islam.

Laurel de gloria planté sobre la colina de la Azubia, y dejé esplendente y poderoso al pueblo de Ismael sobre las tierras de Occidente, cuando me acerqué á la tumba de mi segundo hermano para decirle:

—¡Levántate, hermano mio, por que yo he plantado ya mi laurel!

Y mi hermano surgió de la fosa, y cabalgó en la nube del destino, y volvió pasados cien años, y plantó otro laurel sobre su tumba y llamó á mi tercer hermano.

Y así uno tras otro, siete hemos sido los que tornamos y trajimos laureles, porque aun ondeaba sobre las torres de Granada la bandera del profeta.

Pero ahora, emir, continuó el viejo con voz cavernosa, esa bandera flota á impulso de vientos fatales; el cristiano acampa ante los muros de Granada, los muslimes se agitan en discordias civiles, y siento derrumbarse el trono de Al-hamar.

Solo tú, emir, puedes desviar de Granada el astro fatidico que vibra sobre ella sus rayos de muerte; solo tú que eres generoso, valiente y fiel.

¡Oh, si la primavera cubriese aun doce veces de verdura la vega, y el invierno coronase de nieve otras

tantas las cumbres de la sierra, y ondease aun ese pendon sobre Granada! Entonces nuestro octavo hermano plantaria el octavo laurel, Granada sería eternamente el paraiso de los creyentes, y nuestra madre nos besaria en la boca en sus alcázares de las aguas.

Calló el viejo tras este largo y estraño relato, cerró los ojos y reclinó la cabeza sobre su pecho.

Muza Ebn-Abil-Gazan sentia circular por sus venas fuego, y el amor á su patria llenaba su mente, y comprimia con su diestra los latidos de su corazon, que parecia querer romper sus ligaduras.

—Anciano, dijo al fin con voz robusta, lo que está escrito se cumplirá. Que Dios el altísimo y único que me escucha, fortalezca mi brazo. ¿Qué ha de hacer el emir?

El viejo permaneció con la frente inclinada y los ojos cerrados, pero su voz se elevó lenta y vibrante, en un canto profético.

—¡Ay del valiente! exclamó, ¡ay de la gacela que guarda! ¡El lobo acecha, y el valiente caerá y la gacela será esclava!

¡Ay de los hijos de la gacela! ¡ay de sus hijas!

¡Lágrimas llora el alba sobre Granada, y el sol se tiñe de sangre cuando arroja su mirada vespertina á la mas alta de sus almenas!

¡A la lid! ¡á la lid! ¡que la gacela se salve y que el alba ria sobre sus padreras!

¡A la lid, emir! ¡que tus feroces almogawares pisen las haces de los nazarenos como pisa el labriego en la trilla la mies!

¡A la lid, emir, por la gloria de siete siglos! ¡A

la lid, y que la sangre del lobo manche los gentiles piés de la gacela!

El canto del anciano era bravío, semejante en sonidos al clamor del combate ó al gemido del cautivo; se habia levantado de su divan y con él los otros seis ancianos, que lentamente habian adelantado hácia el centro del octógono, hasta tocar con sus espadas el cuerpo de Muza.

Y este las sintió punzar su carne, sin estremecerse ni palidecer ante la feroz espresion de los semblantes de los siete ancianos, que dejaron caer las agudas puntas sobre el pavimento que gimió en un eco sonoro y prolongado.

Entonces cada uno de los siglos arrancó una hoja de oro de su corona de gloria y las entregaron á Muza.

—Emir, le dijo el mas anciano, esas siete hojas de oro manchadas de sangre, encierran toda la gloria de nuestra dominacion en el Occidente; esas siete hojas de laurel son un talisman poderoso, que te servirán para adquirir otro que pende del cuello de una mujer y que te hará invencible con los tuyos.

Vete; el destino te presentará esa mujer, que hará arder tu corazon con un fuego desconocido para tí; esa es tu prueba. Si ella te despoja de esas siete hojas, ¡ay de tí! ¡ay de Granada! Si tú la arrancas el talisman, grande será tu porvenir y dichosa tu eternidad.

Tras esto, los viejos se tornaron á sus divanes, se replegaron sobre sus rodillas y se envolvieron en sus túnicas.

Muza quiso hablar, pero la voz se perdió en su garganta, sus ojos se nublaron, desaparecieron los

objetos y la sombra densa y apenadora envolvió su ser; hizo un esfuerzo y tornó á abrir los ojos: todo habia desaparecido como por ensalmo; encontróse ginete sobre su corcel Samyel, en el mismo sitio donde se habia detenido para contemplar el real de los nazarenos; la luna brillaba diáfana y nacarada, y las brisas pasaban junto á él saturadas con los balsámicos aromas de los cármenes del Dauro; escuchábase al lejos el hálito de vida de Granada, el grito de los atalayas de la Silla del Moro y el nocturno y vigilante ladrido de los perros campestres; Acbahr de pié, inmóvil, delante de su señor, asía la rienda izquierda del caballo.

El jóven emir buscó entre su faja y su jaqueta las siete hojas de laurel, y nada halló.

—Mucho he dormido, dijo, y mucho he soñado. La noche media; adelante.

Y aguijó á su caballo que no se movió, contenido por la mano del inmóvil esclavo.

—¡Adelante, Acbahr! gritó Muza, ¡adelante! ¿Por qué no has desvanecido con tu voz el sueño extraño que ha envuelto mi espíritu?

—Señor, contestó el esclavo, tu siervo temió enojarte y ha velado tu sueño. Y en tanto, señor, yo he visto tambien una vision espantable.

Muza miró con asombro á Acbahr.

—Poderoso señor, continuó este, mientras tú dormias han pasado en silencio junto á mí siete viejos negros, con largas barbas blancas, envueltos en túnicas de púrpura y con espadas desnudas en las manos. Invoqué á Allah, y entonces uno de los viejos me dejó para tí esta caja.

Y Acbahr entregó á Muza un pequeño cofrecillo de ágata, dentro del cual encontró siete hojas de laurel esmaltadas en oro, sobre cada una de las cuales estaba adherida y seca una gota de sangre.

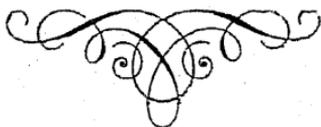
—¿Y qué se han hecho esos viejos? preguntó el jóven caudillo al esclavo.

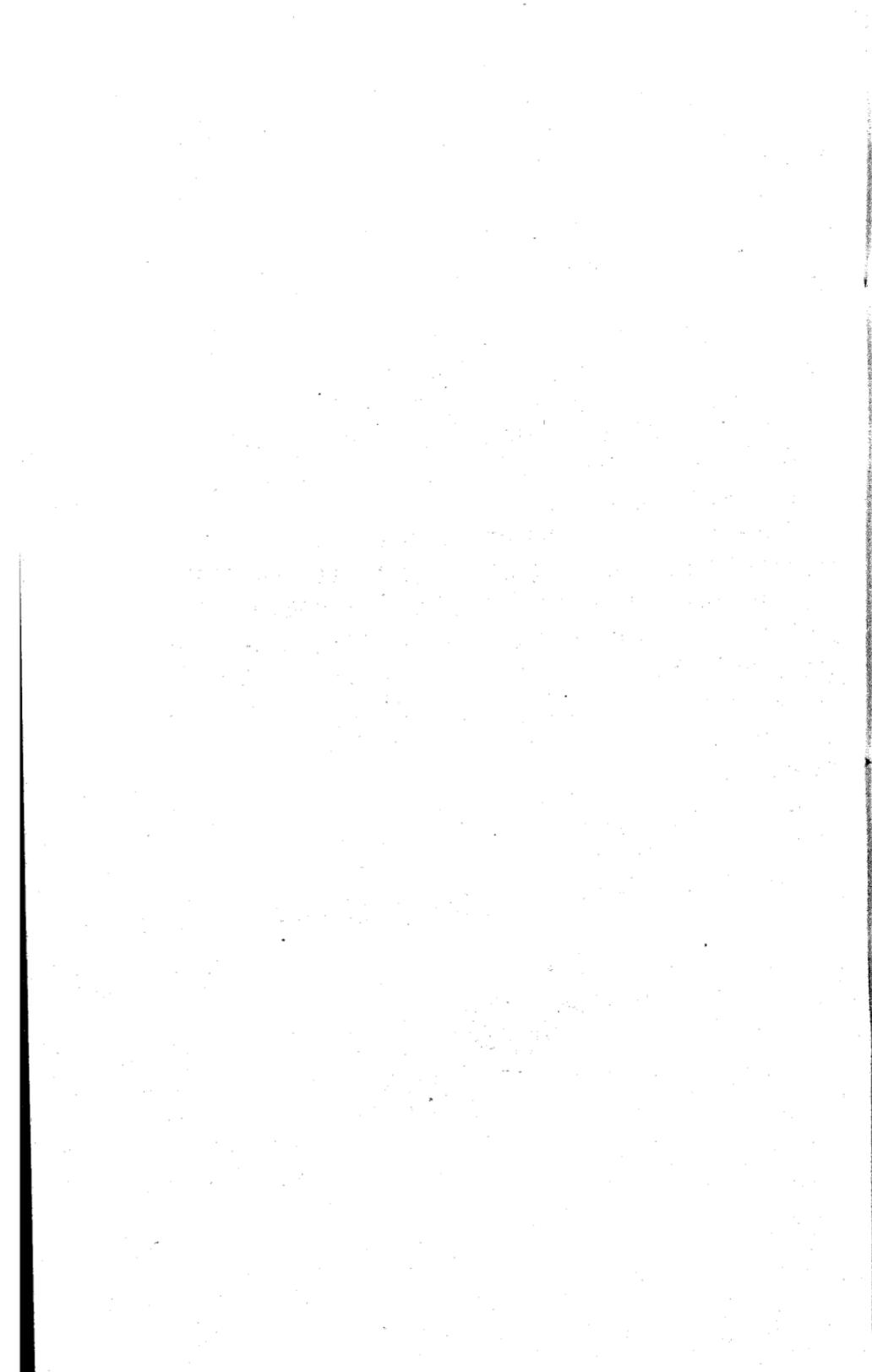
—Desaparecieron, señor, entre lo oscuro del barranco á punto que despertabas de tu sueño.

—¡Hágase la voluntad de Allah! murmuró Muza, guardando cuidadosamente el cofrecillo entre sus vestiduras. Ahora, añadió dirigiéndose á Acbahr, guia á la morada del santón.

Acbahr asió el caballo por la rienda, lanzóse á la carrera á través de la cumbre, descendió por ásperos senderos hasta el rio, y metiéndose con el caballo sobre la corriente para no ser sentido, como acostumbra los cazadores de ánades, se detuvo delante de un repecho, sobre el cual, entre un barranco á la izquierda del rio, se rasgaba la entrada de una caverna.

Muza descabalgó, y se dirigió en silencio, oculto entre la maleza, á aquella medrosa entrada.





## VI.

Por aquel tiempo los nazarenos mas audaces acostumbraban á dejar el real de Santafé y meterse la vega adelante hasta las puertas de Granada, donde retaban á singular combate á alguno de los caudillos moros mas nombrados, ó bien saliendo en busca de aventuras, justaban con los caballeros de Granada, que del mismo modo salian á caza de un trofeo de guerra para rendirle en tributo á su nombre de valientes ó al amor de sus damas.

Prohibidos estaban rigorosamente estos combates por los reyes de entrambas partes, pero á pesar de las ordenanzas de los de Castilla y Aragon y de los

pregones de Abu-Abdallah, cada dia era la vega palenque abierto de estos hechos caballerescos, que hacian lamentar por una y otra parte la pérdida de algun buen caballero, cuya sangre se vertia de una manera inútil.

Por lo tanto, no era extraño encontrar á cualquier hora del dia ó de la noche, en los alrededores de Granada, algun caballero cristiano armado de todas armas, con la visera calada, la lanza en la cuja y la adarga al pecho, plantado como un roble en medio de un camino, en las orillas de una ribera ó en las quebraduras de un barranco, cuyo paso fuese acostumbrado por los caballeros musulimes.

Por eso Muza nada encontró de nuevo cuando poco despues de haberse ocultado á guisa de escucha, entre la maleza próxima á la entrada de la gruta, oyó el trote de un caballo, luego el crugir de un arnés, y al fin la voz de un cristiano que aguijaba en su habla al bruto. No tardó en reflejar la luna sobre el yelmo del ginete, que salió de entre las revueltas del barranco, y el emir pudo distinguir á un caballero cristiano, cubiertas las armas por un manto blanco, calada la visera y armada la diestra con una fuerte pica de combate.

Conociase en lo irresoluto del cristiano que le era desconocido el sitio donde se encontraba, puesto que descabalgó, dejó su corcel á su escudero, y se dirigió indeciso á la subida de la senda que conducia á la entrada de la gruta.

Los ojos de Muza se dilataron; su entrecejo se frunció, y su mano apretó convulsiva la empuñadura de su espada.

—Este perro infiel, dijo para sí, es sin duda algazaz de los nazarenos ; pero, por el santo nombre de Allah, que ha de valerle mucho su espada si llega á trocar su palabra con el santón de la grande aljama.

Y Muza armó un venablo en su arco y le asestó en direccion al cristiano, que subia entonces el sendero á poca distancia de la enramada en que estaba oculto.

Pero el pensamiento de que matando á aquel hombre tal vez malograria la ocasion de descubrir un secreto importante, le hizo variar de ataque, y se arrojó con la espada desnuda sobre el caballero, gritando en árabe á su esclavo :

—¡Achbakr, al escudero !

El esclavo, atento como su señor á lo que acontecia, se lanzó sobre el escudero, le derribó y le rindió ; Muza, que comprendia y hablaba el castellano, como muchos de los caballeros moros de aquel tiempo, puso la punta de su espada al pecho del cristiano, y gritó :

—¡Yo soy Muza Ebn-Abil-Gazan !

—¡Mientes ! repuso el cristiano retrocediendo un paso ; Muza Ebn-Abil-Gazan no atacaria á un enemigo cuya espada estuviese aun en la vaina.

El generoso emir bajó la espada instantáneamente, avergonzado de aquella reconvencion, y contestó :

—No, pero no reusa matar sin compasion y sin combate á los traidores que al amparo de la noche y por caminos extraviados vienen en busca de traidores, cristiano, porque tú no eres ni caballero ni leal, sino un perro infiel que vive del engaño.

—Nada te importa, contestó el nazareno, lo que

yo sea, pero sí dejarme paso, á no ser que prefieras el que me lo abra yo.

Y el encubierto, en cuyo manto conoció Muza la cruz de Santiago, desnudó su espada en actitud de acometer al emir.

—Aqui no, dijo este trémulo de odio; estamos en terreno pendiente y te llevo ventaja. Desciende al llano.

—Si por Dios, contestó el otro, y se lanzó á través del barranco y de la maleza al lecho del rio y á un sitio donde, sobre terreno firme, alumbraba la luna un claro del bosque de álamos que orlaban la ribera.

Los dos partieron por igual la luz, y se acometieron en silencio.

El cristiano era valiente, fuerte y sereno; esgrimia su espada con gran maestria y se adargaba de un modo impenetrable. Muza era ligero, fuerte, veloz como un relámpago, é incansable en el ataque; las adargas gemian bajo el peso de los golpes, y fuego lívido y silvador surgia del choque del acero contra el acero.

Ni una sola palabra se cruzaba de combatiente á combatiente; un solo testigo, inmóvil y silencioso, presenciaba el combate: era Acbakr el esclavo, que despues de haber desarmado y atado con su propia faja al escudero, fijaba en su señor la vista indiferente del que cree seguro el triunfo.

Y en verdad, algunos momentos despues, enojado Muza de la duracion del combate, no queriendo por otra parte inutilizar á su enemigo, le esperó cuando venia con la espada en alto, replegóse en sí

mismo, arrojó su espada, lanzóse á él con los brazos abiertos, le aferró y derribó en tierra.

Con una rapidez y una agilidad increíble levantóse sobre el cristiano, le puso sobre el pecho la rodilla, y gritó con voz terrible, mientras introducía por el falso del coselete la punta de su puñal de misericordia:

—¡Ríndete á Muza, nazareno, ó eres muerto!

—Si, me rindo, leal y cumplidamente, contestó el cristiano; me rindo porque te conozco, Muza, en el peso de tu rodilla y en la fuerza de tus brazos.

—Sin condiciones, añadió Muza.

—¿Para qué las quiere quien se rinde á un caballero? contestó el cristiano.

Muza se levantó de un salto y dió la mano á su enemigo que se puso de pié, le entregó su espada y se desenlazó el yelmo.

El emir dió un grito de sorpresa al ver el semblante del cristiano, y se desprendió la toca, cuyo extremo para no ser conocido habia levantado hasta sus ojos, y exclamó tendiendo la mano al nazareno:

—¡Capitan Gaston de Vargas! ¡Bendito sea Allah que me concede estrechar tu mano, valiente mancebo, sin haber vertido una sola gota de tu sangre!

El capitan Gaston era un jóven que apenas contaría veinte años; su semblante era blanco y mate; sus ojos negros, su cabellera blanca; hermoso como una dama, era fuerte como un leon, y la generosidad y la nobleza se leían en su frente tranquila y alegre como la de un niño.

—¡Ah! ¡eres tú Muza! exclamó, ¡valiente emir! si ordenas á tu esclavo que suelte á mi escudero Gar-

cés, á quien oigo blasfemar entre los árboles, te provaré que siempre van conmigo el recuerdo del dia en que te conocí en la vega.

Muza hizo una señal á Achakr, que obediente como un perro se alejó y trajo consigo á Garcés.

—¡Mi pica! exclamó el capitan Gaston.

Muza se sonrió, y dijo al esclavo en árabe :

—¡Mi pica, Achakr !

El esclavo y el escudero tornaron á poco trayendo las dos armas. La del capitan Gaston de Vargas era una joya de inestimable valor ; tenia el asta de ébano, las guarniciones de oro y el hierro corto y luciente fabricado en Damasco estaba orlado de diamantes ; el pendoncillo era de tela de oro , y en el centro de él, sobre un escudo, en una banda diagonal, se leia en caracteres cúficos este mote : *Billah wa bilmalik*. ( *Por Allah y por el rey* ).

La pica de Muza era una verdadera pica de batalla, con asta de roble , guarnecida de acero , y un fuerte y agudo hierro de Toledo : en su bandera se leian estas solas palabras : *Por Dios , por el rey y por mi dama*.

—Y bien, dijo Gaston de Vargas tomando la pica de ébano de manos de su escudero, ¿conoces esta prenda ?

—Sí, contestó Muza, es mi lanza damasquina, que troqué con la tuya de Toledo, capitan Gaston , como prenda de hidalga y leal amistad el dia en que me ayudaste contra los infames asesinos del infante Sidy Alhamar en los olivares de la Azubia. Es la buena lanza real, que de rey en rey ha venido hasta mí, y que yo te entregué como una señal por la que po-

dria reconocerte en el combate , y me haria des-  
viar la pica de tu pecho, como la tuya debia ha-  
cerme conocido de tí; pero Dios es incomprendible y  
ha permitido que nos encontremos en hora fatal, des-  
provistos de esas señas y empeñados en una misma  
empresa.

Muza enlazó su brazo al del capitan, y sin perder  
de vista la entrada de la gruta, se alejó con él hasta  
una distancia en que no podia ser oido de los escu-  
deros.

—Nunca olvidaré, dijo Muza al castellano, que te  
debo la vida y tal vez la honra, Gaston ; y esa deu-  
da sagrada para todos, y mucho mas para un caba-  
llero á quien llaman el bueno y el leal en Granada,  
la de los valientes, será pagada por mí con el amor  
de un hermano, con la solicitud de un soldado.

El capitan estrechó con emocion entre sus manos  
una mano de Muza.

—Príncipe, la fama de tu nombre vuela hasta el  
centro de nuestros reales, y no hay uno solo de los  
hombres de guerra castellanos desde Hernando del  
Pulgar hasta Gonzalo de Córdoba, que no tuviesen  
en mucho el medirse contigo, y que no se declara-  
sen vencidos lealmente en un azar de guerra, quan-  
do como yo se hubieran dejado despedazar antes que  
entregar sus espadas á un escuadron de vuestros  
bravíos alfarazes (1). Por eso, príncipe, yo me de-  
claro tu cautivo en buena y leal batalla, y me pongo  
á tu merced.

Muza movió tristemente la cabeza, y asiendo á

(1) *Caballeros de lanza y espada.*

su vez las manos de Gaston, le dijo con el acento del mas dulce reproche :

—No, tu no eres mi cautivo. Pero ¿por qué mi hermano de batalla viene con la noche á buscar á los traidores enemigos de Granada? ¿Por qué no deja, él, que es tan cumplido caballero, ese ejercicio deshonroso para los rufianes y la gente menuda de sus reales ?

Gaston de Vargas conoció lo justo de la reconquencia y se sonrojó.

—Y ya que el espíritu tentador, continuó Muza, ha oscurecido su espíritu, por qué no dice á su hermano : «Muza, aqui está el peligro, alli los traidores, mas allá la celada ;» porque la guerra, capitán, la guerra entre reyes y caballeros debe ser una lucha leal, de espada contra espada, de sangre por sangre ; pero no de traicion á traicion.

El capitán callaba, la exaltacion de Muza crecia.

—¡Que vengan y arrimen escalas á nuestras murallas ! gritó : ¡que despleguen en campo abierto, en número igual, caballero por caballero, lanza por lanza, peon por peon, bandera contra bandera, la enseña de Santiago por Castilla delante de la del Islam por Granada ! ¡Son poco generosos, poco hidalgos ! continuó Muza, cuya exaltacion crecia ; ¡ utilizan las discordias intestinas de mi pueblo, nos cercan de traidores, recogen en sus reales á esos infames abencerrajes, que impulsados por los hijos de Abou'l-Hasan y de Zoraya, han vuelto la espalda á su patria, á su rey y al Dios de sus padres ! ¡Y no han enviado sus traidoras cabezas á Granada en prenda de lealtad ! ¡Y no contentos aun, arman con el puñal y el vene-

no á los miserables que aun moran encubiertos tras de nuestros muros! ¡Por el santo nombre de Allah! ¡por el profeta! ¡por la piedra de la Kaaba! que si un escuadron de cristianos se me hubiese ofrecido contra sus reyes, yo los hubiera tornado azotados y escarnecidos á sus señores naturales. Muza puede y quiere retar, y reta de solo á solo, de dos á dos juntos si asi les place, á los Pulgares, á los Leones, á los Córdoba, á los Toledo, á los Mendozas, al mismo príncipe don Juan y hasta el rey don Fernando; Muza puede morir como caballero, pero deshonorarse como villano, enviar asesinos al real de sus enemigos, ¡nunca, capitán Gaston! ¡nunca!

La aureola del heroismo brillaba en el semblante de Muza; el castellano se sintió dominado, y tuvo impulsos de prosternarse ante la majestad del valor y de la desgracia; ante el hombre que con tanta nobleza reprochaba la conducta de sus enemigos.

—Muza, le dijo, te engañas; mis señores don Fernando y doña Isabel, los nobles que has nombrado, los caballeros que no han tenido la honra de vivir en tu memoria, te hacen justicia, emir, y te respetan. Tu lanza, el arma invencible con que premiaste una accion que en mí no era otra cosa que un deber de caballero, ha sido blandida con orgullo por ese mismo rey don Fernando, por el príncipe don Juan y por las reales manos de doña Isabel, que ruega por tu vida al Dios crucificado, y te llama el único y valiente caballero de Granada. ¡Muza! los hombres como tú son héroes, y no habria uno solo de esos caballeros á quienes has retado, incluso el gran Gonzalo de Córdoba, que no cambiase su lanza á la ma-

no siniestra si te encontrase en batalla, y pasase saludándote con amor ; porque los valientes y los generosos son hermanos, y no puede haber sangre entre ellos.

—Sí, contestó Muza con amargura , pero enviaron contra mí una veintena de lanzas traidoras, que me acometieron solo y mal armado, que á no ser por tí y tus escuderos hubieran acabado conmigo, y me hubieran dado una muerte desesperada y sin gloria. ¡Oh! tú no sabes como yo las viles arterias con que atizan el fuego que arde en el corazon de Granada; tú no sabes que en esta guerra vale mas un mal espía que una buena espada.

—Cosas son esas del infante Sidy Yahye que te aborrece, emir, contestó Gaston, no de mis señores. Cuando supieron que habia ensangrentado mi lanza por tí, cuando mis escuderos estendieron por el real la nueva de la escaramuza, los reyes me llamaron, me dieron á besar su mano, me otorgaron, á mí, simple hidalgo, una compañía de arcabuceros, y esta cruz de Santiago es un recuerdo de aquel dia. ¿Qué mas pruebas, Muza, de que si no te aman al menos te respetan ?

—Orgullo y falsía, contestó el tenaz Muza; tú mismo eres un testimonio ; yo te he sorprendido trayendo sin duda un mensaje para un hombre sospechoso; para uno que se llama sabio y Faquí, y que Allah me confunda sino es un perro infiel renegado de Dios.

—Es verdad, dijo Gaston , que traigo letras, no sé de quien, para un hombre que mora en el fondo de esa gruta ; pero por mi alma que no aliento otro deseo que conocer á una mujer que he oido pon-

derar y que mora en ella ; además , he prometido á la princesa doña Isabel de Portugal entregarle mañana esa mora cautiva, y ya ves que en esto no hay mas que una aventura caballeresca, cuyos medios podrán ser, si se quiere, un tanto dudosos para un hidalgo. Esta es la verdad.

—¡Una mujer! exclamó Muza, á cuya memoria vino lo que se le habia anunciado en la vision de los Siete Siglos ; ¿y quién ha podido decirte que esa mujer es hermosa y que mora en esa gruta?

—El infante Sidy Yahye, contestó Gaston.

—¡El infante Sidy Yahye! murmuró Muza, ¡el hermano del infante Sidy Alhamar! ¡Oh, bien puede ser! ¿Y cómo aconteció, Gaston?

—Estaba ayer de guarda con otros caballeros en las tiendas del rey ; me habia tocado el servicio de atalaya real y me apoyaba en tu lanza, cuando pasó cerca de la tienda el infante á caballo acompañado de algunos ginetes. Detúvose junto á mí, me miró con insolencia, y me dijo sin destocarse ante el pendon real que ondeaba sobre la tienda.

—Rica lanza gastais, hidalgo, y pardiez que bien quisiera medir esa prenda real con mi pica de infante.

Yo no contesté al reto, sino que le dije afianzando mi arma :

—¡Saludad á Sus Altezas !

Por toda contestacion Sidy Yahye, rojo de cólera, dirigió á mí su caballo levantando su látigo.

—¡Por Satanás ! murmuró Muza ; ¿y no le tendiste á tus piés?

—Satisfíceme arrancando con la punta de la lanza la gorra de la cabeza del infante. Y á no ser por-

que á punto apareció en la puerta el principe don Juan, no sé á donde hubiéramos llegado. Pero todo concluyó por el momento con su presencia. Uno de sus pajes entregó la gorra á Sidy Yahye, que saludó al principe, me lanzó una mirada colérica, aguijó su caballo y pasó con sus ginetes.

Poco despues un escudero del infante llegó junto á mí, y entregándome un guantelete, me dijo:

—El infante, mi amo, espera recogeros esta prenda al medio día como caballero en los ojos de Gue-tar, si no faltais al plazo como villano.

Por toda contestacion recibí el guante y lo puse en la punta de mi pica. Habian sido testigos de esta aventura muchos de mis camaradas, y como se acercaba el medio día, uno de ellos ocupó mi puesto, y con una excusa me retiré de la guarda.

Pero los duelos están severamente prohibidos entre nosotros, y apenas habia puesto las herraduras de mi caballo fuera del real, cuando mi primo Garci Perez de Vargas, acompañado del buen don Inigo Lopez de Mendoza, nuestro padrino, y de muchos hidalgos y mesnaderos, me cercaron, me hicieron notorio que los reyes tenian conocimiento de la querrela, y que era prudente diferir por entonces el plazo, hasta que pasados algunos dias pudiera verificarse con sigilo. Redujeron asimismo con buenas razones al infante Sidy Yahye, y como el lance y la provocacion habian sido demasiado patentes, se tuvo por bien que nos reconciliásemos en la apariencia, y que comiésemos juntos en las tiendas de Garci Perez de Vargas.

Asi se hizo, dejamos los arneses y nos sentamos al

par en una misma mesa; circuló el vino en profusion; primero salieron á cuento lances de guerra, luego vinieron los lances de amor; cada cual ponderó los encantos de sus damas, y no hubo estrella ni lucero que no fuera pospuesto á alguna mujer de ojos negros ó azules; el infante bebia y tornaba á beber, hasta que al fin se apoderó de él la embriaguez.

Entonces nos habló de una mujer á quien llamaba unas veces hada, otras, segun dijeron algunos que sabian hablar en arábigo, *Sol de la hermosura* (1). Dijonos que el hombre que poseyese su amor sería invencible, y como los que están ébrios hablan lo que tal vez luego les pesa, añadió:

—Y si alguno dudase de lo que digo, vaya si es valiente á la gruta que conduce á la morada de esa hermosura.

Todos le preguntaron el sitio.

—No muy lejos, contestó el infante, sino en el lecho del rio Dauro, á una carrera de caballo de la Alhambra, en un barranco como se sube á la izquierda de la corriente.

Barbotó algunas baladronadas, y vencido por la embriaguez se durmió.

Todos creyeron un sueño la existencia de una mujer tan preciada que habia alcanzado por nombre *Sol de la hermosura*, y que moraba en un asilo tan miserable como una cueva; pero no sé porque yo, que nunca he creído en cuentos, creí enteramente lo que la embriaguez habia hecho salir del alma del infan-

(1) *Schamsul-Ilemal, en árabe.*

te, y juré ser yo el que habia de saber la verdad del dicho.

La noticia de la existencia de la ponderada hermosura corrió en el estrecho recinto del real, y todos supieron que yo habia adoptado la empresa.

Y así lo hice; cuando el sol se ponía, mandé á Garcés enjaezar los caballos, ceñí mi arnés de guerra y salí del real.

A poco trecho encontré á la princesa doña Isabel, que habia salido á esparcirse con sus dueñas y escuderos, y á quien debí la honra de que me dirigiese la palabra.

—¿Qué es esto, capitan Vargas, me dijo, vais á buscar un sol cuando otro se pone?

—Juro á Vuestra Alteza, la contesté, que mañana ese sol ha de brillar entre vuestras damas, ó he de ser cautivo.

—Acepto, caballero, me dijo la princesa; pero cuidad de vuestra vida, no sea que ese ponderado sol nos cueste uno de nuestros mas queridos vasallos.

Saludé respetuosamente á la princesa, y partí; y éteme aquí, emir, empeñado en una aventura, sin guía, tras un objeto quizá falso, espuesto á vuestros corredores y perdido entre el cauce del rio; pero hay sin duda un Dios que protege á los locos y á los enamorados; no habia andado muchos pasos cuando sentí el galope de un caballo; ocultámonos por prudencia entre los árboles yo y mi escudero, y esperamos. Muy pronto un ginete se detuvo delante del sitio donde estábamos apostados, y echó pié á tierra para apretar la cincha á su caballo, azar afortunado que me dejó conocer en el ginete al escudero que

aquella misma mañana me habia entregado el guantelete en nombre de Sidy Yahye.

No era ocasion, ni persona digna de empeñar un combate singular ; me limité, pues, á salir recatadamente de la espesura con Garcés y le aseguramos por la espalda.

El escudero quiso en vano desasirse ; lo atamos con las riendas de su caballo á un árbol, y yo le interrogué.

—¿Tú eres el escudero del infante Sidy Yahye? le dije.

—Sí, me contestó.

—¿A dónde vas?

—No sé, repuso ; pero al sentir la punta de mi daga en su garganta me dijo :

—Llevo un mensaje de mi señor para su hermano Sidy Alhamar.

—¿Y dónde vas?

—A Guadix.

—¡Mientes! vas á una cueva que está á poca distancia de aqui, en las márgenes del rio, le contesté, amenazándole de nuevo.

Entonces el temor de la muerte le hizo confesármelo todo, y me entregó este pergamino rodado y sellado.

Gaston de Vargas sacó de su escarcela un pergamino enrollado, y lo entregó á Muza.

—Ahora bien, príncipe, añadió el capitan, ¿crees que Gaston de Vargas manche el hábito de Santiago siendo espía de los suyos?

—No, no, capitan, perdóname, contestó Muza con emocion abrazando al jóven, habia pensado mal de tí

cuando el destino es quien te trae. Pero ese hombre tendria alguna seña para abrirse paso : dímelas.

—Sí, contestó el capitan, me dijo que llegase hasta el fondo de la cueva, y que diese un golpe en una piedra que encontraria en el suelo. Que me contestarian preguntando desde adentro : *Yugo ó espada*; que debia contestar : *Tanto monta*, y que una puerta se abriria ante mí.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! Gaston, exclamó enajenado de alegría Muza, porque sin tí imposible me sería dar cima á una importante empresa. Mira, no eres mi cautivo, pero quiero tenerte algun tiempo conmigo en mi alcázar, abrirte mi harem, ofrecerte mis tesoros. De todos modos no puedes volver sin esa mujer á Santafé, porque dudarian de la verdad de tu dicho viéndote volver ileso ; por otra parte, mis adalides cubren á estas horas todas las avenidas de la ciudad y podrias caer en una celada. El enemigo te declara libre, pero el amigo te prende.

—En buen hora, contestó Gaston, acepto; pero es preciso que se sepa de mí en los reales.

—¡Acbakr! gritó Muza.

El africano se acercó á su señor.

—Conduce á mi hermano y á su escudero á mi alcázar ; toma mi anillo y muéstralo á los guardas de Bib-Guadix, que os franquearán el paso. Y atiende bien, cuando llegues despierta á mi katib (1), muéstrale tambien el anillo y en mi nombre haz que escriba un pergamino..... ¿para quién, Gaston?

(1) *Secretario.*

—Para don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla.

Muza repitió al esclavo, hasta hacérselo aprender de memoria, el nombre dictado por el capitan, y añadió:

—Que se diga á ese caballero que el capitan Gaston de Vargas queda como huésped durante algunos dias en mi alcázar, y que el emir Muza Ebn-Abil-Gazan solicita licencia para él de Sus Altezas los reyes de Castilla y Aragon. Que enrode el pergamino y lo perfume, y que penda de él con hilos de seda mi sello de oro.

Al amanecer mi alferez, acompañado de cuatro escuderos, llevarán este mensaje al real cristiano, acompañado del presente de uno de mis mejores caballos de Persia, de un broquel, una jacerina y un alfanje de Túnez.

Tú, que eres sagaz y entendido, Acbakr, no olvides una sola de mis palabras, y cúmplelas como has cumplido otros empeños mayores, si amas tu cabeza.

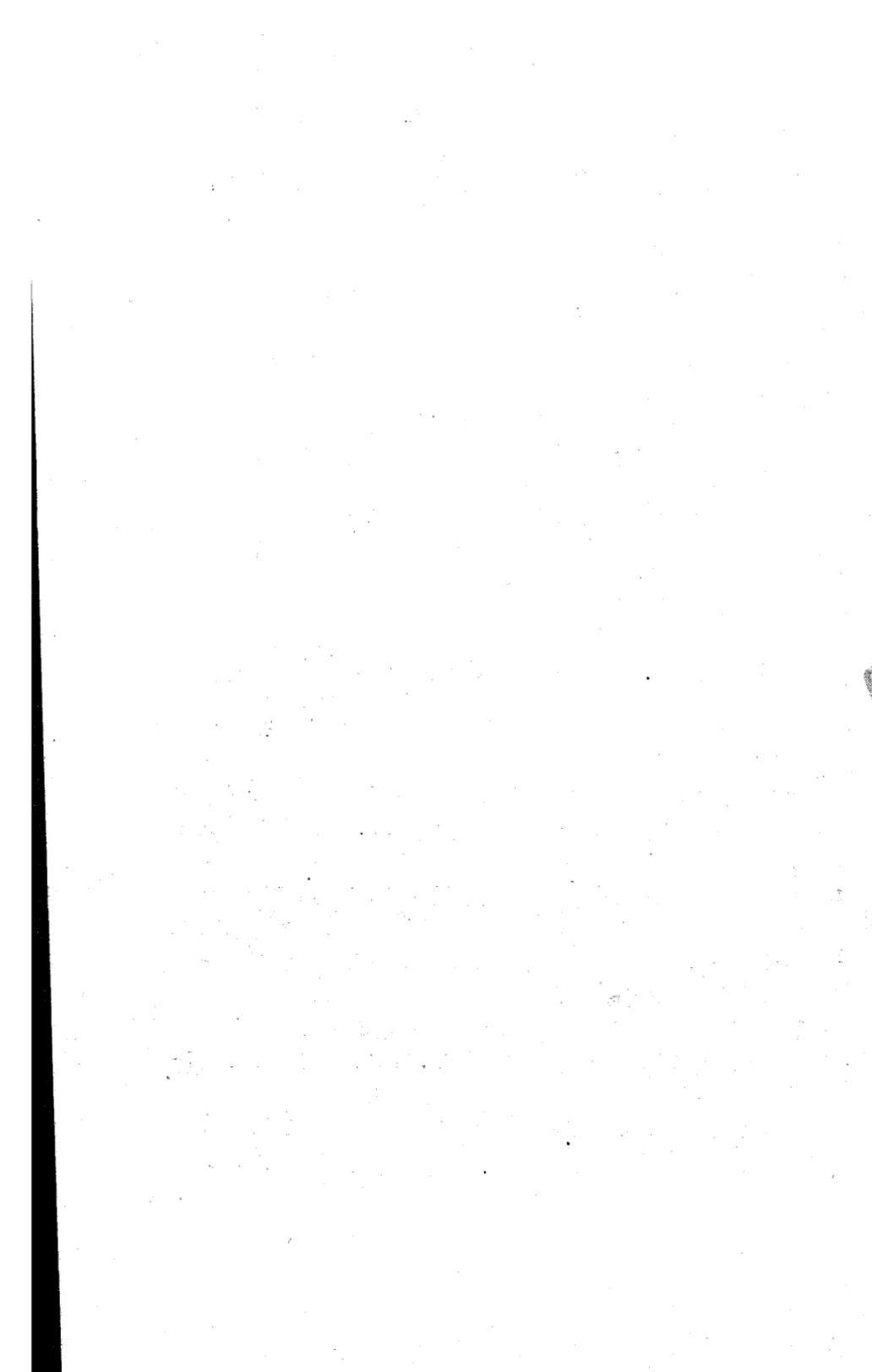
El esclavo se inclinó.

—Ahora troquemos nuestras armas, Gaston, porque mi empresa es demasiado conocida para que me importe disfrazarme.

El trueque se hizo en un momento, y despues de haberse saludado afectuosamente, Gaston, precedido de Acbakr y seguido de Garcés, montó á caballo, y se alejó á lo largo del rio.

Muza esperó, hasta que el sonido de sus pasos se perdió en el silencio, y luego entró en la cueva.





## VII.

Era esta estrecha, profunda y oscura; multitud de aves nocturnas despertaron al ruido de los pasos de Muza y se lanzaron por la grieta, en tanto que el emir adelantaba perdido en la sombra, sirviéndose como de tiento de la punta de su espada.

Al fin chocó en una pared, y sus piés tropezaron en una piedra colocada sobre el húmedo suelo, y sobre la cual, siguiendo las instrucciones de Gaston, dejó caer con fuerza el pomo de su espada.

El eco retumbó sonoro, vibrante, perdido á lo lejos como en las revueltas de una mina.

Pasó un gran espacio de tiempo, durante el cual Muza llamó tres veces; al fin una voz robusta, sa-

liendo al parecer de la tierra, dijo en mal castellano:

—¿*Yuyo ó espada?*

—*Tanto monta*, contestó alterando su voz el emir.

Oyóse poco despues rechinar ásperos goznes, las tinieblas dibujaron algunas líneas de luz, y al fin se rompieron al girar de un fragmento de roca, que se abrió lo bastante para dar paso é un ginete.

Un hombre cubierto con un albornoz, llevando una lámpara en la mano, con el rostro cubierto por el extremo de la toca, y armado de una pica corta y de ancha cuchilla, apareció ante el emir, cuyos ojos se fijaron en el introductor tras las espesas barras del yelmo de encaje del capitán Gaston.

—¿Quién eres? le dijo, prosiguiendo en mal castellano el hombre de la lámpara.

—Un caballero cristiano, contestó con repugnancia Muza.

—¿De dónde vienes?

—Del real de Santafé.

—¿Quién te envía?

—El infante Sidy Yahye.

—¿A quién buscas?

—Al infante Sidy Alhamar, contestó Muza á la ventura y echando recatadamente mano al pomo de su espada bajo el manto.

—Muy allegado debes ser del que te envía, puesto que te ha revelado ese nombre.

—¡Mucho! contestó Muza, procurando dulcificar en vano lo sombrío de su acento.

—¡Sígueme!

El emir adelantó, y la puerta se cerró con estruendo.

Y el hombre de la pica empezó á andar rápidamente á lo largo de la mina, cortada á pequeños trozos por altos peldaños abiertos á pico. Y subian por aquel largo y estrecho subterráneo, que cada vez se hacia mas pendiente, y no cesaron hasta despues de una hora de marcha, y delante de una puerta de hierro, que el que guiaba tocó con el cuento de su pica.

La puerta se abrió.

Un vestíbulo, sostenido por arcos árabes y alumbrado por una lámpara, dejó paso á Muza y su guia hasta otra puerta ensamblada con todo el gusto y la riqueza de los adornos orientales.

Aquella puerta se abrió como la primera, y Muza pudo ver un magnífico aposento circular, cuya bóveda de estalácticas, pintadas con los mas vivos colores y matizadas de oro, estaba sostenida por arcos festonados, sobre columnas de alabastro.

Y aquel retrete no era un subterráneo puesto que en sus alamíes habia agimeces y puertas, y que á través de los transparentes de la cúpula penetraba el leve rumor del ramaje de árboles cercanos, impulsados por las brisas de la noche.

Cuando hubieron llegado alli, el hombre del albornoz dejó la lámpara sobre un pedestal de pórfido, arrimó á él la pica, y sentándose fatigado en un divan, dijo á Muza:

—Reposa, cristiano, y cuando vuelvas á Santafé dí que has visto en sueños uno de los retretes del palacio de Hiram.

—Hay quien dice, respondió sombríamente Muza, que el emir del rey Abou-Abdallah arrolla con el

pié las alfombras de oro, y posa sus ojos en cúpulas de diamantes en su alcázar de la Alhambra.

—¡Muza Ebn-Abil-Gazan! ¡maldígale Dios! exclamó el encubierto en buen árabe. Y luego añadió en castellano: ¿y quién te ha dicho esas maravillas?

—El capitán Gaston de Vargas, contestó Muza, un hidalgo bravo y generoso á quien debe su vida el emir, y que estuvo hospedado con él como el hermano en casa del hermano.

—El lobo se une al lobo, contestó el encubierto; sin ese malsin castellano las gentes del infante Sidy Yahye hubieran acabado con Muza, y ahora los reyes de Castilla y Aragon serían dueños de Granada. Pero Eblis protege al emir, y aun vive el rey Abou-Abdallah.

Muza devoró un rugido de furor tras la visera de su yelmo.

—Pero si han sido desgraciados los del infante en esta ocasion, repuso Muza, ¿por qué no se acecha al emir cuando ronda con poca gente la ciudad?

—Mas tarde, mas tarde aun, contestó el otro fijando á través de su toca su mirada recelosa en el emir; aun aman á Muza en Granada; A'bd-el-Kerim-Zegrí, su katib, vela por él y es indómito y respetado hasta la bajeza por el pueblo: sus walies Naim Reduan y Mohamet-Ebn-Zaide le aman como á un Dios y son las trompetas de su fama; acometer á Muza en Granada es imposible, ó al menos muy peligroso. ¿Y qué acontece en el real de Santafé?

—Alli se aguarda tambien, contestó Muza dominando la amargura de su pensamiento; se tiene mucha fe en que Granada se entregará por sí misma, y

se alientan los odios de Zoraya y de Aixa la Horra, de Abou-Abdallah y de los afectos á los infantes. Se espera escaramuzando para no fastidiarse en la ociosidad, y se cree que de un momento á otro Muza, cansado ya de tanta acechanza y de tanta traicion, ataque en sus reales al enemigo y le haga ir mas allá de los montes de Loja.

Habia pronunciado con tal energía el emir sus últimas palabras, que el encubierto no pudo menos de levantarse receloso.

—Eso se dice, contestó Muza, conociendo que á pesar de desfigurar su voz el acento extranjero habia cometido una imprudencia en la espresion de los proyectos que ardian en su mente; eso se dice por algunos abencerrajes adictos aun al rey; pero en el real se espera por los servicios de los infantes un próximo triunfo.

Volvióse á sentar el hombre de la toca, y siempre receloso preguntó á Muza:

—¿Y á qué os envia aquí el infante?

—Para avisar á su hermano de que se le conoce por el emir á pesar de sus barbas, su rosario de faquí y sus horóscopos de sabio; que ha sabido que esta mañana habló con él Muza en la puerta de la grande aljama del Albaicin, y que es preciso adoptar otro medio de hacerse parciales y promover motines.

La espresion recelosa desapareció entonces de los ojos del incógnito, que se levantó y tendió su mano al emir.

—Habia dudado de tí, le dijo, y mi mano no ha dejado hasta ahora la empuñadura de mi puñal; pe-

ro cuando mi hermano te ha revelado lo que solo él y yo sabemos, es porque puede disponer de tí como de un hermano. Yo soy el infante Sidy Alhamar.

Y desprendióse dicho esto de la toca, mostró al emir un semblante j6ven, en6rgico y hermoso, pero de espresion mal6vola y astuta.

—Ya sabes quien soy, dijo á Muza, desc6brete, cristiano, y que yo vea los ojos de nuestro amigo.

—Infante, votos me ligan con Dios y con mi fe de caballero; busco una mujer que he visto en sue6os, y ni aqui, ni en el campo, ni en el real, alzo mi visera hasta que la encuentre. Entre tanto que he de decir á tu hermano.

—Dile que velo y es dif6cil que me sorprendan. Dile que el sol alumbra mi casa, pero sombrío aun; dile que todavia no quiere el destino que seamos invencibles.

Muza comprendió el sentido misterioso de la frase de Sidy Alhamar, y una brillante inspiracion pas6 por su frente.

—Tu hermano padece, infante, le dijo, est6 ciego sin la luz del *Sol de la hermosura*, y quiere que yo la vea para que pueda decirle si aun es rojo el color de sus mejillas, y si aun sus ojos ostentan la pureza de la v6rgen.

—¡Mi hermano desconfia de mí! exclam6 Sidy Alhamar, en buen hora, y puesto que ha recorrido ante tus ojos el velo de su alma, s6gueme, cristiano, y dí al infante lo que vas á ver.

Dicho esto, Sidy Alhamar se levant6 del divan, tom6 la lámpara, lleg6 á una puerta inmediata y la abri6.

Muza se encontró en un jardín al aire libre; observó que los muros no eran muy altos; reconoció la cúpula de la grande aljama tras ellos, y sintió el paso de algunas rondas que pasaban por la calle.

Entre tanto Sidy Alhamar llegó á una galeria situada al extremo del jardín, abrió una puerta, y penetró con Muza en un vestíbulo sobre el cual una gruesa alfombra amortiguaba el ruido de las pisadas. Estaba envuelto en las tinieblas, pero le inundaba un ambiente saturado de perfumes.

Atravesáronle, y el infante levantó un tapiz.

Entonces una luz suave, pálida, encerrada en una lámpara fabricada con sutiles chapitas de nácar incrustadas y caladas en oro, halagó los ojos del emir; tapicerías de púrpura y brocado cubrían las paredes afligranadas, y festones de gasa pendían de la cúpula del retrete; envolvíale un silencio voluptuoso, y casi se percibía el ténue suspiro de la respiración de una mujer que aparecía tendida en el centro del retrete envuelta en una túnica de blanco lino sobre un diván de seda azul.

Aquella mujer no dormía, puesto que se levantó lentamente y se puso de pié.

—¿Qué buscáis aquí? dijo en árabe puro y con un acento lleno de dignidad. ¿Acaso no puede dormir la cautiva sin que su señor venga á sorprender su sueño?

Muza se acercó á aquella mujer á una indicación de Sidy Alhamar, y su corazón se comprimó de admiración, de sorpresa, tal vez de emoción. Porque aquella mujer parecía iluminar el retrete con su hermosura, con su pureza, con su juventud; porque

aquella mujer, á quien llamaban Schamsul-Ilemal (*Sol de la hermosura*), era á los ojos de Muza una huri, como él las habia visto en sus sueños de creyente.

El todo de aquella mujer era indescribible, no se espresaba, se sentia, ó por mejor decir, se aspiraba por todos los sentidos.

No podia dudarse de su pureza ni de la paz de su corazon; era altiva, pero con majestad; severa pero sin enojo.

—Hela ahí, cristiano, le dijo el infante; si mi hermano duda, dile que la has visto; y si su hermosura te ha conmovido, pide á Dios que te haga morir, porque la desesperacion será contigo.

—¿Quién es esa mujer? exclamó Muza asiendo un brazo del infante.

Sidy Alhamar se hizo atrás, pero el emir le tomó la puerta.

—¿Quién es esa mujer? repitió con voz de huracan Muza.

El infante puso mano al pomo de su puñal, y gritó:

—¿Y quién eres tú que asi me preguntas con acento de amenaza?

—He visto la mujer que buscaba, traidor, contestó el emir, y ya puedo darme á conocer. Mirame bien, añadió en árabe levantándose la visera; yo soy Muza Ebn-Abil-Gazan.

Sidy Alhamar solo contestó con un rugido, quiso defenderse con las tinieblas y apagó su lámpara, pero quedó aun la otra de nácar suspendida de la cúpula fuera del alcance de su mano, y se arrojó no teniendo otro medio, con el puñal en alto sobre el

pecho del emir ; pero la armadura milanese de Gaston de Vargas hizo saltar la hoja.

Entonces se trabó una lucha estraña ; Sidy Alhamar arrojó al emir los búcaros, los pebeteros, todo cuanto halló á la mano, en tanto que Muza le acometia espada en alto ; replegado al fin tras el divan como tras una muralla, evitaba los golpes de la espada de Muza y se lanzaba á él, pretendiendo asir sus piés como un lobo rabioso.

Y la lucha se prolongaba: defendido el infante por el divan, sirviéndose cual de una adarga de uno de sus almohadones henchidos de plumas, buen parador, incansable y ligero, resistia los golpes de Muza, que en uno de sus ataques tropezó con la punta de su espada en la lámpara de nácar y la apagó.

Envuelto en las tinieblas dejó de acometer, bajó la punta de su espada temeroso de herir á Schamsullemal, y en tanto Sidy Alhamar ganó la puerta y la cerró.

Muza corrió tambien á ella, pero era muy fuerte y no la pudo romper.

—¡Por aqui, emir! dijo la voz dulce de Schamsullemal, mientras se escuchaba en el jardin la ronca voz del infante que llamaba á sus esclavos; ¡por aqui! yo en mi larga cautividad he buscado muchas veces una salida, he dado golpes haciendo resonar las paredes, y aqui hay un agimez tapiado que ha resistido á mis fuerzas, pero que cederá á las tuyas.

Entonces Muza recordó haber visto la torre con los agimeces tapiados frente á la grande aljama ; recordó que estaban poco elevados, y buscó á ciegas por el sonido de la voz á Schamsullemal, que le

asió por la mano y le hizo tocar el sitio de la pared, que habia encontrado mas resonante y por lo tanto mas débil.

El emir levantó en alto la adarga de hierro del capitán Gaston y dió con ella de punta en la pared; al tercer golpe derrumbóse y penetró por la abertura la luz de la luna, que alumbraba la plaza de la grande aljama.

—¡Pronto, Muza! exclamó Schamsul-llemal oyendo los pasos precipitados de Sidy Alhamar, que atravesaba con gran tropel de esclavos el jardín; ¡pronto!

Muza desciñó la faja de la jóven, asió uno de los extremos á su talle y la descolgó á la plaza; luego cuando ella soltó el extremo á que estaba asida, el emir aseguró el otro á la columna del agimez y se deslizó en la plaza.

En el momento en que ponía los piés en tierra, una cabeza furiosa apareció en la abertura del agimez, y el infante Sidy Alhamar gritó furioso mostrándole los brazos estendidos y los puños crispados:

—¡Emir! ¡emir! ¡Por la sangre de mi padre, acuerdate del infante Sidy Alhamar!

Muza rugió de cólera: se le escapaba uno de los traidores, á su vista, sin que pudiese evitar su fuga.

Oyéronse pasos acompasados en una de las calles próximas, y poco despues la luna reflejó en las armas de algunos soldados moros que rondaban precedidos de un alwacir.

Schamsul-llemal se cubrió con el velo y asió el brazo del emir, que gritaba:

—¡A mí! ¡á Muza Ebn-Abil-Gazan!

La ronda acudió precipitadamente á su voz y le rodeó.

—¿Qué ordenas, poderoso señor? dijo el alwacir reconociendo al emir á la luz de luna y saludándole respetuosamente.

—Aposta aqui, bajo ese agimez roto, diez de tus ballesteros; que se detengan y aposten tambien rodeando esta torre y estos muros cuantos hombres de armas ó musulimes pasen por la plaza; y préndase á cualquiera que salga de ese recinto, mujer ú hombre, noble ó villano. Tú, sígueme con los restantes.

El alwacir cumplió instantáneamente las órdenes del emir, que se alejaba á gran paso, llevando del brazo á Schamsul-llemal, y miró con estrañeza la abertura del agimez y los escombros que bajo él se veian; luego con otros diez ballesteros siguió á Muzza, que á pesar del arnés marchaba con una rapidez prodigiosa; la jóven le seguia, y sus pequeños piés parecia que no tocaban á la tierra; las brisas de la noche agitaban su velo, jugaban con sus cabellos y un perfume embriagador envolvia al emir; de vez en cuando éste, á pesar de sus pensamientos, lanzaba una rápida mirada á la mujer, y sus ojos cegaban ante los destellos que arrancaba la blanca luz de la luna de un joyel pendiente de su cuello.

Y asi, en este estado de escitacion, pensando en la salvacion de su patria, envuelto en el misterioso prestigio de aquella mujer casi áerea, furioso, enamorado, impaciente á la par, el emir no andaba sino que se deslizaba como impulsado por el viento, dejando tras sí á los ecos el áspero crugir de su armadura, y á las auras la suave ondulacion de la flotante tú-

nica de Schamsul-Ilemal y la deliciosa ambrosía de su aliento y de sus cabellos.

El alwacir y los diez ballesteros seguían casi á la carrera á los dos jóvenes, que parecían una visión nocturna y mágica, deslizándose á través del oscuro fondo de las callejas ó ante el rayo de la luna que cortaba á veces con una estrecha faja de luz las penumbras.

Y así sin descanso llegaron á Bib-Guadix.

—¡Alerta! gritó Muza al atalaya, que paseaba en las almenas con la pica al hombro, entonando un romance de amores; ¡alerta! ¡y á las armas!

El canto cesó, y el atalaya afianzando su pica, gritó:

—¡Alerta! ¡y á las armas!

Bajo el oscuro arco de la bóveda oyéronse confusas pisadas, crugir de armas, ruido de voces; luego el ronco redoble de un atabal resonó entre las almenas, y por tres veces, tres haces de ramaje encendido lanzaron su flébil llamarada en el adarve.

Y luego se escucharon los atabales del recinto, y lucieron sobre las puertas y sobre las torres las fogatas, y despertó Granada sorprendida al ronco estampido de alarma de las bombardas de la Alhambra.

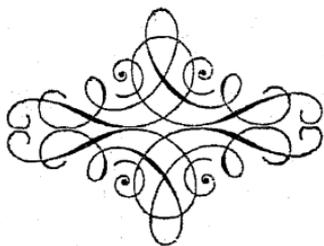
Y despertaron también las oscuras atalayas de la vega y de los montes y lucieron sobre ellas los fuegos, y el grito de guerra de Muza fué llevado instantáneamente hasta las lejanas fronteras y hasta el real de Santafé, que permaneció silencioso y oscuro.

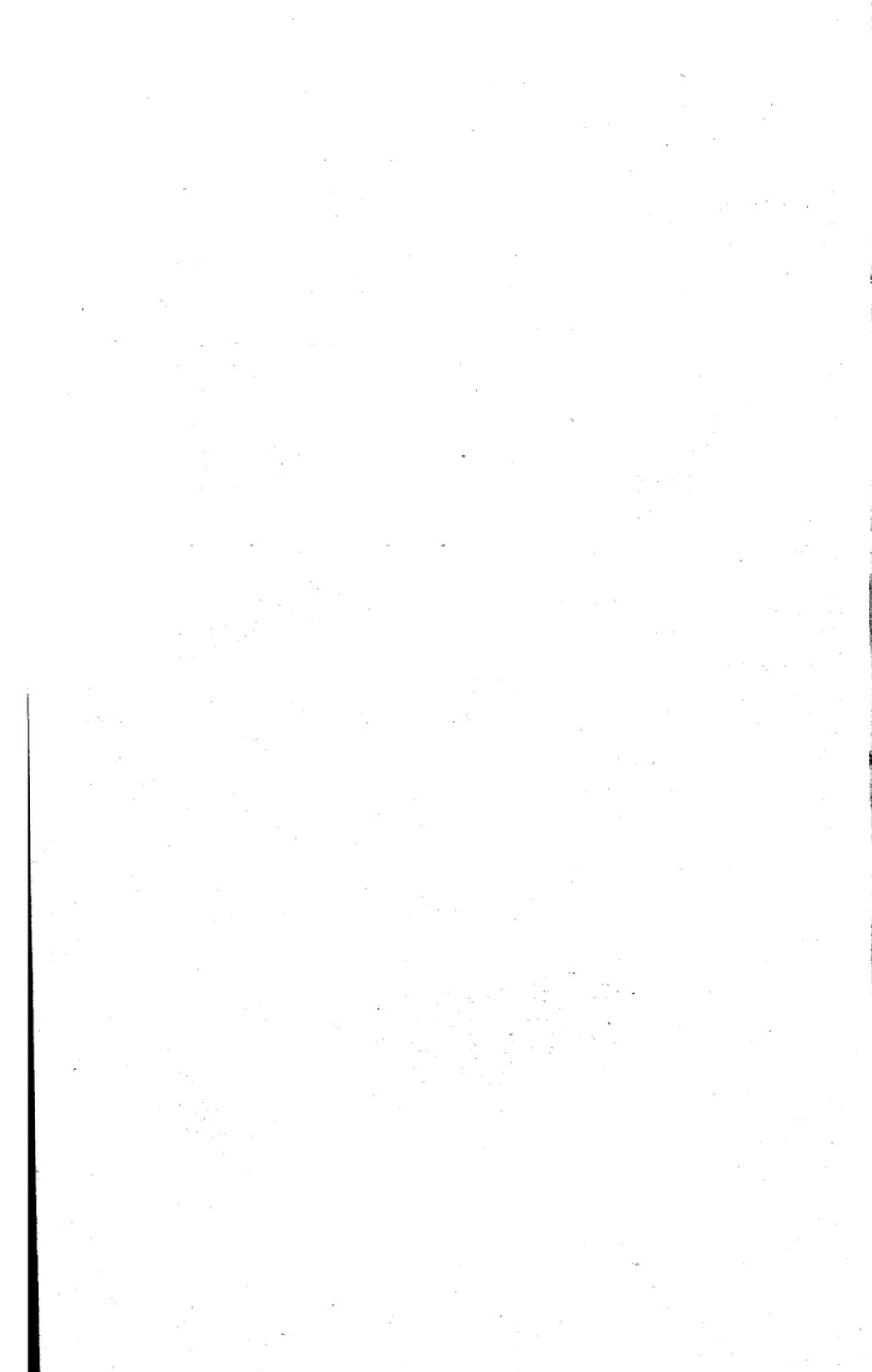
—¡Un caballo y una lanza! gritó Muza dándose á conocer al alcaide de la puerta; ¡á caballo todos los zenetes de la guarda! ¡bajad el rastrillo y al campo!

Todo se hizo con un silencio y una rapidez que honraban á los ginetes granadinos; el alwacir con los diez ballesteros quedó guardando la puerta, y Muza cabalgó, poniendo ante sí sobre el caparazon del caballo á Schamsul-llemal, y se lanzó al galope seguido por cien zenetes sobre el camino que conducía á la cueva del rio.

Pero nada se descubrió, la puerta estaba abierta, el palacio abandonado; en el retrete donde habia encontrado Muza á Schamsul-llemal todo estaba en el mayor desórden; los pebeteros volcados habian quemado á trechos la alfombra, y sobre el divan se veian algunas gotas de sangre.

Muza tomó posesion de aquel palacio abandonado en nombre del rey; mandó abrir la puerta que antes le daba entrada por la plaza de la grande aljama; y haciendo retirar á los zenetes y á los soldados que le seguian, se tornó á su alcázar con Schamsul-llemal, cuando el alba disipaba las tinieblas de aquella noche de aventuras.





## VIII.

Al día siguiente en las plazas y en los sitios mas concurridos de Granada, no se hablaba de otra cosa que de la alarma de la noche. Pero la verdadera causa se ignoraba, y solo se sabia por el vulgo que al amanecer habia entrado por Bib-Ataubin, rodeado de lanzas, un astrólogo africano conduciendo del diestro un palafren en que cabalgaba una mujer vestida á la castellana y cubierta con un tupido velo.

Y era verdad; á la voz de alarma lanzada por Muza y repetida por los atalayas, los atabales y las fogatas de las torres, habia respondido tambien á su vez el castillo de Bib-Ataubin, y su alcaide, el va-

liente Reduan Venegas, se habia lanzado al campo con sus ginetes.

Temíase una algarada de los enemigos, y el alcaide avanzó, ansioso de ginetear con los cristianos, hasta llegar á la vista del real de Santafé.

Pero á pesar de los disparos de la artilleria de la Alhambra y de las llamaradas de las torres de atalaya, el real estaba silencioso y solo se veian al lejos los destellos de las armas de los escuchas apostados en los muros.

El cristiano esperaba encerrado en su campo, como el tigre en su cubil, y Reduan se tornó; pero á poca distancia de Granada, cuando el alba empezaba á esclarecer el horizonte, he aqui que los campeadores del alcaide distinguieron un hombre cubierto con un balandran negro, caminando apoyado en un baston, delante de un palafren que conducia á una dama enlutada.

Ansiosos de una presa los alfaraces agujaron sus caballos y con las lanzas bajas encerraron en una doble fila al hombre y á la mujer.

—¡Alto! les gritó Reduan Venegas.

El hombre se detuvo y la dama refrenó su palafren.

—¿Quiénes sois?

—Un viejo y una mujer que vamos á Granada, contestó el hombre.

—¿De dónde venis y cual vuestro nombre? insistió el moro.

—Eso no te diré, alcaide Reduan, contestó el viejo; pero si desconfias de mí, llévame entre lanzas al alcázar de la sultana Aixa la Horra, y por ella

sabrá el rey Abou-Abdallah quien yo soy y de donde vengo.

El feroz alcaide no preguntó mas al viejo ; se limitó á llevarle á Granada entre lanzas, y le condujo con la mujer al alcázar de la sultana.

Despues de esto habia tornado una tranquilidad aparente ; los que habian tomado las armas al grito de alarma volvieron á sus casas, y todo siguió en la ciudad el curso acostumbrado ; pero los curiosos y los fanáticos buscaron en vano en la puerta de la aljama á Jucef-el-Alime , en tanto que miraban con asombro roto uno de los agimeces del misterioso torreón , y franqueada su puerta tapiada hacia tanto tiempo.

Sombríos ballesteros paseaban delante de ella , y entraban continuamente wacires y katibes.

En tanto en el alcázar de Dar-la-Horra (1), en uno de sus mas retirados retretes , recostada en un divan , marcadas en sus ojos las huellas del insomnio, blanca y pálida como una azucena marchita, se veia una mujer, hermosa aun, aunque ya tocaba al otoño de su vida. A pesar de esto, sus ojos negros y poderosos brillaban como en la fuerza de la juventud, y sus formas se conservaban mórbidas y sus cabellos brillantes.

Su traje era sencillo, severo , de color oscuro y cubria profusamente entre sus anchos pliegues su cuello, sus brazos y sus piés ; un chal de la India rodeaba su cabeza y le sujetaba sobre su frente una sencilla, aunque rica garzota de perlas.

(1) Hoy convento de Santa Isabel la Real.

Una esclava negra dormía á sus piés, echada sobre su túnica, y fuera, en el vestíbulo del retrete, se veía pasar y repasar tras la puerta ogiva, un esclavo nubio, sin otras armas que un puñal envainado entre su faja.

Un profundo silencio dominaba cerca y lejos, á escepcion del canto de los ruseñores que encerrados en jaulas doradas revolaban alegres ante los primeros rayos del sol que aparecía tras la lejana silueta de las sierras.

Las auras de la mañana penetraban por los agimeces cargadas de los aromas de los jardines, y lanzaban blandamente el vapor de los pebeteros en transparentes espirales, hasta la matizada ensambladura de cedro, velando en un suave vapor las labores persas y los alicatados que enriquecían los muros.

Voluptuoso, impregnado de indolencia y de languidez, parecía volar allí el espíritu de los amores orientales; los transparentes estaban inundados de una luz diáfana, purísima, naciente, halagadora como debió serlo la primera sonrisa de amor de la primera mujer.

Y sin embargo, la que velaba y parecía haber velado toda la noche en el ángulo de aquel divan, se mostraba ajena á aquella naturaleza virgen y perfumada, que despertaba sonriendo, que la enviaba el suave reflejo de su ardiente sol, que la hacía aspirar sus silvestres aromas entre las alas de sus brisas, y la daba el murmullo de sus aguas y el canto de sus aves; aquella mujer inmóvil, silenciosa, sañuda, altiva, parecía tener vuelta la mirada de sus ojos fijos al fondo de su alma.

Y habia sufrimiento en aquella frente surcada ya por imperceptibles arrugas, en aquellos ojos orlados de larguísimas pestañas y coronados por anchas y fruncidas cejas, en aquella boca entreabierta y desdenosa de labios delgados y descoloridos que dejaban entrever una dentadura de perlas tenazmente cerrada; pero era un sufrimiento que inspiraba respeto y compasion, un sufrimiento lleno de majestad, imponente en su dolor.

Aquella mujer era la sultana Aixa la Horra (*la Honesta*), esposa de Abou'l-Hassan y madre del rey Abou-Abdallah.

Hubiérasela creído una estatua, á no ser por el movimiento de sus párpados y la leve agitacion de su seno: tan inmóvil y tan silenciosa se mostraba.

Un poco despues de la salida del sol, á tiempo que el nubio desaparecia en su paso ante la puerta, se dibujó en ella la forma de un hombre, que se detuvo un momento y luego adelantó en silencio sobre la alfombra que apagaba el ruido de sus pisadas.

Era el emir Muza Ebn-Abil-Gazan.

Estaba deslumbrante de riqueza y de hermosura; su cabeza, cubierta por una toquilla de lino y un bonete de púrpura, parecia en lo radiante y majestuosa acabada de despertar de un sueño de amor y de gloria; su caftan azul, su alquicel de brocado, su continente todo le daba el aspecto de uno de los reyes de los cuentos de hadas.

Dejó su calzado, y se adelantó hasta Aixa, cual si pisase el pavimento bendito de una aljama, se arrojó con amor sobre su túnica y asiendo una de sus manos la cubrió de amantes besos.

La sultana se estremeció; retiró su mano, como si la hubiera tocado un hierro ardiendo, y fijó su mirada profunda en la frente del emir, que la contemplaba con los ojos húmedos de amor, pero de un amor purísimo, inefable, como el que siente un hijo por una madre.

Al reconocerle la sultana Aixa recobró su expresión natural, sonriose imperceptiblemente, y con amargura asió con sus dos manos la cabeza de Muza y le besó en la frente.

—¡Qué quiere mi hermoso y valiente hijo! exclamó la sultana levantándole de sus piés y sentándole al par suyo en el divan.

—Poderosa señora, contestó Muza, haz que nuestras palabras no puedan ser oídas, porque en lo que tengo que decirte va tal vez la honra de tu linaje.

Aixa despertó á su esclava fovorita, alejó del vestíbulo al negro, y cerró por sí misma las dobles puertas de su retrete.

Luego, indolente, acompasada, majestuosa se detuvo delante de Muza, y poniéndole una mano sobre el hombro, exclamó:

—¡La honra de mi linaje, emir! ¿Acaso le queda alguna? ¿Sustenta ya la Alhambra el trono pujante de mis abuelos? ¿ó por ventura son rechazados los cristianos de nuestras lejanas fronteras, dejando en ella sus pasos marcados con sangre? ¿Crees tú que yo, la reina Aixa, nieta, prima, esposa y madre de rey, he envejecido por los años, por las enfermedades ó por los placeres? No, Muza, no; en mi frente se plegan rugas, mis mejillas están marchitas y mis labios se han descolorido por los pesares y el abandono.

—Pero aun eres, noble señora, contestó Muza, la envidia de las hermosas y gentiles damas de Granada; aun tus ojos guardan relámpagos de pasión, sultana.

—No, contestó sonriendo tristemente Aixa; no te digo esto porque yo deplore la pérdida de mi juventud y de mi lozanía; es porque mis rugas son hijas de los terribles pensamientos que abrasan mi frente; es porque he pensado que mi vejez será triste y afanosa, mas que lo ha sido mi desgraciada juventud; es porque creo que mis ojos se cerrarán á luz lejos de Granada, en un pais bárbaro, donde acabaré sola, desesperada, sin un amigo que me consuele, sin un hijo que reciba en un beso de mi boca mi suspiro de muerte.

Muza movió la cabeza procurando sonreirse.

—¿Lo dudas? continuó Aixa. ¡Oh, yo no! ¡Yo tengo siempre ante mí el Africa de donde vinieron nuestros abuelos, con sus arenales abrasados, con sus vientos mortíferos y sus tribus salvajes; yo veo abierta en ella mi tumba y la de mi hijo el Zogoi-bi (1); porque un signo fatal rige nuestro destino, emir, y el sol de Granada toca ya á su ocaso entre nubes de sangre.

Muza callaba dominado por el vibrante acento de la sultana.

—¡Si! continuó Aixa con exaltacion; ¿no lo has visto? Los cristianos han llegado al fin hasta nuestros muros, despues de haber talado nuestros campos; nuestros ginetes han sido rechazados sobre la tierra

(1) *El Desdichadillo.*

del combate, y una ciudad cristiana ha levantado sus muros y se ha rodeado de cava á nuestros mismos ojos, sin que hallamos podido impedirlo. Fernando de Aragon, Isabel de Castilla, los dos príncipes que han llegado á ser reyes por la muerte de sus hermanos primogénitos; mas que por el decreto de Dios, por el crimen de otros, nos acechan desde esa ciudad. ¡Oh! ¿quién sabe, Muza, si me espera el destino sangriento de Carlos de Viana y de Blanca de Navarra?

Mira, continuó la reina dejando el divan y levantando el tapiz que cubria un alhamí, dentro del cual se veía una mesa ocupada por multitud de manuscritos y sobre la que brillaba aun la luz opaca de una lámpara; mira, yo he aprendido de algunos sabios, dialectos desconocidos á nosotros; he estudiado en mi larga viudez de esposa desamparada la lengua de los hebreos, de los griegos, de los romanos, de los castellanos; he pasado noches en vela para conseguir lanzar mi vista á través de los abismos de la historia, he meditado mucho y he visto siempre el crimen y la traicion en torno de los reyes. ¡Por Allah, Muza! he comprendido que un gigante de hierro se lanza sobre Granada, y he leído en su porvenir la ruina, el destierro de sus hijos, las hogueras de los infieles, y la deshonra de nuestra raza suspendida sobre nuestras calezas; he buscado un medio de salvacion; he buscado héroes como Almanzor y Abderramen entre nosotros, y solo te he encontrado á tí, mi valiente emir, á tí á quien llamo mi hijo, porque tú eres el que vienes á romper con tu amor y tu lealtad el triste abandono de una reina y de una madre.

—Y sin embargo, exclamó Muza, á quien habia

contagiado el dolor y la régia y valiente indignacion de la sultana ; aun no se ha perdido todo ; aun tenemos fuerzas: ademas de los ginetes y de los peones, que son la flor de Andalucía, gente endurecida y acostumbrada á la guerra, tenemos veinte mil manebos en el fuego de su juventud, que en defensa de su patria harán tanto como los mas esforzados y de mas esperiencia.

—Sí, sí, contestó Aixa, la gente es mucha ; bravean y amenazan detrás de los muros, pero en sonando un atabal se esconden en lo mas retirado de sus casas ; además la guerra civil arde ; los hijos de Zoraya, de la renegada, de la infame Isabel de Solís, fomentan los bandos y cada día hay un nuevo motin ; cada día se tiñen las calles y las plazas con sangre musulmana ; y mira, añadió Aixa asiendo una mano de Muza y bajando la voz con misterio ; ¡anoche tuve una vision funesta, terrible !

El emir palideció, fascinado por un terror supersticioso, ante la sombría y penetrante mirada de la sultana.

—Sí, continuó Aixa ; paseaba yo en mis jardines ; empezaba la noche y la luna brillaba sobre la corriente de las aguas ; estaba sola ; no se percibia otro ruido que el murmullo de las fuentes y el rumor de las hojas: ruido soñoliento que entristeció mi espíritu, que enlanguideció mi cuerpo, que me hizo sentar sobre el césped y cerró mis ojos. Luego cubrió mi inteligencia un manto de tinieblas, despues ví un desierto opaco, sin luz ni sombra, sin cielo ni horizontes.

Un jóven leon, fuerte y valiente, pasaba á través

del desierto; yo amaba aquel leon de brillante gue-  
deja, de mirada noble, de continente majestuoso,  
porque veia en él el símbolo régio de la lealtad y de  
la bravura.

El leon penetró en una oscura selva, y le ví unir-  
se á siete viejos leopardos negros de miradas feroces  
y con las cabelleras manchadas de sangre; y el leon  
habló con ellos, y ellos le acompañaron hasta una os-  
cura gruta.

Y en aquella gruta habia una blanca y gentil ga-  
cela guardada por un lobo, y el leon ahuyentó al lo-  
bo, y libró á la gacela y la amó.

Pero la gacela fascinó al leon, y un cobarde mila-  
no arrojó tósigo sobre el camino del leon, y el leon  
pereció, y pereció la gacela, y el lobo se cebó en su  
sangre, y el milano huyó á remotas playas.

Y yo quise en lo recóndito de mi espíritu conocer  
el sentido de la vision, y rasgóse el velo de mi men-  
te. Y ¡oh Muza! tú eras el leon, la gacela una vir-  
gen pura y bella, el milano el rey Abou-Abdallah, y  
el lobo, el miserable, el traidor, el hijo de Zoraya, el  
infante Sidy Alhamar.

Y desperté, Muza; y como si mi sueño hubiese sido  
un presagio funesto, escuché el estampido de alarma  
de las bombardas de la Alhambra, y el redoble de  
los atabales, y la carrera y los gritos de los soldados.  
Huí del jardin, y desde entonces estoy aqui, aterra-  
da, sin que halla besado el sueño mis párpados, con  
la desesperacion en la frente y el dolor en el corazon.

Muza se habia levantado y paseaba agitado por el  
retrete; su paso lento, fuerte, marcado; lo sombrío  
de sus ojos, lo fruncido de su entrecejo, le asemeja-

ban al jóven y valiente leon que habia visto la sultana en sueños.

—Tambien ante mí ha pasado una vision siniestra, madre mia, exclamó Muza con profundo acento, sin dejar su paseo circular ; tambien yo he visto rasgarse ante mí el velo del destino ; y esa terrible vision es la que me trae á tu lado, porque tú, sultana, estás envuelta en ella , porque en ella está tal vez la honra de tu linaje.

Y Muza relató brevemente á Aixa cuanto le habia acontecido la noche anterior , desde la salida de su alcázar hasta su vuelta á él.

Luego sacó lentamente de entre su faja el cofrecillo de ágata, y mostró á la sultana las siete hojas de laurel ensangrentadas.

—¡Siete dias de amor, la dije, por siete siglos de sangre ! ¡Oh! ¡y yo la amo, Aixa, como nunca he amado, y siento mi ser lleno de su ser , y mi sangre arde y se estremece ante esa hermosura que guarda el destino de mi patria! ¡hemos alcanzado un horóscopo fatal! ¡necesitamos talismanes para vencer la traicion; mas que soldados tenemos que ser amantes! ¡Oponemos el engaño al engaño! ¡Por Allah, que casi estoy resuelto á romper de frente con mi destino, á ordenar mis leales almogawares y á lanzarme con ellos sobre ese real insolente! ¡Oh! ¡por qué no he sido yo rey de Granada!

En aquel momento dieron un respetuoso y recatado golpe á la puerta del retrete.

Muza llegó á ella y la entreatrió.

—Poderoso señor, dijo prosternándose un esclavo, ha largo espacio que un astrólogo acompañado

de una dama encubierta, demanda la honra de besar las huellas de los piés de la sultana (á quien Allah bendiga), y ahora añade impaciente que si no se cumple su deseo tal vez peligre el reino y la misma sultana.

Muza, irritado por la insolencia del mensaje, abrió la puerta para lanzarse fuera, pero le contuvo Aixa.

—Que espere ese hombre, dijo al esclavo que se retiró.

—¡A este punto hemos llegado! exclamó Muza inclinando la cabeza con dolor; los astrólogos y los juglares se creen con derecho á impacientarse en los alcázares de sus reyes.

—Hace mucho tiempo que no lo somos, emir; ¿acaso no oyes todos los dias al populacho insultar á mi hijo? ¿no han apedreado las puertas de su alcázar? Cuando volvió de su vergonzoso cautiverio despues de la rota de Lucena, ¿no encontró ocupada la Alhambra por su tio Abdallah-al-Ssagar? yo envuelta en las tinieblas ¿no le abrí un postigo del Albaicin, cual hubiera podido á un bandido ó á un contraventor de la ley? No, Muza; el divan de Granada no es otra cosa que una púrpura rasgada por las guerras civiles y manchada por la traicion.

Y vete, tal vez ese hombre que aguarda sea un vasallo leal, tal vez venga á noticiarme alguna nueva rebeldía.

Muza iba á salir, pero se detuvo súbitamente como quien recuerda algo importante.

—Estoy loco, dijo, mi cabeza arde y se envuelve entre tanta y tanta emocion, sultana; habia olvidado el objeto que me trajo ante tí.

Y sacó de entre su faja el pergamino que le habia

entregado Gaston de Vargas, escrito por el infante Sidy Yahye á su hermano Sidy Alhamar, y le mostró á la sultana.

Aixa le desenrolló y leyó.

A medida que adelantaba en su lectura, su frente pálida se enrojecia, sus ojos lanzaban relámpagos de furor, su seno temblaba, y sus manos crispadas estrujaron al fin con una rabia infinita el pergamino.

Pero instantáneamente aquel furor desapareció, su frente tornó á su palidez natural, y sus ojos dejaron su espresion bravía.

—¡Muza! ¡valiente hijo mio! le dijo: el destino te trae junto á mí; corre, sal por esta puerta, atraviesa la galeria, llega al otro retrete y levanta la alfombra del divan; luego cuenta en el pavimento las baldosas desde el ángulo oriental hasta siete, levanta con la punta de tu puñal la última, en que está grabada una invocacion á Allah, saca un cofrecillo de hierro que hallarás bajo de ella; sal por un postigo del muro, y espérame en tu alcázar.

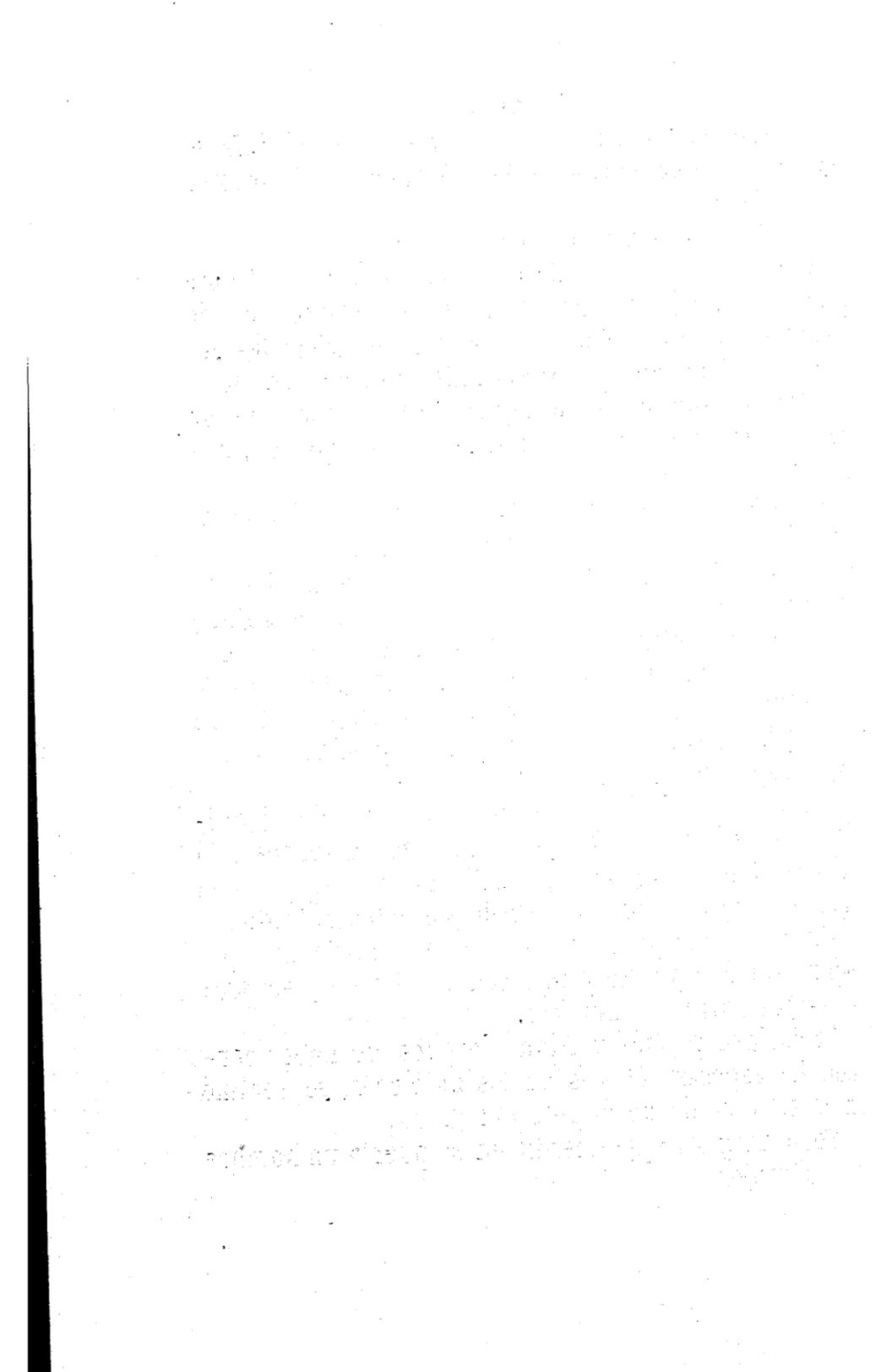
Muza, demasiado caballero para pretender inquirir mas de lo que se le confiaba, besó las manos á la sultana, tomó su calzado, y salió del retrete por una puerta opuesta á aquella por donde habia entrado.

Cuando Aixa no escuchó ya el sonido de sus pisadas, abrió la puerta y dijo con voz breve y severa:

—Que entre ese hombre.

El esclavo partió, y Aixa, despues de haber cerrado las espesas celosías de los agimeces, se reclinó en la sombra de un ángulo del divan.

Poco despues aparecieron en la puerta un hombre y una mujer.





Entrambos adelantaron con osadía ; ella cubierta con su manto ; él revozado el rostro con el extremo de su toca. Aixa permaneció inmóvil, reconcentrada en sí misma, con la mano posada en el pomo de su puñal.

El hombre miró receloso en rededor, y fué á cerrar la puerta del retrete que daba paso al vestibulo.

—¿Quién eres tú, miserable? gritó Aixa, que no pudo reprimir por mas tiempo su orgullo de reina; ¿tú, que te atreves á encerrarte conmigo en mi retrete de sultana?

El hombre no contestó ; acercose lentamente á la

mujer cubierta, arrancó el velo de su cabeza, y dijo:

—¡Esta es mi madre!

Aixa miró con terror la frente de aquella mujer, y dudando aun de sus ojos se lanzó á una celosía, la abrió de golpe, y descorrió el tapiz de seda del agimez.

La luz del sol inundó con reflejos brillantes el retrete, y coloró el semblante de la mujer que acababa de descubrir el que se habia anunciado como astrólogo.

Aixa dió un grito al reconocerla, y quedó inmóvil, muda, fascinada, como ante un objeto de horror.

Aquella mujer era alta, esbelta, de ademan soberbio, y frente surcada por prematuras arrugas y que aun guardaba enérgicas señales de una gran hermosura; sus ojos estaban tenazmente fijos en la alfombra; envuelta en su ancho ropaje de luto inmóvil y silenciosa, parecia esperar á que otro forzase aquella situacion estraña.

Aixa fué la primera que rompió el silencio.

—¡Tú! ¿eres tú? dijo con voz que el odio y la cólera hacian convulsiva; ¡tú, Isabel de Solís, Zoraya! ¡el espíritu infernal que siempre cruza mi camino, y á quien siempre veo en mis recuerdos de esposa escarnecida y de madre calumniada!

—Yo soy, contestó Zoraya, levantando trabajosamente la vista hasta posarla irresoluta en Aixa.

—Y yo el infante Sidy Alhamar, dijo el hombre dejando caer el extremo de la toca que ocultaba su semblante.

Aixa se cubrió el rostro con las manos, y quiso huir.

—No, la dijo Sidy Alhamar asiéndola de la túnica;

aguarda, sultana, estoy desarmado y nada tienes que temer de mí ni de mi madre. De mi madre, que á pesar de todo te respeta y te ama.

Sidy Alhamar pronunció estas palabras en acento dulce y sentido, como pudiera serlo el de un hermano ó el de un amante.

—Mucho debeis esperar de mí, contestó Aixa, echando atrás su cabeza en un movimiento lleno de majestad, cuando así te humillas Zoraya, cuando así encubres tu odio, Sidy Alhamar. Acabemos pues. ¿Quién ha traído á los rebeldes al alcázar de sus señores?

El infante escuchó sin conmoverse esta pregunta, y contestó :

—Tú lo has dicho, sultana ; mucho esperamos de ti ; una mujer que es la lumbré de los ojos de mi hermano Sidy Yahye, una mujer á quien guardábamos como un tesoro inestimable entre las sombras de un retiro ignorado, ha sido robada esta noche, merced á la traicion y al engaño, por uno que se jacta de ser el mas bizarro y cumplido caballero de Granada, por el emir Muza Ebn-Abil-Gazan.

La sultana sin contestar, se reclinó con desden en el divan, mientras Zoraya y su hijo permanecian de pié ante ella.

—Yo mismo, continuó Sidy Alhamar, desarmado, creyéndome seguro por el honor de un caballero, he estado á punto de perecer á manos de Muza.

—¿Y bien? dijo impaciente Aixa, ¿qué quereis?

—Muza, contestó el infante, te ama como á una madre, sultana, y aunque hubiese de rasgar su corazon para complacerte, no se negaria á tu capricho

mas exigente. Pues bien ; si logras que se nos devuelva esa mujer, mi hermano, á quien acabo de ver en el real de Santafé, mi madre y yo desistiremos de nuestros odios contra tu hijo Abou-Abdallah; retiraremos del ejército de los reyes de Castilla las taifas moras que les ayudan ; volveremos á tomar nuestras armas por Granada, y juraremos pleito homenaje y obediencia al rey.

—¿Y cuáles son mis seguridades? preguntó con sarcásmo Aixa.

—Mi madre, contestó Sidy Alhamar ; mi madre á quien amamos, y que te dejaremos en rehenes.

Brilló un relámpago en los ojos de Aixa, que se perdió entre el doble y oscuro fondo de los tapices que festonaban el divan entre los que se habia en-  
vuelto.

—Acepto, dijo la sultana ; esta tarde esa mujer te será entregada en el sitio que señales.

Sidy Alhamar no esperaba una concesion tan fácil, y frunció el entrecejo.

—Aun hay mas, murmuró sombríamente Sidy Alhamar.

—¿Aun hay mas? veamos, repuso la sultana.

—Como mi hermano y yo somos enemigos jurados del emir, en tanto que se firman las capitulaciones por las que debemos ser asegurados en nuestros bienes, en nuestra libertad y en nuestras vidas, quiero para mi hermano y para mí residencia en uno de los castillos reales de Granada, concedida por el rey, no á mí, Sidy Alhamar, sino á Abu-Al-hakem, sabio astrólogo, que se ocupará en preguntar á los astros el destino de Granada

—Es decir, observó la sultana, que tú, no pudiendo ya vivir en Granada á la faz del sol, presentándote á la plebe en la puerta de la aljama como sabio y faquí, pretendes estar á la mira de tu presa encerrado en una torre como un azor que acecha, ¿no es esto?

—Yo nada digo, sultana, sino que si no se nos otorga lo que pedimos, si no se nos concede el castillo que elijamos, y á mas no se ponen á nuestro servicio esclusivo un alferez y diez ginetes, mañana se presentará al rey Abdallah cierta faja, en uno de cuyos extremos está escrita una historia de amores en caracteres cabalísticos. Y entonces el rey sabrá que el pueblo llama la *Honesta* á una mujer.....

—¡Silencio! dijo Aixa levantándose y tapando la boca á Sidy Alhamar; ¡silencio!

Y fué á la mesa, tomó un pergamino, y escribió para el rey.

—Estas satisfecho, dijo penosamente la sultana á Sidy Alhamar mostrándole la escritura.

El infante leyó; el pergamino decia asi:

«Hijo, rey y señor Abou-Abdallah; tu madre la sultana Aixa te bendice y te besa en la boca.

«El astrólogo Abu-Al-hakem, doctor sabio y astrólogo profundo, por su amor á Allah y al rey quiere leer en las estrellas el signo fatal ó venturoso de Granada; pero para ello necesita la soledad y el misterio. Por el amor de tu madre, por el reposo de tu padre, concédele, hijo mio, cédula real para morar en el castillo que mas le plazca, y pon, porque asi es su voluntad, á su mandato una guarda de un alferez y diez ginetes.»

Sidy Alhamar examinó escrupulosamente el sello de plomo que pendia con hilos de seda del pergaminno, le guardó enrollado entre su túnica, y dijo con acento conmovido á la sultana :

—Te deajo á mi madre, señora, y espero que su cautividad no sea penosa, ni que se cierren para ella otras puertas que las exteriores del alcázar.

—¡Oh! yo te lo prometo, contestó dominándose Aixa.

Sidy Alhamar besó á su madre, saludó á la sultana y salió cubriéndose el rostro con el extremo de la toca.

Zoraya permaneció aun inmóvil en el sitio donde se habia detenido al entrar ; Aixa esperó, conteniendo la respiracion, á que se perdiese á lo largo del vestibulo el eco de sus pasos. Luego se lanzó como una pantera sobre Zoraya, la sacudió con fuerza del brazo, y gritó :

—¡Oh! ¡al fin te tengo en mi poder, vil combleza renegada ; palidece en buen hora, grita, llora ; pero tus gritos y tus lágrimas serán inútiles porque ya duerme el sueño del olvido quien por tí levantaba el látigo de los esclavos sobre mi frente !

—¡Oh! ¿por qué me tratais asi, señora ? contestó en buen castellano Zoraya.

—¡Oh! ¡te has olvidado del árabe, cristiana renegada! ¡tú, la que has manchado el lecho de los reyes! ¡tú, la que has insultado á las sultanas! ¡tú, Isabel de Solís, la de sangre traidora, la que vuelves las armas de tus hijos contra el pecho de su rey y de su patria! ¿Por qué te trato asi? ¿has olvidado ya mi largo abandono, mi cautividad, la de mi hijo, la san-

gre musulmana vertida por tu causa, el enemigo que asienta insolente sus reales en la vega alentado por las guerras civiles que tú has encendido? ¡Por qué te trato así! ¡crees engañarme con el mentido arrepentimiento de tus hijos, cuando vienes á darme el golpe de misericordia, á terminar la lucha empeñada entre nosotras de celos á celos, de odio á odio, de sangre á sangre, deshonrándome ante los ojos de mi hijo! ¿Por qué te trato así? ¡oh! ¡ven conmigo, ven!

Y arrastró furiosa, colérica, rugiente, á Zoraya, que aterrada, trémula, sonrojada se dejaba conducir por su inexorable rival, á la misma puerta por donde habia desaparecido Muza.

Y así atravesaron una galeria, un vestibulo, y entraron en un retrete pequeño y oscuro.

Aixa no se detuvo hasta llegar á un divan colocado en un ángulo de él; la alfombra estaba arrollada, y levantada una de las baldosas.

—Cuenta, le dijo Aixa; llega á la sétima. ¡Oh! mira, está vacía; antes que tú ha llegado otro, Isabel de Solís; las pruebas de un amor desdichado á que me arrastró el abandono y la crueldad de Abou'l-Hassan han desaparecido, y tú estas en mi poder.

Zoraya dió un grito de terror al ver el hueco vacío, y quiso huir.

—¡No! exclamó Aixa; estas en mi poder; el destino por esta vez me ha librado de ti; escucha: y acercándose á un agimez, sacó de su seno el arrugado pergamino entregado por Gaston de Vargas á Muza: escucha lo que dice el hermano al hermano.

Zoraya se dejó caer aniquilada sobre el divan, porque preveía una suerte funesta.

La implacable Aixa, leyó :

«Hermano mio : hoy en un momento de embriaguez he revelado nuestro secreto ; el capitán Gaston de Vargas ha jurado robar á Schamsul-Ilemal. Es necesario que el capitán muera.»

—Siempre sangre en vuestro camino , observó la sultana interrumpiendo por un momento su lectura ; luego prosiguió.

«Es preciso también que dejes de mostrarte en la puerta de la aljama, y que busques un asilo seguro dentro de Granada. Para ello procura robar á la sultana un cofrecillo de hierro que guarda bajo la sétima baldosa del ángulo oriental de la cámara dorada en su alcázar de Dar-la-Horra. En él encontrarás tales papeles que la obligarán á prestarnos una eficaz ayuda.»

—Ya se vé , continuó Aixa arrollando de nuevo entre sus manos el pergamino ; ¿por qué te trato así ? ¡Es verdad, yo debía recibirte con los brazos abiertos, á tí, Isabel, á tí, que llegas á mi casa cubriéndote con el velo de un hipócrita arrepentimiento para acabar de hundir el puñal en mi seno ! ¡Es verdad, yo debía besar llorando de alegría tus rodillas, cuando vienes á darme el beso traidor de aquel apóstol de quien habla el Koram de los cristianos ! ¡Es verdad, yo debía aun con todo esto perdonarte y llamarte mi hermana, á tí, que me has robado mi esposo, que pretendes esterminar mi reino ! ¡Es verdad yo debía amarte, ponerte sobre mi cabeza, morir sonriendo por tí !

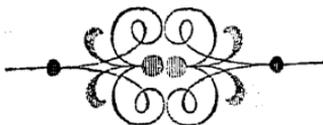
Zoraya se levantó , no pudiendo ya contener el odio que ardia en su corazón, y quiso hablar ; pero Aixa cortó sus primeras palabras.

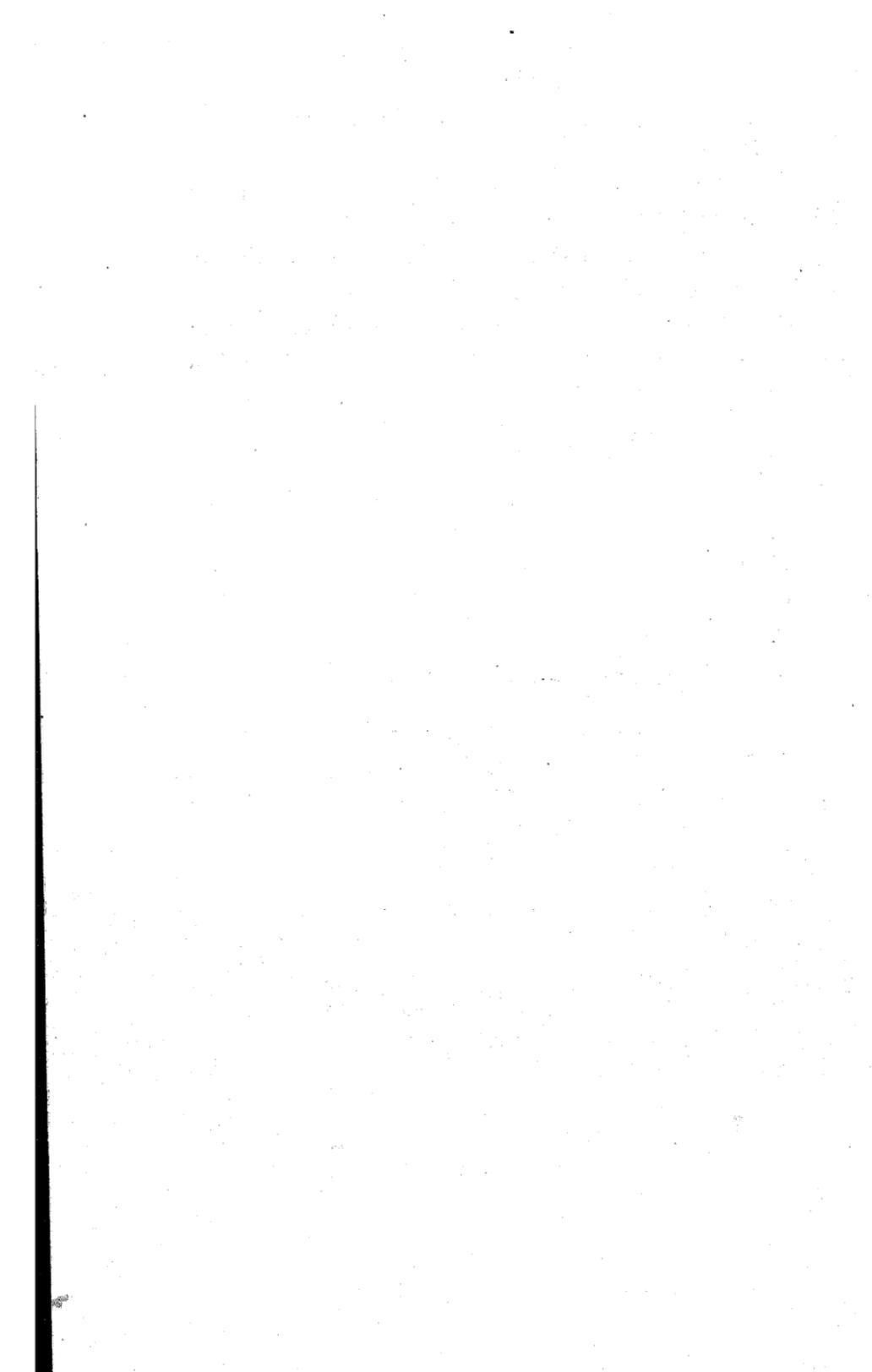
—¡Silencio! gritó: ¡silencio! ¡hola! ¡guardas, esclavos, á mí!

Instantáneamente se inundó el retrete de feroces almoravides armados hasta los dientes.

—Conducid á esa mujer á la torre del Gallo de Viento, encerradla en ella, y velad en su puerta.

Dicho esto salió; y Zoraya, á pesar de sus lágrimas y de sus gritos desesperados, fué conducida á la torre.







En tanto Muza se habia trasladado á su alcázar en la Alhambra (1), llevando consigo el cofrecillo de hierro que habia encontrado en la cámara dorada.

Al entrar en su retrete se presentó á su vista el esclavo Acbakr, triste y sombrío, con la palidez en la frente, y el furor retratado en los ojos.

El emir, acostumbrado á leer en el semblante del africano, palideció, previendo una gran desgracia.

(1) *Este alcázar era un departamento del que hoy se conoce como Casa Real; hace algunos años estaba en ruina, y ante él se veían casi enterrados unos baños de mármol; algun tiempo despues el brigadier de ingenieros señor Teruel restauró los muros, acabó de cubrir los baños, sobre los cuales hizo un jardín, y le rodeó de una tapia de tierra, tal como se vé ahora que escribo esta leyenda.*

—¿Qué acontece, Acbakr? le preguntó.

—El ángel negro, señor, posa sus alas sobre tu casa, contestó con ronca voz el esclavo; y bueno será que huyas sino te encuentras dispuesto á entregar al rey tu amigo el cristiano y la dama que has encontrado en la morada del santón.

Muza tembló de cólera al escuchar esta nueva.

—¡Pero quién ha podido decir al rey, exclamó, que esa mujer no sea una de mis esclavas trasladada desde mi palacio de la Azubia á mi harem de la Alhambra!

—Señor, contestó el esclavo, como me ordenaste, conduje esa dama al mirador de la torre sin ser visto de ojos vivientes; el capitán Gaston dormía en tanto sobre tu diván, y las otras esclavas estaban retiradas en el harem. Apenas había esclarecido el día, y todo callaba; entonces bajé á la caballeriza y me puse á limpiar tu caballo de guerra Samyel.

—¿Y bien...? repuso con impaciencia Muza.

—Hacia un momento que estaba en la caballeriza, cuando escuché el sonido de una guzla tan diestramente tañida, que parecía habían descendido sobre tu alcázar los arcángeles del sétimo cielo.

—¡Acaba! gritó con ansiedad Muza.

—Luego, continuó Acbakr, una voz suave, dulce y armoniosa cantó un romance de amores, y poco despues otra guzla contestó desde el alcázar, y reconocí en sus pulsaciones la mano del rey.

Entonces abandoné el caballo, corrí á los agimeces, y ví en efecto al rey Abou-Abdallah en el mirador de la sultana, dirigiendo su vista al mirador donde estaba asomada la cautiva.

Subí á la torrecilla, y ví al capitan Gaston de Vargas contemplando á la mujer, y ésta tañendo tu guzla, vuelta la espalda al capitan, y riéndose á largas carcajadas de los romances de amores que la dirigia el rey.

Muza se estremeció.

—Entonces, continuó el esclavo, preivendo lo que iba á acontecer, dije á tu amigo, valiéndome de lo poco que entiendo el castellano: Capitan, una gran desgracia amenaza al emir; esa mujer es hermosa, el rey la ha visto, y ella se burla imprudentemente del rey; mucho será que no acontezca algun desman.

—¿Y qué he de hacer? dijo tu amigo.

—Ahora lo verás, le contesté, y me dirigí á la mujer. Señora, la dije, en este lugar no estás bien; permiteme que te traslade á otro mas seguro, y que te sirva de guarda ese cristiano.

Tu cautiva dejó la guzla, soltó otra larga carcajada, saludó con el extremo de su velo al rey, y mirándome con una fria indiferencia, me dijo:

—Hágase la voluntad de mi señor.

Bajamos las escaleras seguidos del capitan, llegué á los subterráneos, encendí una antorcha, abrí la puerta oculta de la mina que conduce al palacio de Darla-Horra, y entregando la antorcha al capitan, le dije:

—Cristiano, sigue esa mina que conduce al Albai-cin, y llama á una puerta que encontrarás al cabo de ella. Despues dije á la dama, cuando contestaren, di que sois dos cautivos que el emir Muza Ebn-Abil-Gazan suplica á la sultana conserve ocultos en su alcázar.

El capitán tomó la antorcha, y entró en la mina seguido de la mujer.

—¡Has sido un imprudente, Acbakr! exclamó Muza terriblemente contrariado por aquel desdichado acaso; ¡tú, solo tú, debiste acompañar á la cautiva! ¡Por Eblis que mi sino desdichado es mas lúgubre cada día! ¡enemigos por todas partes! ¡celadas continuas! ¡servidores imbéciles!

—Señor, murmuró inclinándose el esclavo, yo he creído oírte llamar hermano al capitán.....

—Sí, y tú que has nacido en Africa; tú, que sabes que para un buen musulmán son sagradas cosas las armas, el caballo y la mujer del que ha comido con nosotros bajo un mismo techo el pan y la sal, crees que todos los hombres son así. ¡Oh! ¡imbécil! puede un hombre esponer sus tesoros, su libertad, su vida por la salud de un amigo; pero como asegurar que ese mismo hombre no nos hará traición si entre él y nuestra amistad se coloca una mujer.

¡Vamos, sígueme! gritó Muza precipitándose á la galería que conducía á los subterráneos; es preciso que el capitán no esté mucho tiempo cerca de esa mujer.

—Es que, señor, el rey ha cercado de guardas tus jardines despues de la salida de la cautiva, y es imposible escapar por otra parte que por la torre de las Almenas.

Muza rugió de cólera.

—¡Que venga, gritó, Abd-el-Kerim, mi katib!

—Está en el alcázar del rey, señor.

—¡Pronto mi caballo! gritó Muza; ¡mi pendón! ¡mis ginetes! es preciso que yo rompa de una vez el círculo de hierro de mi horóscopo.

Acbakr salió, y un momento despues resonaron los atabales y los clarines del emir, que se ceñía en tanto apresuradamente sobre sus galas un arnés de batalla.

Por primera vez un sentimiento de celos y de odio germinaba en su corazon ; por primera vez maldijo la debilidad del rey, que sitiado por enemigos poderosos , exhausto de dinero , falto de mantenimientos para su ejército, encerrado como una mujer cobarde en su alcázar, se ocupaba en tañer y cantar amores á las mujeres de sus vasallos. Se empañaba lentamente en su corazon el terso esmalte de amistad y de amor que profesaba al capitán Vargas, y le parecia que le hacia traicion en las revueltas del subterráneo con aquella mujer á quien amaba ya con delirio, y á quien solo debia un frio agradecimiento por haberla librado de la dura esclavitud del infante Sidy Alhamar. Recordaba que durante dos horas la habia conducido rodeando su esbelto y flexible talle con su brazo tembloroso sobre el arzon de su caballo, y que ella, en cuyo semblante estaba retratada la pureza de una vírgen, no habia contestado ni con una solo mirada pudorosa al inmenso amor que de improviso se habia apoderado de su alma á la vista de su hermosura.

Entonces, volviendo la vista á su pensamiento donde estaba grabada tenazmente la imágen de Schamsul-Ilemal, creyó encontrar en ella mucha semejanza con la sultana Aixa ; por la primera vez de su vida, caballero infiel á los secretos de una dama, corrió sobresaltado al cofrecillo de hierro que habia dejado con el de ágata, en el que guardaba las siete hojas

de laurel, en un nicho afligranado del muro: le tomó entre sus manos y le examinó.

Sobre la tapa del cofrecillo estaban cincelados en el enmohecido hierro los cuarteles de un blason castellano demasiado conocido para él, por haberle visto cien veces en la adarga de un caballero cristiano, grande amigo de Abou'l-Hassan, que en vida de este rey solia pasar largas temporadas dentro de los muros de la Casa del Gallo ó de la Alhambra.

Era este caballero don Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, uno de los primeros capitanes que asistian con sus lanzas y mesnadas en el ejército de los reyes Católicos.

Irresoluto, tembloroso, dejó Muza por tres veces el cofrecillo, y otras tantas le volvió á asir y á clavar la vista en los blasones de su tapa.

—Y bien, dijo, mi alma es bastante depósito para un secreto, y aqui tal vez encuentre alguna luz que aclare las tinieblas del oscuro laberinto en que me encuentro.

Pero dudó aun; su nobleza le hacia recordar la confianza de la sultana, que le habia entregado sin vacilar tal vez su honor, su porvenir, su vida.

Y á pesar de todo, su amor, sus celos, cien pasiones encontradas triunfaron en fin de su conciencia; en un momento de escitacion arrojó con fuerza el cofrecillo sobre el pavimento de mármol, y la tapa saltó, no pudiendo resistir la pujanza del golpe.

Un medallon de oro, un rizo de cabellos y un rollo de pergaminos rodaron dél.

Y Muza clavó su mirada avarienta en el medallon, y vió un retrato de hombre, jóven y hermoso, en la

fuerza de la juventud, como él habia visto en su infancia al conde de Cabra, cuando le sentaba sobre sus rodillas y acariciaba su rosado semblante con sus membrudas manos de guerrero.

Y examinó el rizo, perfumado, sujeto en un lazo de oro y brillantes, rizado, fino y sedoso como el de una niña, y de color castaño oscuro.

Y desenrolló los pergaminos, y encontró en ellos cartas de amores, y juramentos tiernísimos escritos con sangre.

Muza habia descubierto unos amores criminales en el misterioso cofrecillo de la sultana; pero su infidelidad habia sido inútil; nada sabia mas que antes acerca de Schamsul-Ilemal.

Guardó cuidadosamente aquellos objetos junto con las hojas de laurel en las fuertes arcas de su tesoro, y trémulo, avergonzado de sí mismo, llamó al esclavo.

—Señor, contestó Acbakr apareciendo en la puerta, tu estandarte ondea, tus almogawares esperan, y tus walies cabalgan al frente de ellos.

—Toma esta caja, le dijo Muza, recátala cuidadosamente y llévala á mi armero; que al momento en secreto, componga de tal manera su cerradura, que ni yo mismo pueda notar que ha sido rota. Vé.

Acbakr partió á la carrera; Muza bajó á la plaza de armas de sus cuarteles, cabalgó en el valiente Samyel, y seguido en silencio de su alférez, de Naim Reduan, de Mohamet-Ebn-Zaide, sus walies, y de sus almogawares, salió por la torre de las Almenas, dió vuelta á la Alhambra, y se presentó en la puerta del Juicio.

Entonces un hombre, ginete en un asno, con traje de astrólogo, cubierto el semblante con la toca, recibió un pergamino enrollado y sellado que le entregó un xequé almoravid, y seguido de este y de diez ginetes á manera de guardas, se alejó al paso de su asno, pasando sin inclinarse ante Muza, que en aquel momento descabalgaba, y llena la mente de sombríos pensamientos, no reparó en él.

El emir se hizo anunciar al rey.

Un momento despues, precedido de dos pajes, atravesó el patio del Grande Estanque, luego el de los Leones, despues el retrete de las Dos Hermanas, y se detuvo ante el mirador de Lindaraja; donde, reclinado en un divan, entre dos esclavas medio desnudas, una de las cuales alejaba dél el humo de los perfumes con un gran abanico de plumas; casi perdido en la muelle oscuridad producida por los dobles tapices de seda y púrpura que cubrian agimeces, transparentes y celosias; halagado por el rumor de las fuentes y el canto de los pájaros, estaba el rey Abou-Abdallah, con la cabeza destocada, la túnica desceñida y los piés desnudos; una de sus manos se posaba en el hombro de su esclava favorita que estaba dormida sobre su pecho, y con la otra se divertia en lanzar hasta la cúpula un polluelo de azor, que volvía á posarse sobre el dedo de su señor.

De pié, inmóvil, respetuoso se veía al noble anciano Abd-el-Kerim, con los brazos cruzados sobre su pecho y las manos perdidas en las mangas, y mas cerca del rey, tras el divan, inmóvil tambien y silencioso, el jefe de los eunucos.

Antes de que los pajes pudieran anunciar á Muza,

penetró hasta el rey el áspero crugir de su arnés y se incorporó receloso sobre el divan, á tiempo que un paje gritó con voz sonora desde la puerta:

—El alto y poderoso emir Muza Ebn-Abil-Gazan.

Abou-Abdallah indicó con un indolente ademán que podía entrar Muza, y este se adelantó, hincó una rodilla en tierra y saludó profundamente al rey.

—¡Ah! eres tú, mi valiente emir, dijo el rey lanzando en el aire su azor; por cierto que deseaba verte, puesto que hasta ahora solo he podido preguntar acerca de cierta esclava á tu katib, el severo Abd-el-Kerim, que tanto me ha contestado como hubiera podido hacerlo el wali de mis eunucos.

—No te comprendo, señor, contestó Muza con la mayor serenidad.

—¿A qué vienes pues? repuso el rey; ¡ah! no habia reparado en tí; eres el terror de mis mujeres y de mis pajes, Muza; mira como Lelia retira de tí los ojos con repugnancia; vienes manchado de sangre, emir.

En efecto, por resultado de la lucha de la noche anterior con Sidy Alhamar algunas gotas de sangre manchaban el jaco de Muza.

—Son arras de mi oficio, señor, contestó Muza visiblemente contrariado ante la molicie vergonzosa del rey.

—¡Oh! cuando como tú se recogen *hermosas presas*, contestó el rey con intencion, no es mucho que se tenga amor á la guerra, emir; yo, á quien llaman con cierta verdad el Zogoibi, no le tengo mucha voluntad desde la jornada de Lucena. ¡Oh! buen cautiverio me costó y gran rescate á mi madre. Es-

to es mejor; continuó señalando alternativamente con la vista á las dos hermosísimas esclavas, mucho mejor cuando se tienen vasallos valientes. Por Allah que tú solo, emir, pudieras poner en duda esa mi ponderada desventura. Tú eres mas dichoso; entras en la tierra de los cristianos y cautivas sus esclavas y sus mujeres, sin que el rey te deba su parte de botin, sin que elija para su harem entre tus cautivas, sin que sepa á donde vas y de donde vienes; ¿quieres mas?

—Quiero, repuso Muza, que se respeten mis fueros de emir y de caballero; quiero que mi casa no sea allanada, ni rondados mis miradores, ni llenos mis jardines de esclavos armados como se hace con los traidores y los villanos.

El rey se levantó ceñudo al escuchar las últimas palabras de Muza.

Y sacó de entre su túnica un pergamino, y le mostró al emir.

El pergamino, escrito por una mano desconocida, decia :

«Señor: Muza, tu emir, ha robado esta noche una mujer cuya posesion le hará invencible. Esa mujer te pertenece, rey, sino quieres verte arrojado de tu trono por la traicion. Apodérate de ella, y que un seguro encierro la aparte para siempre del emir.»

—¿Y cuando has recibido este pergamino? dijo Muza.

—Hace dos horas, contestó el rey, por un hombre que lo dejó á la guarda de la Alhambra y desapareció.

—¡Oh! ¡estamos cercados de traidores! murmuró

Muza ; despierta, señor, despierta, porque tu sueño es de muerte.

El semblante del rey se cubrió de una nube sombría, y miró, lanzando relámpagos de cólera por sus ojos, al emir.

—¡Oh! ¡tú la amas, gritó furioso, y quieres fascinarme! ¡yo la amo tambien, vasallo, y quiero esa mujer. Yo la he visto entre tus miradores acompañada de un cristiano, y quiero la cabeza del cristiano. ¿Lo entiendes? ¿dí?

—¡Señor...! murmuró Muza conteniéndose á fuerza de su lealtad.

—Yo amo á esa mujer hace mucho tiempo, continuó el rey, yo la he visto en sueños ; yo he visto tambien á ese cristiano con la espada desnuda tras mí en una vision de sangre ; estoy cercado de traidores y de asesinos por do quier, y hasta mis esclavas me dan pavor.

Y el desdichado rey, estremecido, pálido, con la espresion de la insensatez en los ojos, cruzados los brazos sobre el pecho cual si pretendiese defenderle asi de una puñalada, se replegó en el ángulo del divan.

—¡Hermano! ¡hermano mio! gritó Muza asiendo las manos del rey (1).

—Sí, yo la amo, dijo el rey volviendo á su pensamiento dominante ; la ví esta mañana mas pura y mas hermosa que el alba que aparecia sobre los montes ; tú la amas tambien. Pues sea. Hazla tu esposa ; pero déjame ver sus ojos, hermano mio, y la amaré como á una hermana.

(1) Decíase que Muza era hijo bastardo de Abou'l-Hassan y de una cristiana.

Muza se estremeció; amaba al rey, pero conocia la inconsecuencia de su carácter; compadecíale débil é insensato, llorábale desgraciado y temiale cruel.

—Quema ese pergamino, le dijo el rey, que no merece otra cosa escrito que mancha tu lealtad; qué-male, y ámame siempre, pero déjame ver á tu esclava.

—La verás, señor, contestó Muza arrojando el pergamino en uno de los perfumeros.

—¡Ahora! dijo el rey con la impaciencia natural de su carácter.

—¡Ahora, señor!

—Sí, al momento, contestó el rey con imperio.

—¡Hágase la voluntad de Allah! murmuró Muza, en quien la lealtad de caballero dominaba á su amor de hombre; cúbrete, señor, de tus vestiduras reales y vamos.

Poco despues el rey Abou-Abdallah, gallardo y hermoso, á pesar de que habia llegado á sus cuarenta años, ginete en su soberbio caballo, llevando á su mano diestra al emir y á la izquierda su alwacir, salió de la Alhambra por la puerta del Juicio, seguido de los almogawares de Muza.



## XI.

Por la primera vez en su vida se habia visto solo el jóven capitan Gaston de Vargas con una mujer tan hermosa como la que le habia confiado en su imprudencia africana el esclavo Acbakr.

Pareciale á aquel un cuento de brujas y encantados, como los que habia oido contar á las dueñas de su madre en su vieja casa solariega, y sintióse arrasado, dominado por su espíritu aventurero y atrevido, junto á aquella mujer en aquella mina solitaria.

Ella tambien por la primera vez habia mirado frente á frente á un hombre, y sentiase llena de un sentimiento vago, indefinible, nuevo para ella.

Entrambos andaban y callaban.

De repente ella se detuvo, y dijo en árabe al capitán.

—¿Dónde me llevas?

El capitán entendía tanto el árabe como el hebreo, y su semblante se cubrió de la triste expresión de quien no puede contestar á palabras que desea comprender.

Ella repitió su pregunta en castellano.

Una expresión de inmensa alegría se pintó en los ojos de Gastón.

—Lo ignoro, hermosa señora, contestó.

—¡Esclava de una mujer! dijo meditando Schamsul-Ilemal; ¿y no sabes tú otra salida que nos saque libres de Granada?

—Tanto como tú, contestó Gastón.

Tras estas palabras los dos jóvenes siguieron en silencio la mina adelante.

A medida que avanzaban era mas lento su paso, como si temiesen concluir demasiado pronto su travesía: tal vez sin darse razón de la causa entrambos deseaban prolongar todo lo posible su estancia solitaria en la mina.

De vez en cuando Gastón lanzaba una furtiva mirada á Schamsul-Ilemal, y alguna vez acontecía encontrar sus grandes ojos negros fijos en él; bajaban entonces los dos la vista y volvían á encontrarse sus miradas pasado un momento.

Al fin Gastón comprendió que no era indiferente á la joven y se atrevió á rodear un brazo á su cintura. Estremeciósela ella, y esclamó:

—Mal guardador eres de mujeres, capitán.

Gaston tartamudeó algunas excusas.

—Has pensado mal de mí, le dijo la niña deteniéndose y fijando en él una dulce mirada de reconvencción.

—¡ Ah! es verdad, dijo Gaston, habia olvidado que amas á Muza.

Schamsul-llemal hizo un gracioso mohin de disgusto, y contestó:

—¡ Yo no amo al emir! le respeto y le profeso agradecimiento; pero yo no puedo pertenecer á un infiel, porque soy cristiana.

Gaston dió un salto de alegría, que le puso en grande peligro de herirse en la bóveda de la mina.

¡ Oh! es verdad, dijo; hablas perfectamente el español, eres castellana, cautiva tal vez. ¿ Y de qué familia?

—No la conozco. Me he criado en el castillo de Schalobanyah, (1) cercada de gentes estrañas, contestó Schamsul-llemal con un acento tal de dulzura, que el capitán creyó encontrar una amante conmoción en las palabras de la jóven.

Después de esto, ella, tal vez por cubrir la espresion de su semblante, echó el velo de su toca sobre la frente; y él, temeroso de enojar tal vez á la dama con miradas indiscretas, se adelantó un tanto precediéndola á través de la mina.

Gaston de Vargas, hijo de uno de los mas hidalgos troncos de la nobleza castellana, rico, valiente y jóven, era de carácter resuelto, emprendedor, audaz, y dotado de una franqueza sin límites. Profe-

(1) Salobreña.

saba una verdadera amistad á Muza, y se sentia dominado por el prestigio del heroismo de aquel desventurado caballero, tan noble, tan leal, tan cumplido. Gaston sabia que amaba á Schamsul-llemal, y comprendió que si bien él á su vez habia sucumbido como Muza al primer encuentro con la inmensa belleza de aquella misteriosa mujer, debia dejar venir los acontecimientos, ser leal al emir, y esperar á que desengañado él de lo imposible de sus amores, dejase á la jóven en libertad de elegir entre los dos.

Por otra parte, aunque ella le habia mostrado cuanto puede mostrar una mujer pura, un afecto mas que vulgar, temia la inconsecuencia propia de la raza de Eva, y que, como aquella primera madre, no fuera entre él y Muza una manzana fatal.

Por la primera vez Gaston era prudente ; hasta entonces se habia dejado arrastrar de los acontecimientos, confiado, loco, sin mirar al porvenir ; pero entonces amaba, y sabido es que el amor suele trasformar á los insensatos en pensadores, y á los pensadores en furiosos.

Ella no se tomaba el trabajo de meditar, estaba predestinada á un grande objeto por el destino, y se dejaba arrastrar de él.

Al fin terminó la mina, y la luz de la antorcha alumbró una pequeña puerta chapeada de hierro.

Gaston levantó la mano para llamar.

—Espera, le dijo Schamsul-llemal ; tal vez nos separaremos en breve y quiero que conserves una memoria mia.

La jóven desprendió un joyel de diamantes que sujetaba sobre su toca las anchas y largas trenzas de

sus cabellos, que calleron á su espalda, y le entregó á Gaston.

—Escucha, añadió ella poniendo una de sus pequeñas manos sobre el hombro del capitán; hasta ahora tú eres el primer hombre cuya presencia no me ha molestado, y á quien mis ojos no han mirado con desden. Este joyel es una prenda mágica; si alguna vez deseas verme ponlo sobre tu corazón cuando guarde ese deseo, y aunque me circunden torres y cavas, aunque me guarden en un arca cerrada con los siete sellos de Dios llegarás hasta mí.

Gaston recibió temblando el amuleto, porque á pesar de su poderoso aunque naciente amor, no era bastante á curarle del horror que le inspiraban los hechizos.

Quizá tuvo miedo al lado de Schamsul-llemal, y llamó con el extremo de la antorcha en la puerta de hierro.

Nadie contestó.

Gaston repitió hasta tres veces la llamada.

Oyóse entonces una voz de mujer tras de la puerta.

—¿Quiénes sois y qué quereis? dijo en árabe.

—Somos, contestó Schamsul-llemal, cautivos del emir Muza Ebn-Abil-Gazan, que suplica á la poderosa sultana Aixa les guarde ocultos en su alcázar.

No contestó la voz, pero oyóse una llave rechinando en una cerradura, y la puerta se abrió.

Schamsul-llemal y Gaston se encontraron ante la sultana en el extremo de un magnífico jardín, junto á una cascada y bajo una bóveda de verdes cipreses.

Aixa tornó á cerrar la puerta, y fijó alternativamente su severa mirada en los jóvenes.

Schamsul-llemal habia echado atrás su velo; Gas-

ton se habia despojado respetuosamente de un bonete moruno que habia tomado en el retrete de Muza, dejando flotar al aire los sedosos rizos de su rubia cabellera.

—¿Cautivos sois de Muza? les preguntó la sultana posando de una manera avarienta su mirada en la jóven. ¿Y por qué mi hijo os envia á mi alcázar?

—Lo ignoro, señora, dijo ella; llévanos ante la sultana.

—Yo soy, contestó Aixa: seguidme.

Gaston arrojó la antorcha á las aguas, y aunque no comprendia el árabe comprendió que debia seguir á una distancia respetuosa á aquella noble dama, que harto mostraba en su continente su esclarecida alcurnia.

Y asi anduvieron el jardin adelante entre acequias y flores, penetraron en una galeria oscura, subieron una escalera, y entraron en la misma cámara donde Aixa habia recibido á Muza, á Zoraya y á Sidy Alhamar.

—Eres tú mujer del harem de Muza, preguntó la sultana á Schamsul-llemal.

—Soy desde anoche su cautiva, señora, contestó.

—¿A quién pertenecias antes?

—Estaba aprisionada por el infante Sidy Alhamar.

La sultana palideció; aquella era la mujer que se le demandaba á precio de su honra.

—Sal y espera, dijo á Gaston que abismado en profundas meditaciones permanecia de pié junto á la puerta.

—No comprende la lengua árabe, señora, observó Schamsul-llemal.

—Castellano, dijo en buen español Aixa, sal de aquí.

Gaston frunció el gesto ante aquel imperioso mandato de sultana, se inclinó, salió á la galeria y se apoyó pensativo en un agimez.

Aixa entonces observó con ansiedad á la jóven; su frente nacarada, sus ojos negros, su mórbido cuello, todo su ser parte por parte fué objeto de la profunda mirada de la sultana.

—¿Cómo te llamas? la preguntó.

—Los que me han criado, contestó con rubor la niña, me han llamado, sin duda por amor, Schamsul-Ilemal (*Sol de la hermosura*).

—¡Oh! y no han mentido, jóven, contestó con emocion Aixa. ¿Y quiénes son tus padres?

—No lo sé, contestó ella.

—¿Cómo, no sabes quienes son tus padres?

—Solo recuerdo confusamente, como en un sueño, el semblante de una hermosa dama, que me besaba y lloraba sobre mi semblante en un palacio semejante á este. Yo amaba á aquella dama, y aunque solo guardo un recuerdo confuso la amo aun.

Schamsul-Ilemal fijaba en el semblante de la sultana una mirada tan fija y tan intensa como la que aquella posaba en la jóven.

—¿Y luego? exclamó Aixa.

—Luego, desperté un dia y me encontré en otro lugar; era un castillo triste y sombrío levantado sobre una roca junto al mar; me acuerdo perfectamente de él porque allí he vivido hasta hace dos primaveras. Era el castillo de Schalobanyah, me guardaban como á una prisionera, á pesar de servirme

como á una sultana. Todos los dias un cautivo cristiano entraba conducido por el alcaide; y quedaba solo conmigo durante mucho tiempo.

Aquel anciano de largos cabellos blancos, frente tranquila y mirada dulce, era un sacerdote de Cristo.

Aixa se levantó sobre el divan, y mirando severamente á la jóven, la dijo:

—¡Eres cristiana!

—Sí, soy cristiana, dijo la niña bajando tímidamente los ojos; soy cristiana, y como tal mi nombre es Isabel.

Aixa dió un grito terrible arrancado del fondo de su alma, y palideció de una manera mortal.

—¡Isabel! exclamó, ¡siempre ese nombre aborrecido! ¡Oh! ¡las Isabeles son mi destino! ¡antes Isabel de Solis, ahora Isabel de Castilla, esa niña también Isabel! ¡Oh! ¡señor Allah, cuan inexorable eres conmigo!

—¡Oh! señora, dijo con gravedad Schamsul-Ilemal, repara que lo que te digo es un secreto que á nadie he revelado mas que á tí; á tí, no sé por qué, pero yo te amo como un recuerdo ó como un sueño; cuando te ví ante mí á la salida de la mina temblé, porque me pareció ver en tí....

—¡Silencio, niña! dijo Aixa poniendo su mano sobre la boca de Schamsul-Ilemal y mirando inquieta en torno suyo; ¡silencio! ¡estamos rodeados de traidores!

Y se levantó cerrando cuidadosamente las puertas.

—Sigue, sigue, dijo con ansiedad la sultana sentándose de nuevo en el divan; pero habla en voz baja... ¡si nos escuchasen!

Schamsul-Ilemal prosiguió :

—El sacerdote me enseñó el habla y la escritura castellana, me reveló la religion de Jesus y me la hizo creer. Sus pensamientos eran dulces, como su semblante y su resignacion, porque habia sido hecho cautivo para que fuese mi maestro.

Y asi pasaron diez años. Todas las primaveras el alcaide del castillo me hacia vestir con magníficas túnicas, me cubrian de joyas, y me encerraban en una litera cubierta por fuera con cortinas de seda muy tupidas y sujetas de manera que no las podia descorrer. Luego sentia que me levantaban del suelo y andaban ; oia crugir el rastrillo, y luego pisadas de caballos y rechinar de arneses en rededor de mí; pero ni una sola palabra llegaba á mis oidos.

Y asi caminábamos todo el dia por un camino montañoso, segun podia juzgar por el movimiento de la litera; y luego, venida la noche, ya tarde, sentia crugir otro rastrillo, abrirse otra puerta de hierro, y ruido de armas y soldados que detenian por un momento á los que me conducian. Durante el dia, en el espacio comprendido entre aquellos dos rastrillos, solo escuchaba ruido de esquilas, gritos de pastores, ladridos de los perros, como los de los rebaños que desde las torres del castillo de Schalobanyah veia pasar errantes en las montañas á orilla del mar.

Pero pasado aquel segundo puente, llegaba á mis oidos un rumor inmenso, pasos de hombres, gritos de vendedores ; de vez en cuando un alarido lastimero tras un golpe de espada llegaba hasta mí y me estremecia. Luego detenian los caballos, se abria otra puerta, dominaba un silencio profundo y dejaban la

litera en tierra alejándose los hombres que la conducían.

Pasaba un momento y abrían la litera; entonces me encontraba en un patio alto y estrecho sostenido por columnas, y una mujer vestida de negro con una lámpara en la mano, asía de mí y me conducía á una habitación magnífica cubierta de tapices y brocados, en el centro de la cual había un diván de seda azul y pendiente de la cúpula una lámpara de nácar.

La mujer, que era muy hermosa, se sentaba junto á mí, y me preguntaba acerca del sacerdote, de su enseñanza, de mis creencias; un esclavo negro, mudo y sombrío, me servía manjares, y aquella mujer, despues de haberme dado otra lección semejante á la del sacerdote, pero menos dulce, menos agradable, se retiraba dejándome sola y encerrada.

Yo sentía pavor dentro de aquel magnífico aposento lleno de flores, adornado de joyas, resplandeciente, con perfumeros cargados de aromas, con jaulas de oro en que había pájaros de rico plumaje, con bulliciosos surtidores, y fuentes de alabastro en cuyo fondo había peces de colores; pero los pájaros estaban mudos en sus doradas prisiones y los peces inmóviles en sus lechos de alabastro, porque les faltaba como á mí, triste también, la luz del cielo y las brisas del campo que son la alegría y la vida.

Y así pasaba siete días, que yo contaba por las veces que venía á verme la mujer enlutada, siete días que eran para mí una sola y tristísima noche.

Al cabo de ellos la mujer volvía á conducirme al patio, tornaba á encerrarme en la litera, poníase ésta en movimiento, y era de nuevo y de la misma

manera conducida al castillo de Schalobanyah , y á mi sencillo aposento donde mi alma se espaciaba respirando con placer las brisas del mar, y perdiendo mi vista ansiosa en sus lejanos horizontes de plata y azul.

Llegué á cumplir catorce años, y por primera vez me atreví á preguntar al sacerdote por mis padres; yo recordaba, como te he dicho ya, sultana, el semblante de una mujer que en tiempos lejanos besaba llorando mis mejillas y me estrechaba en sus brazos; y yo habia guardado en mi corazon aquel amor puro, soñaba con él y gozaba, porque desde entonces no habia rozado mis labios un beso de amor, ni habia visto mas rostro afable que el de mi pobre maestro.

Nada supo decirme; la tristeza moraba en mi corazon á pesar de ser mi carácter alegre y bullicioso.

Una noche, hace dos años, desperté estremecida; reinaba un silencio profundo, el mar dormia en calma; solo se escuchaba el paso de los atalayas en el adarve; pero en medio de este silencio creí escuchar gritos confusos y lastimeros en la mazmorra situada bajo mi retrete, y en la que encerraban al sacerdote despues de haberme dado su leccion cada dia; me asomé al agitez y escuché; entonces percibí distintamente la voz del desdichado que luchaba y suplicaba á los soldados; luego su voz se apagó como si una mano tapase su boca, sonaron sordos pasos violentos, y al fin un golpe opaco como el de un hacha que corta sobre un tajo.

Luego percibí las pisadas y el crugir de las armas de los soldados que salian de la mazmorra, el golpe

estridente de su puerta de hierro, y luego un silencio aterrador.

Estremecíme toda, y parecióme que un caliente y nauseabundo hálito de sangre llegaba hasta mí á través del respiradero de la prision colocado bajo el agimez.

Poco despues resonaron pasos en la galeria; abrióse la puerta del aposento, y el feroz alcaide entró seguido de dos esclavas.

—Engalanad á Schamsul-Ilemal, les dijo.

Las esclavas se acercaron á mí, pero yo las rechazé y corrí al alcaide.

—¿Qué has hecho del cristiano? le dije.

—El cristiano duerme, contestó sombríamente el alcaide.

—¡Duerme sobre un lecho de sangre! le dije señalándole su caftan horriblemente rojo.

—Los muertos no hablan, contestó haciendo un gesto feroz el alcaide y dejándome sola con las esclavas.

Habian muerto al bueno y anciano sacerdote, temiendo tal vez que algun día revelase mi existencia, que querian tener envuelta en un profundo misterio.

Yo le amaba, y su pérdida me trástornó; cuando volví en mí me encontré cubierta de galas y joyas, encerrada en la litera, y caminando sobre el mismo terreno montañoso que otras veces.

Aquella noche la mujer enlutada me condujo al retrete del divan azul alumbrado por la lámpara de nácar.

—Isabel, me dijo, que asi me nombraba siempre aquella mujer; has cumplido catorce años, y eres

hermosa como un ángel; ya no saldrás de aquí sino para ser esposa de un bizarro caballero, y después que brille el sol de mi venganza.

Aquella mujer me había dado miedo; en sus ojos había leído más bien el odio que el amor; sus consejos para mí siempre habían sido siniestros, siempre habían tenido por objeto una mujer á quien se me procuraba hacer aborrecer.

A pesar de mi repugnancia, llena mi imaginación del funesto suceso de la noche anterior, me arrojé á sus brazos llorando, y la dije:

—Señora, han muerto á mi anciano maestro en el castillo de Schalobayah.

Rechazóme aquella mujer de sus brazos, me miró friamente, y dijo con violencia.

—Te han engañado, Isabel.

—No, no señora, la contesté, lo he oído yo, me lo ha dicho el alcaide, y su caftán estaba manchado de sangre caliente aun.

—¡Oh! contestó la mujer mirándome con fiereza; esa ha sido una horrible chanza del bravío Ali-Atar.

Calló un momento, y luego continuó.

—Mis enemigos triunfan; el poderoso señor que me protegía ha muerto y tengo que huir de la ciudad; mi hijo Sidy Alhamar queda encargado de tu custodia, Isabel; ámale y respétale porque es hermano del que ha de ser tu esposo.

Dicho esto iba á salir, pero yo la detuve asiéndola por la túnica.

—Si es cierto que me destinás, la dije, para ser esposa de un hijo tuyo, tú no eres mi madre.

—¡Tu madre yo! exclamó con furor la mujer; no:

tu madre era una miserable adúltera, una mujer que te abandonó á la muerte, y que te hubiera hecho perecer, á no ser por mí que te salvé á pesar del odio que la profeso; tu madre es una infame que me arrebató mi suerte, el trono de mis hijos, la gloria de mi raza.

Aixa se agitó convulsiva en el divan y sus ojos lanzaron relámpagos de cólera.

—¡Y tú lo creiste! exclamó asiendo las manos de Schamsul-Ilemal y mirándola con una ansiedad terrible.

—¡Ah! no, no señora, yo no la creí, porque no podia creer nada de una mujer que llamaba una chanza la muerte del anciano sacerdote.

Las profundas rugas de la frente de Aixa desaparecieron.

—Sigue, hija mia, sigue, la dijo estrechando dulcemente sus manos.

—Quedé sola, prosiguió Schamsul-Ilemal, y poco despues un mancebo, hermoso pero de semblante siniestro como la enlutada, entró: me dejó manjares, y me anunció lacónicamente que era Sidy Alhamar,

Pasó algun tiempo sin que viese á otra persona que á él y á mis esclavas mudas, las mismas del castillo de Schalobanyah, hasta que en una ocasion entró Sidy Alhamar acompañado de otro jóven pálido, de semblante macilento y reflexivo, vestido á la castellana, y con cabellos largos sujetos por un birrete de terciopelo negro.

Marchose Sidy Alhamar y me dejó sola con aquel hombre.

—Yo soy Sidy Yahye, me dijo sentándose fami-

liarmente junto á mí en el divan y pretendiendo asirme una mano que yo retiré.

Mi desvio le irritó; díjome que me conocia por haberme visto muchas veces á través de las celosías de la cúpula, que me amaba con frenesí, y que estaba resuelto á anticipar nuestra union antes del plazo preciso. Me pintó con los colores mas vivos su pasion, su porvenir, y sus proyectos de ambicion; me puso ante los ojos un trono, y me exijió amor.

Yo tenia miedo á su lado y le hice concebir esperanzas.

Salió á su vez y quedé sola. Mi espíritu se entristeció; me veia abandonada, sin amparo, en poder de gentes ambiciosas que se servian de mí tal vez como de un medio para realizar alguna ruin venganza; el misterio de mi existencia me aterraba, y pensando en mi mala estrella me dormí.

Entonces, señora, apareció ante mi espíritu una vision; ví que el humo de los pebeteros se condensaba hasta cubrir las formas del retrete, dejándole velado en una niebla confusa; luego aquella niebla tomó formas y colores sombríos, y me encontré en un retrete octógono alumbrado por lámparas mortuorias.

En los muros de aquel retrete se leian nombres de hombres escritos con sangre; bajo ellos armas y pendones de formas estrañas y variados colores, y en torno, sobre el pavimento de mármol negro, habia ocho divanes ricos y resplandecientes como tronos; el uno estaba vacío, y sobre los siete restantes asentaban siete viejos negros con barbas y cabellos blancos, envueltos en mantos de púrpura, con coronas

de laurel en las cabezas, y largas espadas de guerra desnudas en las manos.

Yo me estremecí de terror, pero el mas anciano de los negros me dijo :

—No tiembles, Schamsul-Ilemal, tu pureza te protege; ella es la que preside tu estrella y pone en tus manos el destino de un gran pueblo.

Eres cautiva, y los que te cercan abusarán de tu inesperienza y de tu debilidad; se servirán de tí para ruines venganzas, y luego te abandonarán al escarnio y á la deshonra, sino te protege un poder superior que ellos mismos pondrán en tus manos sin saberlo.

La mujer que te tiene cautiva es enemiga de tu madre, á quien te robó en la cuna; el hombre que desea ser tu esposo y siente por tí un amor impuro es un traidor enemigo de su patria, á par que su hermano, en mal hora nacidos ambos en los dominios del Islam; es necesario que esa mujer y esos dos hombres perezcan.

—¿Y qué he de hacer? contesté temblando.

—Cuando mañana, me contestó el viejo, llegue junto á tí Sidy Yahye y te pida amor, concédeselo con una condicion.

En el tesoro de los reyes de Granada se guardaban dos talismanes poderosos, cuya virtud ignoran los sabios de la tierra. El uno es un collar de brillantes con una esmeralda pendiente de él, en que está grabado el sello de Salomon, que defiende de la violencia y de la impureza á la mujer que lo posea, y el otro un broche de diamantes que cumple los deseos lícitos del que le pone sobre su corazon.

El primero fué depositado por Eblis en la Torre de los Gigantes de Toledo, y guardado bajo siete sellos á la aparicion de las razas del Norte sobre las regiones del Mediodia, y le sacó de él la Kaaba durante el reinado del rey godo don Rodrigo; el segundo fué donado por una hurí al rey Al-hhamar el Magnífico, y entrambos han pasado de rey en rey hasta Abou'l-Hassan, que los entregó á la cristiana renegada Isabel de Solis despues de sus desposorios. Si ella hubiera sido pura como tú, el reino de Granada hubiera estendido sus fronteras en las tierras del cristiano, porque Abou'l-Hassan hubiera sido invencible.

Ese collar y ese joyel están aun entre las joyas de la reina Zoraya, y te serán entregados por Sidy Yahye en el momento que se los pidas á trueque de tu amor.

Calló el viejo, y tornó á aparecer la niebla, condensose, se esclareció á su vez y desperté.

Estaba en mi retrete; pero habia sido tan singular el sueño que lo tuve por aviso de Dios.

A la noche siguiente tornó Sidy Yahye; venia cubierto de galas y mas pálido, mas sombrío que la vez anterior.

Tomóme una mano que yo le abandoné, y alentado por mi concesion quiso abrazarme.

—No, infante, le dije, no seré tuya hasta que me traigas todas las joyas de tu madre y yo elija entre ellas las que mas me agraden.

Miróme el infante con estrañeza; pero yo insistí.

—¿Y serás mi esposa en el momento en que te haga ese don? dijo el infante.

—Te lo juro.

Entonces salió, y tornó dos horas despues trayendo un cofrecillo que abrió ante mí sobre el divan.

Sobre un mar de fuego, producido por los destellos que lanzaban las riquisimas joyas de que estaba henchido el cofrecillo, ví una cajita de taflete rojo bordada en oro sobre el que estaban pintadas las armas de Al-hbamar el Magnífico. Toméle y le abrí. Dentro encontré el collar y el joyel. Era imposible equivocarlos, ellos solos brillaban mas que todos los diamantes y perlas juntas que guardaba el cofre.

Entonces, como por juego puse el collar sobre mi seno y prendí el joyel á mis cabellos.

El infante dió un grito de admiracion y quiso abrazarme; pero sin que yo me opusiese, una fuerza superior le repelió de mí.

—¡Oh! ¡es un talisman! dijo furioso queriéndome arrancar las joyas, pero fué inútil; desde aquel dia he vivido defendida de ellos, hasta anoche que imprevistamente me ví libre por el emir.

He aqui, señora, todo lo que sé de mi historia; el collar es este que ves.....

—¿Y el joyel? la preguntó Aixa.

—El joyel, contestó la jóven ruborizándose, pertenece al capitan castellano que me ha traído hasta aqui.

Aixa levantó los ojos al cielo, dos lágrimas se deslizaron de sus ojos, y un recuerdo lejano y querido pasó por su mente.

—¡Cúmplase lo que está escrito! exclamó.

Y abrazando á la jóven la besó en la boca.

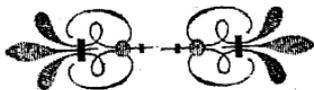
En aquel momento en que entrambas mujeres se adivinaban, en que estrechamente abrazadas mezcla-

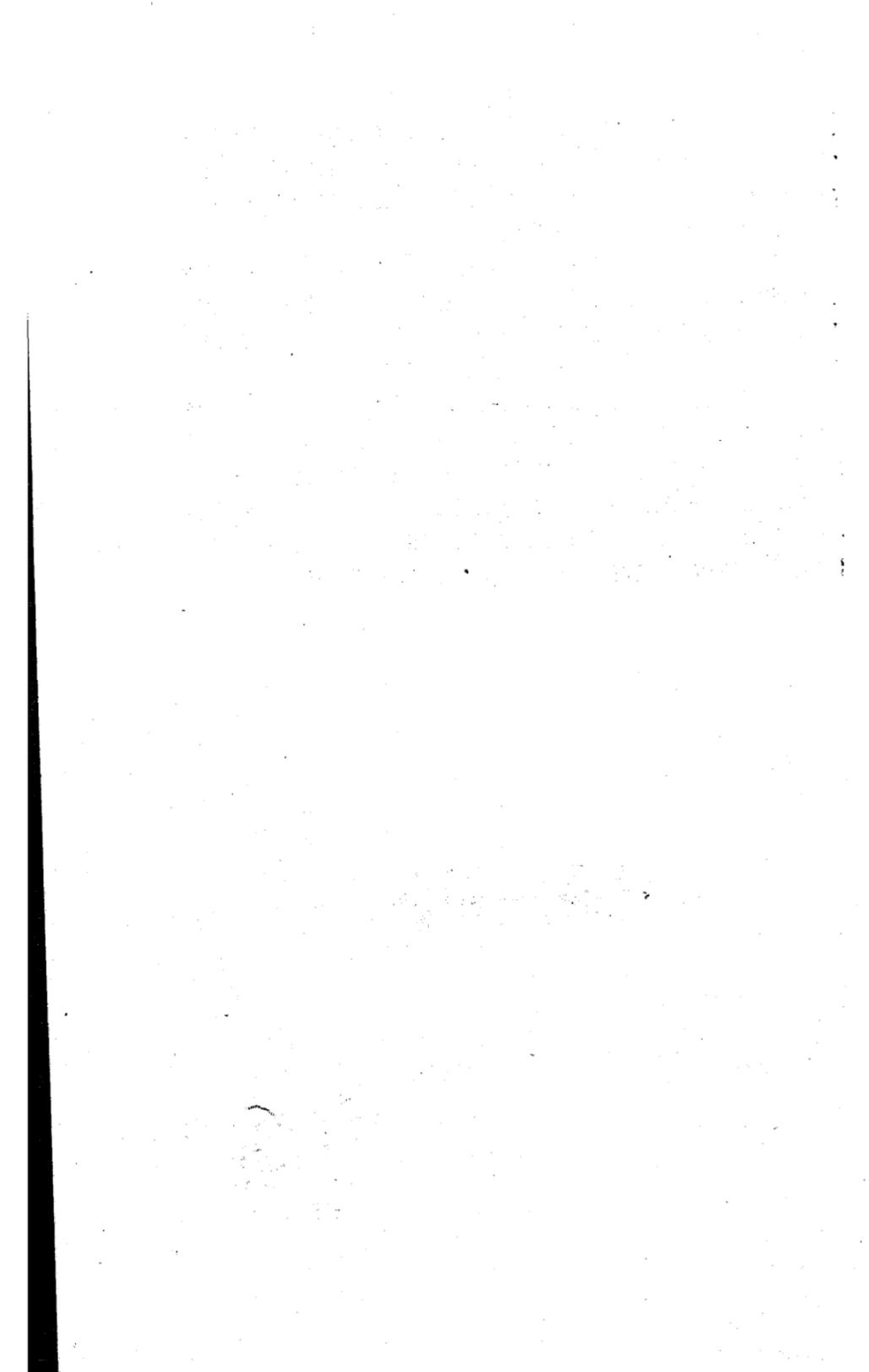
ban su aliento y sus lágrimas, un ruido potente y confuso penetró por los agimeces en el retrete; luego se percibieron gritos furiosos, choques de armas y estampidos de arcabuces.

A pesar de ser los motines y los combates cosa demasiado comun en Granada, las dos mujeres se separaron despavoridas y corrieron á la galeria, en uno de cuyos agimeces esperaba Gaston de Vargas.

Cuando Aixa y Schamsul-llemal llegaban á él, una bala arrebató de la cabeza de Gaston el bonete y fué á clavarse silvando entre las labores del muro.

Schamsul-llemal dió un grito, y cayó desmayada en los brazos del capitan, mientras Aixa, fiera y activa, llamaba á grandes voces á los esclavos:





## XII.

Aquel tumulto era producido por el populacho, la gente menuda y los descontentos, y preparado de antemano, que así es como suele moverse el pueblo, máquina poderosa, pero que necesita un impulso, acabado el cual vuelve á su inercia.

La terrible guerra encendida entre Abou'l-Hassan, su hermano Abdallah-al-Ssagar y su hijo Abou-Abdallah-al-Ssagirh; aquel juego de ajedrez en que se tiraban tan terribles jaque mates; del que eran tablero, torres, caballos y peones, Granada con sus castillos almenados y sus hombres de guerra; aquella continua alternativa de mando en que era tan fre-

cuenta ver á un mismo tiempo á un rey en la alcabala del Albaicin, á otro en el castillo de la Alhambra, y al tercero gineteando alrededor de los muros, atizando en el interior la discordia para arrojarse como el halcon sobre su presa, en el primer trono de aquellos dos que fuese abandonado por su poseedor, para entrar en cabalgada sobre el real cristiano ó para apaciguar un motin provocado por sus rivales; las ambiciones de las sultanas Aixa y Zoraya, legítimas en la primera, insensatas y criminales en la segunda; la debilidad del Xequé, del Zagal y del Zogoibi, que así llamaba el pueblo á Abou'l-Hassan, á su hermano Abdallah y á su hijo Abou-Abdallah; el interés, las ambiciones y las enemistades crecidas y arraigadas en las tribus por efecto de esta lucha encarnizada, habian hecho imposible en Granada la unidad de pensamiento y la concentracion de fuerzas, tan precisas para rechazar á un enemigo poderoso, que al frente de un pueblo guerrero y conquistador se lanzaba sobre otro pueblo compuesto en gran parte de los restos de reinos conquistados.

En tanto Abou'l-Hassan habia muerto (quien dice que por yerbas que le dió su hermano el Zagal) en el castillo de Almunecab (1) el año ochocientos noventa de la egira (2); y despues de haber perdido las ciudades de Baza, Guadix y Almeria y muchas fortalezas de la costa, Abdallah-al-Ssagar, vasallo tributario ya de los reyes Católicos, pasó con su licencia á Africa, donde llevó sus tesoros y sus malo-

(1) *Almuñecar.*  
(2) 1485 de J. C.

gradas ambiciones en otoño de ochocientos noventa y cinco de la egira (1).

Sin competidores ya el Zogoibi; único señor de su reino, creyó y no sin alguna razón, que reuniendo todo su poder se defendería de los cristianos y envió sus alimes y faquies (2) á publicar el *aliget* (3) contra los infieles por las villas y lugares del reino sobre cuyos castillos y atalayas ondeaba aun la bandera del Islam.

«Y no fué inútil diligencia (*dicen las crónicas de aquel tiempo*), que luego se revelaron contra los cristianos muchos pueblos: toda la serranía se juntó y tomó su voz (*la del rey*) y entre otros pueblos Adra, que está en la costa del mar, y Castel-Ferruh (4) y otros varios.»

Con estas fuerzas sitió algunos lugares tomados por el enemigo, cercó la villa de Alhendin, y la entró, arrasando la fortaleza y pasando á cuchillo el presidio de cristianos que habían dejado en guarda los enemigos.

Los reyes Católicos, por vengarse de esta falta de fe al vergonzoso tratado otorgado á ellos por el rey Abou-Abdallah sometiéndoseles como vasallo tributario, entraron en cabalgada en la vega y talaron los panizos y mijo, única cosecha que se esperaba aquel año, pues en la primavera y verano habían quemado los sembrados y las mieses. Ni quedó reschica ni grande, ni mantenimiento que no fuere ro-

(1) 1490 de J. C.

(2) Sabios y doctores.

(3) Guerra santa.

(4) Hoy Castel de Ferro.

bado, ni aldea en la que no se cebase el incendio; y la escases empezó á hacerse sentir en Granada.

En vano Muza lanzó contra los enemigos sus ginetes; en vano su lanza se tiñó en su sangre hasta el ristre; los cristianos entraron con treinta mil peones y doce mil caballos en la vega, como queda dicho, y asentaron sus reales en las fuentes de Guetar á dos leguas de la ciudad.

Tantos reveses exasperaron mas y mas los ánimos; y el pueblo estaba cada dia mas irritado contra el rey á quien miraban por su debilidad como odioso causador de los males del reino, y no temian llamarle públicamente traidor, cobarde, y enemigo de su patria y de su religion. Mas de una vez llegaron los motines armados á las puertas de su alcazaba clamando venganza, y en vano los xeques y faquies de la ciudad amonestaban al irritado pueblo.

Los bandos crecian con el desaliento, á medida que el hambre se mostraba mas cruel: y no faltaba por cierto quien en provecho suyo atizase estas discordias, y sostuviese secretas y continuas comunicaciones con el enemigo.

La sultana Zoraya, madre de los infantes Sidy Yahye y Sidy Alhamar, con ellos y con el infante Sidy Yahye Alnayar (1), su primo, hijo del infante Selim, señor de Almeria, muerto algunos años antes por su ventura, puesto que no vió la ruina de su patria, se habia amparado despues de la conquista de aquella ciudad al ejército de los reyes Católicos, al que asis-

(1) *Estos tres infantes se bautizaron en Santafé, y tomaron por nombre los primeros don Juan y don Fernando, y el tercero don Pedro, con el apellido y la denominacion de infantes de Granada.*

tian además algunas taifas (1) de ginetes abencer-  
rajes.

Tal vez la ambiciosa Zoraya, mujer de carácter soberbio, renegada de su religion por un trono, soñó en sus delirios que una vez vencido el Zogoibi los cristianos pondrian en la Alhambra á su hijo Sidy Yahye, contentándose con tener en él un rey tributario; halagada por esta loca esperanza derramó los tesoros que debia al insensato amor del viejo Abou'l-Hassan, mantuvo dentro de los muros de Granada á su hijo Sidy Alhamar, ya bajo los harapos del juglar, ya con las tocas de médico, ó con la hopalandada de astrólogo, y tuvo en rehenes, encerrada en un círculo misterioso, á Schamsul-llemal, de quien pensaba servirse para su venganza contra la reina Aixa, arrojando en su regazo de madre, cristiana, deshonrada y muerta, á aquella niña prenda de un amor criminal envuelto en las nieblas del misterio.

Con tales y tan terribles medios, Zoraya disponia á su placer de la tranquilidad de Granada; tenia espías en todas partes, y aun dentro del alcázar de Muza, foco de la lealtad y de la valentia granadina, y le eran conocidos secretos tan profundos como el lugar donde guardaba Aixa misteriosamente las prendas de su criminal é infortunado amor.

Pero la entrada maravillosa de Muza en el secreto retiro de Sidy Alhamar, el robo de Schamsul-llemal, y el descubrimiento de papeles importantes que causaron la prision de muchos caballeros de Granada, fué un terrible golpe para Zoraya, que se decidió á ju-

(1) *Banderas, escuadrones, en árabe.*

gar el todo por el todo , poniendo en accion de una vez y con una audacia y una imprevision infinitas todos los medios de venganza y de ambicion.

Sidy Alhamar era valiente y activo ; á su pensamiento seguia la ejecucion, como sigue al relámpago el trueno ; ser sorprendido por Muza , escapar , dar instrucciones á sus parciales, montar á caballo, llegar con la velocidad del rayo á Illora, donde estaba su madre con doña Maria Manrique, esposa de Gonzalo Fernandez de Córdoba, y volver disfrazado con ella á Granada, fué todo obra de un momento.

Al ponerse en movimiento la ciudad la noche anterior al grito de alarma de Muza , un observador hubiera notado algo extraño en algunos hombres que cruzaban presurosos entre las turbas que salian sonolientas de sus casas mal armadas y á medio vestir, quien con un arcabuz, quien con una espada. Aquellos hombres atravesaban como sombras las altas y estrechas callejas , llamaban á casas determinadas, cruzaban algunas palabras misteriosas con sus dueños, y se alejaban y se volvian á perder en las callejas para volver á llamar á otras cien y cien puertas.

Al amanecer, desvanecido el temor de la alarma, solo quedaban algunos grupos en las plazas y en los sitios mas públicos, y un rumor vago, indeciso circulaba entre ellos acompañado de amenazas y de insultos al rey.

Murmurabase que un cristiano, amparado por Muza, habia venido de los reales enemigos para tratar con el rey la entrega de la ciudad, y que el toque de alarma no habia sido mas que un pretexto para abrir las puertas entre el tumulto á los cristianos, y que la

indecisión de los traidores era solo lo que habia hecho abortar el plan. Decíanse el nombre y las señas del castellano, y en la plaza de la grande aljama se señalaba con escándalo por algunos fanáticos el agi-  
mezo roto de la torre misteriosa, por donde se decía que habia robado Muza una dama musulmana.

Y como entre la plebe lo que primero es rumor luego es estruendo hasta convertirse en tempestad, se iba, se venia, se murmuraba, y en mas de un lugar los grupos habian llegado á ser turbas armadas.

Cuando el rey, acompañado de Muza y seguido de su pendon real, apareció en la puerta de Bib-Leujar (1) y bajó por la calle de los Gomerés, los almogavares se vieron obligados á deshacer á cintarazos los grupos de gente perdida y hambrienta que como atalayas avanzadas del motin ocupaban la calle. Las turbas corrieron á la plaza Nueva dando alaridos, maldiciendo y apellidando venganza, y al entrar en la plaza ya no eran grupos sino un gentio inmenso y rugidor que se agitaba furioso, pero contenido aun por el miedo; y sin que un grito determinado dominase el tumulto, confuso, incomprendible como el ruido del mar en la tempestad.

Muza, colérico, ceñudo, previendo la causa de aquel desacato, feroz en el momento del peligro, rodeó al rey de ginetes, afianzó la lanza sedienta de herir, aguijó el caballo y delante de todos á la carrera, seguido de sus ginetes, pasó como un vendaval sobre aquella turba atropellando cuanto se oponia á su paso.

(1) Hoy de las Granadas.

Entonces el motin estalló, oyéronse distintamente voces de muerte al rey y al emir, y algunas balas pasaron silvando entre los almogawares.

El rey, á pesar de su indecision, se irritó ante aquel insulto, arrancó su pendon de manos de su alferez, y levantándose sobre los estribos lanzó su grito de guerra.

—¡Le galib ile Allah! (1) exclamó con voz pujante; ¡Allah-Akbar! (2).

Y cambiando el pendon á la mano siniestra, y tomando de su escudero la pica de dos hierros, la arrojó entre las turbas, que se apoderaron frenéticas de aquella prenda real arrancada del pecho de un moribundo, y pusieron en ella su ensangrentado alquicel por bandera.

La plebe tenia un pendon de sangre, y ya no se oyeron mas que aullidos, disparos de arcabuz, gritos de mujeres, imprecaciones y blasfemias.

Al arrojar el rey su pica, los almogawares, agrupados en su alrededor, se arremolinaron gineteando como en un torneo, se abrieron en círculo á la carrera, detuvieron un momento sus caballos, armaron sus ballestas y lanzaron sobre la multitud, que se atropellaba procurando huir, una nube de azagallas.

Corrió la sangre, y la plebe, á pesar de los esfuerzos de algunos ginetes mezclados entre ella y que al parecer eran los caudillos del motin, corrió á ampararse de las embocaduras de las calles, y en direccion á la de los Gomerés veíase huyendo entre las turbas el alquicel prendido en la pica del rey.

(1) *¡Solo Dios es vencedor!*

(2) *¡Dios es grande!*

Muza entregó la pica á su escudero , y se lanzó á la carrera espada en alto tras aquella sangrienta enseña ; las piedras, los palos , las armas arrojadas llovian sobre su arnés, rebotando en él como el granizo de la tempestad sobre las pizarras de una cúpula.

Un momento despues Muza habia arrancado de las manos del pueblo la pica real, y el terrible alquicel lanzado por la punta de su espada, fué á caer entre las masas.

El emir devolvía al pueblo su estandarte, que fué tremolado de nuevo y con mas furor en la pala de un hornero.

En un momento la gente del barrio de la Antequeruela y de Torres-Bermejas llenaron la calle de Gómeres.

—Señor, dijo Muza entregando la pica al rey, que se estremeci6 al mancharse las manos en sangre; esos perros han tomado bien la subida del alcázar y nada harán contra ellos los ginetes; á la alcazaba del Albaicin, señor.

Agrupáronse de nuevo los almogavares alrededor del pendon real, y Muza, dejando para despues el castigo de la plebe, temeroso de la seguridad del rey, que vestido de gala no llevaba otras armas que su pica y su espada, se lanzó á la carrera por la calle de Elveira (1), cuya embocadura abandonaron huyendo los curiosos y los amotinados que la ocupaban.

Entonces entre las turbas de la calle de Gómeres

(1) *Ahora por corrupcion Elvira.*

se levantó sobre los hombros de cuatro villanos un jóven, sin otras armas que una espada, y dijo con voz potente :

—¡A la Alhambra !

Era el infante Sidy Alhamar, que despues de haber tomado posesion en nombre del rey del aposento mas alto de la torre de Bib-Ataubin, y despojado de su traje de astrólogo, mandaba en las calles al pueblo contra el rey.

Las masas se precipitaron la calle arriba sobre la puerta de Bib-Leujar, pero la encontraron cerrada y defendida por ballesteros que habia sacado de su castillo á los primeros gritos del motin, el alcaide de las Torres-Bermejas.

Entonces, conociendo el pueblo que nada conseguiria contra aquella barrera inespugnable, gritó volviendo las espaldas á la puerta, y dejando ante ella como muestra de su paso algunos muertos por las ballestas de los soldados.

—Al Albaicin, á la alcazaba, al alcázar de Dar-la-Horra.

Sidy Alhamar desalentado, viendo frustrado el primer empuje, único momento en que puede tal vez triunfar el pueblo, arrojó la espada, tomó solo y blasfemando las altas callejas que conducen á la Antequeruela y se perdió entre ellas.

En tanto los amotinados, cada vez mas furiosos, se precipitaron sobre la plaza Nueva, inundaron la calle de Elveira, robando las casas que encontraban al paso mal seguras ó mal defendidas, y se lanzaron tras el rey, guiados por el rastro de muertos y heridos que dejaban tras sí Muza y sus almogawares.

Habian estos llevado adelante la calle de Elveira, y por la cuesta de Alacaba, la puerta Monaita y los muros de la alcazaba, habian llegado ante el alcázar de Dar-la-Horra, arrojando de sus alrededores las turbas de frenéticos, que al mismo tiempo que los de la plaza Nueva, habian cercado el alcázar y la alcazaba, y habian arrancado de un arcabuzazo el bonete de Muza de sobre la frente de Gaston de Vargas.

Pero la sultana se habia defendido como pudiera haberlo hecho el mas bizarro alcaide; activa, serena, impávida, habia mandado cerrar las puertas, habia estendido sus esclavos y su escasa guarda de amoravides en los agimeces, y el capitán Gaston, nombrado por ella su walí, recorría armado de una partesana que acaso le dió un soldado, los adarves, los jardines, las minas, atendiendo á todo, previniéndolo todo, como cumplia á un hombre de guerra y claro linaje.

El populacho en tanto gritaba:

—¡Muera la sultana Aixa!

—¡Que nos entreguen el cristiano!

—¡Que pongan en libertad á la dama!

Y entre todo esto, arcabuzazos, gritos, ayes, crujir de armas y gritos frenéticos de:

—¡Abajo el rey Abdallah!

—¡Abajo el Zogoibi!

—¡Abajo el renegado traidor!

Y de momento en momento se engrosaban las turbas con nuevos conjurados, y los gritos crecian, y los disparos se redoblaban, y solo Dios sabe lo que hubiera acontecido á no ser por la llegada del rey, del emir y de los quinientos almogawares, á cuya

vista los amotinados tiraron las armas y se dispersaron.

Restablecióse en tanto el silencio en torno del alcázar, abriéronse sus puertas, y el rey ceñudo, incómodo, contrariado, con la túnica y las manos manchadas con la sangre que habia tomado de la pica, se tiró del caballo y entró en el alcázar apresuradamente seguido de Muza: salvó, saltando la escalera, penetró en el retrete de la sultana, y jadeando, cubierto de polvo y de sudor, se arrojó blasfemando en el divan donde acababa de volver en sí Schamsul-llemal, que tornó á desmayarse al ver ante sí al rey descompuesto, pálido y cubierto de sangre.

Muza se detuvo sombrío ante la puerta, no tanto por respeto cuanto por haber visto de pié junto al divan mirando á Schamsul-llemal al capitán Vargas.

Este reconoció á Muza, y con una serenidad admirable se adelantó hasta él; en tanto que la sultana corria desalada á su hijo á quien amaba con frenesí.

—¿Vienes herido, señor? preguntóle con ansiedad, y la palidez de la muerte pintada en el semblante.

Abou-Abdallah lanzó una insensata carcajada.

—¡Herido! exclamó con fiereza. ¿Tiene esa turba ruin, armas bastantes para herir á su rey, ó pueden llegar hasta mí otra cosa que su sangre y sus gritos furiosos? ¡Agua, perfumes, ropas! exclamó el rey sin mirar á su madre que le contemplaba con amor; ¿qué hace esa esclava, añadió reparando en Schamsul-llemal apenas repuesta del terror que la habia causado el rey; que asienta á par mio y permanece inmóvil cuando escucha mi voluntad?

Schamsul-llemal se levantó sonrojada y fijó su vis-

ta en la alfombra, á tiempo que una hermosa esclava presentaba al rey una fuente de oro llena de agua de rosa, y otra le traia frascos de aceites aromáticos y perfumes.

El rey se dejó labar las manos y el semblante que se habia manchado de sangre al limpiarse el sudor, y miró sombríamente alrededor de sí donde solo habia personas silenciosas.

—¡Oh! dijo reparando con mas detencion en la jóven, tú eres la dama del mirador, la del romance, la de las carcajadas. ¡Oh! ¡bien.. ..! ¡muy bien!

Muza, contrariado por sus celos, irritado por el carácter insustancial del rey que dirigia palabras triviales á una mujer, mientras hermosas esclavas lababan en su semblante y en sus manos la sangre del combate, exclamó :

—Atiende, señor, que no es ocasion ahora de otra cosa que de sofocar la rebelion que estalla á los piés de tu trono, y que tu emir espera tus mandatos.

—¡La rebelion ! dijo con desprecio el rey; el pueblo no es otra cosa que polvo, que necesita un viento fuerte que le levante de su impotencia, y que como el viento pasa sin dejar otras huellas que los surcos sobre que se ha arrastrado. La rebelion puede cegar al que la afronta, pero nada puede hacer contra el que le vuelve la espalda y la deja pasar sin cuidarse de ella.

—Pero la rebelion, señor, continuó Muza que tenia de tenaz lo que el rey de indolente, la rebelion arrojó á vuestro padre de su trono y os puso en él.

—Mi padre presentó la faz á la rebelion y cegó; he ahí todo ; escucha, nada se oye ; el viento ha pa-

sado, y cuando mas, solo quedarán algunos centenares de cadáveres como testigos de su remolino.

En efecto, nada se escuchaba ; el valiente Reduan Venegas y otros alcaides de los castillos del muro habian sofocado la rebelion, matando á los pertinaces, ahuyentando á los débiles y prendiendo á los tardos. Y como para apoyar el dicho del rey, llegaron uno tras otro cuatro arrayazes (1) trayendo la nueva de la pacificacion de la ciudad.

La reina Aixa contemplaba con dolor la inaccion de su hijo, y temblaba al ver su tenaz mirada fija alternativamente en Schamsul-Ilemal y en Gaston de Vargas, en la primera con admiracion, en el segundo con odio.

—¿Y bien, Muza, dijo al fin el rey dando libre rienda á sus pensamientos, qué quiere entre nosotros este perro infiel?

Muza contuvo con una mirada á Gaston y contestó:

—Es mi huésped, señor, un amigo á quien debo la vida, y á quien he convidado á morar algun tiempo en mi alcázar.

—Y bien, ese amigo, dijo el rey en mal castellano como pretendiendo ser entendido por Gaston, si mal no recuerdo ha dado en gran parte causa al motin; el pueblo ha sospechado por él de nosotros y está en peligro en Granada ; que se vaya, y que diga á sus señores que el rey de Granada les espera sin miedo entre sus mujeres.

—Los reyes de Castilla, mis señores, contestó Gas-

(1) *Capitanes.*

ton, han probado mas de una vez que saben hacer huir como mujeres á tus guerreros.

Muza tembló, y Aixa y Schamsul-llemal palidieron ante la imprudencia de Gaston.

Pero todo era incomprendible en el rey: lo que en otra ocasion hubiera provocado su furor entonces provocó su risa.

—¡Por Allah que eres valiente, rapaz, contestó, y bien mereces que lleves una prenda mia! Segun recuerdo, Muza en otra ocasion me dijo no sé que trueque de armas contigo. ¡Oh! sí, mi pica real que yo le doné á mi subida al trono; pues bien: toma mi alquicel y mi bonete, y cuida de mostrar en tu real que han sido manchados de sangre sobre la persona del rey.

Y arrojó al mancebo su rico capellar de brocado y su bonete de púrpura.

—Vete, le dijo el rey; aborrezco á los cristianos desde el lance de Lucena, y puede acontecer que si estás una hora mas en Granada ponga tu cabeza en una escarpia.

Dicho esto, levantóse, asió de un brazo á Muza, le arrastró consigo á los retretes interiores, y dejó solos á la sultana Aixa, á Schamsul-llemal y á Gaston aturdido con lo que acababa de presenciar.

—Vete, cristiano, vete, le dijo la sultana, y no juegues con el leon que puede despedazarte.

Gaston dió un paso hácia la puerta.

—No, por ahí no, dijo la sultana, aun está reciente el motin y pudiera acontecerte una mala ventura. Signeme.

La sultana penetró por una puerta opuesta á aque-

lla por donde habian desaparecido el rey y Muza, y Schamsul-Ilemal se arrojó instantáneamente en los brazos de Gaston.

—Sí, huye, capitán, huye, le dijo, porque yo te amo.

Gaston quiso arrojarse á sus piés, pero ella le rechazó indicándole con un ademán enérgico el sitio por donde habia salido la sultana.

Gaston salió, y fué conducido á la mina por donde habia venido al alcázar de Dar-la-Horra, al de Muza.

Allí tomó la pica real, sus armas, su manto y su caballo, y llevando consigo el almaizar y el bonete del rey, salió de la Alhambra, escoltado con diez ginetes, por la puerta de Hierro, y á través del monte de Dinadamar, descendiendo al río Cubila (1), y dejando su escolta en la punta de la sierra Elvira, llegó atravesando la falda de esta al real de Santafé, no como habia salido confiado y alegre en busca de aventuras, sino triste, meditabundo, llena el alma de celos y de amor por Schamsul-Ilemal.

En tanto Granada habia quedado silenciosa; como aterradas del motin de la mañana, las gentes estaban encerradas en sus casas, y no se veian mas seres humanos que los soldados que escoltaban las taifas de villanos ocupados en recoger cadáveres y en arrojar agua sobre las huellas de sangre.

Aquella tarde una litera magnífica conducida por dos esclavos etíopes y escoltada por Muza y algunos caballeros de su mesnada, salió de la ciudad por la puerta de Bib-Ataubin, y se adelantó en la vega.

(1) *Cubillas.*

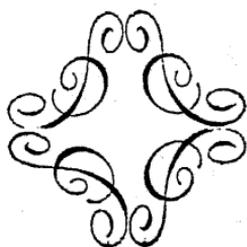
Entonces apareció en los agimeces de la torre, sobre cuyas almenas estaban clavadas en escarpías seis cabezas de nobles ensangrentadas y casi calientes aun: otra cabeza, viva, sombría, ceñuda que clavó la feroz mirada en aquella comitiva que se alejaba.

Era el infante Sidy Alhamar.

Poco despues un hombre cubierto con un albornoz negro y con una toca amarilla salió por la puerta, y siguió lentamente la comitiva y á larga distancia para no ser observado.

La litera llegó al fin, despues de oscurecido, á la villa de la Azubia, y una dama cubierta con un velo y apoyada en el brazo de Muza salió de ella y entró en una casa situada fuera de la villa por la parte que mira á Granada entre un bosque de laurel.

El hombre del albornoz negro y la toca amarilla barbotó un horrible juramento, y se perdió entre los olivares.





## XIII.

Gaston de Vargas entró en el real, mustio, cabizbajo, casi avergonzado.

Sus amigos le recibieron con alborozo, y en especial su primo Garci Perez de Vargas y don Iñigo Lopez de Mendoza.

—Y bien, mi valiente capitan, le dijo el conde tendiéndole la mano, supongo que tras de tí, encerrado en una litera y escoltado por soldados de las atalayas vendrá ese divino sol de Granada.

Gaston suspiró profundamente, y contestó:

—Mal que me pese, señor, ese sol queda alumbrando los ojos de otro, y yo solo traigo el corazón quemado con sus rayos.

Era tan triste el acento de Gaston, tan sentidas sus palabras que Garci Perez y el conde se miraron temerosos de que hubiesen dado hechizos al jóven en Granada.

—Por mi parte, dijo el conde dando de mano á la conversacion de amores, soy deudor por tu ida á Granada de un magnífico bridon árabe, una jacerina, un broquel y un alfanje que un alferez y cuatro escuderos de Muza me presentaron con el mensaje de que el emir te tenia por huésped algunos dias. Y en verdad que esto nos puso en cuidado. ¿Cierto, capitán Garci Perez?

—Confiabamos sin embargo, repuso el preguntado, en la hidalguia del emir. ¡Lástima que tan buen caballero sea nuestro enemigo!

—¿Y qué me cuentas de su alcázar? preguntó el conde á Gaston con la espresion de la envidia, natural en quien habla con uno que ha visto lo que él desea ver.

—¡Ah! señor, contestó Gaston, la Alhambra es la maravilla de las maravillas. El alcázar de Muza parece un palacio encantado con paredes de brocado de menuda labor, sostenidas por arcos de encaje y columnas de alabastro. Es un tesoro encerrado en muros guarnecidos de almenas. Pero, añadió Gaston volviendo á su pensamiento dominante, con el presente te habrán entregado, señor, un pergamino de Muza.

—Si por Dios, contestó el conde, demandando licencia de Sus Altezas para que permanecieses algunos dias á su lado. Y aunque el rey recibió al principio con disgusto esta demanda.....

—Señor... observó en acento de disculpa Gaston.  
—No en cuanto al emir, continuó el conde, á quien respeta como un rey guerrero debe á un caudillo tan valiente y tan leal como Muza; pero no quiere que sus caballeros tengan amistades, que son siempre peligrosas, con enemigos infieles.

—Mas yo... balbuceó Gaston adivinando un reproche en el acento severo del conde.

—Sí, sé, dijo este, que la casualidad os ha unido, y creo que otra casualidad os volverá quizás á separar. En fin, medió la princesa doña Isabel de Portugal, y la licencia, aunque concedida con disgusto por Sus Altezas, está aquí.

Y el conde golpeó su escarcela.

—¡Oh! dámela, señor, dijo con interés Gaston, porque me precisa usar de ella.

—Tenaz eres, capitán, y sin embargo, si yo no he oído y visto mal esta noche, debes haberte encontrado en uno de esos furiosos choques en que tan á propósito para nosotros se destrozan los moros, porque he visto fuego en sus atalayas, y he escuchado el crugir de sus bombardas.

—Es verdad, señor, contestó Gaston, y contó al conde y á su primo cuanto le habia acontecido desde su salida del real, quitando sin embargo á su relacion lo que tenia de mágico Sehamsul-lemal, y el don de esta del joyel, y el del capellar y el bonete del rey Abou-Abdallah.

—Los enamorados son locos furiosos, dijo el conde dando un pergamino enrollado á Gaston, y dirigiendo la palabra á Garci Perez: sino le damos la licencia de seguro él se la tomará.

- Y se despidió de los dos hidalgos.

—Espera, señor, le dijo deteniéndole Gaston, aun tengo que pedirte otra merced.

El conde se detuvo esperando la petición.

—Préstame por solos tres dias, dijo Gaston, ese caballo y esas armas de que te ha hecho presente el emir.

El conde hizo un gesto de inteligencia y se sonrió.

—Concedido, le dijo; de todos modos yo no pensaba usar de ese presente sino como él use del mio.

—¿Y qué le habeis donado, señor?

—Mi mejor caballo y mi mejor espada, contestó el conde, con el mensaje de que apreciaria medirla con su alfanje. Adios, capitanes; descansa, Gaston, y no te espongas en locas aventuras.

El conde salió, y Gaston, libre ya del respeto que debia á su alcurnia, despidió desabridamente á su primo, cerró su tienda y se echó armado aun en su lecho de soldado.

Envolvióle un sueño penoso; le parecia que el emir era amado de Schamsul-Ilemal, que las palabras de amor de la jóven solo habian sido hijas de un sentimiento de gratitud; el odio, los celos, un amor insensato en fin hicieron su dormir inquieto, agitado, apenador. Su cabeza ardia, un dolor agudo y pesado atravesaba sus sienes, y cuando despertó un sudor helado cubria su frente.

Era ya tarde; el sol se habia puesto; los escudrones volvian de forragear, y se escuchaba por todas partes el son de los clarines que tocaban á recoger.

Pronto la noche estendió su manto de sombra so-

bre el hemisferio, y la luz del crepúsculo se confundió con la de la luna.

Gaston salió á la puerta de su tienda, y vió á su escudero Garcés ocupado en limpiar un magnífico caballo árabe de piel negra y lustrosa, de formas descarnadas y ojos centellantes.

—Mientras dormias, señor, le dijo Garcés, dos escuderos de don Inigo Lopez de Mendoza han traído para tí este caballo, cuyos arneses con otras armas están junto á tu lecho.

Gaston hizo encender una lámpara á su escudero, y á su luz examinó el regio presente de Muza.

Los jaeces del caballo se componian de un luciente caparazon de hierro labrado y dorado con caprichosos arabescos, una gualdrapa de púrpura, y freno y bridas de tafílete.

La jacerina, el broquel y el alfanje eran admirables y su temple duro como el diamante.

—¡Pronto, Garcés, exclamó el jóven, desármame, enjaeza el caballo, y tenle pronto!

El escudero obedeció.

Gaston se ciñó el jaco en vez de su coselete, cubrió sus cabellos con el bonete del rey, y sus hombros con el almaizar, suspendió de su costado el alfanje, abrazó la adarga, y empuñando la pica de Muza cabalgó.

El generoso animal dió un relincho de alegría como envanecido de su ginete, y pifó impaciente hiriendo el suelo con los ferrados cascos.

Entonces Gaston sacó de su escarcela el joyel mágico de Schamsul-llemal, le puso sobre su pecho, y con la frente ardiendo y el corazon palpitante de amor, murmuró:

—Hermosa joya, llévame ante la querida de mi alma.

Apenas pronunciadas estas palabras, el corcel partió á la carrera, atravesó las tiendas y salvó las puertas del real, sin que fuesen bastantes á detenerle los gritos de los soldados ni las picas de los guardas; algunos ginetes se lanzaron tras él; pero fué inútil; instantáneamente les dejó avanzando en la vega con la velocidad del torbellino.

Gaston, firme en la silla, cubierta la cabeza con el capuz del almaizar, embrazada la adarga y baja la pica, deslizándose al rayo de la luna sobre aquellos campos, talados, desiertos y silenciosos; fijando la vista ansiosa en los muros y en las altas torres de Granada, gallardo y relumbrante con el brocado real, parecía el genio del Islam que se lanzaba á proteger á Granada.

Pero con asombro suyo el corcel no se dirigió á las murallas, sino que torció hácia la sierra, atravesó de un salto el Genil, y se perdió entre los olivares, dirigiéndose á una colina sobre la cual entre cipreses y nopales se alzaba el alminar de una mezquita, en torno de la cual se veían algunas blancas casas.

Poco trecho antes de llegar á la colina, en el claro de un olivar, Gaston, que habia puesto su caballo al trote, vió venir hácia él un hombre cubierto con una hopalanda negra y ceñida la cabeza con una toca amarilla.

Aquel hombre se detuvo, dejó pasar al ginete, y cuando se hubo perdido entre los árboles, murmuró con odio, engañado por el almaizar y las armas que llevaba Gaston :

—¡El rey!

Su mirada furiosa se perdió chispeando en el oscuro fondo del olivar, y luego, lentamente, paso á paso, con la cabeza inclinada, y los brazos tenazmente cruzados sobre el pecho, tomó el camino de la ciudad.

En tanto Gaston llegó á la colina; penetró en una espesura de laureles y descabalgó.

Un tiro de pica mas allá, alumbrada enteramente por la luna, vió una casa blanca y de techos poco elevados, rodeada por los muros de un jardín.

Aquella casa estaba muda, silenciosa como un cementerio, pero á través de los tapices rojos y transparentes de sus agimeces se percibía el ténue resplandor de una luz.

Un poder superior arrastraba á Gaston á aquella casa, y se encaminó á ella dando vuelta á sus muros.

En la parte oriental perdida entonces en la sombra, halló un caballo atado á un árbol.

Acercóse á él y le reconoció.

Era el valiente Samyel, el corcel de batalla de Muza.

Un poco mas allá del bruto habia un estrecho postigo que se abrió por sí solo y tornó á cerrarse despues de haber dado paso á Gaston que se encontró en un jardín

Si el jóven no hubiera llevado lleno su pensamiento de la imágen de Schamsul-Ilemal, indudablemente se hubiera detenido á aspirar el aire balsámico que volaba sobre las flores y entre los arrayanes; hubiera deleitado su vista en las mansas cascadas de las fuentes y de los estanques; hubiera contemplado con

asombro la magnífica arcada velada blandamente en la sombra y destellando opacos fulgores de oro y azul, al suave reflejo que le prestaban las aguas he-  
ridas por la luna ; pero Gaston atravesó el jardín sin mirarle guiado por un impulso invisible , subió la gradería sobre que estaban sustentados los arcos , y entró en una opaca galería.

Al frente del jardín había una gran puerta que Gaston dejó á la derecha, y se perdió en el fondo de la galería aventurándose en una estrecha escalera de caracol.

A pesar de no recatarse Gaston, sus pasos no resonaban sobre los peldaños de mármol, del mismo modo que si hubiera sido una sombra ; y así silenciosamente atravesó otra galería , penetró por otra pequeña puerta y se encontró en un recinto oscuro, tras un tapiz que correspondía á un retrete alumbrado por una lámpara.

Detúvose entonces contenido por el mismo impulso misterioso que le había conducido hasta allí, y lanzó sus ávidas miradas al retrete á través de la abertura del tapiz.

Sus mejillas se enrojecieron, sus ojos centellantes lanzaron fuego, su mano empuñó convulsiva el alfanje, y un estremecimiento terrible agitó su ser.

En el fondo de aquel retrete, sobre un diván, velada por pabellones de gasa y por el blanco humo de pebeteros de oro; indolentemente reclinada en los almohadones, y con la ardiente mirada fija en la puerta tras la cual se ocultaba Gaston, que no podía ser visto cubierto por el tapiz , estaba Schamsul-llemal, mas hermosa que nunca escuchando con abandono á

Muza, que á poca distancia de ella, sentado en una alkatifa y recostado en el divan, miraba apasionado á la jóven.

Parecia que en aquel silencioso retrete volaba el genio de los amores misteriosos; el ambiente, la luz, los perfumes, los muebles, aun las mismas formas del retrete sostenido por grupos de columnas, con fondos labrados de oro y colores, con su alta cúpula casi perdida en la oscuridad, su fuente de mármol en que un blando surtidor murmuraba tenuemente, las brisas que agitaban los tapices y venian á saturarse en los perfumes, todo era alli voluptuoso y fascinador, todo convidaba á amar.

Y ella, envuelta en su blanca túnica menos blanca que su tez; con las trenzas de sus cabellos desordenadas por las fatigas de aquel dia terrible, con el prestigio fantástico de su sin par hermosura, deslumbrante, indolente, enamorada, era un arcángel del sétimo cielo, sobre cuyo redondo seno, Allah, satisfecho de su hermosura, habia colocado el brillante y protector talisman signo de su poder.

Y Muza no era ya el guerrero de semblante adusto, de mirada amenazadora y altivo talante; sus ojos se posaban ávidos en ella, devoraban uno á uno todos sus encantos, absorbian el misterioso ser de la niña, y no se veia en ellos otra cosa que la espresion de un amor insensato, superior en él á sus creencias, á sus odios, á sus deberes; habia olvidado la vision de los Siete Siglos, y habia caido sin fuerza ni voluntad ante Schamsul-Ilemal, como en otro tiempo el sabio rey Salomon ante la hermosura de la reina de Saba.

El arnés damasquino y las armas del emir arroja-

das entre las flores y los pebeteros, lanzaban sinietros reflejos, cual si las empañara aquel ambiente de perfumes, de molicie, de voluptuosidad.

Callaban entrambos perdidos en sus recónditos pensamientos ; ella con el alma entera reconcentrada en el recuerdo de Gaston ; él, mudo de admiracion, de pasion, de felicidad.

Cada vez que una ráfaga mas fuerte de las brisas hacia oscilar la luz de la lámpara, agitando al par los anchos pliegues de la túnica de Schamsul-llemal, desordenando parte de sus cabellos destrenzados, arrojando sobre el emir el suave aliento de la hermosa jóven, parecia ver descorrerse el velo del infinito, que un espíritu inmortal y poderoso le mostraba las huríes y las hadas pasando sobre blancas nubes al rayo de la luna, con las túnicas flotantes y los cabellos sueltos como una aureola de ambrosia, y su alma se envenenaba mas y mas, y su respiracion era mas ardiente y su pensamiento mas insensato.

Y asi pasaron largo espacio, ella la mirada fija en el tapiz que ocultaba á Gaston, el emir anegado su espíritu en el ser de Schamsul-llemal.

Pero como si su alma hubiera sido estrecha para contener tanta emocion, como si un poder superior le hubiera lanzado á la jóven, suspirante, frenético, asió una de sus manos, la cubrió de ardientes besos, y pretendió rodear su talle gentil ; pero, como si la hubiera mordido una serpiente ponzoñosa, Schamsul-llemal dió un grito ; desasióse de Muza, y se puso en pié de un salto, fiera, irritada, amenazadora, con la mirada centellante fija en el emir, que habia quedado prosternado á sus piés.

Gaston quiso adelantar, gritar, colocarse entre Muza y Schamsul-llemal; pero un poder invencible dominaba sus movimientos y su voz.

—¿Quién eres tú, dijo Schamsul-llemal á Muza, que te atreves á tocar mis manos? ¡Ah! ¡el emir Muza Ebn-Abil-Gazan! ¡el guerrero que se aduerme junto á una mujer, entre flores y perfumes, mientras los cristianos corren la vega, mientras que los traidores levantan quizá el puñal ocultos entre los tapices del divan donde duerme el rey!

—¡Yo te amo! dijo con voz conmovida Muza.

Schamsul-llemal no amaba al emir, pero tampoco le aborrecia; si como amante le rechazaba, como valiente, como caballero le prestaba el tributo de admiracion que nadie le habia negado, entrando en cuenta sus mas encarnizados enemigos.

Schamsul-llemal suavizó su acento, miró sin odio á Muza, y le dijo:

—Levántate, emir, ¿qué quieres de mí? Yo no puedo amarte, pero puedo protejerte, hacerte invencible, darte el poderoso talisman que rodea mi cuello, y lanzarte como un rayo sobre tus enemigos. Puedo ser tu hermana, Muza, pero tu esposa jamás.

—¡Oh! y yo quiero tu amor, contestó el emir, levantándose y adelantando hasta la jóven que retrocedió. ¿Qué me importan el rey, ni Granada, ni los siete cielos de Dios, si no te tengo á tí, luz de mi alma, blanca gacela que atraviesas el desierto de mi vida? Amame, y yo seré tu esclavo, y romperé mi espada por tí, y me encerraré contigo hasta la muerte en el mas hermoso y sombrío retrete de mi alcázar.

Habia llegado la hora de la prueba para Muza: de

la fuerza de su corazón estaban pendientes su porvenir y el de su patria; y sin embargo el desdichado cedia á su destino funesto; todo lo había olvidado, solo tenía ante sí á Schamsul-llemal incitante en su pudor y en su orgullo, altiva y afable á la vez, radiante, embellecida por el genio enemigo del Islam.

Schamsul-llemal tembló por la razón de Muza.

—¡Despierta, emir! le dijo, ¡despierta! un espíritu tentador te envuelve en sus alas. ¡Despierta y creeme! ¡Mi amor jamás será tuyo!

—¡Nunca! murmuró Muza aterrado.

—Nunca, emir, le contestó dulcemente Schamsul-llemal.

Muza bajó la cabeza anonadado; sus brazos se tendieron á lo largo de su cuerpo, y temblaron sus rodillas.

De repente levantó la cabeza, sus ojos radiaron con la sublime expresión del entusiasmo tan frecuente en ellos, soltó una larga carcajada, y miró de hito en hito á la jóven.

Muza había dado el primer paso en la terrible senda de la locura.

—Si, es verdad, dijo á Schamsul-llemal, la patria me llama; el rey necesita un amigo, los nazarenos un castigo á su insolencia; si, es verdad, añadió asomándose á un agimez y mirando al lejos en la distante vega; allá entre lo oscuro veo las luces de su real; ¡duermen tal vez! ¡que toquen al arma! quiero arrojar á los cristianos mas allá de las fronteras; y luego entrar por su tierra y llegar hasta Aragon y Castilla. ¡Oh! y cuando yo sea rey, cuando vuelva rodeado de la aureola de mi gloria, ella me amará,

porque las hermosas aman á los valientes. ¡Oh! si, yo conquistaré su amor anegando hasta las cinchas á Samyel en sangre de cristianos.

Y lanzó otra larga carcajada.

Schamsul-llemal se estremeció al medir el inmenso abismo del amor del emir: un silencio profundo siguió á su risa insensata.

De repente sus ojos se dilataron, pasó la mano por su frente, miró en torno suyo como si despertase de un sueño, y la luz de la razon volvió á aparecer en sus ojos. Schamsul-llemal, que le observaba, respiró como aquel á quien alivian de un gran peso, y se sentó en el divan.

Muza recordó entonces la vision de los Siete Siglos, vió en el cuello de Schamsul-llemal el talisman salvador, y por un momento el amor al rey y á la patria dominaron en su corazon.

—He soñado, dijo á Schamsul-llemal avergonzado de su debilidad, me he olvidado por tí de mis deberes de muslim y de caballero. ¡Oh! ¡por Allah! ¡antes que todo es necesario salvar á Granada! Dame tu talisman, Schamsul-llemal, y yo te juro olvidar mi desdichado amor, y pasar á una tierra estraña y morir en ella despues que haya vencido á los cristianos.

Si un momento antes hubiera hecho á la jóven tal demanda, el talisman hubiera tornado invencible á Muza, pero despues de la lucha anterior tuvo miedo de despojarse del amuleto que la protejia, temió ser objeto de la violencia del emir, y tembló al pensar que la sangre de Gaston podia ser vertida por su imprudencia.

Muza vió una negativa en el silencio de Schamsul-

llemal, se irritó, y con la irritacion volvió á su demencia y á su furor.

—¡Oh! exclamó, ¡ni tu amor, ni mi honra! pues bien, yo te arrancaré esa joya preciosa, y serás mia, esclava, y venceré. ¡Por que tú eres mi esclava! ¿lo entiendes? gritó arrojándose á Schamsul-llemal.

Gaston tembló de cólera tras el tapiz, pero como antes se encontró sujeto y sin voz.

Pero sin su ayuda la acometida de Muza fué inútil, parecia que rodeaba á la jóven un círculo de diamante.

El emir conoció su impotencia, y se arrojó sollozando á los piés de Schamsul-llemal.

—¡Oh! tú, quien quiera que seas, la dijo, mujer ó genio, ángel ó demonio, vuélveme la paz de mi corazon ó esterminame.

El acento de Muza era desesperado; Schamsul-llemal vaciló, y puso la mano sobre el talisman; pero acordóse de Gaston, del amor furioso del emir, y tembló.

—No, dijo retirando su mano del broche del collar; ¡que se cumpla tu destino, emir!

Muza lanzó una mirada de inmenso sufrimiento á la jóven, se levantó lentamente, tomó su espada y su lanza, rodeó á su brazo el almaizar en un movimiento desesperado, y exclamó, lanzándose fuera del aposento por otra puerta frontera á aquella en que estaba oculto Gaston:

—¡Que se cumpla la voluntad de Allah!

Y frenético, con el corazon desgarrado de dolores, y la desesperacion en el alma, salió fuera de la galeria y del jardín, cabalgó de un salto en Samyel,

se arrojó á la carrera sobre el camino de la ciudad, y se perdió entre las brumas y el silencio de la noche.

Cuando dejó de resonar la carrera de Samyel, Schamsul-llemal corrió á el tapiz que ocultaba á Gaston, le asió de una mano y le introdujo en el retrete.

—¡Oh! exclamó la jóven arrojándose en sus brazos, ¡á tí si que te amo!

Gaston palideció de amor, cogió entre sus manos la cabeza de Schamsul-llemal, la contempló con delicia, y dominado aun por el recuerdo del acontecimiento anterior, murmuró, midiendo por su felicidad la inmensa distancia que separaba su fortuna en amores de la del emir:

—¡Infeliz Muza!

—¡Oh! si, ¡desdichado! contestó Schamsul-llemal desprendiéndose de los brazos de Gaston y sentándose en el divan.

Los dos eran generosos. Schamsul-llemal debía su libertad á Muza, y Gaston habia sido objeto de su amistad. Entrambos respetaban y amaban al emir con el amor de la admiracion; pero eran jóvenes, enamorados, estaban solos, y aquella impresion penosa duró en sus almas lo que dura en la superficie de un lago el ondulante círculo causado por la caída de una lágrima.

Despues se entregaron sin reserva á su amor, amor naciente, pero inmenso, amor al que habian nacido predestinados y cuya pureza no manchaba el recuerdo de otros amores. Amor invencible, revelado en la primera mirada, espresado en el primer suspiro, contenido solo un momento ante las miradas estrañas, pero impetuoso, rico de sensaciones y de delirios, de

sueños purísimos y de goces inmensos; entonces que estaban libres, por que los esclavos y los guardas dormían, como si un genio protector de los enamorados hubiese arrojado sobre sus párpados el mas profundo de los sueños.

Y entregados á su felididad, reían como locos y lloraban como niños, y la luz de la lámpara parecia amortiguarse envidiosa de tanta dicha.

Y ni uno ni otro se contaron su historia, ni pensaron en el porvenir; porque el presente llenaba sus almas, y les envolvía en sus alas la hada de los amores y gozaban hasta lo infinito la parte de locura y de olvido de las penas humanas, que Allah ha concedido al hombre para darle un solo momento de paz en su larga y penosa peregrinacion sobre la tierra.

Pero en medio de este sueño de amores, hasta el centro del silencioso retrete, conducido á través de los agimeces por las alas de las brisas, llegó el sordo rumor de pasos de caballos, el crugir de armas y el murmullo sordo de algunas voces á poca distancia del pequeño alcázar de Muza.

Gaston fué á un agimez, y miró al campo en direccion á donde sonaba el rumor de las voces; entonces vió mas allá del laurel, por la parte occidental, sobre el camino de la ciudad, una pequeña casa en que no habia reparado á su llegada; junto á ella, heridas por la luna, lanzaban destellos las armas de algunos soldados moros, y se oía el relincho de los caballos y el ruido de las armas de los soldados que habian descabalgado.

Schamsul-llemal miró tambien aquella gente.

—Nos guardan ó nos espian, dijo la jóven. ¡Oh!

añadió dándose un golpe en la frente. ¡Tengo un deseo! ¿por qué no salir de este retrete burlando su vigilancia? ¡mira, la noche está serena! ¡las auras soplan mansamente! ¡llévame, Gaston mio, sobre el lomo de tu caballo, reclinada entre tus brazos, á través de esos campos al rayo de esa luna! ¡me sofocan los perfumes de que siempre me han rodeado, pesan sobre mí las cúpulas, me ahogan los muros! ¡Llévame, Gaston mio, sobre tu corcel! ¡que respire yo tu aliento, con las brisas impregnadas de aromas de los campos!

—¡Oh! ¡si aconteciese una desventura! observó Gaston.

—No, no, mi talisman te protegerá, dijo Schamsul-llemal desprendiéndose del collar y poniéndole en el cuello de Gaston. ¡Oh! que hermoso estás, amado mio; parecen luceros tus ojos, y una aureola de luz circunda tu frente. ¡Cuánto te amo!

Y en verdad que Gaston ataviado con las galas del rey, rodeado su cuello por el talisman, cubiertos sus rubios cabellos por el bonete de púrpura, adolescente casi, con semblante de niño y mirada de valiente, hubiera inspirado amor á otra menos predispuesta á amarle que Schamsul-llemal.

Y además de esto, apenas el collar estuvo prendido á su cuello, Gaston sintió un estremecimiento poderoso; parecióle que una llama ondulante rodeaba su cabeza y lamia sus formas, que luego se infiltraba á través de su piel, encendía su sangre y se concentraba en su corazón; sintióse mas fuerte, mas audaz, mas enamorado; asió á Schamsul-llemal por la cintura, la levantó del suelo como el viento levanta-

ta una hoja seca, y salió con ella fuera del retrete, de la galería y del jardín; llegó al laurel, desató su caballo, puso sobre el arzon á Schamsul-llemal y cabalgó.

Entonces la jóven rodeó su cintura, reclinó la cabeza en su hombro, y el caballo caracoleó relinchando alegre, corrió sin direccion abandonado asimismo, dilató las anchas narices, sus largas crines se levantaron abriéndose como el penacho de una palmera, irguió el cuello, y se lanzó á la carrera atravesando la vega, saltando acequias, salvando vallados.

Y los cabellos de Schamsul-llemal, destrenzados enteramente por aquel violento empuje, envolvian la cabeza de Gaston, y su túnica crugia ondulando junto al almaizar del jóven, y sus manos se enlazaban estrechamente, y sus alientos se confundian.

Y alli, donde habia un arroyo murmurador, á la sombra de una acacia, bajo las estalácticas de una gruta, en las vertientes de la sierra, Schamsul-llemal hacia detener á Gaston, y se deslizaba con él del caballo, y loca de alegría lo llevaba corriendo á través de los bosques, ó en el seno de los valles, ó sobre la cumbre de los collados.

Y se sentaba fatigada, y tornaba á cabalgar, y decia á el jóven trémula de amor y de felicidad :

—¡Corre, Gaston mio, corre! ¡mas aprisa, que el viento mezcle mis cabellos con tus cabellos, y tu túnica con mi túnica! ¡corre, Gaston mio, corre!

Y el enamorado mancebo clavaba los acicates en el hjar del bruto, y este, como avergonzado de que hubiesen castigado su pereza, redoblaba su carrera, y corria sin saber adonde, suelta la rienda y cubierto de sudor.

Y así, ora recostados sobre el césped, ora conducidos por el caballo, pasaron una noche de amor y de locura, sobre aquellos campos en que se posaba sangriento y fatídico el espíritu de la guerra.

Al cabo la aurora orló con una blanca faja de luz la cumbre de las sierras; cantaron las aves en sus nidos, y un ruido sonoro se levantó en los lejanos confines como el hálito del hemisferio que despertaba sacudiendo el manto de la noche.

Granada empezaba á destacar sobre su cabeza de montes su corona de torres, y en las mezquitas de las aldeas, no incendiadas aun por los cristianos, los muedenes llamaban á la oracion de azobih.

Schamsul-Ilemal despertó tambien entre los brazos de Gaston, y le dijo sonriendo y suspirando á un tiempo:

—Amado mio, es preciso separarnos; condúceme á mi última cárcel.

—¿Y por qué no al real de mis reyes? repuso Gaston.

—Es preciso que se cumpla mi destino, contestó ella; condúceme.

Gaston, para quien eran leyes los deseos de Schamsul-Ilemal, colocola sobre el arzon, cabalgó, condújola en una carrera á la casa de la Azubia, y detuvo su caballo en el bosque de laureles.

Entonces se entreabrió el tapiz que cubria una ventana de la pequeña casa situada junto al camino, y asomó la cabeza de Sidy Alhamar, sombría y pálida por efecto de la velada, y clavó su vista en el grupo de los dos jóvenes.

Gaston estaba vuelto de espaldas; ella, á caballo

aun, mostraba su hermoso semblante vuelto hácia Gaston y sonriéndole, mientras desprendia de su cuello el talisman que colocaba en el suyo. Luego puso sus manos sobre los hombros del jóven y sostenida por él se deslizó hasta el suelo.

Gaston la sostuvo un momento entre sus brazos, inclinó su cabeza hasta el semblante que Schamsullemal le presentaba, y un doble y sonoro beso resonó entre los laureles.

Gaston la dejó en tierra, y ella se alejó ligera y vaporosa entre el bosquecillo de laureles, volvióse, saludó al jóven con la punta de su velo, y se perdió rodeando la cerca del jardin.

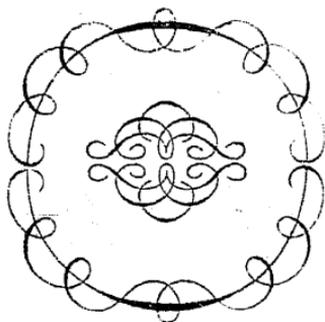
El capitán entonces se cubrió la cabeza con el capuz del almaizar, afianzó su pica, envolvió el caballo, y se lanzó á toda carrera en direccion al real de Santafé.

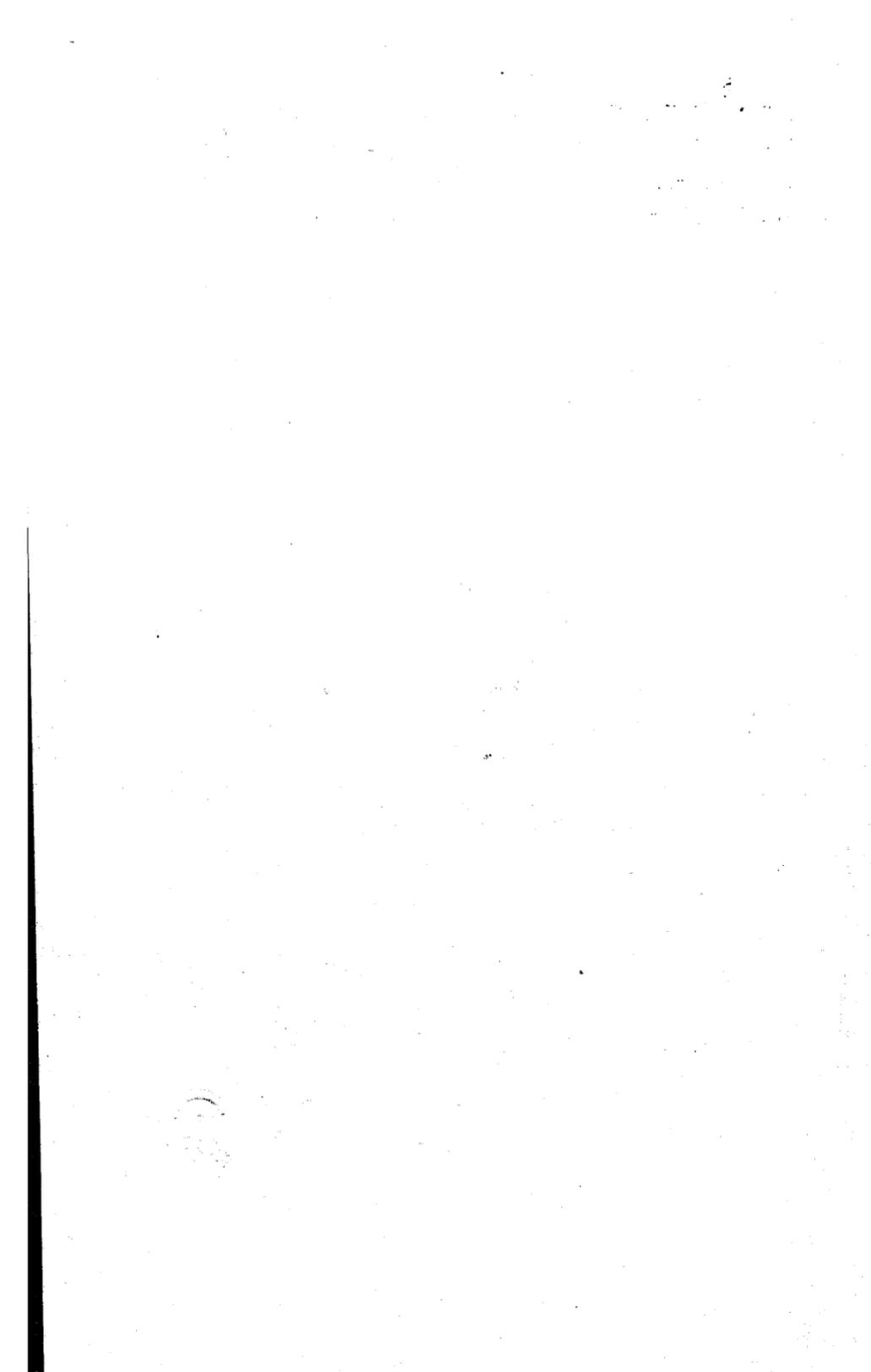
Entonces se abrió la puerta de la casa vecina á la de Muza, y salió el hombre del ropon negro velado el semblante con la toca amarilla, se detuvo un momento mirando al ginete que se alejaba, y murmuró:

—Si, es el rey, reconozco su almaizar, su caballo y su pica. Por el Koram, Abou-Abdallah, que poco he de ser, ó he de pagarte á puñalada por beso.

Luego se acercó al sitio donde se habian despedido los dos jóvenes, cortó una hoja de laurel de la enramada que habia rozado con su túnica Schamsullemal, y tornando á la casa, salió poco despues de ella montado en un asno, y seguido de un alférez y diez almoravides que conducian sus caballos de la brida.

Cerróse la puerta por dentro, cabalgaron los ginetes, y siguiendo al hombre del asno, entraron en Granada por Bib-Ataubin, cuando el sol se levantaba ya en los horizontes.





## XIV.

Y así pasaron una tras otra con aquella noche seis noches más.

Al trasmontar el sol de cada tarde anterior á ellas, el emir salía de Granada ginete en Samyel por Bib-Ataubin, y se dirigía á la Azubia.

Poco después, caballero en su asno, escoltado por el alférez y los diez almoravides, el hombre de la toca seguía paso á paso el mismo camino que había tomado el emir á la carrera, y llegaba después de oscurecido á la casa vecina á la de Muza, llamaba á su puerta y la puerta se abría.

Subía él á los retretes interiores, dejando en el

patio á los almoravides, que por cierto no dejaban de murmurar del rey por haberlos entregado al capricho de aquel astrólogo, que les hacia pasar sendas horas al sereno espuestos á los frios aires de la sierra, y lo que era peor, á las algaras de los cristianos que no cesaban de incendiar aldeas, matando á las cuadrillas de moros que por imprevision ó temeridad se aventuraban en la vega; pero el astrólogo sin cuidarse de hablillas se posesionaba de un agimez, y pasaba en el la noche, no consultando las estrellas segun creian los soñolientos almoravides, sino fijando la vista á través del bosque de laureles en la casa de Muza, donde se albergaba Schamsul-llemal.

Y aquellas cinco noches como la primera, Muza habia suplicado en vano á Schamsul-llemal, y se habia irritado tambien en vano, y al fin habia salido mas loco y mas triste de la casa; dejando tiempo y libertad á Schamsul-llemal para delirar en los brazos de su amado, de quien se despedia con un beso siempre al amanecer, volviendo loca y alegre á su retiro.

Y aquellas cinco alboradas como la primera el astrólogo habia creido reconocer en Gaston al rey, y habia cortado una nueva hoja en la enramada que habia rozado la túnica de Schamsul-llemal.

Y llegó la oracion de almagreb de la noche sétima, y Muza desesperado, demente, se levantó de su divan de pieles de tigre donde yacia postrado por la fiebre, abrió las arcas de su tesoro y sacó de él el cofrecillo de la sultana y el de ágata donde guardaba las siete hojas de laurel.

Sentóse en la alfombra y puso ante sí los cofrecillos.

Su mirada era insensata; una palidez enfermiza cubria su semblante, sus ojos se habian hundido, y en sus mejillas las lágrimas habian señalado un surco de fuego.

Abrió el cofrecillo de hierro y sacó el retrato; luego tomó el rizo de cabellos, le besó con emocion, guardóle en su seno, leyó lentamente una tras otra las cartas, púsolas con el retrato, cerró el cofrecillo de la sultana, y abrió el de ágata.

De sus labios salió un grito ahogado; el decreto del destino se cumplia; por cada vez que se habia arrastrado á las plantas de Schamsul-llemal habia perdido una hoja; de las siete solo quedaba una en el cofrecillo.

—Pues bien, á la lid, dijo recobrando en fuerza de su desesperacion la energía de su carácter; no caeré Muza sin luchar. ¡Hola! ¡Abd-el-Kerim!

Un momento despues apareció el katib á la puerta.

—Mi valiente anciano, le dijo Muza, haz venir á mis walies y arrayaces; que para mañana antes de el amanecer todos los peones y ginetes granadinos esten prontos fuera de las puertas de la ciudad que dan á la vega; que se avise al rey por si quiere cabalgar con nosotros empuñando su pendon real, y que se apresten cuatro tiros gruesos (1) para entrar en batalla. Mañana vamos á asaltar al enemigo dentro de sus reales.

La alegría brilló en los ojos del valiente Ad-el-Kerim.

—Y bien, emir, le dijo, tus órdenes serán cumplidas; asi te conceda Dios buena ventura.

(1) Cañones ó bombardas.

Y salió.

Muza se ciñó apresuradamente su arnés, tomó consigo el cofrecillo de hierro, montó en Samyel, salió de la Alhambra, y por la puerta de Bib-Ataubin se lanzó en la vega.

Como las seis tardes anteriores siguióles paso á paso el astrólogo escoltado de sus almoravides, y según su costumbre se puso á observar desde el agi-  
mez vecino la casa de Muza.

Este habia entrado en ella, y por la sétima vez, arrojado á los piés de Schamsul-llemal, le demandaba amor.

Por la sétima vez este amor fué negado con tanta mayor crueldad cuanto habia acrecido el de la jóven hácia Gaston.

—Pues bien, dijo Muza, mi plazo se ha cumplido y no me queda mas que morir. Mañana asaltaré los reales cristianos, y si no venzo Allah tendrá piedad de mí. Si muero, eres libre, Schamsul-llemal, la dijo Muza mirándola con los ojos arrasados en lágrimas, y solo te pido que me pagues mi desdichado amor entregando este cofrecillo á la sultana Aixa.

—¡Mañana, señor! dijo Schamsul-llemal conmovida, impulsada por un sentimiento distinto del que le atribuyó el emir en su egoismo de enamorado. ¿Vas á entrar en batalla mañana con los cristianos?

—Sí, contestó Muza; pero Dios que es invencible peleará conmigo, y si triunfo ó sobrevivo yo mismo vendré á recogerte ese cofre. Toma.

Y entregó á Schamsul-llemal un pergamino en el que le daba la libertad como señor, á ella que era su esclava.

Schamsul-llemal fijó la vista en el suelo, y se dejó besar una mano en pago de la generosidad del emir, que salió con el alma desgarrada, cabalgó en Samyel y se tornó á la ciudad.

Schamsul-llemal quedó pensativa, llorosa, esperando á Gaston.

Al fin se oyeron pasos en la galeria y el jóven entró en el retrete.

—¡Ah! ¡Gaston mio! dijo Schamsul-llemal arrojándose á su cuello, mañana va á asaltar Muza el real de los cristianos.

—Y bien, dijo Gaston, ¿y qué hay de malo en eso? mediremos nuestras espadas y acabaremos de una vez.

—¡Pero si murieras! observó llorando Schamsul-llemal.

—¡Morir! ¿puedo acaso morir, amándome tú, sol de mi vida?

Un pensamiento luminoso, rápido como el relámpago, pasó por la mente de la jóven.

—No, no morirás, dijo con entusiasmo, arrollarás á tus enemigos como la hoz del segador arrolla las mieses, porque yo te haré invencible,

Y se despojó del talisman y lo ciñó al cuello de Gaston.

—Acéptalo, amado mio, por mi amor, le dijo ella; y cuando hayas vencido, vuelve, luz de mis ojos, para que no nos separemos mas.

—¿Y por qué no seguirme ahora? la dijo Gaston.

—No, no, dijo ella, aun no se ha cumplido mi destino. Vete.

Gaston la miró con asombro.

—Sí, vete, insistió ella, mañana es un día de batalla, y la noche media. Gaston, es necesario que cabalgues al frente de tus arcabuceros. Vete.

Gaston se arrojó en los brazos de Schamsul-llemal, y acompañado de ella llegó al laurel, desató el caballo, despidióse de la jóven con un beso, cabalgó y partió en dirección al real.

Apenas se había perdido el rumor de la carrera del caballo, y en el momento en que Schamsul-llemal entraba en el retrete, abrióse la puerta de la casa vecina y salió el astrólogo, cortó la sétima hoja de laurel, tornó á la puerta de la casa, hizo una seña y los almoravides salieron.

—Seguidme, les dijo.

Los almoravides, tras de las pisadas del astrólogo, rodearon la cerca del jardín y llegaron al postigo.

—Forzad esa puerta, les dijo.

Los soldados metieron los cuantos de sus fuertes picas de roble bajo ella, y la desencajaron.

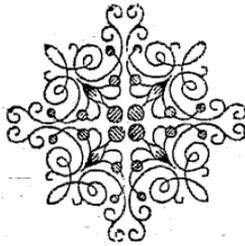
Al ruido los esclavos y los soldados de Muza, dormidos solo para Gaston por el poder de los hechizos, acudieron á la puerta y se trabó una lucha sangrienta; en tanto, el astrólogo subió presuroso la escalera, entró en el retrete de Schamsul-llemal, presentóse á ella, y se descubrió el semblante.

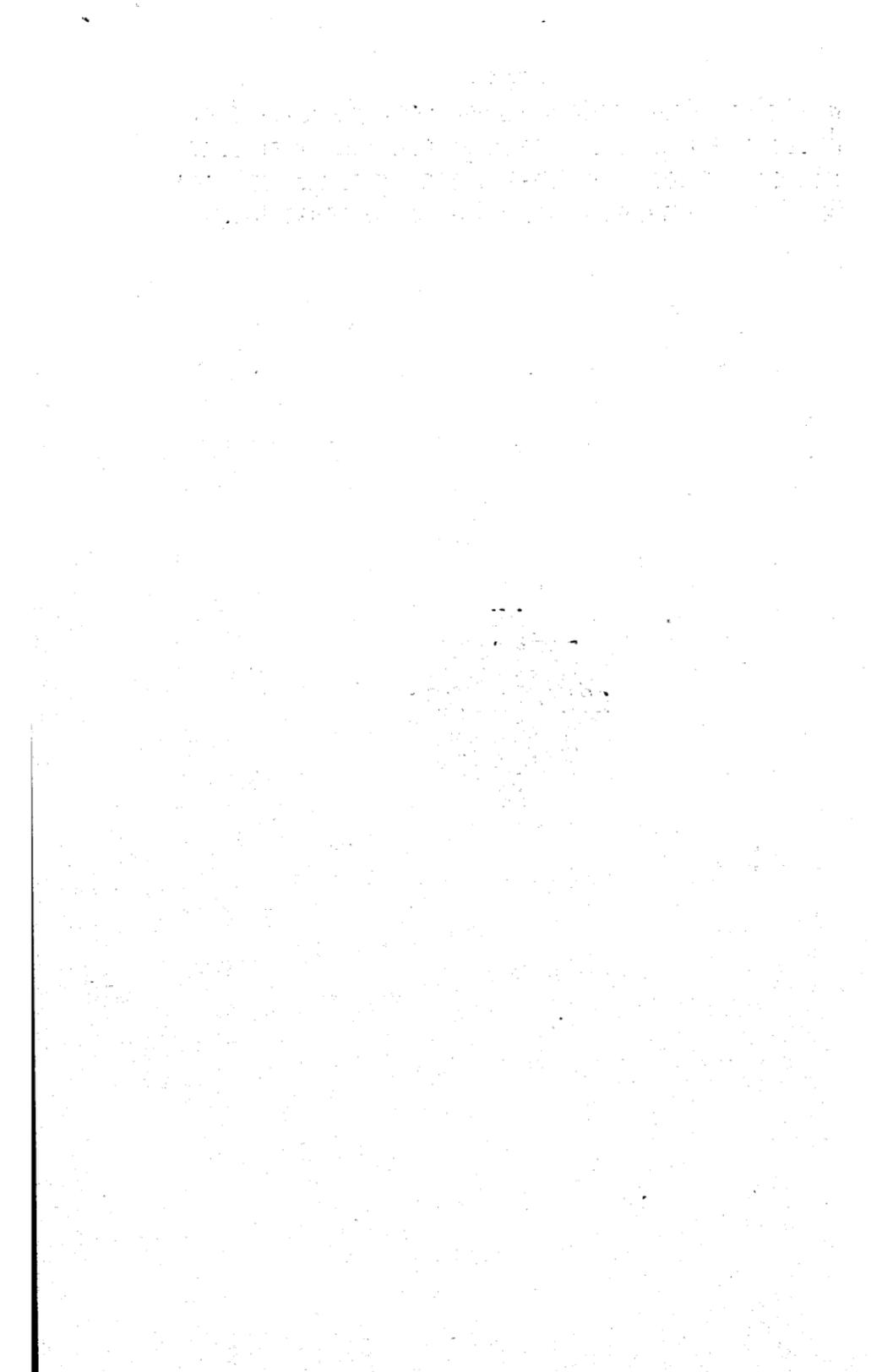
Schamsul-llemal, desamparada del talisman que la defendía antes de entregarle al capitán Gaston, dió un grito y se desmayó.

—¡Oh! ha llegado la hora, dijo el astrólogo, de vengarme de tí, del rey y del emir.

Y asió de la jóven, arrastróla consigo por las escaleras, bajó al jardín, y seguido de los almoravides

que habian desarmado á los esclavos y á los soldados de Muza, sacóla fuera , cabalgó con ella en su asno, tornóse á la torre de Bib-Ataubin, y se encerró con Schamsul-llemal en el mas alto de sus aposentos.





## XV.

Al amanecer de aquel día Granada despertó al ruido de las armas y de los atabales; escuadrones cerrados de ginetes y peones estaban en forma de batalla delante de las puertas que dan á la vega, y los muedes llamaban á los fieles, no como usualmente á la oracion, sino al combate.

Y eran de ver los vistosos colores de aquella multitud de banderas, los penachos de los caballos, las galas de walies y arrayaces, la autoridad de los xeqes que ordenaban las haces y el lucido escuadron de almogawares que salieron en pos de Muza, á quien ro-

deaban sus walies por la puerta de Bib-al-Malek (1).

Su estandarte rojo conducido por su alferez flotaba orgulloso, manchado con la sangre de cien victorias, y sus walies Naim-Reduan y Mohamet-Ebn-Zaide auguraban un triunfo seguro en lo centelleante de su traje, y en lo galano de su apostura.

Cabalgaba el emir en Samyel, ricamente encubertado sobre sus arnés de batalla, con gualdrapas de escarlata; sus armas, su sobrevesta y su alquicel eran las unas doradas, las otras de brocado de oro sobre fondo verde; en su almete ondulaba al viento un airon amarillo en señal de venganza, sujeto con un joyel de esmeraldas y diamantes; en su broquel se leía en caracteres cúficos este mote: *Por ella y por mi esperanza*; y en su diestra, á pesar de que una idea siniestra le hacia enojosa la memoria de Gaston de Vargas, blandia la fuerte pica de batalla del jóven.

Nada revelaba en el semblante del emir la desesperacion de su alma; su espresion era como siempre serena, majestuosa, llena de la fuerza de voluntad que llevaba con confianza sus soldados al combate; se hallaba en todas partes, atendia á todo, todo lo prevenia, y sin embargo un infierno de celos y desesperacion torturaban su espíritu, y un presagio terrible le helaba de espanto.

Del cofrecillo de ágata habia desaparecido la última hoja del laurel de los Siete Siglos.

Dominóse á pesar de todo, y el ejército granadino empezó á desfilar en muestra delante dél, sin que uno solo de sus soldados viese en su semblante otra

(1) *Puerta del Rey, hoy puerta Real.*

cosa que la serenidad de un caudillo para quien un combate era una fiesta de armas.

Y pasó ante él Reduan el valiente, ginete en un potro del Atlas vestido á la africana, al frente de un escuadron de mil lanzas zenetes; luego el anciano Ebn-Conixa mandando, á pesar de sus años, otro escuadron de mazas y gazules; el feroz Ali-Atar cubierta la armadura con una piel de leon cazado por él en los linderos del gran Zahara; Atmet-Ebn-Zerah, con un reducido número de leales abencerrajes fieles á su patria; y á Ali-Dordux, caballero de gran prez y alcurnia, llevando el estandarte de los masamudes y otros cien caballeros de fama al frente de las tribus.

Y fueron los que pasaron en muestra, en treinta banderas, diez mil caballos, sin contar los almogavares, alfaraces y almoravides que llevaba consigo el emir, é innumerable el número de peones y gente menuda que salieron contra el enemigo.

El dia avanzaba; Muza ordenó sus escuadrones, hizo tocar la zambra, atronaron el aire las trompetas y atabales, y se movió el campo en buen orden, al grito de:

—*¡Le galib ile Allah!* (1).

Por su parte los cristianos, avisados por Gaston, no habian reposado.

Su innumerable caballeria y su peonaje, cubrian la vega, que no parecia sino que estaba cortada por una línea de hombres.

Mandaba la caballeria Gonzalo Fernandez de Cór-

(1) *¡Solo Dios es vencedor!*

doba, el ala izquierda de la batalla el marqués de Cádiz y la derecha el conde de Cabra.

Don Iñigo Lopez de Mendoza, ginete en el caballo árabe que le donó Muza, ceñido el jaco y embrazado el broquel, atendía á todo llevando consigo á Gaston, fiero y radiante, sobre un poderoso caballo de batalla, cubiertas las armas con el hábito de Santiago y blandiendo la pica real que debía á la amistad de Muza. Y por do quiera que se dirigía la vista se encontraban valientes caballeros: por que asistian allí Hernando del Pulgar el de las Hazañas y Garcilaso de la Vega, que aun tenia la espada roja con la sangre de Tarfe; y el alcaide de los Donceles de Córdoba, y el conde Ureña, con don Alonso de Aguilar y otros ciento, todos de los mas nobles solares.

Y se aproximaban lentamente uno á otro los dos ejércitos, y los muros de Santafé, asi como los de Granada, estaban cubiertos de muchedumbre de curiosos, de mujeres y de ancianos que con el alma suspensa esperaban la arremetida.

En tanto, en la torre de la alcazaba el rey Abou-Abdallah contemplaba los ejércitos enemigos avanzando en buen orden, con la misma indiferencia que si asistiese á un torneo.

Al fin los ginetes de entrambas partes aguijaron sus caballos, espesos remolinos de polvo cubrieron la batalla, y al grito de *¡Santiago y cierra España!* por los cristianos, y al ronco clamor de guerra de los musulimes, al son de las trompetas y de los tambores, con las lanzas bajas y las adargas al pecho, cerraron los dos ejércitos, y la tierra tembló bajo los piés de los caballos, y el fragor del choque retumbó en los leja-

nos horizontes como si se hubiesen encontrado dos montañas de hierro.

Y al principio todo fué confusión, alaridos, torbellinos de polvo y humo; cayeron los mas débiles lanzados de los arzones, rompieron las picas los mas esforzados, cubrióse la tierra de adargas y armas rotas, y sobre todo esto escuchóse el seco estampido de las bombardas y las descargas de la arcabuceria.

Y luego los ginetes se arremolinaron y volvieron á tomar campo, y se embistieron de nuevo, y resonaban las espadas sobre los arneses en un martilleo redoblado, estridente, infinito.

Muza se revolvía como un leon furioso: donde tiraba un bote de lanza caía un enemigo: donde tornaba la vista, se posaba la muerte.

Y Reduan Venegas, rota la lanza, tenía en su alrededor mas cadáveres que astillas hace el hacha del leñador, y el feroz Ali-Atar era un rayo que llevaba por delante cuanto encontraba á su paso.

Y todos aquel dia fueron buenos caballeros, y no es de contar cuanto el conde de Cabra hendió de yelmos, ni cuantos enemigos tendió el duque del Infantado, y los otros valientes capitanes.

Pero Gaston de Vargas fué fatal al Islam; protegido por el talisman mágico de Schamsul-llemal, se lanzó como un huracan sobre los peones musulimes al frente de sus arcabuceros, y al primer choque, aterrados por la terrible pica del capitan que parecia herir por sí sola, envueltos por la infanteria cristiana, huyeron desvandados hácia la ciudad, sin que pudiese contenerlos el bravo Abd-el-Kerim, ni la vergüenza de la fuga, ni el ejemplo de los ginetes que

se median con un valor desesperado en el corazón de la batalla, sin perder un palmo de terreno.

Pero la fuga de los peones fué contagiosa : arrastraron tras sí á la caballería, dejaron las banderas, la artillería y las armas arrojadas por tierra á los cristianos, y Muza, como leon herido, sosteniéndose hasta el último trance, vióse obligado al fin á retirarse y entró bramando de coraje en Granada, jurando por Allah no tornar al campo con la infantería.

¡ Día terrible y de maldición fué aquel para los musulimes, de ventura y contento para los cristianos.

Las armas del Islam fueron pisadas por sus caballos; sus escuadrones llevaron á lanzadas á los musulimes hasta encerrarlos en la ciudad, les tomaron sus torres de atalaya, y las espadas de Fernando de Córdoba, de Hernando del Pulgar, de Garcilaso, de los condes de Cabra y de Tendilla, y otros ilustres capitanes se tiñeron en sangre mora hasta las empuñaduras.

Un solo hombre, mirando el combate desde las torres de la Alhambra, se habia estremecido de alegría por la rota de Muza, en que iba envuelta la ruina de su patria.

Aquel hombre era el infante Sidy Alhamar; teñido el rostro de color cobrizo, desfigurado por una barba sobrepuesta, cubierta la cabeza por una toca amarilla y el cuerpo por un ropon negro.

Junto á él, Abdallah el Zogoibi temblaba de vergüenza y de indignacion: el polvo que levantaban huyendo sus escuadrones le daba en la cara impregnado de sangre.

—Quiero saber mi horóscopo, dijo reparando en

el infante Sidy Alhamar y volviéndose á él en un movimiento desesperado.

—Lo sabrás, rey, dijo conteniendo su feroz alegría el infante, pero para eso es necesario que vayas solo y encubierto una hora despues de la oracion de almá-greb, al aposento que me has otorgado en la torre de Bib-Ataubin.

Abou-Abdallah miró con estrañeza al infante, pero al fin dijo.

—¡Iré!

El infante se perdió por las revueltas escaleras de la torre, mientras el rey triste, con el corazon desgarrado, fijaba la vista en la vega donde quedaba tendida la flor de sus caballeros.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF CHEMISTRY  
5800 S. UNIVERSITY AVENUE  
CHICAGO, ILLINOIS 60637

RECEIVED  
MAY 15 1964



## XVI.

Granada sintió el golpe de aquella rota en medio del corazón, y calló con el silencio del terror que precede á la muerte.

Vió entrar desvandados, cubiertos de sangre y polvo aquellos valientes escuadrones, en quien habia fijado una mirada llena de esperanzas al verles salir aquella alborada, con las banderas tendidas, los rostros alegres y cubiertos de galas como en los buenos dias de Granada.

Cerráronse las puertas temerosos del enemigo que habia llegado hasta ellas, hiriendo en las turbas y dejando tras sí un largo rastro de cadáveres.

Parecia que el sol, horrorizado de tanta sangre, apartaba su vista de la ciudad desventurada, y se velaba con un manto de turbios vapores; las nubes encapotaron el cielo, las calles quedaron desiertas, y un silencio de muerte se apoderó de la ciudad vencida, que esperaba de un momento á otro ver forzados sus fuertes, ó escalados sus muros por el conquistador.

En los adarves, sombríos, silenciosos, apoyados en sus picas, atentos á los movimientos del enemigo, se tendian desesperados los restos del ejército granadino, mientras escuadrones enteros rondaban las calles, ó esperaban al pié de los caballos en las plazas y tras las puertas mas espuestas á la embestida de los cristianos.

El rey se habia encerrado en su alcázar, y en vano Jucef-Ebn-Egas, ilustre caballero y gran privado suyo, y su visir Ebn-Comija, anciano respetable en Granada, pretendieron llegar hasta él. La vergüenza encendia su rostro, el despecho y la rabia desgarraban su alma, y solo, sin tomar alimento, pasó la tarde, que por cierto habia sido nublada y lluviosa, como si el cielo hubiese tomado parte en el llanto de Granada, y vino la noche, oscura, triste, medrosa, deslizándose en largas y silvadoras ráfagas el gemido del viento precursor de la tempestad entre los torreones de la Alhambra.

El rey se vistió un traje oscuro, acomodado á la tristeza de su alma, se ciñó su mal aventurada espada, envolvióse en un albornoz africano, y abriendo un pequeño postigo del patio de los Leones, salió solo, recatándose como un malhechor, á través de una mi-

na al cerro de Al-Baul (1), bajó las pendientes cue-  
tas que conducen al campo de Abulnest (2), desli-  
zóse junto á las torres de Al-Qars-al-Nomsara (3),  
y perdido en la sombra de un estrecho callejon de la  
muralla, se dirigió al castillo de Bib-Ataubin, sin que  
un solo viviente le hubiese encontrado en el camino.

La oscuridad era densísima; el silencio profundo;  
aunque turbado á veces por la voz de alerta de los  
atalayas; ni una luz brillaba en los cerrados agime-  
ces; las calles estaban perdidas en una sombría pe-  
numbra.

Solamente á través de una saetera abierta en lo  
mas alto de la torre que guardaba la puerta de Bib-  
Ataubin, se percibia un resplandor opaco, indeciso,  
fatídico.

En el aposento mas alto de la torre á que aquella  
saetera correspondia, bajo sus pesadas y ennegreci-  
das bóvedas, velaba un hombre.

Era el astrólogo de la toca amarilla, el del semblan-  
te teñido de color cobrizo y desfigurado por una bar-  
ba larga y blanquísima; era el infante Sidy Albamar,  
que esperaba envuelto en el misterio de la traicion,  
el momento de saciar una venganza terrible, heredada  
por su madre, y alentada por la ambicion de su her-  
mano.

Sentado sobre sus rodillas en una alfombra, tenien-  
do ante sí un cuadrante, en el que estaba arroja-  
do un compás de hierro, al reflejo de una lámpara co-

(1) Hoy de los Mártires.

(2) Conocido por Campo del Principe.

(3) Se le conoce por Cuarto Real en la huerta del convento de  
santo Domingo.

locada en un nicho de la pared, que apenas bastaba á romper las masas de sombras recortadas débilmente por su luz, Sidy Alhamar, sombrío, amenazador, escuchaba con una atencion impaciente, desde el punto en que la sombra venciendo al crepúsculo, se habia enseñoreado del espacio.

De tiempo en tiempo se levantaba, tomaba la lámpara y llegaba á un ángulo de la torre, donde sobre un divan, sumergida en un profundo letargo, estaba tendida una mujer.

Aquella mujer era Schamsul-Ilemal.

Su hermoso semblante estaba blanco y pálido como una azucena marchita; su desordenada y rasgada túnica, parecia rebelar que una lucha desesperada habia precedido al estado de sopor en que se hallaba, y á través de sus entre abiertos labios apenas se percibia su débil y penosa respiracion, sin la cual se la hubiera podido creer un cadáver; tal era su palidez y su inmovilidad.

Sidy Alhamar ponía la mano sobre su pecho, y luego aplicaba á su nariz un pomo de oro; Schamsul-Ilemal se estremecia imperceptiblemente, y tornaba á recaer en su letargo.

Despues de esto, Sidy Alhamar ponía la lámpara en su nicho, acercábase á un agimez, le abría y escuchaba con atencion, procurando penetrar con sus miradas hasta el oscuro fondo del callejon, situado al pié de la torre, y desde el cual una escalera conducía á las almenas del adarve, elevado á la altura del aposento en que moraba.

Por aquella parte no habia atalayas ni escuchas; parecia que todo ayudaba á la traicion.

Una de estas veces oyóse ruido imperceptible de pasos al pié de la torre, luego en la escalera de la muralla, percibiéronse despues mas cercanos en el adarve, y un golpe recatado sonó al fin en la puerta que por este lado daba entrada al aposento donde esperaba Sidy Alhamar.

Este se estremeció en un movimiento de feroz alegría, acercóse silenciosamente al divan donde dormia Schamsul-Ilemal, la cubrió con un alquicel, sacó de debajo del divan el cofrecillo de hierro que habia encontrado junto á la jóven en el alcázar de la Azubia, y la faja por la cual Muza habia descolgado á Schamsul-Ilemal la noche que la arrancó de su poder, y colocó ambos objetos en el centro de la alfombra junto al cuadrante.

Entre tanto el que llamaba á la puerta repitió por tres veces y sucesivamente con mas fuerza los golpes.

Sidy Alhamar abrió recatadamente el postigo, entró un hombre, y tornó á cerrarse su estrecha puerta con dobles cerrojos.

Detúvose el hombre que habia entrado: era el rey Abou-Abdallah el Zogoibi.

Sobre su semblante pálido estaba pintada una vaga espresion de terror; sus labios temblaban, y sus ojos recelosos escudriñaban hasta los mas recónditos senos de la torre.

—¿Estamos solos? dijo asiendo con una mano crispada la hopalanda de Sidy Alhamar y mirándole con ojos estraviados.

—Si, señor, contestó el infante, tan solos que difícil sería se nos escuchase aun cuando hablásemos á grito herido.

—¿Tienes preparado mi horóscopo? dijo el rey tomando una alkatifa y sentándose fatigado.

—Si señor, le respondió Sidy Alhamar; durante siete dias he consultado sobre este cuadrante tu horóscopo, rey, y estos tres objetos son los que representan tu destino.

Y sacó de entre sus ropas un paño de seda que colocó entre la faja y el cofrecillo.

—¿Y qué significa esto? le preguntó Abou-Abdallah.

—Este cofrecillo y esta faja, rey, contestó el infante, son prendas de una mujer adúltera.

Sidy Alhamar posó su mirada en el semblante del rey, y le vió temblar y palidecer.

—Estas siete hojas de laurel, añadió el infante doblando el paño de seda donde estaban guardadas y mostrándolas á Abou-Abdallah; son otras tantas hojas de puñal: míralas bien, rey; cada una de ellas representa un agravio, y se pueden contar por su orden segun están de marchitas; esta, seca y agostada, es la primera; esta la última: está verde y lozana, pero destila sangre.

—¿Con quién crees hablar, esclavo? dijo el rey levantándose arrastrado por su carácter iracundo; ¿por quién es ese funesto amago de puñales y sangre?

—Por tí, rey; has venido á consultarme tu horóscopo y lo sabrás; no soy yo, es tu destino el que te habla; sino tienes valor, vete.

Y el infante miró sombríamente al rey cuyos labios temblaban de cólera.

—Sigue, dijo reprimiéndose.

—¡Oh! sí, seguiré; pero asienta, rey, porque lo que vas á oír es una historia larga y funesta.

Abou-Abdallah, se sentó maquinalmente, y fijó su recelosa mirada de leon en el infante.

—¿Me conoces? dijo éste.

—Sí, tú eres un sabio africano, contestó el rey, que un dia me demandaste una gracia por medio de mi madre la sultana Aixa; dijíste me que te importaba vivir oculto, y me ofreciste leer mi destino y el de mi pueblo en las estrellas si te concedia un castillo real por morada, y una guarda de almoravides; he aquí todo lo que sé de tí; has llegado hasta mí algunas veces, te he preguntado, y me has dicho, calla y espera. Nadie ha sabido tu existencia, he esperado, moras en el castillo, y te asiste la guarda: el rey ha cumplido por su parte, falta ahora que el astrólogo cumpla por la suya.

—Noches enteras y apenadoras, dijo Sidy Alhamar con mal disimulada amargura, he pasado á la luz de las estrellas; dias sombríos me han visto sobre este cuadrante, y al fin, rey, voy á mostrarte tu destino; escucha.

Sidy Alhamar calló un momento, y luego con voz lenta y acentuada, prosiguió:

—Hace veinte años, rey, que Martos, villa fronteriza entre Jaen y Granada, tenia por alcaide á un señor de Castilla llamado el comendador Sancho Jimenez de Solís.

El infante miró atentamente el semblante del rey, pero ninguna espresion nueva vino á alterar le.

Y este Sancho Jimenez de Solís, prosiguió el infante, tenia una hija hermosa y doncella en el castillo de Martos, llamada entre los cristianos Isabel y mas tarde Fátima *Zoraya*, sultana de Granada.

—¡Mientes! gritó el rey, lanzando una sombría mirada al infante, en Granada no ha habido mas sultana que Fátima Aixa, la madre del rey Mohamet-Abou-Abdallah.

Sidy Alhamar continuó impasible, cual si no hubiese escuchado la réplica del rey.

—Y esta doncella llegó á la edad del amor, y su padre concertó su casamiento con otro caballero cristiano, y se hicieron las vistas en el castillo con grande alegría de juegos y danzas; pero como todo es perecedero y engañoso en el mundo, hizo Allah que rotas las treguas que tenia ajustadas con los cristianos el rey Abou'l-Hassan, sus arrayaces cabalgasen las fronteras adelante, y una noche, cuando todo era contento en el castillo de Martos, le entraron á saco los muslimes, dieron muerte al comendador y á los suyos, y cautivaron á Isabel que fué conducida á Granada.

El rey escuchaba visiblemente contrariado al infante.

—La azucena, continuó este, fué vista por el rey, y tal era su hermosura que Abou'l-Hassan sintió por ella un amor invencible, y la ofreció su lecho y su corona.

Pero el rey tenia por mujer á la sultana Aixa, nieta del rey Alhaizary (1), princesa de carácter violento, prima suya, que se habia unido á él sin amarle, y le habia dado un hijo, que eres tú, rey, tú Abdallah á quien llama el pueblo el *Zogoibi*.

(1) *El Izquierdo*.

Y el rey Abou'l-Hassan, escitado por su amor, repudió á Aixa, y se unió á la cautiva cristiana, y la llamó *Zoraya* por su gran hermosura.

Abou-Abdallah, herido en su madre, atajó en este punto el relato del infante.

—¡Por Allah, traidor, villano! le dijo; ¿quién te ha revelado mi historia? ¿quién eres tú que así me echas en cara las faltas de mi padre?

—Te habla por mí tu destino, rey, contestó sombrío Sidy Alhamar, y necesario será que te armes de sufrimiento, porque aun te quedan cosas horribles que oír.

Era necesaria toda la supersticion de Abou-Abdallah para contener su enojo; resignóse al fin, y el infante siguió.

—Aixa supo con furor el casamiento del rey, y juró vengarse, hiriéndole primero en su honor, luego en su amor. Y en cuanto á lo primero no tardó en cumplir su juramento.

Moraba entonces en Granada un caballero castellano llamado don Diego Fernandez de Córdoba, grande amigo del rey Abou'l-Hassan, y en él puso su vista la sultana; ella era hermosa, él jóven y enamorado.

Retirada la sultana en su alcázar del Gallo de Viento, encerrado el rey en su harem de la Alhambra entre los brazos de Zoraya, tiempo hubo y ocasion bastante para que, manchando su mentido nombre de la Horra (*Honesta*), abriese los brazos al traidor castellano, arrojando una mancha de adulterio sobre la frente de su señor el rey Abou'l-Hassan.

Sidy Alhamar se habia atrevido á pronunciar estas palabras bajo la influencia de la terrible mirada

del rey, fija en sus ojos amenazadora, sombría, centelleante.

—¡Mientes! gritó furioso Abou-Abdallah lanzándose al infante.

—Aquí están las pruebas, contestó este poniendo la mano sobre el cofrecillo de hierro.

El rey, contenido por su propio furor, le arrancó de las manos de Sidy Alhamar, contempló ávidamente los blasones grabados en su tapa, la arrojó contra el muro, y se lanzó sobre el retrato y los pergaminos que rodaron de él.

—¡Un cristiano! exclamó, ¡por Allah que esta horrible impostura ha de producir torrentes de sangre! ¡por Eblis! añadió devorando el contenido de los pergaminos; ¡palabras y juramentos de amor! ¡y esta es la escritura de la sultana! ¡de mi madre! ¡de la esposa del rey Abou'l-Hassan!

No había lugar á dudar; las pruebas del adulterio eran claras, precisas; Sidy Alhamar sonreía ferozmente, empezando á gustar su venganza; el rey se había dejado caer sobre la alkatifa, cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Mas pruebas! dijo al fin encerrando en su alma toda la amargura que aquella revelacion le había causado, en su amor de hijo y en su honor de rey; mas pruebas.

Sidy Alhamar devoró su feroz alegría, y añadió.

—De aquel torpe amor, perdido en las sombras del misterio, nació una hija; esa hija está aquí.

Y fué al nicho y tomó la lámpara, y luego llegó al diyan, levantó el alquicel, y mostró al rey la jóven aletargada.

Abou-Abdallah, tembló al reconocerla, la amaba como todos los que tenían la mala ventura de ver sus ojos, y olvidándose de todo, exclamó.

—¡Muerta!!!

—No, rey, vive, contestó Sidy Alhamar; pero he preferido que el beleño cierre sus párpados, á que hubiera podido oír revelaciones que solo deben existir entre el destino y tú.

El rey se inclinó sobre la jóven, la tomó una mano, y exclamó conmovido :

—¡Oh! ¡señor Allah! ¡era mi hermana!

—Sí, contéplala bien, rey, observó el infante. Es la misma frente de tu madre, su misma espresion, su semblante entero pero mas bello, por que es mas jóven, y por que es fruto de un amor inmenso, sin igual, ardiente como el sol africano.

El rey hizo un esfuerzo, se separó del divan donde dormía Schamsul-llemal, y dijo al infante.

—Acaba de una vez, hechicero, porque tus palabras son puñales, y quiero beber de un solo trago el tósi-go de mi destino.

—Esa niña creció cuatro años oculta en el misterio de los recónditos retretes del alcázar de Aixa; pero llegó un dia en que una esclava, sabedora del secreto y del sitio donde encerraba sus recuerdos de amor Aixa, cruelmente castigada por ella, encontró el medio de huir, corrió á la Alhambra y todo lo reveló á Zoraya.

Los celos, los insultos, el odio que mediaban entre la sultana repudiada y la esposa querida, hacian temer á Zoraya una traicion de parte de Aixa, y quiso tener rehenes seguras.

Una noche en que las tinieblas cubrían á Granada, y en que la tempestad volaba sobre ella, dos *monjes* (1) guiados por la esclava, conducidos por una puerta del alcázar guardada por gentes compradas con oro de Zoraya, entraron en el retrete donde dormía la niña, y la robaron.

Cuando Zoraya la tuvo en su poder, llamó su atención la riqueza de esta faja en que iba envuelta, dijo Sidy Alhamar desdoblado la que estaba sobre la alfombra, prenda riquísima de seda y oro, y la mostró al rey por uno de sus extremos.

—Mira; aquí están los blasones de don Diego Fernandez de Córdoba, esta faja, mandada fabricar por él en Damasco, es una prenda de amor; mira estos caracteres, también revelan amor, y aquí está el nombre de Aixa. ¿Quiéres mas pruebas?

El rey no contestó.

—Pues bien, esa niña creció envuelta en otro profundísimo misterio; guardada por Zoraya, era una prenda de venganza; pero fué descubierto su asilo por Muza, robada dél, y entregada á tu amor, amor incestuoso, impuro como tu existencia y como tu destino.

—¡Yo! ¡yo! gritó el rey levantándose y mirando asombrado al infante.

—Si; yo te he visto, rey, salir cada alborada de entre un bosque de laureles en la villa de la Azubia, y despedirte de ella con un beso, yo he cortado cada una de esas alboradas una hoja de laurel del sitio donde rozaba al separarse de tí la túnica de Scham-

(1) *Ladrones, malhechores.*

sul-llemal, y son siete ; cuéntalas ; siete dias de celos y de rabia que equivalen á siete siglos de penas.

—¡Mientes! exclamó el rey, yo no he tocado los labios de esa mujer, ni mi túnica ha pasado junto á la suya.

—No, dijo próximo á estallar en su venganza Sidy Alhamar, yo he visto tu alazan árabe, tu almaizar de escarla, tu bonete de brocado y tu lanza de ébano.

El rey se dió un golpe en la frente, como aquel ante quien se descorre el velo de un misterio.

—Mi alazan árabe, el que fué enviado como presente por Muza al real de los cristianos ; mi almaizar y mi bonete que yo entregué á un castellano amigo de Muza el dia del motin de la plaza Nueva. ¡Oh! ¡y ese hombre es amado por ella!

El rey se abismó en su pensamiento ; Sidy Alhamar tembló de indignacion.

—El castellano amigo de Muza, dijo, el capitan Gaston de Vargas, el causante del robo de Schamsul-llemal. ¡Oh! es imposible ; ¡mientes! ; tú eres el miserable, el incestuoso, el traidor, y el destino te ha puesto en mis manos, y vas á morir, por que ese es tu horóscopo !

Y Sidy Alhamar se arrancó las barbas, la toca y la hopalanda, y apareció jóven, fuerte, enérgico ante el rey con el puñal en la mano.

—¡Por los Siete Durmientes! ¡traidor ! exclamó el rey reconociendole y echando mano á su espada, que eres una serpiente astuta y miserable como tu madre. ¡A mí! gritó corriendo al agimez ; ¡á mí, al rey Abou-Abdallah !

—¡Si, grita cuanto quieras, exclamó Sidy Alhamar, eso no impedirá que mueras á mis manos!

Y cerró con el rey, asiendo de una adarga que al acaso halló con otras armas hacinadas en un ángulo del aposento, defendiéndose de la espada de Abou-Abdallah, acosándole hasta el muro, porque era mas fuerte y mas ágil que él, y levantando el puñal con los ojos inyectados de sangre y la boca espumante como un lobo rabioso.

El rey tuvo miedo; acordose de su abuelo Ebn-Ismail asesinado á las puertas de su alcázar por los amores de una esclava; parecióle que los oscuros muros destilaban sangre, tembló transido de frio, y debilitado por uno de sus accesos insensatos, soltó la espada, y cayó de rodillas invocando á Allah junto al divan donde dormia Schamsul-Ilemal.

En aquel momento, cuando ya el ojo sangriento de Sidy Alhamar media un sitio en el pecho del rey para hundir en él su puñal, oyóse en el muro un ruido atronador, abrióse de golpe la puerta de Bib-Ataubin y un momento despues saltaron los cerrojos del postigo del aposento.

El infante, por un movimiento involuntario, volvió la faz hácia el postigo, y la sangre se heló en sus venas; creyó que el rey se habia duplicado: en el oscuro fondo del aposento se destacaban las formas de un hombre armado con un arnés moruno, y cubierta la cabeza con el capuz de un almaizar de escarlata: en sus manos lucia un alfanje desnudo y su talante era amenazador y sombrío.

Ademas de esto, se oian en la escalera del muro pasos de soldados ya muy cercanos.

Sidy Alhamar se creyó por un momento en poder de Eblis, su mano abandonó el puñal, y sus rodillas flaquearon.

El hombre del almaizar avanzaba entretanto hácia él con la espada desnuda.

De repente Sidy Alhamar se repuso, dióle fuerzas el terror, avalanzóse al agimez, dió un salto terrible, cayó en el adarve, deslizóse por las escaleras, y ganando la puerta del muro, se lanzó en la vega, á tiempo que el aposento se inundaba de almoravides á cuya cabeza venia el valiente Reduan Venegas.

El rey en tanto habia reconocido á Gaston de Vargas, por que era él el hombre del almaizar, habia recobrado su espada, y cuando entraron los almoravides pudo salir á su encuentro, sino sereno al menos con la dignidad de rey de que sabia revestirse ante sus vasallos.

—Castellano, dijo tendiendo su mano á Gaston, que habia desembarazado su frente del capuz, tu horóscopo te hace el salvador de tus enemigos; no ha mucho tiempo defendiste la vida del emir en la vega, ahora la del rey en Granada; ¡qué Dios te proteja!

Y luego tornándose al alcaide, exclamó: ¡Mi valiente Reduan! ¡pronto! ¡vuela! ¡que tus ginetes se estien-  
dan por la vega y tus peones por la ciudad! ¡apre-  
sadme á ese traidor infiel que ha estado á punto de ase-  
sinarme!

—¡El astrólogo! ¡señor! exclamó Reduan.

—Sí, pero volad, contestó el rey con indescribible imperio.

El, Gaston y Schamsul-Ilemal quedaron solos en la torre.

—¿Quién te ha traído aquí? dijo el rey á Gaston.

—Ella, señor, y este talisman. Y mostró al rey el joyel de perlas.

—Pues bien, belá ahí, dijo el rey recogiendo el retrato, las cartas, la faja y el cofrecito; esto es mio, y pues la suerte os á unido, ella es tuya.

Y levantó el alquicel que ocultaba á la jóven.

—¡Muerta! exclamó Gaston, engañado por la inmovilidad y palidez de Schamsul-llemal.

—No, dijo el rey; aletargada solamente; llévatela, y si alguna vez conoces su origen, aprecia en lo que vale el don con que premia tu ayuda el rey de Granada; vete.

Gaston no contestó; asió á la jóven, cuyo letargo no habiendo sido estimulado de nuevo por el pomo de Siddy Alhamar, empezaba á ceder, la tomó en sus brazos, salió al adarve, bajó las escaleras del muro, y cabalgó; luego, á pesar de los guardas, protegido por el talisman de Schamsul-llemal, salió como habia entrado arroyándolo todo ante su paso y se lanzó en la vega, mientras el rey, pensativo, fascinado, con el corazon transido de amargura, quedaba en aquel sombrío aposento, donde la traicion le habia encerrado y donde habia encontrado su salvacion por los amores de una hermana, hija de la vergüenza y del adulterio.

Salió de la torre mas triste y mas aterrado, y paso á paso se encaminó á su alcázar.

Cuando dos horas despues tornó con los suyos el alcaide Reduan Venegas encontró la torre abierta y desamparada.

Sus soldados llegaron tambien fatigados y cabizbajos: el astrólogo habia desaparecido.

## XVII.

Al día siguiente de estos sucesos, á la hora de alajá (1), en un retirado aposento del alcázar de Dar-la-Horra estaban un hombre y una mujer, solos, retirados de todo contacto y ocupados en una operación terrible.

El aposento era reducido, triste, severo; sus desnudos y rojizos muros, petrificados y abrigados por el tiempo, solo tenían dos puertas de ancho dintel, con hojas chapeadas de hierro, y sus estrechos y altos respiraderos estaban abiertos bajo una bóveda

(1) *Ya entrada la noche.*

de ladrillo agramilado, de forma estrellada y sostenida por agallones.

Una lámpara colgada del muro parecía ser inútil, y palidecía envuelta su luz en el vivo resplandor de la llama de un hornillo, sobre el cual herbia en una vasija de barro un brebaje verdinegro, de olor punzante y nauseabundo.

El hombre, que se ocupaba en soplar de vez en cuando el hornillo con un cañon de arcabuz inútil y mohoso, era harto viejo; tal vez el estudio había profundizado mas que la edad, la arrugas de su semblante pálido y demacrado, y la ciencia había dado á sus ojos hundidos una espresion fija y severa.

Este hombre vestia el traje de los médicos judíos, y parecía indiferente á todo, abstraído en la confeccion de la pócima que herbia en la vasija.

La mujer, envuelta en un manto de color oscuro, descubierta la cabeza, mal prendidas las largas y anchas trenzas de sus negros cabellos, paseaba lentamente á lo largo del aposento, de una manera circular, como la pantera encerrada en una jaula.

Esta mujer era la sultana Aixa.

Su severa frente estaba cubierta por una nube sombría, sus dientes mordian su labio inferior como al impulso de un recóndito y fijo pensamiento, y sus ojos brillaban con una espresion implacable, fijos frecuentemente en la vasija del hornillo.

Un humo denso y un ambiente cálido inundaban el aposento, en el cual no se percibía otro ruido que el de los pasos de la sultana, y el chisporrotear del carbon cada vez que el viejo soplaba el hornillo con el cañon del arcabuz.

Zoraya se volvió y se puso en pié.

De tiempo en tiempo, este hombre tomaba algunas hojas de yerbas de forma estraña y desconocida, y las arrojaba en la vasija, añadiendo á el brebaje algunas gotas de un licor sin color y trasparente como el agua, que guardaba en una ampolla de vidrio, materia entonces rarísima, de gran precio y relegada únicamente á los laboratorios de los sabios y de los alquimistas.

Y corria el tiempo, la sultana callaba, el viejo soplabla y la vasija herbía; pasaron una, dos, y tres horas.

—Sabio Jetzaam, dijo la sultana deteniéndose junto al hebreo, ¿tarda aun mucho el filtro?

—Poderosa señora, contestó el viejo, la naturaleza es inmutable en su paso, y no le apresura ni le detendrá sino impulsada ó contenida por la mano de Dios.

Pero ve aquí, sultana, que ha llegado el momento; mi licor se enrojece como el rubí, y se condensa como el ámbar; dijo el viejo, apartando la vasija del hornillo; esta cantidad, añadió, mirando su obra con un placer siniestro, bastaria para dar muerte á todo un pueblo si se arrojase en las corrientes de sus aguas.

Despues, con unas pinzas, de entre el negro escremento de la vasija, carbonizado por el fuego, sacó un pequeño glóbulo rojo y trasparente, y le arrojó en la ampolla de vidrio.

El liquido que esta contenia se enturbió con un color impuro, hirvió y produjo un vapor pesado; lentamente fué purificándose el agua, y quedó al fin clarísima, diáfana, sobre un sedimento azulado.

Jetzaan la trasladó á otra ampolla, y asi purificada, la entregó á Aixa.

—La ciencia ha operado para ti, sultana, que tu mano premie el afan de la ciencia.

—¿Y dices que este licor mata?

—Como la espada del ángel de la muerte; pronto, tarde, como quieras; una sola gota mezclada á un cántaro de agua, le dará tal virtud que otra gota de aquella agua vertida en un búcaro será bastante para que quien la beba muera dentro del término de dos lunas, de cinco, de nueve á lo mas.....

—¿Y me respondes....?

—Con mi cabeza, contestó el judio.

—¿Y podré yo beber tambien este filtro sin esponerme, mediante á la pócima que me has indicado.

—Si, poderosa señora, contestó el judio sacando un pomo de oro de su hopalanda, pero el licor que aqui se encierra es mucho mas precioso que ese otro, cuanto es preferible la vida á la muerte.

—¿Por quién me tienes, esclavo? dijo la sultana arrojando á los piés del judio un pesado bolson de cuero que produjo un sonido metálico y sonoro sobre el pavimento. Tóma y dáme.

El judio entregó el pomo á la sultana, recogió el bolson, abrióle y llenó su mano de monedas de oro.

—¡Doblas juzefinas! exclamó con una repugnante alegría espresion de la sordidez mas refinada.

—Véte, le dijo la sultana.

Jetzaan se inclinó, besó la orla de su túnica, y luego se encaminó á una de las puertas.

Un pensamiento de desconfianza cruzó por la mente de Aixa.

—Espera, hebreo, repuso.

Jetzaam se detuvo

—Quiero saber si me puedo fiar de tí, bebe.

Y le presentó el pomo de oro y la ampolla de vidrio.

El judío sin vacilar tomó el primero, humedeció su boca con el licor que contenía, y luego tragó algunas gotas del que guardaba la ampolla de vidrio.

—Y bien, dijo la sultana recelosa aun, ¿quién me asegura que lo que hay en esa redoma es otra cosa que agua.

—Pide á Jehovah, contestó el judío, que te preserve de ella, cuando se halla estinguido el licor protector que encierra este pomo. Y bien : estoy dispuesto á mostrarte su poder, que traigan un ave ó un animal cuadrúpedo.

Aixa se dirigió á la puerta frontera á aquella á la que se habia encaminado el alquimista, y llamó con la empuñadura de su puñal.

Poco despues una jóven negra, su esclava favorita, apareció en la puerta.

—Mi halcon de Africa, la dijo.

Un momento despues tornó la esclava con un hermoso pájaro de celrería, que espeluznó alegre su plumaje al ver á la sultana y voló á su hombro.

La esclava se retiró á una seña de Aixa, que asió al halcon por las alas.

—Veamos, dijo.

Jetzaam se apoderó de la cabeza del ave, despojóla de la caperuza, abrió su corvo pico, y á pesar de su resistencia, la hizo tragar una sola gota del licor encerrado en la ampolla.

El halcon se estremeció, agitóse en una convulsion terrible, lanzó dos agudos chillidos, dobló la cabeza y espiró arrojando por el pico un hilo de negra sangre.

La sultana lanzó lejos de sí el halcon, tomó de manos del judio la ampolla y el pomo, ocultólas bajo su manto, y señaló á Jetzaam la puerta á que antes se habia encaminado; á un mismo tiempo, por distintas direcciones, salieron del aposento el judio y la sultana.

Aixa subió á su retrete, encerróse en él, tomó un jarron de plata lleno de agua y vertió en él una sola gota del licor de la ampolla.

Luego llamó á su esclava.

—Cuando yo te pida agua llévame ese jarro, pero guárdate de tocarle con tus labios.

Despues de esto tomó una lámpara, abrió otra puerta, salió á una galeria, atravesó un patio, subió una espiral, y sacando una llave de entre sus ropas la introdujo en la cerradura de una puerta; pero antes de abrir apuró la mitad del contenido del pomo de oro.

Luego empujó la puerta y entró.

La esclava negra quedó esperando fuera, junto al arranque de la espiral.

Cuando Aixa entró en aquel aposento la luz de su lámpara alumbró un recinto oscuro, ennegrecido, sin otro respiradero que una saetera por donde penetraba mas aire que luz, aun en las horas del dia en que el sol alumbraba con mas fuerza.

En un retirado ángulo de aquel calabozo habia una mujer vestida de negro á la castellana, durmiendo sobre los almohadones de un divan.

Aixa acercó la luz á su semblante y la contempló con odio : era la sultana Zoraya.

Sobre su frente pálida corrian gruesas gotas de sudor, de sus ojos una sola y continua lágrima resbalaba á lo largo de sus mejillas hasta mojar el almohadon donde reclinaba su cabeza.

Todo su ser se estremecía como bajo la influencia de un terrible ensueño, y su boca estaba entreabierta por el dolor.

A su lado, sobre la alfombra, habia una escudilla sin manjares y un jarro de plata vacío.

La espresion de Aixa ante Zoraya, en quien creia representados todos sus sufrimientos de mujer, de madre y de esposa era terrible; todo su odio guardado y comprimido en su corazon durante veinte y seis años, surgia de su mirada cruel, inmensa, que abarcaba á su víctima, y absorvia la espresion del dolor retratado en su semblante, como absorve un hierro candente una gota de agua.

Momentos hubo en que, arrastrada por el furor, sus ojos se tiñeron de sangre, y su mano buscó temblorosa el pomo de su puñal.

Pero como el genio protector de Zoraya, una forma pura y blanquísima, pasaba por la imaginacion de Aixa, y este genio protector era Schamsul-llemal, la hija de su amor, que habia llorado tantos años, que habia visto al fin entre sus brazos, y cuyos besos quemaban aun sus labios.

—Es necesario que esta mujer muera, murmuró roncamente, pero que muera como si la hiriese la mano de Dios; si, es necesario que muera, pero entre los suyos, libre y perdonada por mí en la apa-

riencia; ¡oh! si yo no la devolviera á esos feroces infantes, mi hija tal vez, la hija de mi amor, caeria como cayó el anciano sacerdote, como cayó Abou'l-Hassan.

Aixa inclinó la frente entre sus manos, dominada por sombríos y tristísimos recuerdos.

—¡Oh! es necesario acabar, dijo, acabemos de una vez.

Y posó su mano sobre el hombro de Zoraya, y la movió suavemente.

Zoraya abrió los ojos, tornólos á cerrar, heridos por la luz, y se puso en pié de un salto obedeciendo á un terror involuntario.

Aixa, de pié ante ella, bañado su semblante por la luz de la lámpara, parecia una sombra vengadora evocada de las tumbas en aquel aposento medroso perdido en la sombra, y en cuyos oscuros ángulos se oía el paso silencioso de los reptiles.

—¿Qué buscas aquí, sultana? dijo Zoraya reparando en Aixa, ¿qué quiere la esposa *honest*a de la *mancheba* de su esposo?

Estas solas palabras de la mujer prisionera á la que tenia en sus manos su destino, pronunciadas con un profundo sarcasmo, revelaban por sí solas toda la saña que existia entre aquellas dos mujeres.

—Vengo á abrirte las puertas de tu prision, contestó Aixa, voy á devolvete á tus hijos; pero antes quiero que sepas todo el valor de mi sacrificio.

Aixa dejó la lámpara sobre el pavimento y asentó en el divan. Zoraya vuelta de espaldas á ella ocultaba el rostro entre sus manos.

—Llora, si, llora, la dijo la sultana; llora, mien-

tras yo tengo los párpados enjutos. Y sin embargo, Zoraya, mucho he sufrido desde que viniste de tu castillo de Martos al alcázar de la Alhambra. Y siempre mi corazón ha devorado sus ultrajes, los ha atesorado, y ha pensado en su venganza.

Zoraya callaba; su silencio irritaba á Aixa.

—Calla, si, la dijo; porque nada podrian decir tus labios que disculpen tu pasado; ¿no te bastaba el haberme lanzado del lecho del rey, en lo que por cierto ganaba la mujer, todo lo que perdía la sultana? ¿no te bastaba haberme robado mi hija? sí, mi hija, Zoraya, la hija del adulterio á que me arrastró mi abandono; ¿no bastaba haber atentado á la vida de mi hijo para dejar abierto para los tuyos el camino del trono? ¿no bastaba haber encendido la guerra civil en Granada, haberla destrozado en bandos, haber traído á los cristianos hasta nuestras puertas? no; era necesario añadir la infamia á la traicion; era necesario deshonorar una madre á los ojos de su hijo; era preciso que ese hijo la dijese presentándola terribles pruebas, cuando ella le escitaba á defender su trono y su terreno: «Calla, sultana, porque si yo soy cobarde tu eres adúltera, porque si puedes pedirme cuentas del reino de mis abuelos, yo, tu rey y tu señor, puedo pedirte las á mi vez del honor de mi padre.» ¡Oh! haces bien callar, porque ante mí debes tener el corazón aterrado y la vista fija en el suelo.

—Basta ya, la dijo; si yo te odio tu me odias, si durante la vida del rey no pudiste saciar en mí tu venganza, fué por que el amor del rey me protegía. Y al cabo cayó, Aixa; al cabo el noble anciano murió, como moriré yo, por yerbas preparadas por tu mano.

—Y sin embargo, Zoraya, exclamó la sultana, observe que aun respiras á pesar de que ese jarro está vacío y esa escudilla sin manjares.

Zoraya tomó la luz, asió de la túnica á Aixa y la mostró un ángulo de la prision donde estaban arrojados manjares y pan.

—Mira, la dijo: hace nueve dias que estoy encerrada en esta torre, y durante ellos no he tomado mas alimento que algunos huevos crudos que he debido á la compasion de un esclavo; he vertido mi agua, temerosa de que me aquejase la sed, haciéndome arrosstrar un tósigo, y he devorado la sed; mis fauces están secas, la fiebre quema mi frente y la sangre golpea mis sienes, como con mazas de hierro; ¡oh! ¿y quieres que á pesar mio mis ojos no viertan lágrimas? ¿quieres que como tú, á quien sin duda asiste Satanás, devore en silencio mis sufrimientos, los absorva en mi corazon y aliente mi venganza? ¡Oh! yo no puedo, estoy cansada de luchar, y esta lucha me mata, sé generosa enemiga al menos y acabemos de una vez.

—Si, es preciso acabar, dijo sombríamente Aixa, es necesario que salgas de aqui, que busques á tus hijos, que tengas una muestra de mi generosidad.

Zoraya contempló recelosa á la sultana; la frente de esta estaba tersa, sus ojos ocultaban el odio que ardia en su alma, y sus palabras si bien severas nada tenian de amenazadoras. Zoraya alentó una esperanza.

—Y bien, la dijo, si ha llegado para entrambas la hora de las desgracias; si los cristianos ocupan al fin el objeto de nuestra mútua ambicion; ¿por qué no perdonamos nuestros comunes ultrajes y acabamos

por ser hermanas tras de tantos años de haber sido enemigas?

Aixa devoró en su corazon un rugido que el furor arrancaba de su alma; Zoraya, como ella, mentia, y colocada en una mala posicion solo pretendia ganar terreno sorprendiendo á su enemigo.

La sultana lo comprendió, pero tenia sed de venganza, y fingió adaptarse á los deseos de Zoraya.

—Pues bien, la dijo, seamos amigas; hermanas; olvidémoslo todo; y en muestra de ello comamos juntas el pan y la sal.

Zoraya se estremeció, la idea del tósigo pasó por su mente como un fantasma sombrío.

—¡Aakil! gritó la sultana.

La esclava se presentó á la puerta.

—¡Manjares! la dijo lacónicamente Aixa.

La esclava desapareció.

Las dos enemigas quedaron solas.

Las dos fingian, pero no se engañaban.

—¿Qué habeis hecho de mi hija? dijo la sultana á Zoraya; hace dos dias que ha desaparecido del alcázar de Muza de la Azubia, y se ha encontrado su re-  
trete en el mayor desórden, y en él este puñal que pertenece al infante Sidy Alhamar tu hijo.

—¡Oh! si está en su poder, sultana, nadie osará tocar á uno solo de sus cabellos. ¿No hemos olvidado lo pasado? ¿Acaso no querrás que en el porvenir se una tu raza á mi raza por el enlace de nuestros hijos?

Acaso era la primer vez que Zoraya hablaba con el corazon; conocia el insensato amor de Sidy Yahye á Schansul-llemal, y ambiciosa siempre, creia que uniendo sus ambiciones á las de Aixa, sus parciales á

los de ella, lograria contrarrestar el terrible destino que pesaba sobre Granada; y ya independientes, ya tributarios de los reyes de castilla, colocar sus hijos en el trono.

Aixa leia como en un libro abierto en el corazon de Zoraya; pero continuó dominando aun su odio.

—Si, es verdad, la dijo, si se aman ¿por qué no unirlos? ¡Oh! ¡y qué felices seríamos entonces! añadió con sarcásmo.

El acento de la sultana helaba de espanto á Zoraya, y sin embargo, pretendia en vano sondear el abismo de su pensamiento.

Aakil entró con viandas y con un jarro de plata que puso sobre un paño de lino á los pies del divan.

Zoraya fijó una mirada avarienta en los manjares y en el agua; Aixa, para destruir su prevencion, comió y la ofreció de lo mismo que habia comido.

Entonces Zoraya devoró mas bien que comió: el hambre, el mas cruel de los sufrimientos, la aquejaba, y creyéndose segura, ruborizada por sus debilidad, regó con sus lágrimas aquel pan que podia llamarse de esclavitud.

Quizá por la primera vez de su vida Aixa sintió un impulso de compasion; pero instantáneamente, apareció entre sus recientes recuerdos su hijo mostrándole el retrato y las cartas de don Diego de Córdoba; escuchó su voz que le pedia cuentas del honor de su padre, y tornó todo su odio, terrible, implacable contra aquella mujer.

Zoraya habia satisfecho un tanto su hambre, sentia sed, y miraba ansiosa el jarro de plata lleno de agua clarísima al que no habian tocado aun los labios de Aixa.

Llegaba el momento supremo.

La sultana tendió su mano al jarro, le llevó á sus labios y bebió ; luego le ofreció á Zoraya.

La desdichada asió dél y con el ansia de los sedientos le apuró.

Todo estaba concluido, y Aixa no pudo contener un grito de alegría.

Zoraya dejó caer el jarro y miró con espanto á Aixa.

—¡Oh! si, dijo esta, estoy satisfecha, y todo te lo perdono, ¿acaso no hemos comido juntas el pan y la sal? Seamos hermanas cuanto hemos sido enemigas, y nuestros hijos perpetuarán nuestra raza.

La alegría de la venganza habia tornado radiante el semblante de Aixa, y Zoraya, que si habia cometido contra ella terribles crímenes por su ambicion y quizás por el amor de sus hijos, se conmovio, y despertando en su alma lo que tenia de bueno, se arrojó á los piés de Aixa llorando.

—¡Oh! sultana, perdóname, y yo correré á arrojarme á los piés de tu hijo ; yo le diré que eres inocente, que ese retrato y esas cartas son prendas falsas. ¡Oh! y yo le convenceré aunque sea á costa de mi honra.

—¿Y como podrás borrar, miserable, la contestó Aixa, la semejanza con mi semblante que el dedo de Dios ha puesto sobre Schamsul-llemal?

Era tan terrible el acento de Aixa que Zoraya se aterró.

—Es necesario que salgas de aqui, y voy á disponer tu partida. ¡Hola! ¡Shaab!

Un esclavo se presento á la puerta.

—Conduce esta mujer, le dijo, en una litera al campo cristiano. Vete, Zoraya, dí á tus hijos como paga sus odios la sultana Aixa.

Zoraya, abismada en un dédalo de dudas, salió siguiendo al esclavo.

Aixa miró el jarro de plata.

—¡Vacío! exclamó con feroz alegría. ¡Vé en buen hora! ¡me haces perder un reino! pero ¡ay de tí! ¡no gozarás mucho tiempo el fruto de tu traicion!

Despues de esto salió de la torre del Gallo de Viento donde se encontraba, llegó á su retrete, arrojóse en el divan, y por primera vez tras largas noches de velada durmió con el sueño de la venganza satisfecha.



## XVIII.

—¡Corre, corre, corcel mio! gritaba Gaston á su caballo, llevando entre sus brazos á Schamsul-Ilemal la noche de aquel dia terrible en que las haced del Islam habian sido destrozadas en la vega; ¡corre! ¡lleva á la vírgen de mis amores á alumbrar con su hermosura los ojos de mis reyes!

Y el corcel volaba, que no corria, atravesando los campos, salvando los arroyos, saltando quizás sobre montones de cadáveres.

Eran las primeras horas de la noche; algunas veces se rompía la sombra de las oscuras nubes y un medroso rayo de la luna venia á reflejar en el semblante de Schamsul-Ilemal, y tornaba á ocultarse cual

si solo hubiese cedido al deseo de mirar á la hermosa jóven.

Desprendiase del encapotado celaje una menuda lluvia, y era el viento pesado y frio á pesar de ser la estacion de los calores.

Cubria Gaston á Schamsul-llemal con el ancho almaizar cuidadoso como una madre, y de vez en cuando, al tiempo que las nubes se rasgaban dando paso á la luz de la luna, la contemplaba con ansiedad.

El letargo de la niña era cada vez menos profundo; sentiala Gaston agitarse entre sus brazos, y al fin escuchó algunos entrecortados y débiles suspiros.

Gaston detuvo por un momento su caballo, y descubrió á la jóven; la impresion del aire y el frio de la lluvia la tornaron en sí.

El capitan dió un grito de alegria al sentirla agitarse ya despierta, y ella pretendió apartarse espantada de sus brazos.

—¡Gaston! ¡Gaston mio! ¡socorro! exclamó creyendose aun en poder de Sidy Alhamar; ¡sácame de aqui, me van á matar!

El jóven se estremeció.

—Soy yo, la dijo, amor mio, yo, tu Gaston; ¡no tiembles!

Schamsul-llemal reconoció la voz del capitan, y se asió á él aterrada.

—¡Sácame de aqui! le dijo, ¡estas paredes me sofocan! ¡dame mi talisman! ¡él nos sacará de esta trisísima torre! ¡Oh! ¡tengo miedo!

Gaston tuvo mas fe en la influencia mágica del talisman que en sus palabras, le sacó de su seno y le ciñó al cuello de Schamsul-llemal.

El resultado fué admirable ; la niña se estremeció en un movimiento poderoso , semejante al del que lanza de sí un sueño apenador , miró en torno suyo , reconoció á Gaston , aspiró el aire impregnado de la humedad del ambiente y de los aromas campesinos , y tornó su infantil alegría y sus delirios de amor , y su sonora voz gritó como otras veces en los momentos de su felicidad.

— ¡Corre, Gaston mio! ¡corre! mas aprisa, que el viento agite mis cabellos junto á tus cabellos, que se confundan nuestros alientos, ¡corre! ¡corre!

El enamorado mancebo aguijaba su corcel , que avergonzado del castigo redoblaba su carrera , suelta la rienda , y cubierto de sudor.

Y como entonces la niña caprichosa y loca le decia:

—Para Gaston y descendamos; esta enramada es sombría, y ese arroyo murmura dulcemente; bajemos.

Gaston detuvo su corcel , puso en tierra á Schamsul-Ilemal y descabalgó; entonces la niña corrió y resbaló.

—Ha llovido mientras dormia, dijo; y se ha encapotado el cielo ¡Oh! ¡y que sueño tan horrible! ven, ven, sientate junto á mí y te lo contaré.

Schamsul-Ilemal fué á sentarse , y dió un agudísimo grito ; habia puesto su mano sobre un objeto horriblemente frio y pegajoso ; la luna rompiendo entonces con mas fuerzas las nubes , la dejó ver en ella manchas rojas y á sus piés , y en torno y mas alla , cadáveres humanos.

Se habian detenido en el mismo sitio donde la batalla se encarnizó con mas furor , y Gaston reconoció

los colores de los peones moros , cuya sangre manchaba aun el hierro y el pendoncillo de su pica.

Arreció el viento, y las nubes impelidas y arremolinadas por el, pasaron negras y fatídicas sobre el campo de batalla, gimiendo al embate de las ráfagas, como escuadrones de réprobos que miraban sombríos aquel campo de sangre.

El cielo apareció diáfano en grandes espacios entre los rotos nubarrones, y tendió la luna sobre la tierra su argentina luz.

Schamsul-llemal se estremeció, corrió á un arroyo, y se lavó las manos.

—Vamos de aquí, exclamó, el ángel exterminador ha pasado por estos lugares.

Gaston la refirió en pocas palabras la batalla, su entrada en la torre de Bib-Ataubin, y su salida con ella de aquel paraje fatal.

—¡Oh! no era un sueño , exclamó la jóven , cuanto ha acontecido por mí, es verdad; ¡oh! ¿y dónde me llevas ahora, Gaston mio?

—Al real de mis reyes, contestó Gaston; allí serás respetada, por que te mirarán como mi prometida, si consientes por mi amor en abrazar la religion de Cristo.

—Yo soy cristiana, dijo la jóven, y me llamo Isabel; si, tú serás mi esposo; se ha cumplido mi destino y puedo seguirte, Gaston, al real de tus señores.

—¡Al real! exclamó el capitán enajenado de alegría.

Y puso sobre el arzon á Schamsul-llemal, cabalgó, y partió á la carrera al ya cercano campo de Santafé.

—¿Quién vá? gritó poco despues la voz de un atalaya.

—Capitan de caballos de Sus Altezas, contestó deteniéndose Gaston.

Un ginete adelantó con la lanza baja y á media rienda; el jóven dejó caer á la espalda el capuz del almaizar, y la luna reflejó en su semblante; el que abanzaba dió un grito de alegría al reconocerle.

—Primo Gaston, exclamó levantándose la visera.

—Garci Perez, primo mio, contestó Gaston cruzando con él su caballo, y tendiéndole la mano.

—¿Cautiva traes, capitan? observó Garci Perez de Vargas, reparando en Schamsul-Ilemal.

—No, sino esposa, contestó Gaston; este es aquel brillante sol de la apuesta, primo, y por el nombre de mi padre, que quien pretenda colocarse entre él y yó, ha de probar la punta de mi pica.

—¡Loco! exclamó Garci Perez, vé pues: nuestro padrino el conde de Tendilla, te espera con ansiedad, y el rey ha notado con enojo tus continuas escapadas del real. Conduce esa dama á la tienda de la princesa Isabel, y... ¡al real! capitan Gaston, ¡al real!

En aquel momento se oyó otro ¿quién va? del atalaya, y la carrera de un ginete por la parte de Granada.

Un moro plantó al mismo tiempo su caballo ante los de los dos capitanes, y ondeó en señal de paz un pendoncillo blanco.

—¿Qué quieres, infiel? le dijo Garci Perez.

—De la poderosa sultana, madre del poderoso rey de Granada, contestó el moro en mal castellano mostrando un pergamino enrollado á Garci Perez, para el conde de Cabra.

Garci Perez tomó el pergamino, y el moro sin

otra palabra mas tornó grupas, y á rienda suelta se dirigió á Granada.

—He aquí un mensaje singular, observó Garci Perez de Vargas; y bien, primo, una vez que te diriges al real, ¿por qué no evitar á uno de estos valientes una carrera?

Gaston tomó el pergamino, que estaba sellado con cera encarnada, estrechó la mano de su primo, y entró en el real tras haber sufrido otro escrupuloso reconocimiento.

Santafé estaba silencioso, sus calles desiertas, parecia que el ejército estaba entregado al sueño, y sin embargo, en las anchas y lejanas penumbras podian distinguirse las masas de escuadrones cerrados, al pié de los caballos y apoyados en las picas.

De tiempo en tiempo algun capitán armado hasta los dientes rompía el silencio al rechinar de su armadura y se perdía tras la puerta de alguna solitaria tienda.

Gaston á pié, llevando del brazo Schamsul-Ilemal y el caballo de la mano, atravesó gran parte del real y llegó á otro círculo mas animado, mas despiertos y de tiendas mas ricas, pajes, escuderos, palafreneros con alguna descarriada doncella, platicaban alegremente á sus puertas.

Gaston llegó hasta el centro del real, y á la puerta de una tienda sobre la cual cruzó su partesana un soldado.

—¿Duerme ya Su Alteza la princesa doña Isabel? Asomó á punto un viejo escudero.

—Está en la tienda de Su Alteza la reina, capitán Gaston, le contestó reconociéndole.

El jóven siguió adelante y á través de guardas, caballeros y pajes, llegó hasta la tienda real.

—Capitan Velasco, dijo á uno de los caballeros que estaban de guarda, demanda audiencia para un asunto importante á Sus Altezas en nombre del capitan de caballos Gaston de Vargas.

El viejo soldado lanzó una mirada maliciosa á Schansul-llemal que estaba enteramente cubierta por su velo, otra al traje árabe del jóven, y entró en la tienda. Poco despues tornó.

—Sus Altezas te conceden audiencia, capitan, le dijo.

Gaston arrojó sus riendas y su pica á un soldado, levantó el tapiz de la tienda y entró con Schmsul-llemal.

En el fondo de ella, sentadas en sillas de alto respaldo en un retrete formado de tapices, multitud de damas, ocupadas en labores mujeriles, estaban en torno de otra ya de edad madura, de semblante noble y grave aunque dulce, vestida con un severo traje negro y cubierta la cabeza con una toca.

Esta mujer, ante la cual se inclinó Gaston doblando una rodilla, y tras el cual se inclinó tambien Schamsul-llemal, era la reina doña Isabel I de Castilla, que se ocupaba en bordar una tela de brocado de oro.

Apoyado en el sillón, armado de punta en blanco, habia un caballero departiendo con una hermosa jóven, que ociosa é indolente se reclinaba en el sillón próximo al de la reina.

El jóven era el príncipe don Juan, hijo de los reyes, la dama la princesa de Portugal doña Isabel.

Hablaban en voz baja, la reina callaba, y sus da-

mas guardaban un silencio respetuoso, que se alteró empero al penetrar en la tienda Gaston y Schamsul-llemal.

Gaston besó la mano que le presentó afablemente la reina, y sin levantar la rodilla, dijo á la princesa doña Isabel.

Nueve dias han trascurrido, señora, la dijo, desde que prometí á Vuestra Alteza sacar de Granada un sol, y el sol está aquí.

Dicho esto, alzóse y presentó á la reina y á la princesa á Schamsul-llemal que echó atras su velo.

La reina, adusta y severa siempre, no pudo contener su admiracion ante la hermosura y la juventud de la niña, y la princesa, arrastrada por un movimiento simpático, se levantó, la asió de las manos y la contempló sonriendo, satisfecha, mientras las damas murmuraban, dando rienda á la femenil envidia.

—¡Oh! sois un cumplido caballero, Gaston, exclamó la reina, teneis tiempo para arremeter en nuestro servicio como un rayo de muerte contra los infieles, para recoger presas reales en los palacios de nuestros enemigos y para robar á su amparo la mas hermosa de las damas granadinas.

—¡Oh! si, muy hermosa, dijo la princesa; ¿cuál es su nombre, capitan?

—Isabel, contestó en buen castellano Schamsul-llemal anticipándose á Gaston.

—¡Cristiana! observó la reina, ¡castellana tal vez! ¡oh! ven, ven niña, la dijo llevándola consigo hácia otro apartamiento de la tienda, y vos, capitan, id; yo me encargo de vuestra prisionera.

Inclinóse Gaston y Schamsul-llemal siguió á la rei-

na, no sin cambiar con el jóven una ardiente mirada de amor.

La princesa sorprendió aquella mirada.

—¿Os amais? dijo sonriendo y recatadamente á Gaston.

—¡Oh! señora, es mi porvenir, dijo el jóven, y á Su Alteza la reina y á vos, señora, confio mis esperanzas.

—Id descuidado, Gaston, dijo la princesa tendiéndole la mano.

Besóla el jóven é iba á salir, cuando penetró en la tienda un caballero en la flor de su edad, de grave y severo continente, cubierto de una armadura milanese.

Detúvose ante él Gaston, le saludó, sacó de su escarcela el pergamino de que era portador.

—Dispensadme, señor, le dijo, pero debo entregaros estas letras que ha traído para vos de Granada á las primeras atalayas, un moro.

Este caballero era don Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra.

Tomó el pergamino, miró el sello encarnado y palideció.

—Esperadme, capitan Gaston, le dijo, fuera de la tienda.

El capitan salió, el conde de Cabra se apartó por cortesía á un lado y rompió los hilos de seda que enrollaban el pergamino; dentro de él venia otro mas pequeño escrito con tinta azul en pequeños caracteres árabes, al paso que el primero escrito en castellano, decia:

«Cristiano: mi hija, segun acabo de saber por el

rey mi señor , mi hija , que como sabes he llorado tantos años creyéndole muerta, es conducida á Santafé por un capitán cristiano á quien ama; que Su Alteza, olvidando el odio que como reinas y enemigas nos separa, sea una madre para la hija que Allah en sus iras aparta de mi regazo.—*La sultana Aixa.*»

La palidez del conde creció, y trémulo, conmovido, se dirigió á la princesa Isabel.

—Así Dios bendiga á Vuestra Alteza, señora, la digo, ¿podreis decirme donde se halla Su Alteza la reina?

La princesa dió á besar su mano al conde, y le indicó el apartamento donde Isabel de Castilla habia entrado con Schamsul-llemal.

El conde se lanzó sin otras palabras hácia él , levantó el tapiz y entró con gran admiracion del príncipe don Juan y de las damas que lo tuvieron á desacato, y tanto mas cuando á poco oyeron sollozos, el crujir de la armadura del conde como al dejarse caer sobre un sitial, besos reprimidos, y una voz entrecortada que exclamó :

—¡Hija mia !

Necesaria fué la autoridad de la princesa para reprimir el escándalo y las murmuraciones de las damas, que inclinaron las cabezas sobre sus labores y se restableció el silencio.

Y así pasó una hora ; al cabo de ella oyóse junto al tapiz la voz de la reina que dijo con imperio :

—¡Mis damas !

Dejaron cuatro de ellas sus labores y entraron; media hora despues levantóse el tapiz, y apareció la reina llevando de la mano á Schamsul-llemal, precedida del conde de Cabra y de sus damas.

Schamsul-llemal habia sido despojada de su túnica oriental, y sobre sus redondas formas se ajustaba un traje de terciopelo negro; las trenzas de sus cabellos habian sido deshechas, su peinado, semejante al de la reina, estaba cubierto por una toquilla de brocado con borlas de perlas y sobre su seno pudorosamente cubierto hasta el nacimiento de su cuello, pendia el precioso collar mágico de brillantes.

Parecia haber ganado la hermosura de la niña con aquel severo atavío; la blancura de su tez, realzada por el negro color de sus ropas, era imponderable, sus ojos relumbraban como luceros, y sus cabellos, rodeando en anchos pabellones su semblante, afrentaban el brillo del oro de su toca.

El conde de Cabra la contemplaba estasiado, y la reina estaba visiblemente conmovida.

Todos los circunstantes se levantaron como previendo un acaecimiento solemne, y la reina dijo en alta voz á los pajes que velaban en la puerta:

—Haced entrar al señor capitán Gaston de Vargas.

Instantáneamente el jóven entró y dobló una rodilla ante la reina, conteniendo un grito de admiración, causado por el cambio operado en Schamsul-llemal.

Esta estaba tambien conmovida y silenciosa.

—Alzad, capitán, le dijo Isabel, la reina de Castilla os nombra su escudero, y os dona seis mil maravedis en arras de vuestro enlace con la infanta doña Isabel de Granada, de cuyo dote nos encargamos.

Y señaló á Schamsul-llemal.

—Vos, don Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, decid al rey de Aragon mi señor, que mañana, despues de la misa, apadrinada por mí y por

mi hijo el príncipe don Juan , será bautizada por nuestro confesor don fray Hernando de Talavera, la prometida del capitán Gaston de Vargas. Que Dios os guarde, caballeros.

Tras esto, el conde de Cabra y Gaston besaron la mano á la reina, y salieron, el jóven loco de alegría, y el conde pensativo y conmovido.

El capitán montó á caballo, corrió á su tienda, y solo allí con su pensamiento pasó una noche de insomnio y de delirio.

El conde de Cabra entró al par en la suya, despidió su servidumbre, y se puso á leer el pergamino escrito en árabe.

«Cristiano, decía: la sultana Aixa te ama aun, te vé en sus sueños y ruega á Allah por tí; la hija de la sultana está en el real de Santaté y ama á un capitán de tus reyes: conozco á ese jóven, es noble, valiente, generoso y merece unirse á ella. ¡Qué se unan pues! Pero que ella ignore siempre de quien es hija.

«Estoy deshonrada; las pruebas de mi desdichado amor han sido presentadas al rey por los hijos de mi implacable enemiga. Ven á verme, cristiano, ven á verme esta noche. Un esclavo mio te espera en la fuente del Pino y te conducirá por lugar seguro hasta mí. Pero si está escrito que no podamos vernos, que al menos tu mano poderosa separe el odio de mis enemigos de sobre la frente de mi hija; que vivan lejos de ella, y que cuando Isabel de Solís, á quien tengo en mi poder, se presente á tus reyes sea desterrada al interior de Castilla, porque con ella vive la traicion. Adios... te espero.»

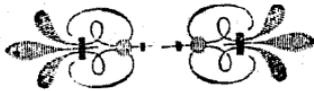
El conde guardó cuidadosamente este pergamino, y solo, sin paje ni escudero, montó á caballo salió del real, y se encaminó al sitio donde le citaba la sultana.

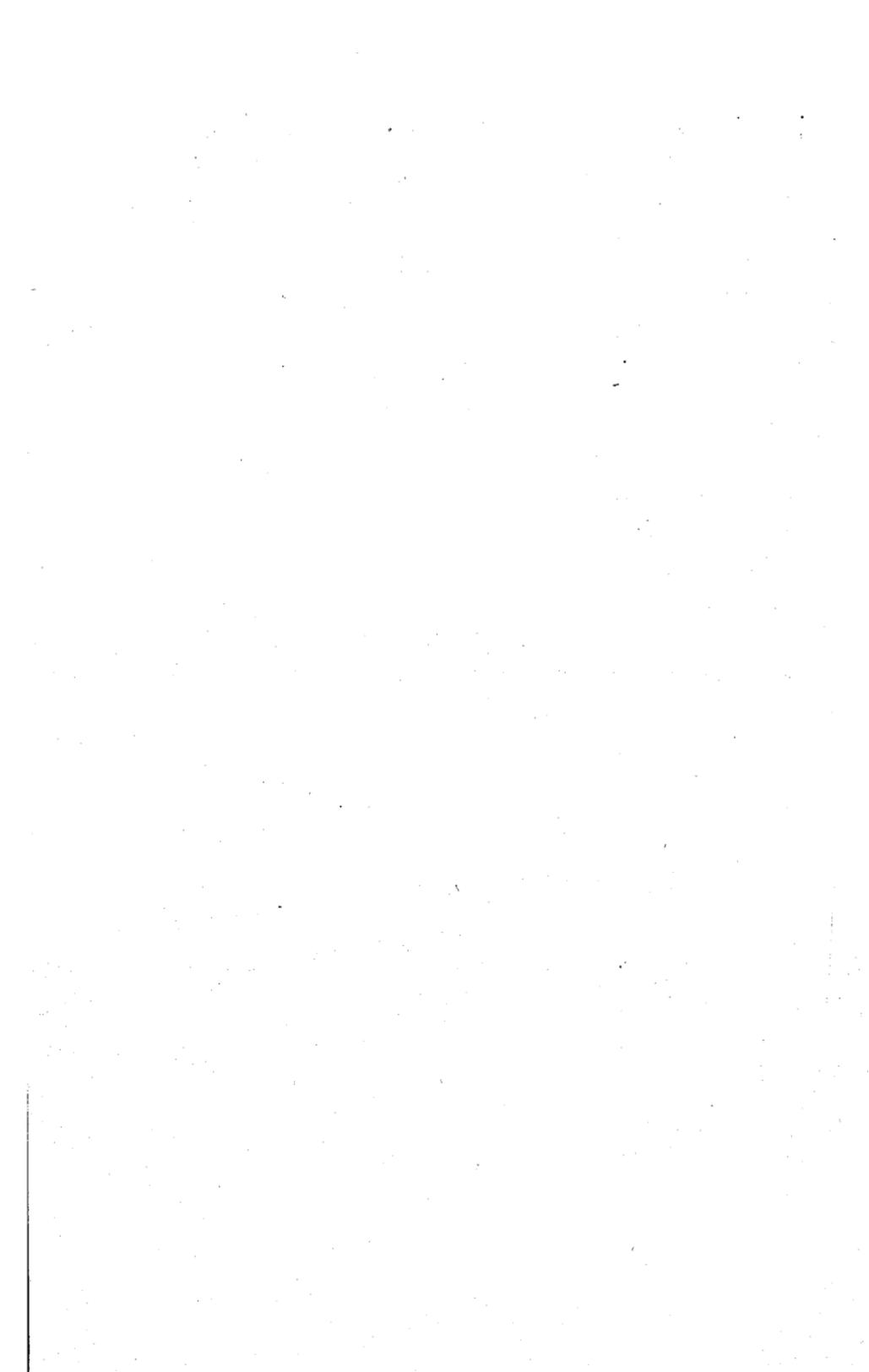
Al amanecer tornó, entró en la tienda de la reina, y no salió de ella sino para asistir al solemne bautismo de Schamsul-llemal.

Cuando llegó á los reales Zoraya, libre ya por la sultana Aixa, los reyes la recibieron con frialdad, y la confinaron á Guadix, pretestando convenir así á su servicio.

Zoraya recibió el golpe y se arrepintió, aunque tarde, de haber hecho traición al pueblo en que había sido reina.

Ocho dias despues el capitán Gaston de Vargas vió realizados sus sueños al recibir por esposa de manos de los reyes á Schamsul-llemal, que desde aquel dia se llamó la infanta doña Isabel de Granada.





## XIX.

Lo que estaba escrito se cumplia; Muza habia sido vencido, y la bandera del Islam si flotaba aun sobre las torres de la Alhambra era al embate del viento de la desgracia.

El cristiano dilatava ya su ojo hambriento, y de antemano se repartia aquella tierra y aquella ciudad, sustentadas durante tantos reinados con sangre en el campo de batalla de las fronteras.

El desdichado emir, encerrado en su alcázar, no era ya el mismo guerrero de corazon imperturbable, ánimo esforzado y ardiente amor á su pais. Era un pobre loco en cuyo pensamiento vivia continuamen-

te un fantasma fascinador, radiante de hermosura, de ondulante túnica y cabellos impregnados de ambrosía; veíale en sus sueños, fingíasele en las caprichosas formas de las nubes, entre las hojas de las flores, en el fondo de las aguas, entre las tinieblas y á través de la luz; era un pensamiento fijo, insensato, superior en él á sus creencias, á su honor.

Y él, tan noble, tan valiente, tan leal, tan hermoso; él, por quien una reina hubiera suspirado de amor; él, último caballero del Islam en España, se consumía como una encina herida por el hacha del leñador, seca una á una las hojas de sus robustos brazos.

Llegaba la noche, y entonces, obedeciendo á un pensamiento fijo, bajaba á las caballerizas, arrojaba sobre las espaldas de Samyel su caparazon de batalla, cabalgaba en él de un salto, salía de la Alhambra, y á través del cerro de Al-baul, se lanzaba á toda carrera sobre el camino de la Azubia, llegaba á su alcázar, ataba su caballo al laurel, y subía al retrete que habia ocupado Schamsul-llemal.

Y allí, sobre aquel divan que todavía guardaba la huella del cuerpo de la jóven, desvelado, loco, con el rostro unido al sitio donde ella solía sentarse, pasaba una tras otra noche de lágrimas y desesperacion.

Una alborada, la del dia veinte y cinco del mes que llaman agosto los cristianos, tornaba el emir á Granada.

La mañana era diáfana; el sol inundaba con vapores dorados la ciudad, la vega y los distantes horizontes; Muza detuvo su caballo en la cumbre de un collado y miró con los ojos arrasados de lágrimas á Granada.

—¡Oh! ¡desdichada ciudad! exclamó, ¡paraiso de los fieles! ¡hermoso kan de Occidente, donde el mozo cansado respira aura de vida, si de cruzar acaba los arenales de Africa! ¡Granada de rubíes! ¡perla del Islam! ¡sin mi funesto amor ¡oh! no profanaria el cristiano tus alcázares, ni secaría la sed de su garganta el agua de tus fuentes!

¡Oh! ¡pero yo no lo veré! continuó con acento conmovido. ¡Tu caerás, ciudad de las maravillas, pero contigo caeré yo, y mi nombre quedará escrito con sangre, ignorado y desconocido bajo los escombros de tus alcázares!

Muza inclinó la frente, y por un movimiento de desesperacion y de valentia, levantóla colorada por el furor, y tendió su poderosa vista sobre la vega en direccion al real de Santafé.

Entonces, ya cercana, vió levantarse en el camino de la villa de Armilla una nube de polvo, su despier-to oido percibió clamor de trompetas, y luego un lejano y confuso rumor causado por la carrera de muchos caballos.

El emir ocultó su caballo entre un tallar, y á pié, recatándose, bajó junto al lindero del camino de la Azubia, se ocultó á la orilla de un arroyo entre una espesura de juncos y espadañas, y esperó.

No tardó mucho en oirse mas cercano el galopar de los caballos, y luego, como impulsado por el torbellino, pasó junto á Muza un escuadron de cristianos entre una nube de polvo.

Muza reconoció á su frente al duque de Cádiz, tras él, entre Gaston de Vargas y el conde de Cabra, la reina Isabel de Castilla sobre una hacanea, en otra

la infanta doña Juana, y entre las damas una mujer que arrancó de su garganta un grito, perdido por su fortuna entre el rudo galopar de los caballos.

Era Schamsul-llemal, deslumbrante, hechicera, radiante de felicidad, rigiendo con su delicada mano, envuelta entre las bacaneas de las damas, un fogoso potro cordobes.

—¡Oh! ¡aun es tiempo! exclamó el enamorado Muza; la reina será buenas rehenes para Granada, y ella, ¡oh! ella volverá á dormir en mis alcázares.

Pasó en tanto el escuadron cristiano, y Muza salió recatadamente de entre las espadañas, llegó al tallar, desató á Samyel, saltó sobre su espalda, clavó los acicates en sus hijares, y partió veloz como un rayo en direccion de Granada.

En tanto los cristianos llegaron á la Azubia, sorprendieron á los pocos soldados que la guardaban, y la reina, la infanta, Schamsul-llemal y las damas, acompañadas de Gaston, del duque de Cádiz y del conde de Cabra entraron en la espesura de laureles, despues de haber puesto atalayas avanzadas en torno de la villa.

La reina, escitada por la relacion de Schamsul-llemal de la hermosa vista que desde alli presentaba Granada, *trazó una travesura real* (1), y acompañada del príncipe don Juan, de la infanta doña Juana, de sus damas, entre las cuales iba Schamsul-llemal, y de los principales caballeros del real, con mil y doscientas lanzas mandadas por el duque de Cádiz, llegó al fin á fijar sus ojos la ciudad enemiga.

(1) *Palabras originales de Bermudez de Pedraza: Historia Eclesiástica de Granada.*

Y en verdad que nunca ensueño tan hermoso había halagado su pensamiento de reina conquistadora; los resplandecientes Alijares con sus cúpulas altísimas, la Alhambra con sus torreones rojizos, y su alcázar cubierto de pizarras doradas, que lanzaban destellos de fuego heridas por el sol, la alcazaba con sus fuertes muros y sus altivos cipreses, el cerro Al-baul cubierto de higueras de Túnez, sobre las que descollaban los cedros de Palestina y las palmeras de Africa, las vertientes de las colinas cubiertas de blancas casas, entre las cuales flotaban las verdes frondas y los vistosos jardines; al pié de esto la yega, tendida á los piés de la ciudad, y surcada por rios y acequias, como una alfombra de mil colores con pasamanos de plata á los pies de una dama; y luego las distantes sierras perdidas en vapores fantásticos, tras las cuales se levantaba un cielo azul como el zafiro, iluminado con la luz de los ojos de Dios; todo esto era un espectáculo nuevo, maravilloso, que estasiaba á la reina y la hacia suspirar por el día en que su pendon ondease sobre aquel castillo que guardaba como un vigilante atalaya aquel jardin de delicias.

Y si la reina se retiraba un momento del agimez y fijaba la vista asombrada en los alicatados del retrete, en sus tapicerias de seda y oro, en su alfombra de Persia, en sus divanes de púrpura, en sus labores de oro y azul, en su cúpula de cedro; ébano y nácar, ansiaba posar sus ojos en los maravillosos aposentos de la Alhambra, ó en las caladas galerias del palacio de Dar-la-roca (1).

(1) *De la Novia.*

Pero de repente el grito de ¡alerta! seguido del de ¡á las armas! de los atalayas penetró en el retrete; la reina palideció, las damas se desmayaron, Schamsul-Ilemal corrió á la reina, y los condes de Tendilla, de Alcaudete, y de Montemayor se pusieron en forma de pelea, con los rostros vueltos á Granada, mientras el duque de Escalona, el conde de Ureña, don Alonso de Aguilar, y Gaston de Vargas con algunos soldados asistian á la reina, desnudas las espadas, y los pajes y escuderos, que tenian la yegua de la reina y las hacaneas de las damas, se ocultaron medrosos en lo mas espeso del bosque de laureles. (1)

Muza, con seis mil ginetes y dos bombordas, restos de la rota anterior, habia salido de Granada con la velocidad del relámpago y se habia lanzado rabioso, con sed de vengar cumplidamente el ultraje pasado sobre la Azubia.

La reina ordenó al duque de Cádiz procurase evitar el venir con los moros á las lanzas, pero no fué posible; Muza se lanzó como el vendabal sobre los cristianos; crugió la artilleria, una nube de sangriento polvo voló sobre la Azubia, y los cristianos, apretando los puños y las picas, lidiaron con el valor de la leona que defiende su cubil.

Por tres veces Muza se abrió paso entre las enhiestas lanzas hasta el alcázar, y por tres veces el genio enemigo de su fortuna, lo rechazó dando maravilloso brio á las espadas castellanas; por tres veces al sentir tan cercano el alarido del combate, prometió la reina á San Luis, santo de aquel dia entre los na-

(1) *Aun se señala hoy por tradicion el sitio donde estuvo durante la batalla la yegua de la reina.*

zarenos, edificar un convento en aquel mismo sitio, si la libraba de sus enemigos.

Y la pelea seguía encarnizada; gemía el aire, herido con los furiosos golpes, temblaba la tierra bajo los disparos de la artillería y los pies de los caballos, y todo era gritos, lamentos, golpes y confusión.

Al fin el destino, enemigo del emir, dió la victoria á los cristianos, cuando el sol se ponía tras los montes de occidente entre ráfagas de sangre, desvandose la caballería, perdieron las bombardas, quedaron muertos por tierra seiscientos moros, y con pérdida de mil cautivos, Muza tornó á Granada defendiéndose como un león hasta sus puertas y perdiendo con su última esperanza la honra y el amor.

Estaba escrito; Granada debía caer, y los crímenes de sus reyes traían sobre ella el terrible castigo de Allah.

Vinieron las sombras y con ellas mas escuadrones al mando de Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Tornóse á su arrimo en orden de pelea la reina con sus damas al real de Santafé, habiendo pagado con un terrible susto el placer de haber visto á Granada á los primeros rayos del sol desde uno de los collados mas rientes de la vega, y un alcázar, bello como los sueños de los hijos del desierto.

Tal fué el funesto fin de la batalla de la Azubia, tras la cual, pocos meses despues, debían abrirse á los soldados de la Cruz las puertas de Granada.







Con este postrer revés de la fortuna menguaron de todo punto las esperanzas de los musulimes, al paso que crecía el ánimo de los cristianos.

Muza, desesperado ya de todo auxilio, vencido por una, dos y tres veces, encerrado ya por su mala ventura en el último recinto de su destino, ni acudía á nada, ni pensaba en otra cosa que en morir como cumplía á su linaje, el mismo día en que la bandera de Ismael fuese lanzada por el conquistador de las almenas de la alcazaba.

Hasta entonces, si bien el enemigo asentaba su real á la vista de Granada, había quedado espedita

la comunicacion con las Alpujarras, y se recibian abundantes mantenimientos de toda la comarca de Jebel-Solair (*Sierra Nevada*); pero llegó la luna de muharran (1) y Gonzalo Fernandez de Córdoba estrechó el cerco, tomó todas las avenidas, y los habitantes, encerrados dentro de sus muros, empezaron á sentir el hambre, padecimiento cruel á que por la bondad del suelo no estaban acostumbrados, y que debilitando sus ánimos les hizo pensar en avenencias con los enemigos.

Rasgóse entonces el velo que cubria durante mucho tiempo miserables traiciones, supo el pueblo que su mismo rey trataba de la entrega y se desalentó; reunióse el consejo, y en vano Muza les apostrofó poniéndoles por delante el amor de la patria, la fe de musulimes y el honor de caballeros.

Todo se habia perdido; estaba escrita la ruina de Granada y se cumplia.

Una noche el capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba, el secretario Fernando de Zafra y otros cinco caballeros cristianos entraron por una mina en la Alhambra, y encerrados en la torre de Comares hicieron secretamente las capitulaciones de la entrega de la ciudad.

Amaneció el día fatal de la deshonra de Granada.

El ejército vencedor avanzó hasta las márgenes del Genil, y Abou-Abdallah vino á prosternarse ante sus señores los reyes de Castilla y á entregarles aquella ciudad que no debia haber perdido sino con la vida.

(1) *Noviembre.*

Despues, con las lágrimas en los ojos y la pena en el corazon, cabalgó al frente de sus últimos cincuenta caballeros, y tomó al escape como si hubiera pretendido huir de su deshonra, por el camino de las Alpujarras.

Era entonces el punto del dia en que el sol empieza á descender en la estacion de los frios dos horas antes de oracion de almagreb (1).

El desdichado rey aguijaba su caballo temeroso de escuchar el grito de victoria de los cristianos; pero de repente hendió los aires el estruendo de la mosqueteria, el son de las trompetas, el redoble de los atambores y el alarido de todo el ejército vencedor; el desdichado tornó involuntariamente los ojos á su Granada, y sobre la alcazaba sus ojos svelados por lágrimas vieron tremolar los pendones cristianos.

Lo que estaba escrito se cumplia; la bandera del Islam habia sido rota por los campeones de la Cruz.

Y aguijó el rey desterrado y vencido su corcel, y avistó á su familia dándole alcance en el repecho del alto del Padul.

En su cima se abria una estrecha quebradura, desde donde se alcanzaba á ver por última vez á Granada; el rey descabalgó, miró por postrera vez su alcázar, inclinose y exclamó con el rostro unido á la tierra; el corazon desgarrado y los ojos llenos de lágrimas:

—¡Allah-Kuakbar! (2).

—Si, llora como una mujer, le dijo con despre-

(1) *Las tres de la tarde.*

(2) *¡Grande y poderoso Dios!*

cio la sultana Aixa ; llora, ya que no supiste defender tu reino como hombre.

La desesperacion, la vergüenza, el dolor secaron las lágrimas en los ojos de Abou-Abdallah, cabalgó en su caballo, le arrimó furioso los acicates y el bruto se lanzó con tal ímpetu á la carrera que dejó señaladas sus herraduras en la roca como hasta hoy se parecen.

El rey y su comitiva se perdieron al fin á lo lejos entre las neblinas de la tarde.

Desde aquel dia los moros, en memoria de esta tristísima despedida, llamaron á aquel ojo de lágrimas del alto del Padul Feg-Allah-Kuakbar, y los cristianos el Suspiro del Moro.

.....

.....

Y antes de que el conde de Tendilla tremolase la enseña de Castilla y Aragon sobre las torres de la alcazaba cuando el ejército vencedor avanzaba á través de la vega, en la cumbre de la cordillera del cerro del Sol, inmóvil como una estatua de hierro, se veia un jinete sobre un caballo inmóvil tambien, con las orejas enhiestas y la vista fija en el ejército cristiano.

El hombre era Muza Ebu-Abil-Gazan, y el valiente corcel Samyel, el leal compañero del emir en el peligro y en la desgracia, el inteligente animal que parecia presentir el dolor de su dueño, y que como él tenia la mirada fija y centelleante en la vega.

El emir, con la boca seca y entreabierta, los ojos áridos y rojos, el pecho agitado por una respiracion

violenta, pálido, desencajado, con la pica fuertemente apretada entre sus manos, permaneció inmóvil, silencioso, sin apartar la vista del ejército que avanzaba en paso de arremetida; pero cuando vió abrirse las puertas de la torre de los Siete Suelos y salir al rey Abou-Abdallah, cuando su wisir Ebn-Comija entregó las llaves de la ciudad al conde de Tendilla, entonces un grito terrible, amenazador, insensato, brotó de su garganta, sus ojos rodaron ferozmente en sus órbitas, blandió en el aire su terrible pica, y apretando los acicates á su corcel, gritó:

—¡Samyel! ¡Samyel! ¡tu que eres veloz como el rayo, vuela! ¡vuela hácia ellos! ¡ha llegado la hora de morir con la patria! ¡vuela! ¡vuela!

Y el corcel se tendió á la carrera, devoró el espacio, y se lanzó como una saeta en direccion á la Alhambra.

Pero parecia que á medida que Samyel avanzaba, la Alhambra, la ciudad, la vega huian con doble velocidad: una neblina opaca, oscura, se desplegaba entre ellos y los ojos de Muza, y al fin la niebla lo envolvió todo.

Y el emir apretaba con nueva furia los hijares de Samyel, y Samyel volaba exhalando relinchos de dolor, y Muza gritaba entregado al frenesí de su alma.

—¡Samyel! ¡Samyel! ¡á ellos! ¡vamos á morir! ¡vuela! ¡vuela!

Y Samyel, el generoso animal, volaba á pesar de su cansancio; volaba con los hijares cubiertos de sangre, dejando tras sí un rastro de blanca espuma, y desherrados los cascos.

Al fin su carrera fué menos rápida; como una sae-

ta pierde la fuerza lanzada á larga distancia, y cayó muerto de fatiga á los piés de su señor, que habia descabalgado sintiéndole desfallecer, y siempre hasta su último momento, fiel compañero de su señor, fijó en él su postrer mirada.

Muza contempló un momento á Samyel con amargura, arrojó sobre él su pica y su espada, y adelantó entre los sepulcros de un sombrío bosque.

Era el mismo donde habia penetrado algunos meses antes con el corazon lleno de fuerza y de esperanza; el mismo de donde habia salido pensando en la salvacion de su patria.

Delante dél andaba un hombre negro, envuelto en una túnica de púrpura, ceñidos los cabellos con una corona de fúnebre ciprés y una espada rota en la mano.

Muza, siguiendo á aquel hombre, llegó al alcázar de los muros negros y las almenas de diamante, abrióse la puerta á su llegada, y entraron en el retrete octógono, cuyos muros estaban cubiertos de inscripciones sangrientas y trofeos de guerra.

Muza se estremeció; estaba en el alcázar de los Siete Siglos; cada uno de los ancianos dormia reclinado en su divan, teniendo al lado su espada sangrienta y desnuda.

Entonces pasó por la mente del emir su desventurado amor, que le costaba su patria y su gloria; sus ojos se llenaron de lágrimas, y aun allí en la tremenda hora de su juicio, todo palideció en él ante el recuerdo de Schamsul-Ilemal.

El hombre que le habia precedido, se adelantó hasta el centro del retrete, y exclamó con voz severa.

—¡Despertad, hermanos míos, despertad!

Los siete viejos se pusieron de pie, y empuñaron sus espadas.

El pendon de la cruz, dijo el octavo hermano, ondea sobre las torres de la Alhambra, y la bandera del Islam ha sido rota antes de que yo pueda plantar mi laurel en la colina de la Azubia.

Los siete viejos vieron á Muza, y adelantaron hasta él, estrechando el círculo con las espadas de punta, hasta tocar su cuerpo.

—¿Qué has hecho del poder que te dimos? le dijo el mas viejo con voz atronadora.

—Le he perdido, contestó Muza sin estremecerse ante las espadas.

—Vas á morir, le dijo con acento terrible el viejo.

—Eso deseo, contestó Muza con un acento desgarrador, pero que sea entre los cristianos, á la luz del sol, que todos sepan que he muerto por mi patria.

—¡No! contestó el viejo; sin tu insensata pasión tú hubieras vencido á tus enemigos, hubieras alcanzado al fin el amor de Schamsul-llemal, hubieras sido feliz y poderoso, la historia hubiera guardado tu nombre en su libro de oro, y nosotros hubiéramos besado en la boca á nuestra madre en sus alcázares de perlas de los mares.

Y como si el recuerdo de tanto bien perdido hubiese sido una señal de muerte, los siete viejos hundieron sus espadas en el pecho de Muza, que cayó pronunciando el nombre de Granada, y Schamsul-llemal.

Todo estaba concluido.

El ruido atronador de unas potentes alas aterró á los

ocho hermanos. Estremecióse el aire, derrumbóse el alcázar, y el arcángel Azrael envolvió retronando en el extremo de su túnica á los ocho siglos y al infortunado Muza; cruzó los aires envuelto en el torbellino, y soterró los nueve cadáveres bajo el laurel de la Azubia.

Algunas noches, cuando el aguacero y la tempestad azotan las torres de la Alhambra, suele verse á la luz del relámpago, un ginete árabe que corre en torno de ella.

Es Muza Ebn-Abil-Gazan que aguija á su corcel Samyel y le grita:

—¡Samyel! ¡Samyel! ¡á ellos! ¡vamos á morir! ¡vuela! ¡vuela!

Pero todo desaparece, y solo se escucha allá á lo lejos entre los gemidos del torbellino, una voz doliente que se pierde murmurando.

—¡Granada! ¡Schamsul-llemal!

Pero desde entonces los cristianos gozan á Granada, y aun los ojos del árabe lloran en su destierro.

Desde entonces la voz del mueden no llama á los fieles á la oracion, y solo se escucha el clamor de la campana en el templo cristiano.

Alabanza á Dios que ensalza y humilla á los poderosos; á él, que es solo, inmutable sobre todas las cosas, de cuya voluntad penden los reinos y los orbes, y cuya justicia rige los destinos humanos.



## EPÍLOGO



Hemos concluido nuestra leyenda, de lo que por cierto no nos envanecemos, y no escribiremos una palabra mas, sino previésemos que puede existir alguno de nuestros lectores que sino lo decimos en letra de molde nos pregunte: «¿Qué fué de esto? ¿qué fué de aquello?»

El convento se elevó sobre las ruinas del alcázar de Muza, junto al laurel que hoy llaman de la Reina, con la advocacion de San Luis, y de la orden de San Francisco poco tiempo despues de la conquista de Granada.

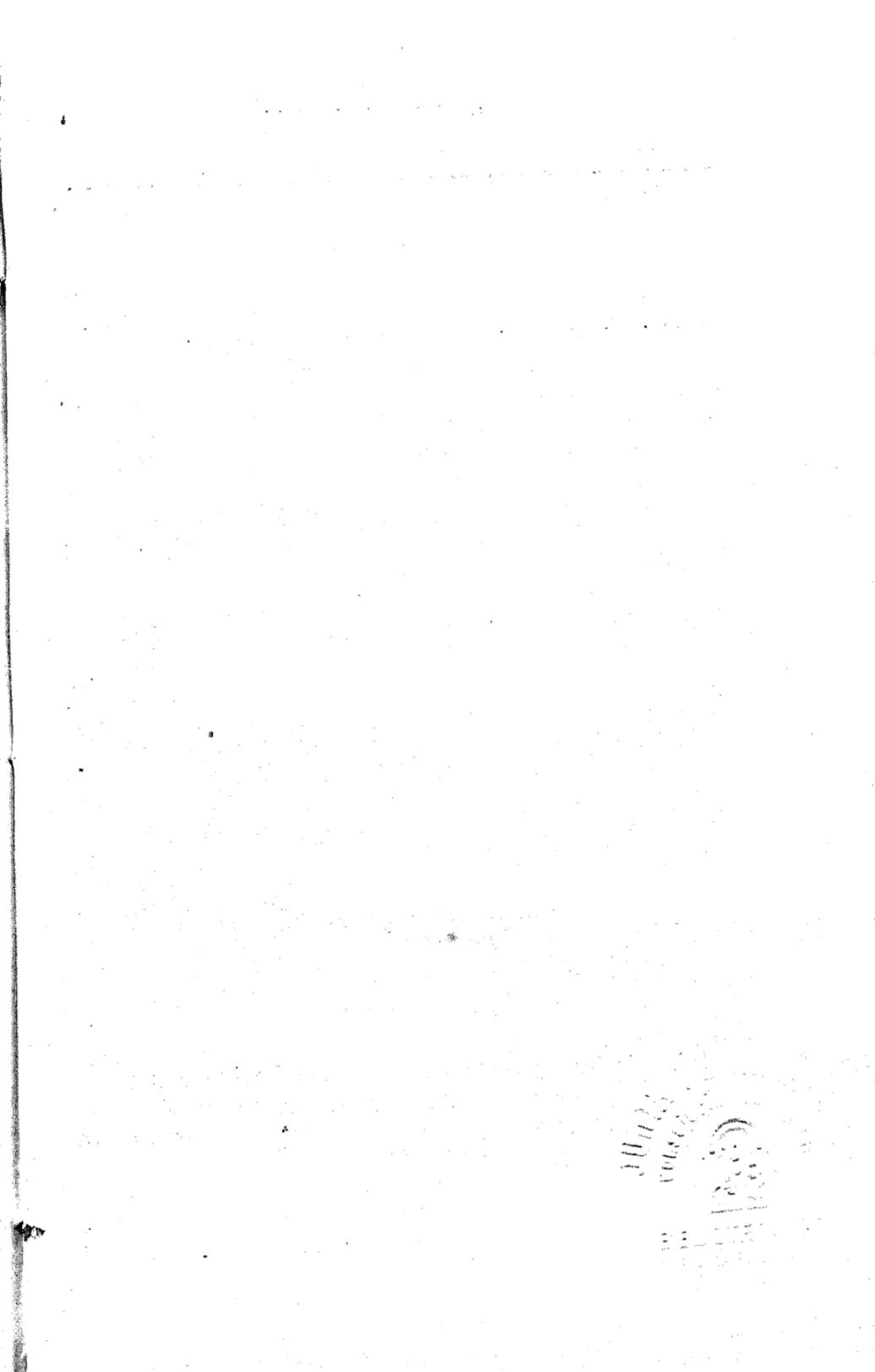
Gaston de Vargas y Schamsul-llemal, con el nom-

bre de doña Isabel de Granada, vivieron felices lo que Dios fué servido, protegidos por el talisman maravilloso (se ignora que se haya hecho de este talisman), y la voluntad de la sultana Aixa fué cumplida á par que su venganza, puesto que Gaston creyó siempre que su mujer era una hada bajada para él del sétimo cielo, y que Zoraya, ó si mejor parece Isabel de Solís, murió dos años despues de la conquista de una fiebre lenta, maligna y estraña.

Por aquel tiempo el rey Abou-Abdallah vendió al de Castilla los estados que este le habia concedido en las Alpujarras, pasó á Africa con su familia y murió algunos años despues en batalla en el vado de Bacuba del rio Wadilswa, defendiendo al rey de Fez Ahmet-Ebn-Merini contra dos jefes rebeldes.

En cuanto á los infantes Sidy Yahye y Sidy Alhamar se bautizaron el uno con el nombre de don Fernando y de don Juan el otro, y al fin, cansados de la inutilidad de sus esfuerzos, dejaron su venganza contra Schamsul-llemal y Gaston, como dejo yo la pluma azás cansado y poco satisfecho de mi obra. Vale.

**FIN.**



## OBRAS DE VENTA

EN LA IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. J. ZAMORA.

Reales.

<i>Historia de Granada, Jaen, Málaga y Almeria</i> desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias, por D. Miguel Lafuente Alcántara. 4 tomos en 4.º	96
<i>Iberia ó Granada</i> , memoria histórica desde su fundacion hasta el presente, por D. José Hidalgo Morales, 1 tomo de 400 páginas, 8.º mayor.. . . .	20
<i>Manual del Viajero en Granada</i> , por D. Miguel Lafuente Alcántara: segunda edicion.. . . .	18
<i>Manual del Artista y del Viajero en Granada</i> , por D. José Gimenez-Serrano. 1 tomo. . . . .	10
<i>Allah-Akbar</i> (Dios es grande), tradiciones granadinas, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez. 1 tomo 8.º mayor, edicion de lujo. . . . .	10
<i>Allah-Akbar</i> (Dieu est grand), légende des traditions du siège et de la conquête de Grenade, par D. M. Fernandez et Gonzalez: édition économique. 1 fr. 50 c.	
<i>Crónica de la conquista de Granada</i> , por Wasigton Irving. 2 tomos 8.º . . . . .	16
<i>Historia de la rebelion de los moriscos en las Alpujarras</i> , por Hurtado de Mendoza. 1 tomo 8.º. . .	12
<i>Tradiciones Granadinas</i> , por D. J. J. Soler. 1 tomo.	20

### *En prensa.*

*Crónica de los Reyes Católicos*, por el bachiller Bernaldez, cura que fué de los Palacios, manuscrito rarísimo y muy apreciado por ser de un escritor erudito contemporáneo de los Reyes.

